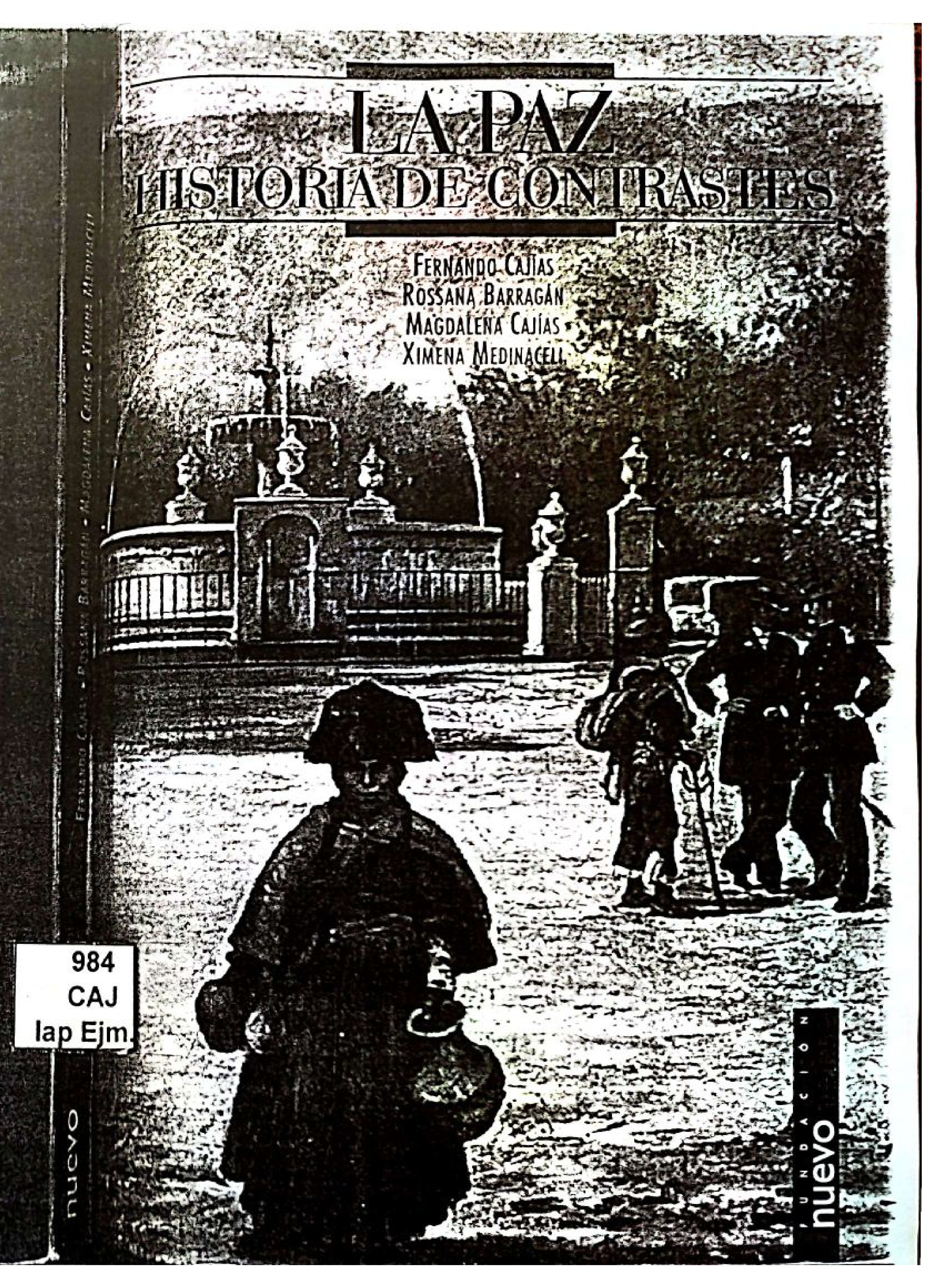
La Paz, ¿una región en crisis? Si es tal, ¿cómo entender esta crisis? ¿Proviene solo de acontecimientos políticos, sociales y económicos recientes o tiene raíces históricas y estructurales? ¿Y qué de las potencialidades regionales para reconstruir una centralidad aparentemente diluida y forjar una nueva era de prosperidad y grandeza?

La Paz: una historia de contrastes es una indagación histórica de los eventos constitutivos y de los procesos de cambio que configuran al Departamento. Un texto escrito por destacados historiadores paceños, que revela las facetas contradictorias y desconcertantes de una sociedad extremamente diversa y compleja.

El libro recrea un devenir histórico y, al mismo tiempo, ayuda a entender que muchas de las cuestiones de hoy se enraízan profundamente en el pasado y que la historia regional contiene algunas claves explicativas de los dilemas que tensionan a toda la sociedad boliviana.

FUNDACIÓN nuevo norte



LA PAZ
HISTORIA DE CONTRASTES

FERNANDO CAJÍAS (Coordinador)
ROSSANA BARRAGÁN
MAGDALENA CAJÍAS
XIMENA MEDINACELI

Con la colaboración de Henry Oporto

FUNDACIÓN
nuevonorte

Créditos de fotografías y pinturas

Tapa:
Pintura de José García Mesa "La Alameda de La Paz" 1900 Museo Costumbrista de La Paz.

Interiores:
Fotos de Pedro Querejazu: Pinturas de José García Mesa, Melchor María Mercado, Arturo Borda, Alandia Pantoja y María Luisa Pacheco. Foto Mercado Rodriguez.

Fotos del Archivo La Paz UMSA: 1. Bancada Paceña de 1891, 2. Alto Mando de Zárate Villca, 3. Fabrica Forno interior.

Fotos de Francisco Cajías: 1. Cultivos del Altiplano, 2. Tejedora de Charazani, 3. Universitaria afro con traje indígena, 4. Camino al norte paceño.

Fotos del Colectivo "Historia-Nueva Generación": 1. Feria en la Plaza San Pedro, 2. Pintura de Carmen Baptista, 3. Avenida Montes, 5. Terminal con carretas y automóviles, 6. Cervecería.

Fotos Erick Bauer: Campesinos afro cultivando coca.

Fotos PAR-El Alto: Avenida Juan Pablo II y artesano zapatero.

Primera edición: Enero 2007
Depósito Legal: 4 - 1 - 81 - 07

Cuidado de edición: Henry Oporto y Beatriz Cajías
Diagramación: Molina&Asociados
Editor: Fundación Nuevo Norte
Calle Capitán Ravelo N° 2441
Edif. Alicante planta baja
Telfs. 2111344-2111760 • Tel./Fax: 2111298

ÍNDICE

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

A mediados de 2006 la Fundación Nuevo Norte convocó a un grupo de destacados historiadores paceños a explorar la idea de producir un documento sobre el Departamento de La Paz que, retomando visiones y reflexiones extraídas de la trayectoria y evolución histórica de este Departamento, aportara a una mejor comprensión de los problemas y dilemas que afectan a su presente.

Fernando Cajías, Rossana Barragán, Magdalena Cajías y Ximena Medinaceli, cada uno de ellos con amplia experiencia en la historia de La Paz y especial dedicación a alguno de sus períodos, aceptaron nuestra invitación y asumieron el reto colectivo de elaborar un texto que, sin desarrollar mayor investigación primaria, pudiera recoger una importante producción bibliográfica ya existente, incluyendo sus investigaciones propias, para ofrecernos una síntesis histórica del Departamento de La Paz.

La motivación de la Fundación Nuevo Norte al propiciar este trabajo es la de alentar un debate público sobre la situación de La Paz, a la luz no sólo de las cuestiones del presente sino también de la memoria histórica y de lo que ella nos aporta para ayudarnos a entender el presente y futuro de este Departamento.

Es innegable el sentimiento extendido desde hace algún tiempo de que La Paz es una región en crisis; algunos incluso, apoyados en cifras estadísticas, dirán que La Paz se encuentra en una trayectoria de involución. ¿Cuánto de cierto hay en estas percepciones? ¿De qué

naturaleza es esta crisis? ¿Es resultado de acontecimientos políticos, sociales y económicos recientes o tiene también raíces históricas y estructurales? ¿Y qué de las potencialidades regionales para reconstruir y forjar una nueva era de prosperidad y grandeza?

Estas son algunas preguntas que nos hacemos nosotros y con seguridad también muchos otros paceños. Y no como inquietud intelectual o de curiosidad académica sino, ante todo, como una preocupación de ciudadanos comprometidos con el interés de esta región y de Bolivia, porque sabemos que el papel de La Paz es esencial para un balance de poder y de desarrollo en el territorio nacional así como en la región central-occidental de Sudamérica.

Todo ello justifica llevar a cabo una relectura de la historia que dé cuenta de los procesos constitutivos de lo que es hoy nuestra región de La Paz. También de los cambios y transformaciones operados a lo largo de la Colonia y del período republicano, pasando por la Revolución Nacional y llegando hasta el advenimiento del régimen democrático de nuestros días. Apelar a la historia es un ejercicio tanto científico como pedagógico. Como tantas veces se ha dicho, quién no entiende su pasado no comprende su presente y mucho menos puede pretender captar el sentido del porvenir.

Y no es que en el pasado estén las respuestas a nuestros problemas y desafíos actuales. Pero la asimilación objetiva e informada del pasado sí puede alumbrarnos la trayectoria de una construcción que indudablemente no empieza de cero con cada nueva generación o con cada cambio político, como tan a menudo se suele pensar en Bolivia, cayendo en una suerte de *presentismo* o *fundacionismo* que ignora los avances progresivos, el peso de la cultura y la líneas de continuidad histórica.

Nuestro entendimiento de La Paz se aparta de esos dos extremos. Pensamos que la historia de este Departamento está cargada de enseñanzas y que puede ser pródiga para captar claves explicativas o condicionantes de los actuales dilemas que afronta la sociedad paceña.

El libro que presentamos tiene el mérito de transportarnos a este tipo de reflexión pedagógica que quisiéramos sirva al propósito de estimular otros esfuerzos orientados a echar luces sobre nuestro pre-

sente y prospectar los caminos alternativos que los paceños tenemos frente a nosotros.

El trabajo de gran profesionalidad de los autores de este libro se ha visto enriquecido con las críticas y las ideas de una veintena de intelectuales de diversas disciplinas que aceptaron nuestra invitación a participar en dos talleres para analizar y discutir los borradores de la investigación. A todos ellos nuestro apreciado agradecimiento.

Esta producción, como lo subrayan sus autores, es una obra inevitablemente inconclusa para ser desarrollada y enriquecida con la labor investigativa, la reflexión intelectual y el debate político y social en la esfera pública, aquella en la cual se ventilan hoy los problemas de nuestra La Paz y en la cual habrán de encontrarse los caminos que la paceñidad debe recorrer en la búsqueda del progreso y de un porvenir venturoso.

Fernando Campero
PRESIDENTE
FUNDACIÓN NUEVO NORTE

LA PAZ: HISTORIA DE CONTRASTES

La Paz: historia de contrastes es una tentativa de mirar la realidad de este departamento desde la historia con el fin de entender su conformación multifacética y, en muchos casos, contradictoria, como lo es también Bolivia toda.

En efecto, La Paz es una y, a la vez, múltiple y diversa. La contrastante realidad de su geografía, sus ecosistemas, culturas y formas de organización social impresionan profundamente a cualquier observador o visitante. En esta tierra conviven, a veces en tensión y otras en armonía, el presente con el pasado, la modernidad con la tradición, la urbanización acelerada con la ruralidad remota, el progreso y el bienestar con el atraso y la pobreza.

Es en medio de este cuadro singular, fruto de la peculiar manera como se ha ido formando la sociedad paceña y de su vinculación con el proceso de construcción de la nación boliviana, que La Paz ha jugado y juega un rol clave para el curso de la historia nacional. Esto se aprecia claramente en las páginas de este libro, que expone una investigación de carácter documental que trata de mostrar una visión sintética de su historicidad.

La exposición de este trabajo no sigue el tradicional orden cronológico, sino que aborda nueve grandes temas agrupados y ordenados en tres secciones, abarcando desde la época prehispánica hasta el comienzo del siglo XXI. Los temas no han sido escogidos al azar; son,

LA PAZ:
'RASTES

ar la reali-
ıtender su
ıria, como

ı. La con-
y formas
ier obser-
ın y otras
radición,
ı y el bie-

: manera
ción con
a jugado
se apre-
vestiga-
ıintética

len cro-
ordena-
hasta el
ar; son,

más bien, un intento de buscar explicaciones de los procesos de larga duración que marcan el curso de la historia de este departamento.

El equipo de investigadores ha trabajado en conjunto todos los capítulos, procurando sacar provecho de los conocimientos de mayor dominio de cada uno de sus cuatro integrantes con respecto a cada época histórica. Así, Ximena Medinaceli enfatizó en el periodo prehispánico; Fernando Cajías, en el colonial; Rossana Barragán en el siglo XIX y los inicios del siglo XX, y Magdalena Cajías en el siglo XX y en el nuevo siglo que despunta.

ECONOMÍA Y PRODUCCIÓN

En la Primera Parte del libro, que consta de cuatro capítulos, se analizan las bases de la estructura económica y productiva del departamento de La Paz que explican su rol de motor económico por varios siglos, pero, quizás también, su trayectoria declinante y las manifestaciones de su crisis presente. Los cuatro capítulos son: **Agricultura y pastoreo; Minería y coca; Artesanía e industria; Comercio y servicios.**

La Paz tiene una de sus mayores fortalezas en la diversidad económica. Parte fundamental son la agricultura, el pastoreo, la coca y la minería por su milenaria vinculación con su naturaleza y el aprovechamiento de los recursos naturales.

Pese a las dificultades propias del clima, especialmente en el área andina del departamento, éste ha sido y es agrícola. Si algún aspecto refleja con más elocuencia el desarrollo científico de los pueblos andinos, es precisamente su convivencia productiva con una naturaleza agreste. La agricultura en la región fue descubierta casi al mismo tiempo que en el viejo mundo y desde entonces aporta al planeta con la papa, el maíz, la coca, la quinua y con la domesticación de la llama y de la alpaca.

Desde tiempos prehispánicos, muchos habitantes de la región son agricultores y pastores; pudieron subsistir y generar excedentes gracias a: el amplio conocimiento del uso de la tierra, el desarrollo de los sistemas avanzados de riego -como los sukakollos-; la articulación de los diferentes pisos ecológicos de la región, el sistema de

terrazas, los cultivos intensivos, la reciprocidad andina, la organización de la mano de obra.

En la época colonial se produjeron cambios que enriquecieron la actividad agroganadera. Una innovación importante fue la introducción exitosa en el altiplano del ganado lanar en tierras altiplánicas. Desde entonces, la oveja, lo mismo que la llama, son inseparables compañeras del pastor andino. La vaca y el caballo también penetraron en este territorio, aunque no masivamente. También se incrementaron productos, como el azúcar en los yungas, los forrajes en el altiplano, la uva en los valles. Cambió el sistema de tenencia de la tierra. Las comunidades originarias compartieron la propiedad de la tierra, no siempre pacíficamente, con las haciendas, lo que se reflejó especialmente en los cultivos de la hoja de coca.

En el siglo XIX, la convivencia continuó hasta muy entrado el siglo, cuando se produjo el embate del latifundio; muchas tierras pasaron a dominio del Estado y éste las vendió a particulares. Algunas pocas haciendas se modernizaron, pero la mayoría siguió produciendo con sistemas premodernos basados en la servidumbre. Salvo los cultivos de coca, la producción agrícola y ganadera no generó excedentes ni procesos reales de acumulación, pero permitió, como hasta ahora, la oferta barata de muchos productos alimenticios.

La revolución de 1952, a diferencia de otros procesos de cambio similares de Latinoamérica, a través de la Reforma Agraria de 1953, sí cambió el sistema de tenencia de la tierra en la región andina, eliminando el latifundio y dotando a los campesinos de pequeñas propiedades. Como resultado de esos cambios, aymaras, quechuas y mestizos se fueron apoderando del mercado interno, llegando, incluso, a constituir una burguesía pujante relacionada especialmente con el comercio y el transporte. A pesar de ello, no se ha podido eliminar la extrema pobreza en las áreas rurales e indígenas.

Una de las soluciones fue la migración, a veces espontánea y a veces impulsada por el Estado. Así, miles de colonizadores ampliaron la conquista de las tierras bajas del departamento. Además, la transformación de muchos minifundios en surcofundios y el deterioro de la capacidad productiva de la tierra provocaron el abandono de muchas

tierras en el altiplano y el traslado masivo de la población rural hacia la ciudad capital, así como a otras regiones del departamento y del país

La pobreza también se ahonda en los valles del norte, porque, pese a un clima más apto para la producción, los malos caminos dificultan la comercialización y la comunicación. A pesar de ello, el acceso a gran parte de los productos alimenticios es todavía posible a toda la población y la pobreza en este departamento no ha derivado en hambrunas, como ha sucedido en otros países.

Como un puente entre la agricultura y la minería está el cultivo de la hoja de coca, que merece un tratamiento especial. La coca estuvo vinculada con la región desde tiempos prehispánicos, cuando ya los yungas eran zona productora. Tanto su uso religioso como el de las relaciones humanas continúan hasta hoy.

Las primeras políticas de prohibición de los cultivos y del consumo tuvieron lugar en la colonia temprana por su vinculación con los rituales de la religión andina; pero, una vez reconocidas sus facultades de reproducir la fuerza de trabajo y su enorme valor de cambio convertible en metálico, las autoridades españolas admitieron su producción y consumo y, por consiguiente, se ampliaron las áreas de cultivo. Así, durante la colonia y gran parte del periodo republicano, la coca se vinculó estrechamente con la producción minera porque eran los mineros los mayores consumidores. Durante esos mismos años, el cultivo y la comercialización de la hoja de coca, mediante las haciendas productoras, fueron importantes fuentes de acumulación de riqueza.

Ya desde el siglo XVIII el consumo dejó de ser patrimonio de mineros y campesinos, ampliándose a sectores mestizos y criollos de las ciudades; en el siglo XX se abrieron nuevos mercados, incluso exportando la hoja de coca a países vecinos. Pero todo cambió desde su dramática vinculación con la producción de la cocaína; la cara maligna de la hoja convertida en cocaína y al negocio del narcotráfico fue creciendo paulatinamente y convirtiendo la vieja hermandad con la minería en una relación secundaria.

La historia de la hoja de coca, como muchos aspectos de la historia paceña, vive un profundo cambio a partir de la revolución del '52, cuando las grandes haciendas pertenecientes a la poderosa aso-

ciación de propietarios son expropiadas y entregadas al campesino. La producción pasa a manos del pequeño productor campesino movilizado y afiliado en poderosos sindicatos. Esa producción no sólo se ha mantenido, sino que se ha expandido a otras provincias del subtrópico paceño.

La Paz es también un departamento minero. Su nombre más ancestral hace referencia a la producción del oro, producción que no ha cesado, primero, en los alrededores de la ciudad y, luego, en Larecaja tropical. Ha tenido también enorme repercusión, la producción de cobre en Coro Coro y de estaño en Colquiri y Caracoles. Esta explotación estuvo inicialmente a cargo de empresarios, luego, de la Corporación Minera de Bolivia y, actualmente, de muchas cooperativas y algunas empresas privadas.

Todo indica que la explotación de su naturaleza y los recursos naturales continuará siendo una de las principales fuentes de subsistencia y acumulación en el departamento, más aún con la esperanza de la existencia de petróleo en el norte paceño.

Los capítulos tercero y cuarto están dedicados a las actividades económicas vinculadas más estrechamente con la iniciativa humana, tales como la artesanía, la industria y el comercio.

La Paz es, desde las épocas más remotas, una región de amplia y variada producción artesanal. Los tiwanacotas, mollos e incas han dejado una herencia de utensilios y vestidos, de cerámica y de textiles.

También durante la colonia, una de las actividades más importantes de la ciudad era la de los obrajes, talleres preindustriales que no sólo producían textiles para el consumo interno, sino también para la exportación del Virreynato. Si bien la producción de los obrajes decayó desde el comercio libre decretado en 1776, los artesanos tuvieron un rol político y social muy importante en el siglo XIX, siglo en el que el término de artesano se amplió a muchos sectores productivos, ampliación que se mantiene en la actualidad.

Aún hoy, es posible encontrar sastres, carpinteros, zapateros, peluqueros en cada barrio y, en algunas zonas, en cada calle, siendo los más exitosos aquéllos vinculados con la fiesta como los matraqueros, los pollereros y, especialmente, los bordadores. La confección de la

vestimenta de la chola paceña (polleras, mantas, sombreros y zapatos), junto con la producción de la indumentaria de la fiesta, constituyen una importante fuente de empleo y acumulación; su forma de producción es un puente entre la artesanía y la industria.

A fines del siglo XIX, se inicia la historia de la industria paceña, de la mano, en muchos casos, de la migración europea. Algunas industrias vinculadas con el sector alimenticio subsisten hasta el día de hoy y son parte de nuestra identidad, como formas de pan, embutidos, gaseosas, tabaco y cerveza. También fue importante el desarrollo de la industria textil, en torno a la cual se formaron las influyentes organizaciones fabriles, aunque buena parte de estas industrias no pudo sobrevivir a la apertura indiscriminada del mercado.

Además de las industrias centenarias, en la actualidad destaca la intensa actividad manufacturera en la ciudad de El Alto, convertida en uno de los rubros más importantes de la exportación boliviana, pero que tiene graves problemas a la hora de ganar el mercado interno por la competencia del contrabando y de los vendedores y consumidores de ropa usada.

Así llegamos a otra faceta del ser paceño: el comercio. Si bien, en la época prehispánica, la consecución de productos de diferentes pisos ecológicos se produjo gracias a los enclaves, eso no restó importancia al intercambio, inclusive entre el mundo andino y amazónico. En todo caso, fue en la colonia, cuando la región entró de lleno en la economía de mercado. Gran parte de la élite paceña, desde esos tiempos, sea aymara, criolla o mestiza, está vinculada con el comercio.

La posición geográfica de la ciudad, dentro del país y dentro del centro oeste de Sudamérica, convirtió a la región en un centro privilegiado para el intercambio nacional e internacional. Así, desde siempre, cada calle tiene su tienda y, en algunas calles, cada casa, o el espacio público, como las veredas, es una tienda. La ciudad toda parece un inmenso mercado.

La modernización de la ciudad y la migración del Viejo Mundo, a inicios del siglo XX, produjeron el auge de las casas comerciales, muchas levantadas por extranjeros, que tuvieron la virtud de poner a disposición del ciudadano paceño los productos de la modernidad,

aunque también el lado negativo de obstaculizar el desarrollo de la artesanía y la industria propias.

Esa contradicción entre industria y comercio nace a fines de la colonia y sobrevive actualmente con más ventajas para el comercio. Las grandes casas comerciales comparten el mercado con las galerías y con el masivo comercio informal. De hecho, La Paz es una de las pocas ciudades modernas en la que las ferias y mercados callejeros son muchos más importantes que los supermercados y galerías.

No siempre es fácil distinguir las distintas categorías de comerciantes en los diversos sectores sociales; empresas anónimas, familiares e individuales son el reflejo de otra de las características de la paceñidad: la facilidad de contraerse y expandirse; del mercado macro y del mercado micro.

En todo caso, la mayor fortaleza económica del departamento es su diversificación, que le ha permitido sobrellevar mejor las crisis económicas. Por lo mismo, no puede señalarse una actividad económica predominante; La Paz tiene una economía diversa que combina muchos factores: agricultura, pastoreo, coca, minería, industria, comercio, artesanía, finanzas, etc.

Sin duda, desde la colonia hasta la actualidad, predomina la economía extractiva de los recursos naturales; pero esa visión del desarrollo comparte con una mentalidad industrial, presente, sobre todo, desde la migración extranjera de principios de siglo XX y que, en la actualidad, tiene una de sus máximas representaciones en la mediana y pequeña industria instaladas en El Alto.

Así como es difícil identificar una actividad económica hegemónica, también es difícil señalar a los empresarios más sobresalientes. Los protagonistas de la industrialización paceña son empresas de distintos tamaños, pero con un claro predominio cuantitativo de los pequeños y micro empresarios que, por cierto, son los mayores generadores de empleo.

SOCIEDAD, CULTURA Y POLÍTICA

La Segunda Parte de este libro comprende los capítulos de multiculturalidad, desarrollo urbano, y política y poder.

Definitivamente, La Paz es un departamento diverso, lo que es percibido como una de sus mayores fortalezas y riquezas; pero, también, desde otros puntos de vista, se tiene la percepción de que es una debilidad, sobre todo cuando se convierte en fuente de conflictos y de tensiones internas.

La diversidad sociocultural de la población paceña está íntimamente conectada con la diversidad geográfica y ecológica. En este departamento, se pueden distinguir, por lo menos, seis regiones con identidades medioambientales definidas: altiplano lacustre, altiplano sur, yungas, valles del este, valles del norte, trópico amazónico. La relativa cercanía con la costa del Pacífico es otra fuente de influencia cultural.

En esas regiones y otras tantas microregiones, han habitado y habitan múltiples culturas. La multiculturalidad viene desde la época prehispánica: urus, chiripas, tiwanakus, aymaras, mollos, kallawayas e incas se turnaron en el dominio hegemónico del altiplano, de los valles, de los yungas y de la costa; así como takanas, chimanes, mosetenes y lecos compartieron el inmenso espacio amazónico.

Todos esos grupos étnicos han contribuido a la identidad diversa de la población paceña; los restos de los templos, esculturas y cerámicas de Tiwanaku convierten a esa cultura en la más importante imagen histórica de ese periodo. Del mismo modo, por su población, la fuerza de sus contenidos culturales y su actual expansión por todo el departamento, se puede decir que los aymaras son actualmente la cultura originaria predominante.

El encuentro de los tres mundos: el originario, el occidental y el africano, iniciado en este territorio a partir de 1532, además del exterminio y de la violencia, produjo un enriquecimiento de la diversidad, pero también generalizaciones que la empobrecieron. Todos los pueblos originarios fueron catalogados como indios para forzarlos a cumplir con las contribuciones a las que estaban sometidos, del mismo modo que la diversidad de los pueblos hispanos fue incorporada a la categoría de españoles peninsulares, en este caso, para señalar sus privilegios. También, el encuentro produjo el nacimiento de otros importantes protagonistas de la diversidad cultural

paceña: los criollos (hijos de españoles nacidos en América); los mestizos y los afrodescendientes.

Si bien, como en toda sociedad, lo económico marcó profundas diferencias en la estructura social, el abolengo y los criterios étnicos fueron el principal parámetro de clasificación social, lo que se mantuvo vigente el siglo XIX y continúa en la actualidad, aunque conviviendo profundamente con criterios económicos y de clase, lo que ha enriquecido aún más la diversidad.

La identidad paceña es un proceso social en construcción, que reúne a las culturas aymara, chola, criolla y afro, y se nutre también de actividades económicas y sociales, así como de las organizaciones que las representan, como los artesanos, los obreros, los empresarios, los intelectuales, los estudiantes, los profesores, las juntas vecinales, los comerciantes gremiales, los folcloristas, los campesinos, los pescadores, los mineros, todos, a su vez, subdivididos en especificidades.

En el siglo XIX, acorde con ciertas corrientes filosóficas de la época y la enorme expansión de la cultura occidental, el paradigma de una pugna mundial entre civilización y barbarie influyó en no pocos pensadores latinoamericanos, nacionales y paceños, así como en parte de la sociedad criolla hegemónica que tendió a percibir la diversidad como un elemento perverso y causa principal de nuestro retraso. Sin embargo, en el siglo XX, esa percepción fue cambiando gradualmente no sólo por las transformaciones internas ocurridas en ese periodo, como la Revolución Nacional y, más recientemente, por la apertura democrática, sino también por las nuevas corrientes políticas y de pensamiento en el mundo desarrollado.

De esta manera, las culturas nativas han ido ganando, en un proceso lento pero ascendente, cada vez mayor protagonismo en la vida política y cultural de La Paz y de Bolivia. La carga despectiva del término indio dio paso a su sustitución por el de campesino, durante la Revolución de 1952; pero fue, sobre todo, a partir de las propias organizaciones indígenas y campesinas, reforzadas por la influencia de numerosos estudios históricos y antropológicos, que se ha propendido a recuperar la tradición étnica bajo el nuevo término de pueblos originarios.

Así, pues, los últimos treinta años se caracterizan por la emergencia de una nueva percepción positiva de lo multiétnico y pluricultural basada en la autoafirmación de los pueblos originarios, de la población afrodescendiente y del mestizaje, aunque queda el desafío de promover la interculturalidad, entendida como diálogo equitativo y horizontal entre las diversas culturas.

La diversidad cultural paceña es, desde luego, dinámica. Además de las identidades históricas, surgen identidades nuevas, construcciones interculturales cuyo mayor escenario son las fiestas folclóricas, especialmente el Gran Poder y la Entrada Universitaria; fiestas en las que se encuentran individuos y grupos pertenecientes a todos los estratos sociales y culturales.

Otro importante indicador de la interculturalidad paceña es la religión. Son numerosos los momentos en los que muchos paceños viven una amalgama profundamente arraigada de la religión católica con la religiosidad andina. La fiesta de Alasita, el martes de Ch'alla, las bendiciones en Copacabana, la relación con los difuntos son ejemplos de ello.

A partir de la riqueza de esta diversidad, surge la preocupación por avanzar en la construcción y consolidación de una identidad unitaria y aglutinante de la paceñidad, con la participación equitativa y comprometida de los habitantes de las ciudades de La Paz y El Alto conjuntamente con los habitantes de todas las provincias y regiones del departamento, evitando los errores que hicieron fracasar las políticas previas que entendieron la integración no como interculturalidad, sino como la incorporación del indio a la civilización, generando, sin quererlo, la percepción de la existencia de una cultura hegemónica y otras subalternas.

Para construir la identidad paceña, además de entender las características propias de cada una de sus regiones, se requiere comprender la identidad de la ciudad, recordando que lo paceño nació desde el momento en que se funda una ciudad con ese nombre. Así, es fundamental percibir la ciudad en su relación con el entorno rural y regional. En ese sentido y a pesar de que La Paz no está plenamente consolidada como una región, es evidente que su influencia trasciende

las fronteras departamentales y nacionales, para constituirse en un vigoroso punto de referencia tanto para el sur del Perú como del norte de Chile, erigiéndose en la capital andina del continente.

El capítulo 6 aborda justamente la cuestión del desarrollo urbano departamental. La revisión histórica de este proceso tal vez ayude a comprender por qué La Paz no tiene una posición dominante en Bolivia, comparable a la de Santiago, en Chile; Lima, en Perú o Buenos Aires, en Argentina. Una peculiaridad boliviana, desde su fundación, es ser un tren con dos locomotoras, a diferencia de otros países. Lo destacable es que La Paz es y ha sido una de las dos locomotoras.

La Paz, como espacio urbano, es una ciudad, a la vez, premoderna y moderna, en la que muchos de sus caracteres permanecen por siglos y otros cambian de un día a otro. Aquí pueden verse jóvenes identificados con los bailes tradicionales y jóvenes identificados con el hip hop, provenientes de diversas clases sociales.

Una ciudad con dos ciudades; en la colonia con el damero español y los barrios de indios; en la actualidad, la Hoyada y El Alto; pero también una ciudad del encuentro mestizo, de la gastronomía común; de los puentes que unen; de una plaza que es un punto de llegada y de partida para todos los destinos y, que a la vez, son tres plazas: San Francisco, Los Héroes y "la Pérez".

Una ciudad que ha crecido a costa de los ríos, de las montañas y de los valles de su entorno y, también, desde hace treinta años, de la altiplanicie. Una urbe dinámica, en la que la mayor parte de su población son habitantes de primera y segunda generación; una ciudad de inmigrantes de diferentes partes del mundo y del país que han marcado, a su turno, símbolos muy paceños, pero traídos desde afuera, como el ritual de la ch'alla, el pan marraqueta y la gaseosa de papaya.

La cara urbana del departamento exhibe la presencia pujante de dos ciudades muy entrelazadas. Así, La Paz no es solamente la tradicional hoyada, sino también una realidad urbana enormemente compleja con el incesante y vertiginoso crecimiento de El Alto. El Alto es la trinchera de las luchas sociales, pero también la ciudad de la pequeña y mediana industria, de las megaferias, de la sobrevivencia y de la productividad. En suma, se trata de una ciudad dividida administra-

tiva, social y políticamente, pero que clama por políticas comunes y por una institucionalización metropolitana.

El último capítulo de la Segunda Parte se refiere a la política y al fenómeno del poder. La historia de las luchas políticas en La Paz tiene como característica principal la convivencia entre el fraccionamiento y la vocación unitaria; entre la modernidad y la tradición; entre la lógica andina y la lógica de mercado; entre los derechos individuales y los derechos corporativos. La fundación de la ciudad de La Paz fue producto de discordias y concordias, como está escrito en su propio escudo.

El fraccionamiento es propio de esta región desde tiempos prehispánicos, especialmente durante los señoríos aymaras. Sin embargo, ya en esa época se dieron procesos de inclusión en espacios mayores, como el universo andino, y, luego, en la colonia, como parte activa de la Audiencia de Charcas y los Virreinatos de Lima y Buenos Aires.

La Paz fue escenario tanto de la división entre indios y españoles como de los pactos sociales. Fue terreno de batallas decisivas durante la sublevación general de indios y una de las pioneras de la lucha por la independencia de España. También, fue motor de los cambios liberales a fines del siglo XIX hasta constituirse en la sede de gobierno y escenario de la alianza entre los criollos liberales y los líderes indígenas que buscaban la recuperación de su tierra, alianza, que, de no haber fracasado, pudo haber trastornado completamente la historia regional y nacional.

Se entiende así que el departamento haya sido, a lo largo de la historia, protagonista de los cambios liberales y de su cuestionamiento; del nacionalismo revolucionario, de la cultura de la violencia y de la cultura de la paz; actor fundamental para la recuperación de la democracia y de los cambios profundos dentro de ella, hasta la última etapa de transición con sus triunfos y tragedias. En este sentido, La Paz puede reivindicar para sí la condición de eje articulador de la nación boliviana durante muchas décadas, gravitación política que todavía mantiene.

Si bien las corrientes políticas e ideológicas fundacionales nacieron en otras ciudades, como en Cochabamba, La Paz fue la región que

encarnó y llevó a la práctica la mayoría de ellas: el liberalismo, el nacionalismo revolucionario, el katarismo, el condepismo y, actualmente, el movimiento al socialismo.

Sin embargo, con un poder dividido y segmentado, las decisiones distribuidas entre las organizaciones estatales y las de la sociedad civil, la carencia de un liderazgo aglutinador, La Paz resiente la ausencia de un verdadero proyecto departamental asumido por todos. En La Paz se sigue percibiendo como una de sus mayores paradojas la existencia de una gran fortaleza institucional en lo micro y una gran debilidad institucional en lo macro; un caos en aspectos de la vida cotidiana y una impresionante disciplina en las demostraciones culturales y folclóricas.

Pese al estilo convulsivo de las luchas políticas, en La Paz se ha dado también, como en el resto del país, una gran capacidad para los pactos y la concertación política. Los grandes cambios sociales y políticos no han producido, ni cualitativa ni cuantitativamente, las venganzas y muertes que se han visto en otros países, ni siquiera en la revolución de 1952.

Si bien todo conflicto termina en un pacto, las constantes situaciones de pugna y crisis política han producido un profundo desgaste en la actividad política y una marcada frustración ciudadana. No pocos paceños se cuestionan si la febril actividad política en La Paz ha sido más perjudicial que útil. Sin embargo, la fuerza de su vocación nacional la mantiene como la región con mayor capacidad de articular la consolidación de Bolivia como nación y como Estado.

Este trabajo aporta también elementos para reflexionar sobre una temática de creciente importancia en Bolivia: el centralismo. Sin duda, éste existe, especialmente desde 1938. Lo que es discutible es la afirmación de que el centralismo en la sede de gobierno ha beneficiado exclusivamente a La Paz. Si se comparan las cifras de inversión y la participación de ciudadanos paceños en las altas esferas gubernamentales en los últimos 50 años, concluiremos que mucho de lo que se ha dicho sobre el centralismo es un mito, sobre todo cuando se comprueba que Bolivia nunca tuvo un centro absoluto y que la política en nues-

tro país, en la mayoría de los casos, se ha movido por las demandas y presiones de los actores regionales y locales.

REGIÓN Y ESTADO NACIONAL

Precisamente, la tercera parte del libro trata sobre la región y el Estado nacional; la economía paceña y su aporte al desarrollo nacional, así como el drama de la integración física del departamento.

Paradójicamente, la diversidad geográfica y la bella cordillera, que son su mayor orgullo, son también el mayor obstáculo para la integración y vertebración física de La Paz. La historia de los intentos por conectar unas regiones con otras se inicia con los pueblos prehispánicos, quedando como testimonio de ese titánico esfuerzo el camino del Takesi, precursor de las varias rutas que hoy unen el altiplano con los yungas y el trópico, caminos dificultosos que no terminan de concluirse ni de asfaltarse.

El asfalto sí nos une, desde hace unos años, con la costa y con la ruta troncal que integra al país; pero todavía no ha llegado a los valles y al trópico del departamento. La infraestructura vial sigue siendo otro de los grandes desafíos que los paceños tienen por delante.

Más acelerado ha sido el progreso de los medios de transporte. La llama, primero, luego la mula y el caballo, después, el tren, el automóvil y, finalmente, el avión permiten un viaje cada vez más rápido y más cómodo; salvo el tren, todos todavía son útiles según la región y el viajero. Por ello, los caminos y el transporte siguen marcando diferencias sociales y territoriales al interior del departamento.

El tema del centralismo permite analizar también la relación entre La Paz y Bolivia. No se puede negar que La Paz se benefició, al convertirse en sede de gobierno, especialmente en el primer tercio del siglo XX; pero, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, las contribuciones y excedentes de La Paz subvencionaron y reforzaron en gran medida las economías de otros departamentos. Por eso, algunos especialistas consideran que, además del estancamiento y crisis que hoy se vive, el reparto de sus excedentes constituye la mayor debilidad del departamento, dándose un "vaciamiento" de sus ingresos debido a su redistribución a otros departamentos.

El último capítulo está dedicado a profundizar la temática económica, las cifras de la producción y la participación de la economía paceña en espacios más amplios. Ya se habló del importante aporte de la región andina a la dieta mundial con la papa, la coca y el maíz: Los tributos de los indios y las alcabalas del comercio beneficiaron a la metrópoli española y a los virreinatos de Lima y Buenos Aires. Más recientemente, con el esfuerzo fiscal de los contribuyentes locales, La Paz aporta a la economía en una proporción no menos significativa.

Otra de las fortalezas paceñas es la mano de obra disponible y que se distingue por su creatividad y talento en rubros muy diversos: metalmecánica, artesanía, transformación industrial y otros, pero que sin duda requiere de más capacitación y calificación técnica.

Con todo, es difícil definir el modelo económico paceño porque en nuestro departamento conviven lógicas complementarias y contradictorias: la lógica andina con la lógica de mercado; la lógica de la modernidad con la de la tradición y la lógica de las corporaciones y gremios con la de la competencia y libertad individual.

El comportamiento de la población aymara es un ejemplo de esta complejidad: conserva tradiciones, pero, a la vez, un fuerte sector de ella comprende y actúa claramente con la economía de mercado, tanto que se puede hablar de un liberalismo aymara.

TEMAS PARA EL DEBATE

Se ha dejado para el final del libro una sección que recapitula y sintetiza el debate suscitado entre un grupo de intelectuales, provenientes de la sociología, la antropología, la comunicación social y otras disciplinas y quehaceres, en distintos espacios de discusión. Este debate fue por demás fructífero y permitió señalar preguntas e hipótesis de trabajo, sobre el pasado, presente y futuro del departamento.

Estas preguntas e hipótesis también permiten abrir un diálogo con el lector acerca de las fortalezas y debilidades; las oportunidades y amenazas; los desafíos y los obstáculos en la consolidación del desarrollo de La Paz y la afirmación de su vocación articuladora de Bolivia.

PARTE PRIMERA

ECONOMÍA Y PRODUCCIÓN

Pintura de Melchor María Mercado "El Arador" La Paz 1859. Archivo Nacional de Bolivia



Campesinos aymaras y afros. Cultivos en el altiplano y en los Yungas.

CAPÍTULO 1
AGRICULTURA Y PASTOREO

Cuando se tiene una mirada de larga duración de la historia paceña, mirada que, además, abarca varios temas, se encuentra que la agricultura-pastoreo tiene un papel fundamental en el peso de la economía así como en su dimensión sociocultural. Las preguntas que rondan los análisis históricos de hoy implican un cuestionamiento acerca de cuáles fueron las bases que permitieron que La Paz se fuera constituyendo a lo largo del tiempo en la región más dinámica del país.

Una de las respuestas, entonces, está en el peso demográfico no solamente de la ciudad, sino de todo el departamento, peso que está apoyado por una población mayoritariamente rural a lo largo de su historia. Esta población, que se apoya en la agricultura y que se mantuvo casi sin variantes tecnológicas por siglos, pudo generar un autoabastecimiento local y articularse mediante distintos productos agrícolas a la economía nacional. La coca, por ejemplo – que será tratada en un acápite por separado –se articuló a la minería, no importa dónde ésta se desarrollara. En otro momento fue la quina o el café. De esta manera se permitió un desarrollo sostenido al departamento. Otros productos agrícolas fueron tomando importancia, pero en menor medida.

Sin embargo, los problemas más visibles de la agricultura paceña tienen que ver quizás no tanto con la tecnificación del campo -porque las particularidades ecológicas hacen difícil la introducción de maquinaria agrícola- como con la falta de industrialización de sus tan varia-

dos productos y con la carencia de vías de acceso a las regiones más alejadas. El otro gran problema que viene desde el siglo XIX, pero hace crisis en el XX, es el del minifundio y la falta de alternativas imaginativas al pastoreo.

En las siguientes páginas, veremos cómo una población originaria particularmente pastoril de las tierras altas, agricultora de los valles y recolectora de las tierras bajas, conformaron una cierta unidad (particularmente en los dos primeros casos) y encontraron como solución económica desde muy lejos en el tiempo la articulación entre pisos ecológicos. Este sistema se mantuvo durante el periodo colonial, pero fue en este momento cuando el área rural vivió un cambio fundamental con la introducción de un sistema de propiedad distinto e individual, como fueron las haciendas, que introdujeron cultivos más intensivos y nuevos productos como la caña de azúcar. Lo propio ocurrió con la ganadería, donde se introdujeron nuevos animales que muy pronto fueron asimilados, pero se integraron sobre todo a una economía autosuficiente.

Será en el siglo XIX que La Paz irá consolidándose como el centro agrícola y pecuario de Bolivia, como muestran las estadísticas de este periodo. La fuerte presencia demográfica, sobre todo en comunidades, pero también en haciendas, siguió haciendo de La Paz una región pujante donde la zona cocalera se presenta como uno de los pilares de la economía del XIX.

Junto con las dos formas preponderantes de propiedad características del periodo colonial – haciendas y comunidades –, se fue abriendo paso una forma de propiedad familiar en pequeña escala. Esta relación hacienda-comunidad tuvo una respuesta en el campo político, en las últimas décadas del siglo XIX, cuando surgieron los debates y los embates a las comunidades porque el problema que se planteaba era cómo hacer que la renta agraria fuera fuente de capital y cómo crear un mercado de consumo.

En las primeras décadas del siglo XX se consolida el latifundio, pero también en ese siglo, en 1953, tiene lugar la Reforma Agraria que lo termina. Se trata de un proceso que a lo largo del siglo dará lugar a un constante fraccionamiento de la tierra que, a su vez, pro-

moverá estrategias de herencia que limiten la división así como la migración a la ciudad de La Paz. Los esfuerzos realizados por entidades estatales, cívicas y no gubernamentales no han podido superar el problema y queda como uno de los retos económicos y sociales la posibilidad de industrializar el agro tanto en la región andina como en la amazónica del departamento. También sigue en pie la necesidad de articular las zonas productivas mediante caminos.

Retornando a la mirada de larga duración con que empezamos esta introducción, es preciso reconocer en este campo el fundamental aporte científico y tecnológico originario, suficientemente flexible como adecuarse a un paisaje vertical y también para sostener la productividad en momentos de crisis.

1.1 ARTICULANDO ESPACIOS EN EL PERIODO PREHISPÁNICO

> Los campesinos andinos han encontrado en el "control vertical" y en el manejo paralelo de una serie de ciclos de producción agropecuarios, una respuesta a las desfavorables condiciones naturales que limitan seriamente su productividad. Intercalar ciclos de producción les permite aprovechar la mano de obra agropecuaria en forma mayor y más prolongada que a otras sociedades más favorecidas por la naturaleza. El manejo paralelo de dichos ciclos resulta posible gracias a la existencia de instituciones que regulan formas complejas de cooperación entre un gran número de unidades domésticas (Golte, 1980:14).

Esta forma de control del espacio se aplica muy bien al territorio paceño, pues este territorio es una síntesis de la diversidad ecológica boliviana; en este sentido, el uso de la tierra también fue diverso y es inseparable de las culturas que se desarrollaron en él. Para su mejor conocimiento, se puede organizar este territorio en diversas áreas culturales o de co-tradición cultural (lo que implica un proceso en el tiempo). En esta región se encuentran las zonas de tierras bajas o pie de monte con la región de montaña o de los chunchos en el norte de

La Paz, luego la zona de los Yungas, los valles interandinos y la zona lacustre, alrededor del lago Titicaca.

La zona culturalmente más consistente es ésta última, que fue escenario del desarrollo de diversas culturas, desde las culturas del periodo llamado Formativo por la arqueología, que precede al gran desarrollo de Tiwanaku, donde destacan: la cultura Wankarani; la cultura Tiwanaku clásica (300-1200 dC), punto cumbre de las culturas prehispánicas andinas; luego, los señoríos aymaras (1200-1450 dC) y, finalmente, los incas (1450 – 1532). Estas culturas tuvieron como centro político y demográfico a la zona del lago Titicaca, pero controlaban también los valles y, hasta cierto punto, las zonas bajas.

El uso de la tierra, entonces, responde a una combinación cultural y ecológica. La característica de las culturas del lago es precisamente su articulación que se fue forjando durante miles de años. Sin embargo, ecológicamente, ciertos recursos tenían prioridad sobre otros. En el altiplano, uno de los recursos más importantes eran los camélidos: los domesticados, como la llama y la alpaca, y los que permanecían en estado salvaje, la vicuña y el guanaco. Lo que permitía el desarrollo de la vida era el aprovechamiento del ganado que tenía muchos usos: su carne, lana, huesos, grasa, pero, sobre todo, su capacidad de carga y el animal utilizado con este fin era la llama. El contar con estos animales hacía de la población altiplánica una población pastoril que debía movilizarse para adquirir los otros recursos que necesitaba y controlar de paso otras zonas. Los camélidos hacen la diferencia también con Mesoamérica, región que no contó con animales de carga.

En el propio altiplano, entonces, era de primera importancia contar con espacios para la crianza del ganado y la conservación de espacios libres para el ganado salvaje. Las llamas se desarrollan plenamente en ambientes altos, fríos y secos, pero las alpacas necesitan humedad. Mientras las llamas se utilizaban principalmente para el transporte, las alpacas lo eran para la lana. El cuidado de los animales requería relativamente poca mano de obra, pero una alta movilidad, llevando al ganado a zonas de pastoreo estacional según sea época húmeda o seca del año. La tenencia de los pastizales era comunal y dispersa en

diversos microclimas de altura donde estaba distribuida una buena cantidad de "estancias", según las llamaron los españoles, donde ciertos grupos o familias cuidaban el ganado.

Complementariamente, desarrollaron cultivos de altura, como papa, quinua, papalisa, cañawa y maíz, frutas, ají, coca y algodón en las tierras de valles y yungas. Las tierras para el cultivo de altura eran también de propiedad comunal, aunque el cultivo y usufructo parece haber sido familiar. Las tierras se distribuían cada año cambiando los cultivos y dejándolas descansar periódicamente. Cada familia contaba con una cantidad de tablones de tierra, denominados "callpas", y el conjunto de ellos, distribuidos en diferentes microclimas de la comunidad, se denominaba "sayaña". La sayaña, entonces, era un conjunto de tierras dispersas de la comunidad que cambiaban de año en año.

Lo mismo, parece, ocurría en los valles, con la diferencia de que las tierras de las alturas eran utilizadas y habitadas por una sola etnia o dos, cuando el señorío era bi-étnico, como en el caso de los pacajes y collas que incluían a aymaras y urus. Pero en los valles y tierras bajas, las tierras eran ocupadas por varias etnias. Este sistema de control de tierras de manera discontinua desde los núcleos altiplánicos ha sido denominado "control vertical" por John Murra (1972).

El control vertical es un sistema de control del espacio utilizado desde tiempos pretéritos. Hay evidencias de que en el periodo de Tiwanaku ya estaba en funcionamiento, aunque fue ampliado y consolidado por los incas. Se trata de una forma particular de los Andes donde los señoríos de tierras altas controlaban tierras de valles, yungas y costa sin tener necesariamente el control del todo el territorio entre una y otra zona, de modo que se trata de una territorialidad salpicada. La posesión de las tierras en las "islas ecológicas" era comunal y los productos eran llevados de una a otra región mediante la posesión directa y se supone que no medió en estos tratos intercambio, trueque y menos aún comercio.

Este punto, sin embargo, viene siendo cuestionado últimamente porque en ciertos contextos y con ciertos productos, como la coca, parece que hubo formas de intercambio. El trabajo en las "islas" era realizado por mitimaes que eran miembros de las comunidades de

altura enviados como colonos permanentes, con toda la familia, a instalarse en estos sitios a nombre de su comunidad. Eran parte siempre de su comunidad de origen y regresaban allí en momentos festivos y rituales. Junto a los mitimaes de un grupo, solían vivir mitimaes de otros, de modo que las islas eran, por lo general, multiétnicas.

Pero la tenencia en los valles, desde la perspectiva de los grupos de valle, no incluía el control de las tierras altas, según demostró Murra en sus ejemplos acerca del control vertical. La población de los valles dominados por los incas consiguió mantener el acceso a la tierra y tuvo que aceptar, bajo la "pax incaica", la presencia de mitimaes de altura en algunas partes de su territorio, aunque en el caso paceño no se conoce un caso como el que ocurrió en Cochabamba donde originarios – chuis, cotas y sipesipes – del valle fueron trasladados en masa a otras regiones. Los únicos grupos originarios de valle que se conocen en La Paz son los quirhuas y los callawaya y, como cultura, los mollo. Pero hablaremos de ellos en el acápite correspondiente.

En los Yungas la situación es un tanto diferente. También fueron controlados por los incas, también tuvieron allí tierras los grupos de altura, pero los grupos del lugar no perdieron el control de sus tierras y vivieron en una tensa relación durante el periodo incaico. Coca y maíz eran los productos de mayor importancia en esta región.

La territorialidad de la zona de piedemonte, al Norte de La Paz, es poco conocida en este periodo. Se trata de una zona que en la región cercana a la cordillera es sumamente vertical y luego va descendiendo hasta formar planicies. El uso de la tierra corresponde a un sistema de roza y siembra y de recolección, con énfasis según los casos.

1.2 COMUNIDAD Y HACIENDA, LAS CREACIONES DEL PERIODO COLONIAL

El sistema de tenencia de la tierra, los productos y el ganado cambiaron profundamente desde la llegada de los españoles. La tenencia de la tierra y, por ende, la producción agrícola desarrollaron dos formas particulares: las comunidades y las haciendas. Las comunidades campesinas sobrevivieron en todos los espacios de la región paceña, tanto en el altiplano, como en los valles y en el semitrópico; pero ya no

tuvieron el dominio exclusivo, sino que compartieron el espacio con las haciendas de españoles y criollos.

El antecedente más temprano de control de la producción agraria y pastoril fue el sistema de las encomiendas, por el cual se encomendaba a un español un grupo de indios que debían trabajar para él y pagarle tributos a cambio de su evangelización. Las encomiendas, por su escala, en la mayoría de los casos, fueron mucho más extensas que las haciendas. Por ejemplo, Gonzalo Pizarro, después de la victoria sobre los almagristas, quedó en posesión de todo el sur del antiguo señorío Omasuyos, es decir, de las poblaciones de Huarina, Viacha, Guaqui, Caquingora y, también, de toda la región yungueña; un inmenso territorio que incluía 10.570 indios (Crespo, 1993); el primer alcalde de La Paz, Juan de Vargas, tenía la encomienda de Tiwanaku. Así, gran parte del territorio paceño pasó a ser administrado por los encomenderos.

En todo caso, desde las Leyes Nuevas de 1542, el sistema de encomiendas fue reemplazado paulatinamente por el de vasallaje al Rey, que implicaba que los indios dejaban de pertenecer a particulares y pasaban a tributar al Rey. Los que se rebelaron contra las nuevas normas perdieron las encomiendas y varios, sus propias vidas después de una larga guerra; en cambio, otros lograron conservar las encomiendas hasta su muerte.

Así, desde la segunda mitad del siglo XVI, los españoles, en cuanto a la producción agrícola y ganadera, instauraron el sistema de las haciendas, particularmente en los valles y yungas. La principal producción consistía en la papa y las hortalizas; también el ganado vacuno, camélido y ovino y en los Yungas la producción de coca.

En las tierras de comunidad y en no pocas haciendas del altiplano y de los valles, los principales cultivos estaban dedicados a productos tradicionales de origen prehispánico, llamados "de la tierra", como el maíz, la papa, la quinua y el ají, productos de gran consumo entre la población indígena y en los centros mineros. Entre los productos traídos por los españoles, se cultivó el trigo en los valles andinos, aunque no en la misma proporción que en Cochabamba, la gran proveedora de trigo de Oruro y Potosí.

Dos cultivos tuvieron una mayor expansión, requiriendo una estructura agraria adecuada a una producción en mayor escala; los dos localizados en la zona caliente paceña de los Yungas: uno tradicional, la coca, y otro importado, el azúcar. De la producción de la coca, por su especial importancia, hacemos referencia en el capítulo respectivo. Aquí recordemos que, en un principio, la producción estaba en manos de las comunidades, pero luego, sobre todo en el siglo XVIII, la mayor parte de la producción provenía de las haciendas. Las comunidades seguían manteniendo cocales para el autoconsumo.

La otra producción yungueña importante es la de la caña, que requería tecnología para procesar el azúcar. En la región peruana, como señala Scarlett O'Phelan, las plantaciones azucareras eran las empresas agrícolas más rentables durante el periodo colonial, especialmente las plantaciones de la zona caliente del Cuzco que abastecían al enorme mercado de los centros mineros y las ciudades de la Audiencia de Charcas.

En cuanto a La Paz, la ciudad se abastecía en menor porcentaje del azúcar del Cuzco, ya que una buena parte era suministrada por las plantaciones azucareras yungueñas. Laura Escobari señala la importancia de haciendas de la región de Coroico, como la hacienda Peri, que producía en el siglo XVII 1.000 arrobas de azúcar al año.

En cuanto al norte tropical de La Paz, conocido en ese entonces como las Misiones de Apolobamba, su principal producto fue el tabaco, que también era producido en los Yungas. El creciente consumo en el siglo XVIII en Cuzco, Arequipa y La Paz motivó una política de fomento a las plantaciones tabacaleras que favoreció especialmente a la región yungueña.

Tal como señala Juan Jáuregui, el comercio de tabaco significaba un importante ingreso de la Corona y por ello controló su comercio a través del estanco. El estanco de La Paz debía asegurar la provisión de tabaco en la ciudad, pero tropezó con el contrabando que se realizaba a Arequipa y Cuzco. Los hacendados productores de tabaco preferían vender a los comerciantes que pagaban un precio más alto que la administración estatal del tabaco. Otro cultivo importante fueron los viñedos, ubicados en la región de Luribay, Sapahaqui y Caracato.

En cuanto a la tenencia de la tierra, una institución importante es la iglesia, cuyas tierras, en muchos casos, cumplieron la función de capital para préstamos e hipotecas que -en un estilo muy particular- se llamaban los "censos". Miriam Quiroga señala que la Iglesia tuvo acceso a casas urbanas, así como haciendas y estancias, a través del sistema de las capellanías que era una forma de legado a la iglesia de parte de particulares.

Las capellanías tenían un beneficio recíproco. Las personas que cedían una hacienda y sus utilidades lo hacían a cambio de que el beneficiario de la capellanía celebrase misas a su favor, cumpliese obras pías, sirviese para los gastos en la formación de un sacerdote, etc. (Quiroga,1993). Las capellanías se instauraron desde el siglo XVI; así, los agustinos tenían capellanía sobre un viñedo en Caracato; las concepcionistas, en Palca; los franciscanos, en Irpavi, etc.

En cuanto a la ganadería, La Paz continuó siendo productora de ganado camélido, al que se añadieron el ganado vacuno y el ovino. Este último fue probablemente el mayor aporte traído por los españoles. Desde entonces, las comunidades andinas están profundamente identificadas con las ovejas y con los corderos. La lana de oveja fue materia prima fundamental de los textiles de las comunidades andinas, así como de los textiles producidos en los obrajes.

En conclusión, durante la colonia convivieron, no siempre pacíficamente, dos sistemas de tenencia de la tierra y de producción: la hacienda y la comunidad. En la actividad agropecuaria, por la coproducción de lo originario y lo importado, se manifiesta la nueva cultura mestiza, que tendrá su principal consecuencia en la gastronomía.

1.3 LA PAZ, CENTRO AGRÍCOLA Y PECUARIO DE BOLIVIA EN EL SIGLO XIX

Bolivia fue esencialmente un país rural hasta hace sólo unas décadas. A mediados del siglo XIX, la población de las principales ciudades y villas representaba apenas el 14% del total de la población (Barragán, 2003), lo que implica que el 86% de su población vivía en el área rural de la agricultura y ganadería.

Por lo menos tres tipos de propiedad coexistían en el área rural en el siglo XIX: las comunidades, las haciendas y las pequeñas propiedades. Según Dalence, existían 5.135 haciendas y 111.267 propiedades y terrenos de comunidad a mediados del siglo XIX en toda Bolivia. En La Paz se encontraban 1.625 haciendas distribuidas entre puna, medio valle, valle y yungas, que representaban casi el 32% del total de haciendas en el país (Dalence, 1846-48/1975: 211,241).

Las haciendas eran –en número– más importantes que las comunidades y predominaban en las cabeceras de valles y yungas. Entre fines del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX (1786-1838), Klein mostró, por ejemplo, para dos regiones, Chulumani y Pacajes, que las haciendas eran fundamentales en la primera y las comunidades en la segunda (Klein, 1995: 123-126 y 135-136).

Las pequeñas propiedades individuales y otras formas de acceso y propiedad fueron menos conocidas, pero también importantes, sobre todo en los Yungas, y podían denominarse sayañas e, incluso, haciendas. De ahí también que dentro del grupo de hacendados y terratenientes existiera una gran diferenciación (Klein, 1995: 45 y 49).

De acuerdo a la población de haciendas y comunidades en todo el país, Grieshaber mostró que el 68% de la población tributaria (es decir, indígena masculina sujeta al pago del tributo) vivía en las comunidades en 1838 y el 75% en 1877, mientras que las haciendas sólo concentraban al 29% y 23%, respectivamente. Esto implica que las comunidades, en lugar de perder su población tributaria, la incrementaron en este lapso de tiempo, mientras que las haciendas presentaron un proceso opuesto, de tal manera que se habría dado una "sobrevivencia de las comunidades". Casos regionales muestran, sin embargo, conflictos importantes por la tierra en los que las comunidades tuvieron que enfrentarse a hacendados, vecinos de los pueblos y autoridades locales (Calderón, 1991: 145, 147).

La población que vivía en las comunidades tenía, sin embargo, un acceso diferencial a la tierra en función de si era originaria o forastera. La población originaria debía ser la que descendía de la población registrada por el Virrey Toledo a fines del siglo XVI, mientras que la forastera hacía referencia a la población proveniente de otras

regiones que se había asentado en las comunidades recibiendo tierras menores como migrantes. En el siglo XIX, sin embargo, ser originario o forastero ya no tenía que ver con ser migrante o no, sino con el tamaño de la tierra. Se daban casos en que los hijos de originarios podían convertirse en forasteros y viceversa.

Pero más importante aún es el valor de las tierras de comunidad y haciendas, valor calculado con base en la producción y el acceso a mano de obra fundamentalmente, ya que la extensión poco podía significar sin trabajo. De acuerdo a esta información, las haciendas tenían casi tres veces más valor que las comunidades: 77% frente a 23%, aunque el número de unidades muestra una relación inversa (5.135 haciendas frente a 111.267 terrenos de comunidades (Dalence, 1846-48/1975: 211). El 4% de hacendados tenía entonces el 77% del valor de las tierras, mientras que el 96% de la población indígena comunaria apenas concentraba el 23%, lo que muestra la gran distancia y brecha entre haciendas y comunidades (Barragán, 2003).

La Paz concentraba, además, el mayor valor agrícola y pecuario del país (36%), seguida por Cochabamba (24%) y Chuquisaca y Potosí con el 15%.

VALOR DE LAS UNIDADES PRODUCTIVAS AGROPECUARIAS (COMUNIDADES Y HACIENDAS) POR DEPARTAMENTOS EN 1846

Departamentos	Total valor	%
Chuquisaca	3.869.939	15
Potosí	3.822.427	15
La Paz	9.511.638	36
Cochabamba	6.194.360	24
Tarija	690.850	3
Oruro	542.140	2
Santa Cruz	1.218.995	4.5
Atacama	203.000	0.5
Totales	26.053.309	100
Totales Según Tabla	23.800.707	

Fuente: Dalence, 1846-48/1975: 241. En: Barragán, 2003.

En el departamento de La Paz, las haciendas más valiosas eran las de los Yungas que producían coca, la que tenía un alto valor mercantil. De este modo, mientras 500 haciendas de la puna tenían un valor de 1.927. 382 pesos, 302 haciendas de los Yungas valían más del doble: 4.069.200 pesos (Dalence, 1846-48/1975: 241).

NÚMERO Y VALOR DE HACIENDAS Y COMUNIDADES DE LA PAZ RESPECTO DE BOLIVIA

	Haciendas					Comunidades					Total
	Nº A	% Vert.	Valor	% Vert.	% Horiz.	Nº A	% Vert.	Valor	% Vert.	% Horiz.	Valor
La Paz	1.625	27	7.104.961	35	75	879	21	2.406.677	41	25	9.511.638
Total Bolivia	6.133		20.149.098			4.204		5.904.211			26 053 309

Fuente: Barragán, 2003.

De acuerdo al anterior cuadro, las haciendas de La Paz congregaban 27% de las haciendas en términos numéricos y el 35% del valor total de las haciendas de Bolivia. La Paz congregaba también un importante porcentaje de las comunidades: el 21% de todas las comunidades de Bolivia en términos numéricos y el 41% del valor de ese conjunto.

Las haciendas más valiosas en el departamento de La Paz se distribuían en dos pisos ecológicos opuestos: más de la mitad (57%) estaba en los Yungas y otra parte importante en la puna (27%). Una comparación del valor de las haciendas según los pisos ecológicos presenta el siguiente panorama: el valor de las haciendas ubicadas en la puna concentraba un 27,13% en relación con las ubicadas en otras zonas; las de valle medio, el 8,89%; las de valle el 6,71%, mientras que las que tenían un evidente valor comercial eran las que se ubicaban en los Yungas, con un 57,27%, como se observa en el siguiente cuadro.

DISTRIBUCIÓN DEL VALOR EN PESOS DE LAS HACIENDAS EN EL DEPARTAMENTO DE LA PAZ SEGÚN ECOSISTEMAS EN 1846

	Puna	% Vert.	% Horiz.	Valle medio	% Vert.	% Horiz.	Valle	% Vert.	% Horiz.	Yungas	% Vert.	% Horiz.	Total
La Paz	1 927 382	59	27	631 880	7	9	476 499	12	6	4 069 200	98	57	7 104 961
Total Bolivia	3 251 206	100	16	9 109 506	100	45	3 674 336	100	18	4 114 050	100	20	20 149 098

Fuente: Barragán, 2003.

El valor de las haciendas era de tal magnitud que representaba casi el total del valor de las unidades productivas (incluyendo comunidades)en algunos departamentos, como Tarija, Chuquisaca, Cochabamba y La Paz, La Paz concentraba el 35% del valor de las haciendas de todo el país, mientras que las comunidades aglutinaban el 41% del valor de todas las comunidades en Bolivia. Las haciendas del departamento tenían casi el doble del valor de las comunidades (7 millones versus casi 2 millones y medio) y acaparaban el 75% del valor que tenía el conjunto de las unidades agrícolas en el departamento.

En cuanto a la producción, ésta era muy variada dados los diferentes pisos ecológicos de La Paz. La Paz producía, en 1846, el 58% de la quinua de todo el país, incluso más que Oruro, y el 31% de la producción papera; se caracterizaba también por la existencia de una gran cantidad de ganado en llamas (236.137) y ovejas (773.749) Era, además, el lugar de producción de coca por excelencia. Para 1846 se producían 441.927 cestos, que tenían un valor de casi tres millones de bolivianos (2.647.962 Bs.) que representaba el 23% de la producción agrícola total (Barragán, 2003).

Exceptuando algunos productos, como la coca para el mercado interno y la goma para el mercado externo, los productos agrícolas y pecuarios se destinaban fundamentalmente a la autosubsistencia. De ahí que algunos autores señalan que en el área rural había muchos "sobrantes" o "excedentes", pero no había cómo sacarlos porque el uso de las vías de transporte encarecían la circulación y por la tendencia hacia la autosuficiencia en cada zona.

Finalmente, un asunto que tuvo en tensión a la sociedad fue un debate sobre la expansión del latifundio o sobrevivencia de las comu-

nidades. En las últimas décadas del siglo XIX, la política estatal sobre las comunidades rompió con el relativo *statu quo* que había imperado después de la fundación de la república. Rivera (1978) enfatizó que la expansión del latifundio no fue, por tanto, resultado del proceso colonial, sino más bien un fenómeno contemporáneo de la economía minera de la plata. Platt (1982) planteó, por su parte, que la Ley de Ex-vinculación de 1874 fue una primera reforma agraria por la envergadura que implicó implantar un nuevo sistema impositivo fomentando la creación de un mercado de tierras que implicaba quebrar, definitivamente, estructuras consideradas arcaicas y caducas que dieran lugar al surgimiento de propiedades agrícolas con miras a una transformación capitalista.

De las posiciones de Rivera y Griesehaber se planteó un debate: ¿expansión del latifundio (Rivera) o supervivencia de las comunidades (Griesehaber)? Rodríguez recordó, sin embargo, que la fuente utilizada por Griesehaber sólo toma en cuenta a la población indígena y no así mestiza, importante en muchas regiones como mano de obra sujeta a las haciendas. De igual manera, podemos señalar que un análisis con base en esta fuente no necesariamente incluye a la población que vivía como "arrendataria" en las haciendas. Finalmente, si se considera que la formación de haciendas y latifundios se dio fundamentalmente después de 1881, como lo demostró Rivera, el panorama trazado por Griesehaber se aplica a la etapa previa, de ahí que no exista realmente un debate o dos posiciones distintas y encontradas. Sin embargo, como Rodríguez señaló, queda pendiente la tarea de analizar la superficie poseída por las comunidades indígenas en los dos momentos previos a las medidas que afectaron a las comunidades, la melgarejista (1866) y la Ley de Ex-vinculación (1874), para precisar la magnitud de las pérdidas de las tierras comunales considerando, igualmente, las variaciones regionales.

Sobre las medidas de Melgarejo y la "expoliación" que implicó, el estudio de Peñaloza (1990) muestra dos hechos importantes. En primer lugar, la clasificación según los precios de las tierras comunales subastadas muestra que el 42,5% del total correspondió a las propiedades compradas entre 1.000 y 3.000 pesos, categoría en la cual

debían ubicarse a las haciendas y latifundios. En segundo lugar, en el período 1867-1870, más de la tercera parte de ellas tenía un valor inferior a 1.000 pesos, lo que implica que una parte de las subastas afectó a sayañas (propiedades individuales) y pequeñas propiedades (ver gráficos 5 y 6 de Peñaloza, 1990: 127-128). En cuanto a la composición social de los compradores, Rivera demostró que, en esta época, paralelamente a los sectores terratenientes tradicionales que buscaban la ampliación de sus haciendas, se encuentra, en el caso de Pacajes, a un nuevo grupo de medianos propietarios, comerciantes e incluso caciques, que percibieron a la tierra no como un medio de producción, sino como fuente de una renta estable y como reserva negociable para la obtención de capital para su inversión en la pequeña y mediana minería (Rivera, 1978: 103).

Posteriormente, la Ley de Ex-Vinculación habría afectado inicialmente a regiones donde la presencia del latifundio era ya importante y sólo después a zonas consideradas más comunarias (Rivera, 1978: 107). Los períodos de mayor actividad en ventas habrían sido entre 1881 y 1886 y entre 1905 y 1915 (Griesehaber. En: Klein, 1995: 191). En Yungas, la situación fue, sin embargo, distinta, ya que las ventas afectaron a fracciones de comunidad introduciéndose en ellas propietarios mestizos y blancos. Pero lo más importante en este caso es que las comunidades aceptaron títulos individuales constituyéndose una economía parcelaria, que implicaría un debilitamiento previo de la estructura comunitaria (Rodríguez, 1982). Demélas considera, con base en algunos casos como el de Laja, que la comunidad estaba moribunda a fines del siglo XIX, minada desde su interior, dando lugar a un campesinado propietario con base en las sayañas (Demélas, 1992: 384).

Los distintos trabajos que analizaron la formación del latifundio no sólo remarcaron su masiva expansión a partir de la segunda mitad del siglo XIX, sino también su relación con el surgimiento de la oligarquía minera como parte del proceso de acumulación originaria del capitalismo.

Rodríguez, cuestionando la antinomia común hasta fines de los 70 entre haciendas y minas, afirmó que si bien la hacienda se carac-

terizó por relaciones de producción feudales, ella no fue un obstáculo para el desarrollo del capitalismo minero, sino más bien perfectamente funcional. Los terratenientes habrían utilizado la plusvalía conseguida en sus haciendas para destinarla en otras inversiones, ingresando así a un circuito de acumulación capitalista (Rodríguez, 1978: 124). Esta transferencia podía darse también indirectamente, a través de la compra de acciones mineras o depósitos bancarios. Rivera, analizando el caso de Pacajes, trató de explicar por qué el desarrollo capitalista -centrado en torno al sector de la plata- no logró modificar el carácter feudal de la agricultura boliviana. Constató que las explotaciones mineras pequeñas que entraban en producción en coyunturas favorables se encontraban estrechamente ligadas a la hacienda. Por consiguiente, ésta habría desempeñado la función de un "activo negociable" para la obtención de préstamos, así como una renta estable que permitía a los mineros replegarse en épocas de crisis. La hacienda habría funcionado, entonces, como "reserva" cuando las actividades mineras enfrentaban algunas dificultades. Finalmente, en cuanto a los compradores de tierras, encontró, por una parte, a grandes terratenientes que no sólo eran hacendados, sino que tenían una amplia gama de actividades, entre ellas el ejercicio del poder político; y, por otra parte, a sectores medios asociados a actividades comerciales de los pueblos (Rivera, 1978: 108-113).

Estos trabajos fracturaron la visión existente hasta entonces de que el capitalismo surgió al mero contacto que tuvo Bolivia con el mercado mundial, considerándolo como un fenómeno totalmente exterior y exógeno a la formación social boliviana. Destruyeron también la afirmación de que el capitalismo tuvo que luchar contra el sector terrateniente, que, por su arraigamiento, tuvo que coexistir con él. El planteamiento de una articulación entre haciendas y minas implica que el capitalismo boliviano recurrió a un proceso de acumulación interno y que la particularidad es que lo hizo apelando a una estructura no capitalista, es decir, a la extracción de excedentes pre-capitalistas. En esta medida, Rodríguez llegó a plantear, incluso, que el capitalismo no destruyó la estructura feudal, sino que la reforzó para utilizarla (Rodríguez, 1977: 139). Rivera, por su parte, matizó la relación minería-hacienda al señalar que la articulación existió, pero sólo en el caso de las explotaciones mineras pequeñas y no así en la gran minería que no necesitaba de la renta agraria como fuente de capital (Rivera, 1978).

1.4 LOS RETOS DE LA AGRICULTURA Y LA GANADERÍA EN EL SIGLO XX

En las primeras décadas del siglo XX se consolidó un proceso que se venía dando desde el siglo XIX: el avance del latifundio y la desestructuración de la comunidad indígena tradicional en La Paz, en gran medida bajo el argumento de que las comunidades evitaban el progreso por su carácter cerrado y conservador. Empero, el llamado "gamonalismo" tampoco impulsó la transformación productiva de carácter capitalista; por el contrario, los sistemas precapitalistas prevalecieron no sólo en las relaciones de producción, sino en la ausencia de inyección de capital para su modernización y desarrollo de productos para la exportación, limitándose a cubrir el mercado regional y local.

La reforma agraria dictada en agosto de 1953, aunque permitió que miles de campesinos paceños recibiesen tierras y se encontrasen ante la posibilidad de ingresar al mercado como pequeños productores, tampoco trajo aparejados cambios significativos en el nivel productivo. En relación con ese histórico proceso, los desde entonces llamados "campesinos" recibieron títulos de propiedad sobre las sayañas, pegujales o parcelas que antes de la Reforma Agraria usufructuaban sin título de propiedad a cambio de trabajo gratuito en la hacienda en la que trabajaban como colonos y "pongos".

Un cuadro sobre la distribución de la población agrícola en Bolivia en 1955 repartida por departamentos muestra que la población agrícola paceña para ese año era muy significativa, ya que de un total de 2.125.000 personas dedicadas a la agricultura en todo el país, en La Paz se dedicaban a esta actividad 573.000 personas, con una densidad demográfica de 7 habitantes por km2 (Naciones Unidas, 1958: 252).

En 1978, cuando se cumplían 25 años de la repartición de tierras, el Consejo Nacional de Reforma Agraria informó que hasta entonces se habían afectado 25.816 fundos, se habían distribuido 565.913 títu-

los de propiedad y se había beneficiado a 404.976 personas en todo el país (Albó, 1979:33). Aunque, lamentablemente, no existen datos desagregados para el departamento de La Paz, se sabe que la distribución de tierras en él fue muy elevada.

En relación con los cambios producidos por la Reforma Agraria, el mismo autor señala que hubo un claro aumento en las cantidades y variedades consumidas por el propio campesino, con lo que aumentó visiblemente su nivel de vida (op.cit.: 36), a lo que hay que añadir que el campesino paceño ingresó masivamente en el mercado con productos característicos de sus regiones. Sin embargo, desde entonces y hasta la actualidad, los pequeños propietarios han tenido que enfrentar innumerables problemas, como los abusos de los intermediarios, los bajos precios de sus productos, la falta de caminos, la ausencia de asistencia técnica y la débil mecanización, así como constantes problemas climatológicos a los que no se ha encontrado aún solución, como las sequías, heladas e inundaciones. Un momento dramático, por ejemplo, fue la sequía de 1983, que tuvo efectos negativos para la producción agrícola en el altiplano durante varios años.

En todo caso, posiblemente el problema más grave que se ha enfrentado desde la aplicación de la Reforma Agraria de 1953 ha sido la constante subdivisión de la tierra. Al respecto, distintos estudiosos de la problemática sostienen que actualmente ya no se puede hablar de pequeña propiedad, sino de "surcofundio", es decir que la propiedad de los campesinos-indígenas alcanza a prácticamente unas cuantas parcelas.

Esta realidad aumenta el costo de trabajo y se reducen las posibilidades de mecanización, además que ha provocado que miles de campesinos paceños hayan optado por diversificar sus actividades productivas y que una parte muy significativa de los brazos familiares, sobre todo los jóvenes, se vean obligados a emigrar a las ciudades. Por otro lado, el estado boliviano ha sido siempre poco sensible a impulsar el desarrollo agrícola, habiendo privilegiado a las economías relacionadas con la explotación de recursos naturales no renovables.

Aun así, no se puede desconocer el aporte que en distintos momentos del siglo XX, principalmente en la segunda mitad de ese siglo, han

realizado diversas instituciones estatales, cívicas y no gubernamentales como CORDEPAZ, la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA), la Prefectura, numerosas ONGs como CIPCA, Khana, CARE y otras, instituciones estatales como el antiguo Banco Agrícola, IBTA, Desarrollo de Comunidades, Fondo de Desarrollo Campesino (FDC), etc. así como la cooperación internacional (FAO, PNUD, etc.).

Actualmente existen en el campo numerosas organizaciones de agricultores que, apoyadas en ocasiones por los sindicatos agrarios y las federaciones sindicales y, más recientemente, por los municipios, hacen grandes esfuerzos por mejorar sus semillas, ampliar y mecanizar sus cultivos, establecer sistemas de riego, diversificar la producción, así como exportar, como el es caso de la producción de quinua en el altiplano y el café de alta calidad en los Yungas.

Sin embargo, la problemática de la tierra sigue siendo altamente conflictiva habiendo crecido en los últimos años la demanda por una nueva distribución de la misma e, incluso, han surgido movimientos de "campesinos sin tierra" que han generado violentos enfrentamientos con dueños de tierras más grandes y con el estado.

Paralelamente, la democratización de las autoridades municipales, la implementación de la participación popular y, más recientemente, la elección por voto del Prefecto del departamento, son aspectos políticos que están influyendo positivamente en el interés por desarrollar las potencialidades agrícolas y ganaderas del departamento de La Paz, así como enfrentar la problemática de la propiedad y distribución de la tierra.

En relación con promover la industrialización del agro, uno de los proyectos recurrentes y retomado en el presente es el desarrollo de la agroindustria en el norte del departamento, concretamente de la producción azucarera en San Buenaventura, anhelo paceño que ha sido muchas veces postergado por diversas causas.

No hay que olvidar tampoco la gran potencialidad de los recursos forestales, ya que aproximadamente el 45,8% del departamento está cubierto de bosques, es decir, 61.381 kms de sus 133.985, lo que representa 6.138.100 hectáreas. La mayoría de los bosques del departamento se encuentran en tierras de altura intermedia con un enorme

potencial económico-productivo como protectores del medio ambiente y para la explotación racional de sus ricas maderas, entre las que se encuentran la mara, el cedro, el roble y otras más como: ochó, yesqueso, zapallo, mascajo y dolfo.

Asimismo, como ya se vio, el departamento de La Paz, que actualmente cuenta con 20 provincias y 133.985 km2, ha tenido el privilegio histórico de tener varios pisos ecológicos que van desde el altiplano hasta los valles, zonas semi-tropicales, como los Yungas, y enclaves tropicales en algunas de las provincias del norte. Esto le ha permitido diversificar su producción agrícola y ganadera.

Así, las provincias que se encuentran enclavadas en la región altiplánica producen principalmente diversas variedades de papa, quinua, cebada, oca, chuño, habas y otros productos tradicionales. Entre éstas, se encuentran Pacajes, ubicada en el altiplano central, las provincias Manco Kápac y Omasuyos, muy vinculadas con el Lago Titicaca, y Los Andes. La provincia Ingavi comparte muchas de las características productivas de las anteriores, pero se diferencia porque buena parte de sus habitantes está relacionada con la producción industrial del cemento en Viacha. Otra provincia altiplánica es Aroma, ubicada al sur del departamento, que tiene como capital a Sica Sica y es una de las más pobladas. La provincia Pando es una de las que tiene mayores dificultades para la producción agrícola por falta de un río y por tener grandes extensiones cubiertas de tholares.

En cuanto a las provincias que tienen tanto un sector altiplánico como uno de valles, Camacho, localizada en el centro oeste del departamento, tiene una importante región valluna representada por Italaque, Mocomoco y Ambaná, que son grandes productoras de maíz y trigo, aunque carecen de un buen sistema de riego. Comparte esas mismas características la provincia Loayza, ubicada al sur del departamento. Su capital Luribay es productora de frutas, especialmente uva, al igual de Sapahaqui y Caracato, que producen también otras variedades frutales. En Larecaja, los famosos valles de esta provincia, que tiene como capital a Sorata, son productores de maíz y frutales, siendo muy importantes la palta y la chirimoya.

La provincia Muñecas, con su capital Chuma y donde comparten territorio quechuas y aymaras desde tiempos remotos, tiene muchas dificultades de sacar sus productos a los mercados por una deficiente vinculación caminera, aunque podría convertirse en una gran productora de cereales y tubérculos de gran calidad. La provincia Bautista Saavedra, con su capital Charazani, donde se encuentra la milenaria cultura kallawaya, cuenta con una zona de altiplano, otra de valles y una tercera de trópico y es considerada una de las provincias con mayor potencial agrícola del departamento de La Paz. Justamente en relación con las provincias con enclaves tropicales, en Franz Tamayo, la capital Apolo es prácticamente una isla tropical con importante potencial agrícola y ganadero, pero se encuentra desconectada del resto del país. Pelechuco, en cambio, ha logrado una mayor integración con el mercado.

En cuanto a la provincia Iturralde, uno de los territorios más extensos del departamento de La Paz, su potencial agroindustrial ha sido reiteradamente postergado, así como el proyecto de desarrollar allí el "Complejo Agroindustrial de la Caña de San Buenaventura".

En relación con los Yungas y Caranavi, la producción cafetalera ha logrado desarrollarse de manera muy importante, sobre todo en su sector norte e incluso para la exportación, y la tradicional producción cocalera de Sud y Nor Yungas sigue siendo altamente rentable.

En cuanto a la ganadería, una de las provincias más importantes en el campo ganadero es Pacajes, donde existe un rico y numeroso ganado camélido. Ingavi es predominantemente ganadera. En Los Andes es muy importante la producción de ganado porcino, como son los casos de Pucarani y Batallas, y en José Manuel Pando existe actividad ganadera de camélidos.

Como se puede apreciar por los datos expuestos, las provincias paceñas tienen tanto actividad agrícola como ganadera, que se complementa en algunas de ellas con la pesca y otras actividades.

Por otro lado, en las primeras décadas del siglo XX, no solamente había producción agrícola en el área propiamente rural, sino en los alrededores de la ciudad de La Paz y en el mismo casco urbano. Así, en terrenos de Miraflores y Sopocachi y en sitios circundantes a la

ciudad se producía, papas, cebollas, cebada, habas, arvejas, lechugas, coliflores y otras legumbres y existían muchas huertas. Además, en barrios como Miraflores y San Pedro, los mestizos producían flores y en zonas de ex-comunidades se criaban gallinas y vacas con las que se abastecía a la población urbana de huevos, pollos y leche (Paredes, 1955: 127-129).

En cuanto a Río Abajo, una zona que siempre ha contado con un buen sistema de regadío y que se encuentra bastante cerca de La Paz, en esas décadas fue muy importante la producción de vid y de hortalizas. Mecapaca se caracterizó por su producción de frutales, como la pera, entre otros (idem: 133).

Ahora bien, pese a que la producción agrícola y ganadera de las provincias paceñas logró abastecer el mercado local prácticamente desde tiempos inmemoriales, los sectores rurales -comunarios, hacendados, medianos y pequeños productores minifundistas- han tenido que enfrentar múltiples dificultades y cambios muy significativos en la estructura agraria. En relación con esto último, el carácter de la propiedad de la tierra, como ya se mencionó, fue un elemento clave en la manera en que se desarrollaron o se frenaron las potencialidades agrícolas y ganaderas de las provincias paceñas.

La vocación agrícola y pecuaria del departamento de La Paz, que se ha podido seguir a lo largo de su historia, junto con la amplia diversidad de recursos producto de su variada ecología, es al mismo tiempo un reto y una de sus oportunidades más notables. Articular estas potencialidades mediante una vinculación caminera adecuada, un apoyo decidido a las iniciativas locales y brindar la asistencia necesaria para desarrollar la industrialización de algunos de sus recursos, son las tareas pendientes para un desarrollo armónico y equitativo.



"El Yatiri" de Arturo Borda, 1917. Colección particular
"Mineros" de Alandia Pantoja 1955.



CAPÍTULO 2
MINERÍA Y COCA

Si una planta identifica a La Paz, desde los tiempos prehispánicos hasta nuestros días, es la hoja de coca; por eso, su historia es tan importante como la de las luchas de la independencia. Sin embargo, por varios vacíos de información, no es una historia fácil de construir.

No hay duda que existió desde mucho antes de la llegada de los españoles, pero sí hay polémica a la hora de definir quiénes y para qué la consumían. En todo caso, siempre estuvo vinculada con el ritual religioso, tanto así que, en la colonia temprana, a la hora de extirpar las idolatrías, se dio el primer intento de eliminar su cultivo, precisamente por esa vinculación.

Luego, los gobernantes españoles se dieron cuenta del valor de la hoja en la reproducción de la fuerza de trabajo y la utilizaron para alimentar y dar fuerzas al trabajador minero; desde entonces, su historia se une en gran medida a la historia de la minería. El gran centro de consumo era Potosí; luego, el área rural andina y, ya en el siglo XVIII, criollos y mestizos de las ciudades se convirtieron en consumidores. También en la colonia, la hoja de coca alcanzó un ascendente valor metálico; primero, la producían las comunidades y, luego, también los hacendados. Las haciendas más ricas de la región paceña eran las que cultivaban la hoja de coca.

Esta situación no varió en el siglo XIX ni tampoco en el siglo XX, con la diferencia de que las haciendas crecieron y tuvieron una gran producción hasta convertirse, los hacendados, en barones, no tan impor-

tantes como los barones del estaño, pero barones al fin. Unos y otros perdieron sus dominios a partir de la Revolución Nacional de 1952.

Los productores de la hoja de coca son, en la actualidad, el sector campesino más exitoso en lo económico, en lo social y en lo político y han logrado tener más poder del que en su momento tuvieron sus maestros, los trabajadores mineros.

La historia del consumo también fue cambiando a lo largo del tiempo. Nunca ha dejado de ser la acompañante indispensable de todo ritual y protocolo andino, pero su consumo se ha ampliado enormemente. Si durante décadas la historia de la producción de la hoja de coca estuvo estrechamente ligada al consumo de los trabajadores mineros, hoy ese consumo es sólo uno entre muchos.

Campesinos, choferes de buses, estudiantes, afectados por el mal de altura, son consumidores asiduos. Lastimosamente, ese rostro benigno de la hoja de coca comparte dificultosamente su presente con su cara maligna, cuando se convierte en cocaína. El narcotráfico ha empañado una historia de aportes extraordinarios, aunque no por ello hay que confundir coca con cocaína.

El otro ingrediente de este capítulo es la minería; La Paz es un departamento minero, como departamento productor y como región que ha brindado mucha mano de obra mitaya a Potosí y que desde 1985 ha sido refugio de muchos mineros relocalizados.

La producción del oro en tiempos prehispánicos y coloniales en las riberas de la propia ciudad y luego en la amplia región de Larecaja tropical, el cobre de Coro Coro y el estaño de Colquiri y Caracoles son igualmente protagonistas de la tan diversa historia paceña, que invitamos a recordar.

2.1 COCA Y MINA EN LA PAZ PREHISPÁNICA

Si bien coca y mina son dos productos que se encuentran asociados en la historia boliviana, su relación no fue tan directa en tiempos previos a la invasión europea. La coca sí estaba asociada con distintos aspectos tanto en el ámbito económico como social y ritual, pero no necesariamente a la mina.

Probablemente originaria de la región amazónica, la coca, antes de los incas, ya era cultivada y utilizada, tal como lo revelan algunas cerámicas de origen tiwanakota que muestran rostros acullicando o mascando coca. Su uso se había difundido por todos los Andes y en tiempos incaicos se cultivaba en diferentes regiones del imperio. Los incas, como era corriente en su política, incorporaron la hoja a los recursos del imperio formando parte importante de las relaciones de reciprocidad. De este modo, los caciques la recibían del Inca y ellos, a su vez, la daban a los súbditos que llevaban a cabo los trabajos en común. Su producción requería de una mano de obra especializada en el cuidado del arbusto, además de la construcción de andenes y control de riego en algunas zonas como en los oasis de la costa del Pacífico. El consumo de la hoja de coca, entonces, estaba enmarcado dentro de situaciones festivas o de fuerte trabajo físico. Asimismo, son numerosas las referencias a su uso en contextos rituales y ofrendas a las wakas o divinidades, aspecto que ha tenido una larga duración y sigue vigente hoy en día.

Uno de los más grandes debates suscitados tiene que ver con la hipótesis que en 1963 hizo Gagliano, de que la coca se producía bajo monopolio incaico y, por lo tanto, su consumo estaba restringido a su benevolencia. Sin embargo, tal y como demostró Parkerson en 1983, hay datos suficientes que muestran que las etnias y, a veces a título personal, los señores étnicos poseían cocales que se utilizaban en los mismos contextos señalados anteriormente. La propuesta del monopolio tuvo cierto éxito porque se enmarcaba en el debate acerca de la ampliación de su consumo en tiempos coloniales para la explotación minera, lo que brindaría bases históricas para su erradicación en la actualidad.

Los lugares donde se cultivaba coca en tiempos prehispánicos en lo que hoy es La Paz, eran los valles de Zongo y algunas regiones de los Yungas, como los llamados Yungas Chapis, que vienen a ser la actual Chulumani. Se sabe también que se cultivaba en Coroico, aunque normalmente los cultivos no llegaron a tierras más bajas debido al peligro que en estas zonas presentaba la leishmaniasis, enfermedad que carcome los cartílagos, particularmente los de la cara. También

hay referencias que los cocales estaban en manos de los "quiruas de Oyune", quienes se encontraban reducidos o agrupados en Palca y Sapahaqui, cubriendo una zona que estaba entre Palca, Yaco y Luribay (Romano, 1991:609-610), es decir, en una zona cercana a la ciudad de La Paz. Lo interesante del nombre "quirua" es que se asocia a una mano de obra especializada en el cultivo y comercialización de coca. En los primeros diccionarios, el vocablo aymara "queru" designa a un comerciante de coca que viajaba frecuentemente a los Yungas (Parkerson, 1984:17).

Las zonas de cultivo de coca eran fronterizas con los que en la época se denominaron los "chunchos", etnias de la selva que no siempre eran amigas. El caso mejor conocido es el de Zongo, zona que estaba compuesta principalmente por tres pequeños valles: Challana, Chapaca y Zongo, que tenían 12 pequeños pueblos que incluían a 1.662 personas que se calcula debieron ser el doble a la llegada de los españoles (Romano, 1991). Como todo el mundo andino, esta región estaba organizada en ayllus, cada uno de ellos con una autoridad. El destino principal de la coca era para el estado incaico; sin embargo, las etnias que poseían tierras allí tenían la posibilidad de contar con parte del producto para ellas.

En Zongo se encontraba población del lugar o aclimatada al mismo. En los registros se dice que se hablaba aymara, pero los nombres de las personas registradas en la Visita muestran que muchos de ellos eran de origen selvático, pues sus nombres no eran quechuas ni aymaras. Hubo gente de los lupaca, pacajes y collas de la zona del lago Titicaca, aunque no era una colonia altiplánica y hubo un tráfico continuo con el altiplano (Murra, 1991:661). La mano de obra en estos cocales incluía tanto a los habitantes del lugar como mitimaes y yanaconas, además de un kipucamayoc especializado en su contabilidad; estas categorías son muestras de la organización inca sobre la zona. Esta intervención incluía la habilitación de caminos a los Yungas, dos de los cuales atravesaban el valle de Chuquiago, hoy ciudad de La Paz. En resumen, los cocales paceños muestran una interesante muestra de trabajadores locales junto con gente de origen aymara y quechua.

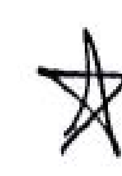
El tributo que daban al Inca consistía en la coca que se cultivaba en los cocales de éste, cosechada y almacenada en los depósitos ubicados en áreas vecinas, en Quichecati y Toné (Parkerson, 1984:15).

Se puede concluir que la hoja de coca, en la época prehispánica, se utilizó con prioridad en los rituales, de manera que su profunda vinculación con la reproducción de la fuerza de trabajo se dio sobre todo en la época colonial.

En cuanto a la actividad minera, ésta se destacó en tiempos previos a la conquista española por las minas de oro, particularmente las de Carabaya y las de Chuquiago. La zona aurífera paceña se ubicaba también en la zona de los ríos Challana, Songo, Coroico, Peri y Bopi.

Las minas de Carabaya se encontraban en la vertiente oriental del actual departamento y toman su nombre del río Carabaya. Se ha creado una confusión con el nombre del señorío kallawaya de la misma zona, pero es necesario distinguirlos. Cuando Garcilazo se refiere a las minas de Carabaya, dice que fueron las minas "más ricas al Oriente del Cuzco". Incluso, se supone que los kallawaya tenían un lugar prominente dentro de la organización inca por la riqueza de las minas de su región. Al igual que la zona coquera, se encuentra en la región limítrofe con los "chunchos", es decir, etnias orientales que no habían sido incorporadas al imperio incaico. Las minas de Carabaya fueron de las primeras en ser explotadas por los españoles, con una intensidad tal que se planteó la necesidad de llevar mano de obra esclava para sustituir a la indígena que se estaba diezmando.

En relación con las minas de Chuquiago, la primera referencia es de la colonia muy temprana. En 1533, antes que el sur del territorio hubiera sido conquistado por los españoles, Sancho de la Hoz ingresa al Collasuyo para explorar el lugar y deja un registro acerca de las minas de oro de Chuquiago, sitio minero explotado por los incas con una ubicación geográfica excepcional, puesto que articula el altiplano, los valles y los Yungas (Saignes, 1985:291). Posteriormente, estas minas fueron explotadas intensamente por los hermanos Pizarro, de modo que al momento de la fundación de La Paz, en 1548, las vetas estaban prácticamente agotadas.



La forma de explotación prehispánica era distinta a la de los españoles que hacían socavones; en cambio, la tecnología minera andina trabajaba excavando en forma de pozos o de cuevas. Esta misma tecnología funcionaba tanto en Carabaya como en Chuquiago. Al parecer, las vetas eran para el Inca, mientras que los lavaderos para los mitimaes o colonos permanentes que cumplían un trabajo especializado.

Sancho de la Hoz dice que hacia 1533 unas quinientas personas trabajaban las minas de Chuquiago contando con caciques que controlaban la producción. Añade que "en ello tienen tanto resguardo que de ningún modo pueden robarse cosa alguna de lo que sacan porque alrededor de las minas tienen puestas guardas para que ninguno de los que sacan oro puedan salir sin que lo vean" (Saignes, 1985:290). Se trataba de mitimaes de distintos lugares: trabajadores lupaca (provenientes de la orilla occidental del Titicaca) y pacajes, así como del norte del imperio, como se colige por los nombres de los ayllus de Chuquiago.

La organización de la población en Chuquiago era dual. En un registro de 1573, la mitad superior estaba conformada por los ayllus Cupi, Collana, Mahacollana y Callapa y la mitad inferior por Canchis, Canas, Lupacas, Pacaja, Pucarani y Chinchaysuyu (Saignes 1985:292). De estos datos se colige que una parte de la producción era para el Inca y otra para los caciques de diversas etnias que estaban puestos allí como mitimaes. Si bien este valle era parte del señorío pacaje, debido a sus minas pasó a control directo de los incas, tanto que la mina más importante se llamaba Huayna Capac (Saignes, 1985:291).

Si bien es cierto que Chuquiago destaca por sus minas de oro, esta región no estuvo disociada de la producción agrícola y, sobre todo, pecuaria. La toponimia del valle permite sostener que era al mismo tiempo un importante espacio pastoril. Así, nombres como Alpacoma, Chijini. Caiconi recuerdan la actividades pastoriles y de caza.

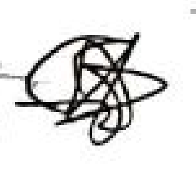
2.2 LA COLONIA: LA EXPANSIÓN DEL CULTIVO DE COCA GRACIAS A LA ACTIVIDAD MINERA

En los primeros días coloniales, la hoja de coca fue considerada como "hoja del diablo" precisamente por su vinculación con los ritos mágico-religiosos prehispánicos y existió una fuerte corriente que se inclinaba

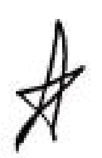
por prohibir su producción y consumo; pero esa posición perdió rápidamente vigencia, al constatarse que la coca, además de cumplir funciones rituales, tenía otras cualidades, como la de ser utilizada en sustitución del alimento y la de reproducción de la fuerza de trabajo, principalmente en las minas. Además, el cultivo y comercialización de la hoja de coca se convirtió en poco tiempo en otra fuente de ingresos metálicos.

Así, los mitayos y trabajadores mineros de Potosí, Porco, Oruro, Chichas y Lípez se convirtieron en los primeros consumidores de coca, cuya producción, ya en el último tercio del siglo XVI, superaba enormemente la que existía en época de los incas. Esta multiplicación fue tan enorme que el licenciado Polo de Ondegardo -quien fue corregidor de Potosí- calculaba que se había incrementado 50 veces (Glave, 1991: 594),

Sin embargo, el enorme incremento de su cultivo en tiempos coloniales estuvo motivado por los requerimientos del trabajo minero, sobre todo potosino. Murra insiste que la coca se utilizaba sobre todo para el trabajo a más de 3.000 metros de altura y no debe olvidarse que el Cerro de Potosí se encuentra a 4.739 m.s.n.m. Desde el momento mismo del "descubrimiento" del Cerro Rico en 1545, la coca fue un producto cotizado en las minas, por lo que las encomiendas que tributaban en coca eran consideradas las más ricas. A fines del siglo XVI se consumían en Potosí alrededor de entre 60.000 y 100.000 cestos de coca (Glave, 1991). Durante las primeras décadas de la Colonia, la mayor parte de la coca provenía del Cuzco; sin embargo, pronto tomaron ventaja los sitios de cultivo de los Yungas de La Paz que tenían la ventaja de una mayor cercanía a la mina.



La producción de la hoja de coca tiene mucha relación con la historia de La Paz porque las dos grandes regiones productoras de coca eran el Cusco y los Yungas paceños; además, de los valles de Zongo y valles de la provincia Larecaja (Choque, 1985:360). En los cuadros de tributación aparece también como productora la provincia Inquisivi. Por otra parte, la ciudad de La Paz se benefició, al igual que Cusco, con importantes ingresos por concepto de impuestos sobre la coca (MUSEF, 1978:186).



En las primeras décadas, la producción de la coca yungueña y de otros valles estaba bajo el control de los ayllus indígenas, pero luego, sin que esta producción desapareciera, la producción de las haciendas adquirió hegemonía.

Otro dato interesante se remonta a tiempos del Virrey Toledo, en el último tercio del siglo XVI, ya que éste fijó impuestos a las encomiendas y comunidades en cestos de coca; así puede verse la gran importancia, además de comunidades de Cochabamba y La Plata, de trece centros productores paceños, entre los que destacan Chulumani, Yanacachi, Suri, Camata y Zongo.

Según Parkerson, ya en 1653, había varias haciendas de españoles consolidadas en la zona de Chulumani, entre las que destacaban las de Tinquipaya y Machacamarca y, para entonces, la comercialización de coca en Potosí había permitido la acumulación de importantes fortunas.

Es importante anotar, de acuerdo a varios autores, que la coca no sólo se producía y comercializaba bajo los patrones mercantiles españoles, sino que siguió circulando bajo los patrones del sistema andino tradicional y muchas comunidades indígenas, bajo el control vertical, seguían contando con cocales propios o con miembros de su grupo encargados de recogerla y llevarla al altiplano.

Además de los centros mineros, la coca yungueña se consumía en el altiplano y más allá de las fronteras de la Audiencia de Charcas alcanzando a la sierra peruana y al norte argentino. Para transportar la hoja de coca yungueña a los centros de consumo, se utilizaron, en muchos casos, los mismos caminos que se habían abierto en la época prehispánica, especialmente el de Takesi. Los comerciantes especializados en coca, llamados cocanis, transportaban la hoja de coca a lomo de bestia o en sus propias espaldas por caminos de herradura.

Ana María Lema sostiene que la mano de obra en la producción de la hoja de coca yungueña estaba constituida por aymaras yanaconas provenientes de provincias como Pacajes, Larecaja y Omasuyos; por arrendatarios, trabajadores temporarios y esclavos negros (Lema, 1989:42).

Las comunidades que sobrevivieron a la expansión de la hacienda tenían sus propios cocales, pero, desde mediados del siglo XVII, la mayoría de la mano de obra indígena, un 65%, vivía en las haciendas, que por esa época alcanzaban a 145.

A principios del siglo XVIII, las haciendas cocaleras de los Yungas, cuyos propietarios provenían de las familias paceñas más importantes, atravesaban un gran momento de prosperidad y contaban con un mercado asegurado. Además de esta importante región, especializada en el cultivo de coca, otros partidos ubicados en Zongo y en las actuales provincias de Zongo, Larecaja, Muñecas, Bautista Saavedra e Inquisivi, así como en las misiones de Apolobamba, producían coca en abundancia.

Además de las haciendas grandes de españoles y criollos y de las comunidades indígenas, surgió la producción de sayañas de mestizos, que acumularon dinero con la comercialización de la coca. También, como señala Choque, importantes caciques de Pacajes y Omasuyos tenían cocales en Chulumani y Coroico. La mano de obra estaba constituida por trabajadores estacionales, yanaconas permanentes y esclavos negros.

En el siglo XVIII, la coca dejó de ser de exclusivo consumo de mitayos e indígenas; pasó a ser también consumida por españoles, criollos y mestizos, especialmente por sus cualidades medicinales.

Así, la coca, que se comerciaba en los centros mineros y en los espacios de los pueblos originarios, seguía permitiendo la acumulación de fortunas y se la utilizaba para cambiarla con otros productos, especialmente con carneros de la tierra (Soux, 1984:15).

El ingreso por impuestos a la coca fue siempre un rubro importante para la Aduana de La Paz, la que, a fines del siglo XVIII, recaudó un promedio de 500.000 pesos al año, convirtiéndose en el principal recurso económico paceño.

El historiador argentino Tandeter señala que el comercio de la coca (27%) era el segundo rubro de efectos de la tierra, después de aguardientes y vinos (32%), que se comerciaban en Potosí, hacia 1793. El mismo autor afirma que el 95% de la coca que se consumía en Potosí provenía de La Paz (Tandeter, 1987:395). Esta es una de las tantas muestras de la vinculación de la expansión del cultivo y consumo de la coca con la minería.

Si bien la producción de la coca fue próspera y estable, la sublevación indígena de 1780-82 y la posterior Guerra de la Independencia significaron una ruptura. La producción de las haciendas declinó y cedió preponderancia a la de las comunidades indígenas. Los precios se elevaron y se dificultó la comercialización en Potosí con nuevos impuestos. A fines del siglo XVIII y en las primeras décadas del siglo XIX, la producción de la hoja de coca yungueña declinó tanto en las haciendas como en las comunidades.

En cuanto a la minería paceña en la época colonial, no tuvo la misma importancia que en Potosí y Oruro, pero gravitó significativamente en la economía de la región. El oro, tan importante en la época prehispánica, no dejó de ser importante en la colonia.

Chuquiago, el nombre originario de la ciudad, fue traducido por varios cronistas de la época, como "heredad de oro", lo que refleja la realidad de ríos y arroyos paceños, especialmente en las primeras décadas de la historia colonial. Alberto Crespo afirma que el primer propietario de los lavaderos de oro de Chuquiago fue el propio Francisco Pizarro, antes de fundarse la ciudad (Crespo, 1993: 23)

El oro ya se explotaba también en lo que hoy conocemos como Larecaja tropical, datando el origen del pueblo de Guanay de la época colonial. Dos grandes minas que luego jugaron un papel fundamental en la época republicana, Colquiri y Coro Coro, también ya eran explotadas en la época colonial, pero bajo la influencia de los mineros orureños. Colquiri era propiedad, en la segunda mitad del siglo XVIII, de Isidro Rodríguez Herrera, hermano de Juan de Dios y Jacinto Rodríguez Herrera, principales mineros de Oruro y protagonistas de los sucesos del 10 de febrero de 1781. Colquiri ya entonces producía estaño que era enviado a España, al igual que el estaño de Huanuni, para la fabricación de cañones.

Coro Coro fue explotada también desde la segunda mitad del siglo XVIII como productora de cobre. La mina estaba en la jurisdicción de la provincia Pacajes, pero la fundición estaba en Oruro y, por ello, su producción figuraba en las Cajas Reales de Oruro. En 1790, el propietario de la mina de Coro Coro era el orureño José Ignacio Torres.

De todos modos, la producción minera paceña en los siglos XVIII y XIX es bastante débil, comparándola con el gran auge del siglo XX.

2.3 EL SIGLO XIX: MINERÍA Y COCA, DEL ESTANCAMIENTO AL ASCENSO

La minería atravesó por una difícil etapa a partir de 1800, que se acentuó aún más por la propia guerra de la independencia, que en el ámbito de la producción de la minería significó destrucción física, inundaciones, derrumbes, abandono de los sistemas hidráulicos para la molienda y, por tanto, parálisis de los ingenios, dificultades de aprovisionamiento de mercurio y de mano de obra. De ahí que Potosí no tuviera ese rol articulador de las economías regionales como lo había tenido en el período colonial. Para Klein, la depresión económica implicó la destrucción de los lazos tradicionales de comercio y el retorno "como nunca antes a una economía de subsistencia" (Klein, 1992: 103).

Pero la minería del siglo XIX no cambió su escenario geográfico: continuó situándose fundamentalmente en el departamento de Potosí, aunque la ciudad de Potosí dejó de ser el centro (Mitre, 1981: 20). Los distritos mineros más importantes fueron Porco, Colquechaca, Aullagas y Portugalete y, en menor grado, Lípez.

El estancamiento de la minería ha sido atribuido a altos precios del azogue, falta de capital para la reapertura de minas abandonadas y anegadas, así como al monopolio estatal del rescate de plata. Para Klein, los costos de inversión eran demasiado altos por la necesidad de maquinaria a vapor para drenar el agua de las minas y porque los costos de transporte de los lugares de producción a los lugares de expendio también eran excesivos, a lo que se añadían las altas tarifas por la utilización de los puertos del Perú, Chile y la Argentina (Klein, 1992: 103).

A partir de 1830 se habrían iniciado trabajos de rehabilitación de la industria minera. Para Mitre, el ciclo del auge minero se sitúa entre 1872-1873 a 1895 (Mitre, 1981: 39-40 y 33). La recuperación económica de la minería se ha atribuido a tres factores combinados: avances tecnológicos, coyuntura del mercado internacional y, finalmente, capacidad de capitalización o acumulación. En el nivel tecnológico,

los precios de las maquinarias de vapor necesarias para la reapertura y explotación de las minas se habrían hecho accesibles a partir de la segunda mitad del siglo XIX, mientras que los precios internacionales de la plata se incrementaron. Finalmente, se habría dado un proceso de acumulación comercial que permitió disponer del capital necesario para su inversión en la minería. Este capital se habría concentrado en mercaderes y hacendados del área de Cochabamba, quienes habrían invertido en las primeras compañías mineras de Potosí y Oruro (Klein, 1992: 126-127).

El trabajo de Platt (1997), aunque no modifica totalmente este panorama, muestra que hubo un pequeño y primer ciclo de la plata entre 1830 y 1850 y que hubo iniciativas e, incluso, innovaciones tecnológicas para ahorrar costos de producción. El trabajo de Langer muestra, por otra parte, que el contrabando de plata fue muy importante. Este hecho, unido a otra información, apuntala a que la recuperación minera posiblemente se sitúa mucho antes de la época señalada por Mitre. En esta recuperación el apoyo del estado parece haber sido además fundamental, lo que contradice la visión de que sólo a fines del siglo, cuando la oligarquía tomó control del estado, se dio una política favorable a la minería.

En todo caso, en la segunda mitad del siglo XIX emergió la llamada oligarquía de la plata (Mitre, 1981: 17) y por 1860 las que serían las más importantes minas estaban ya en sus manos: la familia Aramayo controlaba las empresa del Real Socavón en Potosí, Antequera y Carguaicollo; Aniceto Arce estaba al frente de la Compañía Huanchaca que la compró en 1856 y Pacheco poseía en gran parte las minas de Portugalete. En todos los casos, las compañías mineras tuvieron que recurrir a capitales extranjeros, especialmente a partir de los 60 (Klein, 1992: 128 y Mitre, 1981: 90).

Pero si las minas de plata en La Paz fueron más bien extraordinarias, La Paz concentraba el cobre, fundamentalmente en Coro Coro. Aparentemente, los capitales en la minería de Coro Coro provinieron del comercio y de los inmigrantes (Jiménez: 440).

Los inmigrantes llegaron de Irlanda, Francia, Inglaterra, Argentina, Uruguay, Chile y Perú. Entre los más conocidos se tenía al uruguayo

Lorenzo Eguren, al argentino Angel Marguiegui, José Grifes, de origen británico, la familia irlandesa Teare y Juan Millet (idem: 441).

El caso de Juan Millet, un francés que vivió en Coro Coro hasta 1858, ilustra la relación entre comercio y minería. Millet fue representante comercial de la Casa Habilitadora y Comercial de Adolfo Roux, que tenía su sede en Tacna y prestaba y adelantaba capital a los mineros de Coro Coro. Millet se independizó y trabajó durante un tiempo de esta manera, aunque finalmente volvió a su país. Posteriormente, en la década de los 50, los ingleses se hicieron más importantes y aparecieron firmas como Naylors, Conroy, Hegan y Cía.

La escasez de plata en los circuitos internos, debido a la "importación" de productos que debían, obviamente, ser saldados en plata y la restricción del mercado interno en la relación plata – coca, es muy bien ejemplarizada por un autor que escribió un "diagnóstico" de la economía boliviana en 1830. Este anónimo, que se denominaba a sí mismo como "El Aldeano", señaló que la plata era indispensable para la demanda de coca, de tal manera que la insuficiencia en su circulación ocasionaba una disminución del consumo de coca que, a su vez, influía en la producción de minerales señalando: "adiós mineros, adiós moneda, adiós Banco y adiós población si no hubiese coca" (El Aldeano: 15).

La recuperación de la minería, a partir fundamentalmente de la segunda mitad del siglo XIX, supuso un incentivo para la producción y circulación de la coca articulada a los centros mineros y al comercio interno. En el siglo XIX, Coripata fue una de las regiones en las que se encontraban las haciendas más ricas de coca (Bridikhina: 465).

La producción de coca fue tan importante que las grandes familias terratenientes de La Paz construyeron sus fortunas alrededor de la coca. Esta hoja permitió también fundar una de las sociedades más conocidas e importantes como la SPY o Sociedad de Propietarios de Yungas, que reclamó orgullosamente en 1948 que había cumplido 118 años al afirmar que se había fundado en 1830 (La Razón, 1948: 28). El Gobierno les reconoció absoluta autonomía en el manejo de sus recursos. Una de sus principales funciones fue la construcción de cami-

nos a Yungas y su mantenimiento. Su misión inicial fue la de vincular con caminos de herradura a todas sus poblaciones y luego se embarcó "por su propia cuenta" en la construcción de modernas carreteras.

Alrededor de 1930, las haciendas en Nor Yungas se encontraban fundamentalmente en Coroico, Mururata, Pacallo y Coripata (Morales, 1929: 114).

LA COCA Y LOS CAMINOS

Considerando:

"Que habiéndose reconocido la necesidad de proporcionar a la importante provincia de Yungas un camino seguro y cómodo de que carece para comunicarse con la Paz especialmente por la vereda de Coroico, y, considerando que esta empresa ha de producir incalculables ventajas al tráfico.

Art. 1. Se abrirá un nuevo camino desde Unduavi a Coroico por la senda que ha trazado el caminero Bernardo González y el Ingeniero Coronel Manuel Anaya...

Art. 2. Esta empresa estará en lo económico bajo la dirección de una Junta compuesta por el Prefecto de La Paz y por cuatro vecinos propietarios de Yungas, cuya elección se hará por todos los que pertenezcan a esta clase...

Art. 8. Son incumbencias de la Junta, procurar que el camino se conserve con un desmonte de cinco varas de ancho, por lo menos; que en sus proximidades se abran terrenos para la labranza; que cada tres leguas a lo más se formen buenas pascanas para los pasajeros y que en ellas se establezca cuando menos una familia, a la que se le asignará un terreno...

Art. 10. Como fondo de ella se destina un real con que se grava cada cesto de coca de hacienda que se extraiga por el camino actual de Coroico, otro real que se deducirá del impuesto que ahora satisfacen los rescatiris en la receptoría de Pacallo; y cuando al presente se paga en el referido camino por derecho de peaje...

Decreto del Mariscal Andrés de Santa Cruz, 6 de julio de 1830 (La Razón, 1948: 29)

Alrededor de la coca es que se hizo también una de las mayores fortunas de la primera mitad del siglo XX en La Paz, la de José María Gamarra, quien organizó en 1947 la Sociedad Agrícola Industrial para "intensificar la industria agrícola en las provincias de Nor Yungas y Sud Yungas y la Provincia Camacho del Departamento de La Paz". El capital autorizado fue para entonces de 50 millones de Bolivianos. El local principal de esta compañía se encontraba a mediados del siglo XIX en la Plaza del Estudiante, donde se vendía coca, café, frutas, cacao y jamachepeque (La Razón, 1948: 34).

HACIENDAS DE LA SOCIEDAD AGRÍCOLA INDUSTRIAL JOSÉ MARÍA GAMARRA

En Nor Yungas:

Tabacal y Socosani, Auquisamaña, Coscoma, Pucara Alta y Pucara Baja, Santa Bárbara, la Vaquería y Pucara de Vilahaque, Marquirivi, Santa Rosa, Santa Teresa, Santa Gertrudis y Laicacota, Dorado Grande, Santo Tomás y Tigrillauhaña, Anacuri, Vilahaque y Cuchu Vilahaque.

Sud Yungas:

Sipsi y Pampa Pugio.

Provincia Camacho:

Tutucuchu, Queherpai y Calacala.

2.4 EL SIGLO XX: EL AUGE MINERO Y DE LA HOJA DE COCA

No cabe duda de que el departamento de La Paz es uno de los beneficiados con grandes riquezas mineras, aun cuando la producción minera de sus provincias nunca alcanzó los primeros lugares en el nivel nacional, como los departamentos de Potosí y Oruro.

En todo caso, La Paz puede ser considerado también un departamento minero, pues cuenta con importantes minerales de exportación como estaño, cobre, zinc, wolfram, plomo, entre otros, y de manera

muy significativa con oro, aunque la plata, central por ejemplo para Potosí, ha sido más tangencial en este departamento.

Como en los otros departamentos mineros, la producción y comercialización de los minerales ha pasado por etapas de auge y decadencia, pero, aun así, se ha mantenido como una actividad constante y un ingreso significativo para el departamento a lo largo de todo el siglo XX.

A finales del siglo XIX y principios del XX, el estaño entró en una etapa de auge y bonanza en el nivel nacional, repercutiendo esta realidad también en el departamento de La Paz. Como en Oruro y Potosí, aventureros de todo tipo, así como capitalistas nacionales y extranjeros comenzaron a pedir concesiones para buscar vetas estañíferas en las minas que iban descubriéndose o de las que ya se tenía conocimiento. Algunos de ellos formaron las primeras empresas, siendo dos de las más importantes Colquiri y Caracoles, que se encuentran en la Cordillera de Tres Cruces y en la provincia de Inquisivi.

Colquiri, ubicada a 70 kilómetros al norte de la ciudad de Oruro, se caracterizó, desde un principio, por la calidad de su estaño. Esta mina había sido explotada en la época colonial, ya que, además de estaño, contiene vetas de plata. Para 1919 estaban explotando estaño allí al menos cuatro empresas organizadas con capitales nacionales. Sin embargo, pronto sobresalió la Compañía de Minas Colquiri, formada con capitales chilenos, que trabajó en el país hasta 1934.

Ese año, el total de las acciones de la compañía chilena fue comprado por la Compañía Minera de Oruro, de propiedad de Mauricio Hochschild, un empresario judío alemán asentado en Bolivia, aparentemente desde 1916, y conocido por sus actividades de rescatador de minerales en Oruro.

A partir de ese momento, la mina fue modernizada y tecnificada, convirtiéndose en una de las más importantes empresas estañíferas de La Paz, pese a que hasta 1952 las relaciones laborales entre los trabajadores mineros y Hochschild fueron altamente conflictivas (Flores, 2003).

La otra mina, la de Caracoles, fue conocida desde la época del Padre Barba, es decir, desde principios del siglo XVII, pero cobró importancia al descubrirse, a principios del siglo pasado, que era muy rica en estaño. Está ubicada a 13 kilómetros al noreste de la población de Quime, en la provincia Inquisivi, y está enclavada en la Cordillera de Tres Cruces, igual que Colquiri. Desde principios del siglo XX fueron parte de este centro productivo las minas Argentina, Pacuni y Carmen Rosa, construyéndose posteriormente el ingenio de Molinos.

La casa Guggenheim Brothers de los Estados Unidos incursionó en esos años en la zona, "después de trasmontar la cordillera y de abrirse paso a través de las rocas por cortes, túneles y otras obras de arte" e introducir avances tecnológicos, como compresoras de aire, barrenas de aire comprimido, ascensores eléctricos, abanicos, ventiladores y bombas eléctricas. Así, "The Caracoles Tin Company of Bolivia", con un capital de $40 millones oro americano y creada aparentemente en 1918, explotó grandes yacimientos de estaño y de wolfram (Paravicini, 1925: 530-531).

En el mismo lugar estuvo también presente, desde los primeros años de la década del veinte, la "Compañía Aramayo de Minas", de la legendaria familia Aramayo, ampliamente conocida por sus actividades mineras en el sur de Potosí (provincia Sud Chichas), así como en el histórico Cerro Rico ubicado en la capital de ese departamento. Unos años después, un arreglo entre la Guggenhein y la Cía. Aramayo permitió que la primera se hiciera cargo de la administración de Caracoles, mientras que la segunda adquiriera la propiedad sobre la mina. Con una nueva inyección de capital, la mina llegó incluso a competir en importancia con las del norte de Potosí, para entonces ya en manos del rey del estaño, Simón I. Patiño.

Junto a estas dos grandes empresas, surgieron en La Paz medianas y pequeñas empresas estañíferas, la mayoría de ellas en manos de capitalistas extranjeros. Entre ellas, la Empresa Minera Milluni, la Compañía Minera Monte Blanco, la Fabulosa Mines y minas más pequeñas, como Chojlla, Sayaquira, Avicaya, Araca, Barrosquira, Jatuquira, Barrascota, Chacaltaya y Viloco (Albarracín Millán, 1993: 192-194).

Cuando se produjo la nacionalización de las minas, el 31 de octubre de 1952, Caracoles y Colquiri pasaron a depender de la Corporación Minera de Bolivia, convirtiéndose ambas en minas fundamentales de COMIBOL. Justamente la riqueza de sus yacimientos impidió que sean inmediatamente clausuradas después del D.S. 21060 del 29 de agosto de 1985, que provocó el cierre de la mayoría de las minas que habían pertenecido a la empresa estatal.

Caracoles dejó de producir para COMIBOL recién a mediados de la década de 1990. La mina fue entregada a una pequeña empresa privada, mientras que, paralelamente, se concedieron parajes para la explotación a miles de cooperativistas mineros. Entre ambos sectores, la empresa y sus trabajadores, por un lado y, los cooperativistas, por el otro, se han producido innumerables choques y problemas que persisten hasta nuestros días.

En el caso de Colquiri, considerada junto a Huanuni (Oruro) un yacimiento con posibilidades productivas para varios años más, ésta tampoco fue inmediatamente cerrada por COMIBOL. Inicialmente se aplicó la política de "joint venture", habiendo sido otorgada bajo esa modalidad a una empresa canadiense. A fines de la década de los noventa, la capitalización implementada por el gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada permitió que sea entregada a la Empresa Minera COMSUR (Flores, op.cit).

En todo caso, aunque la explotación de estaño ha continuado en el departamento de La Paz a través de las dos minas citadas, muchas otras se han cerrado y, lo más lamentable, se ha producido un retroceso importante en las características de la explotación que en las primeras décadas del siglo XX había alcanzado importantes niveles de modernización por el impulso de las empresas, así como, posteriormente, bajo la administración de COMIBOL.

En el departamento de La Paz, la minería de cobre fue también importante. Denominado popularmente como el "oro de Coro Coro", la explotación de este mineral, conocido y utilizado desde el periodo prehispánico y explotado por empresas capitalistas desde el siglo XIX, ha tenido una larga e importante historia para la provincia a la que pertenece, Pacajes, y para el departamento de La Paz.

En 1919 se organizó la empresa "The Coro Coro United Cooper Mines Ltd.", formada por capitales anglo-franceses, que inició una explotación a mayor escala y en 1925 ya contaba con 1.700 trabajadores (Paravicini, 1925: 533). Junto a esa gran empresa también se encontraba allí la "Compañía Coro Coro de Bolivia", de capitales chilenos, que, aunque había estado en la zona desde 1873, la abandonó en 1923 (op.cit: 533). Por su parte, la Coro Coro United Cooper Mines Limited cerró operaciones en 1930, en gran medida por los graves conflictos suscitados con los trabajadores mineros, pero también como consecuencia de la baja en las cotizaciones del cobre.

A pesar de haber perdido bastante importancia, Coro Coro también pasó a depender de COMIBOL con la nacionalización de las minas y continuó trabajando hasta 1985, cuando fue definitivamente cerrada como consecuencia del D.S. 21060 de ese año y la política de "relocalización minera".

El zinc también ha sido un mineral explotado en el departamento de La Paz, siendo la mina Matilde, que se encuentra cerca al Lago Titicaca, la más importante en la producción de ese mineral. Antes de 1952, la mina pasó a pertenecer al grupo Hochschild, el que invirtió en ella aproximadamente dos millones de dólares. Pero desde que pasó a depender de COMIBOL, en 1952, se pensó en entregarla a capitales extranjeros, con el argumento de que la mina necesitaba enormes capitales para lograr explotar sus ingentes reservas de zinc (Almaraz, s/f: 112).

Durante el gobierno del general René Barrientos Ortuño (1964-1968), la mina Matilde fue entregada a la empresa norteamericana "Philips Brothers" y nacionalizada en 1970, bajo el gobierno del general Juan José Torres (1970-1971). Entró en decadencia y fue definitivamente cerrada en 1985. Sin embargo, en otras minas del departamento de La Paz, sigue habiendo zinc.

El oro puede ser considerado el mineral que ha perdurado con mayor persistencia en el departamento de La Paz, aunque su explotación casi nunca ha estado en manos de grandes empresas.

La provincia Larecaja, a partir de la desembocadura de Tipuani, es la que cuenta con mayores riquezas auríferas de carácter aluvional.

La fama del oro de Tipuani viene desde la época incaica y, en el siglo XX, atrajo a miles de inmigrantes no sólo de las provincias paceñas, sino de otros lugares de Bolivia, quienes constituyeron cooperativas mineras auríferas. Actualmente, el oro de la provincia Larecaja sigue siendo explotado por cooperativas ubicadas a los largo de los ríos Consata, Mapiri y asentados en las poblaciones de Tipuani, Guanay, Teoponte y otras. Sin embargo, la tecnología utilizada es muy deficiente y no ha logrado progresos desde hace décadas.

En 1990, se calculaba que el departamento producía 5.000 kgs. finos de oro por año, de los que más de la mitad eran comercializados ilegalmente (Presencia, 1990). Actualmente, además de la provincia Larecaja, son pequeñas productoras de oro Muñecas, Franz Tamayo, Inquisivi, Sud Yungas y Murillo.

En la actualidad, la producción minera sigue generando trabajo para miles de paceños y sus potencialidades no han sido eliminadas, aunque la crisis del estaño de la década del ochenta ha disminuido enormemente la importancia de ese mineral.

En relación con la coca, la producción y comercialización de esta "hoja sagrada", tan significativas para el departamento de La Paz a lo largo de toda su historia, continúan con un lugar privilegiado en la economía regional. Así, tanto la actividad minera como la cocalera han influido de manera importante en el desarrollo de La Paz. Además, la producción cocalera ha estado fuertemente vinculada con el desarrollo de la minería, aunque no exclusivamente y tampoco sólo en relación con ese departamento, sino también principalmente con Potosí y Oruro.

Es importante remarcar que la expansión de los cultivos de la hoja de coca estuvo estrechamente vinculada con la minería en la colonia y en el siglo XIX; en cambio, en el siglo XX, si bien las minas continúan como grandes centros consumidores, ya no son los únicos. El consumo se ha diversificado.

En el departamento de La Paz, Xavier Albó ubica a la población de Coripata, perteneciente a Nor Yungas, como la principal productora de coca a principios del siglo XX, siendo esta región una zona receptora de colonizadores de la región altiplánica del departamento.

En 1928, las haciendas cocaleras de Coripata se encontraban entre las más ricas de los Yungas y la mayoría de ellas pertenecían al mismo patrón, José Gamarra, resultado de un proceso de concentración de haciendas en pocas manos (Albó, 1978: 12). Más o menos en esa misma época, otra zona que comenzó a despuntar en la producción de coca fue Chulumani, ubicada en la provincia de Sud Yungas, donde la propiedad comunitaria de la tierra había sido más fuerte.

En los Yungas, existían dos tipos de hacendados: familias tradicionales yungueñas, que poseían haciendas sólo en esta zona, y nuevos hacendados, que también poseían tierras en el altiplano. Los propietarios de haciendas realizaban en la ciudad otro tipo de actividades: política, comercial o industrial y los grandes hacendados de la región formaban una élite importante en la ciudad de La Paz y estaban organizados en la Sociedad de Propietarios de los Yungas. Entre ellos, podemos mencionar a: Zenón Iturralde, Julio Méndez, Héctor Ormachea, Napoleón Tejada, los hermanos Soliz, Isaac Camacho, Serapio Portugal, Alfredo Ascarrunz, Primitivo Agramonte, Saturnino Guerra y Gerardo Diez de Medina, todos ellos personajes muy importantes del quehacer político y económico del país y con altos cargos administrativos en el gobierno liberal (Soux, 1993: 66).

Por otro lado, los colonos provenientes del altiplano aumentaron considerablemente en la década de los treinta como consecuencia de varios factores, como la apertura de caminos y la diversificación de la producción yungueña (op.cit.:83).

Sin embargo y a pesar de cierta concentración de las propiedades, antes de 1953, ya se produjo en los Yungas una importante parcelación de los terrenos que es necesario que se estudie con mayor profundidad. En todo caso, cuando la Reforma Agraria se produjo, numerosas tierras fueron entregadas a los ex-colonos y la mayoría de las viejas haciendas desapareció, habiendo pasado la producción cocalera a los pequeños productores.

Un estudio reciente señala que, durante ese proceso, todas las haciendas de Sud Yungas fueron clasificadas como "mediana propiedad" y que los ex patrones entregaron a los ex colonos los terrenos que éstos tenían en usufructo, no habiéndose presentado muchos pro-

blemas, ya que en los Yungas no había muchas comunidades originarias. Así, para 1953, en Nor Yungas sólo existía una "comunidad originaria", "Milluwaya", pues la "comunidad Marka" ubicada cerca al pueblo de Coroico, era en realidad más un agrupación de "sayaneros independientes" que una comunidad originaria como tal. En cambio, en el sector de Chulumani sobrevivía un bloque de seis comunidades originarias, algunas de ellas colindantes con el pueblo (Aguilar y Spedding, 2005: 75).

Por otro lado, la Ley de Reforma Agraria, cuyo proceso de aplicación duró aproximadamente diez años, estipuló en los Yungas una asignación máxima de 10 Has. por cada ex colono. Los patrones retuvieron la casa de hacienda y los terrenos inmediatamente adyacentes (op. cit., 2005: 73).

Un aspecto característico de los Yungas es que la mercantilización de la economía local se inició mucho antes de la reforma agraria y, en la actualidad, los productores campesinos de la región son altamente dependientes del mercado, tanto para la venta de frutas como de café y coca.

En cuanto a la comercialización de la coca, la inauguración, en 1934, de la carretera que vinculaba a Coripata con Puente Villa y desde allí con La Paz y Chulumani -construida por la Sociedad de Propietarios de los Yungas durante la Guerra del Chaco- significó un salto cualitativo para los yungueños, dejándose de usar el transporte a lomo de mulas y llamas. Diez años después, en 1944, se inauguró la carretera Coripata-Marquiviri construida con el capital privado de la Sociedad Agrícola Industrial José María Gamarra S.A., que siguió contribuyendo a una mejor vinculación con los mercados (Albó, 1978: 12), aunque, como se sabe, las carreteras a los Yungas son hasta la actualidad altamente peligrosas.

Ahora bien, más o menos a partir de la década de los sesenta, comenzó a conocerse de las actividades del narcotráfico en la zona del Chapare; Yungas fue catalogada también como productora para fines ilícitos en los ochenta, principalmente la región de Chulumani, donde se produjeron graves conflictos contra las políticas de erradicación de aquel entonces.

En esos años, por otro lado, se abrió en Sud Yungas una amplia zona de colonización en Asunta, también llamada "Sector de Adentro". Allí llegaron muchos relocalizados mineros y migrantes rurales. Desde entonces, está en la mira de los gobiernos porque se sostiene que allí hay coca excedentaria. En cambio, en Nor Yungas, la producción cafetalera es en la actualidad más importante que la cocalera, aunque últimamente ha aumentado la producción de coca en la región de Caranavi.

En todo caso, la coca de los Yungas, de mejor calidad que la del Chapare, abastece desde hace muchísimo tiempo el consumo tradicional de las provincias paceñas, de la capital del departamento e, incluso, es comercializada en otros departamentos y fuera de las fronteras nacionales.

Además, organizaciones de los productores yungueños, como ADEPCOCA, así como los sindicatos campesinos, como la Federación Sindical Única de los Yungas Túpac Katari (FSUTCSY-TK), que comercializan su coca en el mercado legal de coca de Villa Fátima, han afirmado últimamente que controlarán la producción de coca excedentaria.

En conclusión, la producción de la hoja de coca y la minería constituyen dos actividades económicas y sociales que caracterizan profundamente al departamento de La Paz. Durante la época prehispánica, cada una tuvo una historia diferente; durante la época colonial y gran parte de la historia republicana, sus historias estuvieron profundamente unidas, dado que la producción de la coca estuvo supeditada al auge o a la crisis minera. En cambio, en el siglo XX, sin dejar de tener nexos, siguieron rumbos diferentes. Una de las consecuencias es que los productores de coca tienen actualmente una presencia nacional tan importante como la de los mineros y la producción de la coca es autónoma de la producción minera.





Tejedora de Charazani.
Interior de la Fabrica FORNO, 1950.

CAPÍTULO 3
ARTESANÍA E INDUSTRIA

La cultura material de un pueblo es mucho más que piezas a ser exhibidas en museos para ser admiradas por propios y extraños o modelos de expresión del grado de "tradicionalidad" o "modernidad" de una sociedad. Así, tanto la producción artesanal como el desarrollo de la industria en el territorio paceño han expresado a lo largo de los tiempos visiones de mundo, tradiciones religiosas, intercambios culturales, influencias externas, deseos de transcendencia en el tiempo y muchas cosas más.

De ahí que, por ejemplo, los objetos recuperados por los arqueólogos y estudiados por antropólogos e historiadores elaborados, embellecidos y utilizados en diferentes actividades, ritos religiosos o situaciones de la vida cotidiana por tiwanacotas, aymaras e incas, acerquen hoy a una comprensión más cabal y completa de esas culturas.

Así, las sobrevivencias culturales, los intercambios entre pueblos, las influencias recibidas, la importancia del dios sol, la manera en que se servían los alimentos, es decir, la vida cotidiana, las concepciones mágicas y religiosas o la estratificación social están plasmados en esos objetos creados por seres que vivieron, incluso, hace miles de años.

Por otro lado, detrás de cada objeto material está un ser humano o un grupo de personas que lo hicieron posible. Así, hermosas mujeres recluidas del periodo incaico fueron las que vistieron al Inca con ricos y adornados atuendos que sólo pueden reconstruirse por los dibu-

jos plasmados en las crónicas, mientras que las hermosas "bayetas de la tierra" creadas en los obrajes paceños del periodo colonial fueron el fruto de manos laboriosas de indígenas destinados a esa tarea.

En el siglo XIX, sastres, zapateros, hilanderos, sombrereros expresaron a través de su trabajo la emergencia de un grupo que, en gran medida, le dio su identidad particular a la ciudad de La Paz: los artesanos mestizos. Hombres y mujeres desplegaron su creatividad en prendas de todo tipo, que vestían a hermosas cholas paceñas con mantas bordadas y elegantes botines, que traían modas de afuera para adaptarlas a las exigencias de los grupos citadinos y que adornaban esplendorosamente a los danzantes de las entradas folklóricas que comenzaban a popularizarse.

Así, aunque la producción interna vivió momentos de desvalorización por el afán de imitación a la producción en serie de los países industrializados, la artesanía paceña logró sobrevivir hasta nuestros días y seguir creando hermosas prendas que continúan expresando raíces culturales andinas, pero también la influencia de lo mestizo y de la cultura occidental, que, sin embargo, es apropiada sin perder su sello propio. Una patente muestra de esto último se puede observar en la fiesta tradicional de "Alasitas", donde miles de artesanos exponen sus creaciones en miniatura.

En cuanto al desarrollo de la industria en La Paz, éste no tiene que ser visto como un proceso necesariamente contrapuesto a la actividad artesanal, a pesar que ésta tuvo que competir en desventaja tanto con los productos industriales que llegaron del extranjero como con los de las industrias internas.

Sin embargo, es verdad que la creación de industrias de calzado, textiles y de otro tipo de objetos de consumo cotidiano, a partir principalmente de la década de 1920 en La Paz, significó la adopción de modelos occidentales y la creencia de que, con las industrias, llegaban el progreso y la modernidad.

Así, los casimires "ingleses" de la Soligno, la cerveza con sabor alemán, los cigarrillos que usaban aromas, logotipos y esencias de las casas matrices norteamericanas, la coca-cola embotellada en un recipiente exactamente igual al de cualquier otra parte del mundo, signi-

ficaron, en gran medida, la adopción de patrones de consumo transmitidos de otras culturas, principalmente la occidental.

Hoy en día, pequeños y grandes industriales de El Alto producen prendas industriales destinadas a la exportación que reflejan la posibilidad de articular varios mundos, como es el caso de las vistosas chompas de alpaca con motivos andinos o de las diversas prendas de oro que tienen incrustados motivos inspirados en nuestras raíces culturales que, sin embargo, serán exhibidas en elegantes pasarelas newyorkinas o en vitrinas de grandes centros comerciales de las capitales industriales del mundo.

Lo "tradicional" y lo "moderno", las culturas propias o las extrañas son, entonces, fronteras flexibles que en la producción artesanal e industrial tienen creativos puntos de encuentro. La Paz ha aportado a lo largo de toda su historia a esos intercambios.

3.1 EL APORTE AYMARA EN EL PERIODO PREHISPÁNICO

El trabajo artesanal es una actividad ligada íntimamente a la vida cotidiana, más aún en un periodo como el prehispánico, donde todos los utensilios eran productos del trabajo artesanal. En la producción de ciertos bienes, sin embargo, esta labor corriente y común logró una sofisticación particular en cuanto a su calidad y a la simbología que reflejaban. Es decir que, en estos casos, los productos artesanales pasaron a convertirse en verdaderas obras de arte elaboradas por especialistas. Debido a la gran extensión que implicaría hablar de las artesanías en general, se privilegian algunos de los más notables trabajos de artesanía o de arte: por una parte, la cerámica y, por otra, los textiles, sin olvidar por esto la gran importancia que tuvieron, por ejemplo, las esculturas, la orfebrería, el arte plumario o la elaboración de instrumentos musicales.

En lo que se refiere a la cerámica, si bien hubo una producción doméstica de la elaboración de cuencos, vasos y otros objetos de uso cotidiano, a veces esta producción se hallaba concentrada en ciertas zonas donde hubo mayor acceso a la arcilla. La zona de Jesús de Machaca es una de éstas, cuya tradición llega hasta la actualidad. Por

su parte, los lugares de producción más sofisticada están relacionados con los centros urbano-rituales. En el caso de La Paz, este centro fue, sin duda, Tiwanaku. Allí, los artesanos realizaron trabajos que no solamente demandaban meses en su elaboración, sino que expresaban mensajes e ideas de una gran profundidad histórica y cultural.

La cerámica de Tiwanaku, una de las más notables de los Andes, es reconocida como una producción artística de gran calidad, llena de símbolos difícilmente comprensibles hoy, donde predominaba el color ocre y wako retratos (o cuencos que representaban rostros humanos sin identidad particular y ligeramente estilizados). La figura característica y enormemente difundida, en distintos medios, como tallado en piedra, textiles, pero también en la cerámica, fue la de la figura central de la puerta del Sol o el "Señor del báculo".

Se representó, asimismo, toda una gama de la fauna altiplánica y de tierras bajas con un alto simbolismo asociado a la representación de pumas, cóndores, serpientes, patos, llamas y peces estilizados. A veces, se representaron solamente una de sus partes, como cabezas, alas o colmillos. Asimismo, se combinaron animales: un puma con garras de cóndor o con alas. En menor medida, se representaron elementos de la flora, como la totora, flores y otras plantas. Pero, seguramente, la más frecuente era una concepción artística donde dominaban los símbolos: el escalonado, las alas, círculos concéntricos, líneas onduladas o partes de la indumentaria de hombres y mujeres como los topos. El conjunto constituía una producción estilizada y simbólica hasta que el reciente descubrimiento de la Isla Pariti mostró nuevas concepciones en la producción de la cerámica tiwanakota.

La pequeña isla de Pariti, perteneciente al cantón Cascachi, se encuentra ubicada en el sector de Wiñaymarka o lago Menor del lago Titicaca. Debido a los descubrimientos de ofrendas de cerámica, se establece que fue un importante centro ritual. Las piezas encontradas muestran que se destruyeron al momento de ser enterradas y cada una de ella tiene su par. Pero la principal característica de esta cerámica es el carácter realista, casi de retrato, de sus representaciones. Son rostros que muestran expresiones de serenidad, sonríen o están acullicando. Se encuentran tanto hombres como mujeres, con peinados,

atuendos y objetos que los acompañan. Hay algunos con el labio leporino o alguna marca en el rostro o el cuerpo; un viejo hombre acompañado de un pato, característico de la zona del lago, otro hombre más joven con una tembetá en el labio y rasgos físicos característicos de los habitantes de las tierras bajas; otros con el rostro pintado de rojo, como fueron descritos los altiplánicos por los cronistas de la colonia temprana. En conjunto, esta cerámica habla de una sociedad multiétnica que está representada en Tiwanaku, pero, además, de la magnífica técnica y concepción estética de sus artesanos.

En el periodo inca hubo algunos cambios y se conocen estilos regionales y otros ligados al poder incaico central. El estilo pacaje es característico de esta zona. También, se conoce que hubo un ayllu completo de olleros ubicados en Cupi, en el sector peruano del lago Titicaca. Copi, según Bertonio, significa ollero, que podría tener relación con el ayllu Cupi de la ciudad de La Paz en el barrio de San Pedro, al NO de la ciudad, colindante con el que fue posteriormente barrio artesano de San Sebastián (Arze, 1994:24).



Si bien en las zonas más bajas hubo también producción alfarera, les es más característico el trabajo de mates a partir de plantas adecuadas para ello, los cuales estaban acompañados de adornos en metal. En la zona de Charazani, a partir de una especie conocida como *lagenaria vulgaris*, que produce calabazas y mates, en zonas de clima cálido y seco, se elaboraron distintas escudillas. Esta planta produce frutos de diversos tamaños dando lugar al porongo, el poto y la chucula, cada una de ellas con sub-variedades. El pequeño porongo se utilizaba para guardar cal, para mascar la coca; el mate más ancho servía como plato y la chucula, de cuello curvado, como cucharón. Parece que hubo una cierta relación entre el trabajo de los mates y los kerus, o vasos ceremoniales pintados de fines del periodo incaico, aunque los kerus fueron elaborados en madera dura (Gisbert et al, 1987:112).

En cuanto a los textiles, se puede decir que es probablemente la creación artística más propia de los Andes. Se sabe, por ejemplo, que Huayna Capac trasladó 2.000 tejedores a Millerea en la zona Umasuyu del lago Titicaca; probablemente se trataba de cumbicayamos o especialistas en el fino tejido de cumbi (Murra, 1983).

La función de los textiles andinos es la de identificador étnico; tanto así, que en el mito de creación del dios Wiracocha se cuenta que, cuando creó a los hombres en la Isla del Sol, envió a cada uno a su región con su ropa particular. La gente creaba, tejía y usaba la ropa con distintivos tanto en la decoración de los textiles como en los tocados o gorros.

Para la región paceña, Gisbert, Arze y Cajías encuentran en la actualidad dos regiones de producción textil muy bien delimitadas: una es la zona de Charazani y la otra la del lago Titicaca, esta última, sin embargo, con subdivisiones.

En la región de los valles altos de Charazani aún quedan restos de textiles cuya técnica es singular. Los tejidos, por lo general, presentan una abundante decoración geométrica y figurativa, tanto natural como simbólica; son muy coloridos, con predominio del verde y rosado. La zona de Amarete presenta características particulares, de modo que se lo puede clasificar como un subgrupo. En los textiles de Amarete predominan el color rojo y el blanco con decoraciones antropomorfas y zoomorfas estilizadas. Esta es la zona donde perviven el acsu y el uncu. Esto se debe seguramente a que los de Amarete tienen su origen en los mitimaes incas, en tanto que los de Charazani son kallawayas. Los hombres llevaban un unku, o especie de camiseta hasta la rodilla (Gisbert et al, 1987:115).

En una tumba excavada en Niño Korín, sobre el río Curva, se encontraron personajes con una vestimenta que permite sostener cierta pervivencia del estilo hasta la actualidad. Los hombres llevaban un "uncu" multicolor con diseños y sobre la cabeza, un gorro punteado conocido como "chinu-chullu". Las mujeres llevaban una lliclla también multicolor y un acsu negro con una vincha tejida ceñida a la cabeza. Hombres y mujeres usaban ojotas. Uno de los hombres llevaba un capacho con medicamentos y amuletos (Gisbert et al, 1987: 115-116).

En la zona del lago Titicaca, encontramos a collas y pacajes. El tocado de los collas se caracterizaba por llevar una media luna invertida que les era característica. Los collas, según el padre Murúa, fueron los primeros que se vistieron de llancapata, es decir, ropa de cumbi, la más fina, elaborada con lana de alpaca o de vicuña con complejísi-

mos diseños, y de collcapata, es decir, con un decorado en forma de ajedrez. Esta ropa, tejida para una élite, era elaborada por especialistas nombrados cumbicamayos (o especialistas en cumbi). Otro sector facultado para tejer ropa de cumbi era el de las ñustas recluidas en casas especiales o acllawasi; ellas estaban encargadas de elaborar "ropa sutilísima" para el Inca y la élite (Gisbert et al, 1987:157). En el caso del espacio paceño, el acllawasi más importante se encontraba en la Isla Coati, conocida como Isla de la Luna.

Los pacajes tienen varios estilos secundarios, como el de Calamarca, caracterizado por piezas con poco decorado, de tonos oscuros con un sector del textil formado por líneas rojas y verdes sobre un amplio campo verde. Tiene, además, decoraciones naturales. El estilo de Sicasica tiene una parte decorada muy estrecha con decoración solamente geométrica. Finalmente, Achiri tiene un estilo muy elegante, con llicllas o traje femenino muy sobrio, pero con fajas ricamente decoradas. Las llicllas tienen un decorado en pequeñas "s" que se repiten (Gisbert et al, 1987:165-166).

Tanto las técnicas como los diseños textiles siguen vigentes en muchas partes del mundo andino, aunque se fueron transformando unos elementos más que otros; por ejemplo, la ropa de chola, que fue introducida a raíz de las rebeliones indígenas de 1780, y, en el traje masculino, se generalizaron el pantalón y el sombrero. Asimismo, el teñido introdujo el añil y otras técnicas; finalmente, la lana sintética se difundió con mucha rapidez. Sin embargo, la estética y la importancia del tejido no han dejado de estar presentes y siguen siendo vitales.

3.2 LOS OBRAJES Y LA PRODUCCIÓN ARTESANAL EN LA COLONIA

Muchos elementos de la artesanía prehispánica sobrevivieron durante la colonia, especialmente en lo que se refiere a los textiles. La mayor parte de la población originaria continuó vistiendo con sus trajes propios, de tal manera que la vestimenta era un lenguaje no verbal que comunicaba la identidad de los grupos, por ejemplo, de los distintos grupos aymaras y quechuas. En la colonia se conservó -más que en la

actualidad- la identidad cultural a través del vestido, así que los talleres de textiles originarios, centros de arte femenino, continuaron durante esta época.

A esos centros de origen prehispánico, se sumaron los centros artesanales coloniales, denominados obrajes, que existieron a lo largo de toda la Audiencia de Charcas, siendo La Paz un centro muy importante. Laura Escobari señala que los obrajes ubicados en la ciudad de La Paz, dentro de ella o en sus alrededores, producían telas que, junto a los sombreros fabricados por artesanos, constituían parte de los principales productos de exportación.

La misma autora señala que La Paz exportaba "telas de obraje como bayetas, sayales, cordellates, frazadas, chumbes y pabellones (pequeñas y grandes alfombras y tapices)" (Escobari, 1998). Alberto Crespo, por su parte, señala que en los obrajes se producían "tejidos, alpargatas, baquetas, costales, sombreros, objetos de loza y vidrio, paños, frazadas, bayetas, tocuyos, jergas, ponchos, alfombras, colchas" (Crespo, 1989).

Existían varios obrajes. A fines del siglo XVII y en la primera mitad del siglo XVIII, uno de los obrajes más importantes era el que pertenecía a los jesuitas, ubicado en el actual barrio de Obrajes, de ahí su nombre. La producción cubría el mercado local y alcanzaba para exportar. Los jesuitas compraron ese obraje en 1686 de los herederos de Juan de Rivas, fundador de este sistema de producción en el siglo XVI.

Como señala Escobari, cuando los jesuitas compraron el obraje estaba casi en ruinas y tenía sólo siete telares; luego de la administración jesuita, de poco menos que un siglo, los telares eran 80 con una gran producción, que, como ya se dijo, no sólo satisfacía el mercado local, sino también se exportaba a otras ciudades del continente. Las telas no sólo cubrían las necesidades de los indios, también españoles y criollos consumían las bayetas para combinarlas con los trajes confeccionados con telas traídas desde España.

Los obrajes de los jesuitas, junto a los de otros propietarios, como el de la familia Chirinos, fueron fuentes de ingreso, de producción y de empleo, aunque semiobligado. Probablemente, su principal virtud

fue satisfacer la necesidad de telas propias para confeccionar la vestimenta diversa, llamada "ropa de la tierra", en competencia con la otra ropa importada de ultramar, llamada "ropa de Castilla".

Respecto a la mano de obra, es importante recordar, como lo hace Crespo, que gran parte de los trabajadores estaban dentro de un sistema parecido a la mita, es decir, a un trabajo forzado por turnos y poco remunerado. Trabajaban niños, jóvenes y adultos; los adultos eran mejor remunerados con salario y con alimentos. Esto explica por qué durante la sublevación general de Indios entre 1780 y 1782, uno de los objetivos de los sublevados fue el de la supresión de los obrajes, aunque tocado con menos vehemencia que otros ámbitos como el del reparto mercantil, la mita y el tributo.

Otros productos importantes fabricados en los obrajes eran los sombreros, de lana de oveja, de vicuña o de mezcla de lanas. En Potosí, el mercado principal, competían los sombreros fabricados en el Cuzco con los sombreros fabricados en La Paz (Escobari, 1998).

En los obrajes, además de las telas y sombreros, se fabricaban (p. 38) objetos de telas y cerámica; pero que, sin duda, la producción más importante era la de telas, especialmente cuando el ganado ovino se adaptó a las tierras altiplánicas, dotando de la mejor materia prima para los obrajes, junto a la proveniente del ganado camélido. La fabricación de telas requería del empleo de agua y, por ello, los obrajes fueron instalados a orillas de los ríos, como el de Obrajes, a orillas del río Orkojahuira. El agua servía para el lavado de la lana y su preparación previa para el hilado y el tejido (Crespo, 1989).

Los obrajes tuvieron su mayor apogeo desde mediados del siglo XVI hasta el último tercio del siglo XVIII, ya que gozaban de privilegios especiales dada la prohibición de que los americanos usen géneros ultramarinos. Esta situación cambió en la segunda mitad del siglo XVIII con la política borbónica de fomentar la producción de España y evitar la competencia de la producción americana de los obrajes. Esta política ocasionó la destrucción de muchos obrajes y la decadencia de otros, con lo que, al final de la colonia, esta institución que, pese a sus defectos, constituía una importante base para un futuro desarrollo industrial, estaba en completa decadencia.



Otro rubro importante de la artesanía paceña estaba constituido por los hilados de oro y plata que eran encajes que se utilizaban, fundamentalmente en el siglo XVIII, para enriquecer la ropa de españoles, criollos y mestizos; así como toda la ropa con la que se vestían los sacerdotes para los oficios religiosos y para la ropa con la que se vestían las imágenes.

Aunque, en general, las pinturas son consideradas obras de arte, en el siglo XVIII, la famosa escuela del Collao producía los cuadros religiosos como si fuera una digna labor de artesano; de ahí que muchas pinturas no tengan la firma de su autor. Los siglos XVII y XVIII significan el apogeo de la producción pictórica, como lo testimonian cientos de cuadros de buena calidad, ubicados en museos, iglesias y colecciones particulares. En su época, la demanda de lienzos pintados provenía de todas las clases sociales.

Tal como recuerdan los esposos Mesa-Gisbert, pintores, escultores y plateros formaron parte de gremios organizados a la manera española medieval, con sus grados y con sus reglas. Por eso es que su producción artística puede incorporarse, también, por diversos indicadores, en la producción artesanal. Así, también en La Paz se producían pinturas, esculturas, platería y orfebrería.

También fue importante la fabricación de muebles. Por las características de una vivienda o de un templo prehispánico, los muebles no fueron una necesidad en esa época. En cambio, la colonia, influida por la cultura occidental, "trajo consigo la necesidad de dotar a las casas de muebles cómodos y decorativos" (Villegas de Aneiva, 1998). En un principio, éstos fueron trabajados por artesanos españoles; pero luego se crearon varios centros de fabricación, entre ellos la ciudad de La Paz.

La fabricación del mueble cubría los ámbitos religioso, civil y familiar. En cuanto a las residencias, los artífices y artesanos del mueble fabricaron mesas, arcones, sillas, camas, bargueños, armarios de comedor, etc. Para las iglesias, muebles de asiento, armarios de sacristía y los artísticos retablos. En el mobiliario civil destacan los elegantes sillones fraileros. Por lo tanto, la fabricación de muebles fue otro rubro importante de los artesanos paceños.

Es interesante señalar, a modo de conclusión de este acápite, que, durante la colonia, existió en La Paz una importante producción artesanal, destacando los textiles de los obrajes, que entraron en declive en el último tercio del siglo XVIII por la política de la Corona de fomentar la producción peninsular y por el comercio libre que se inició a partir de 1776 que facilitó la introducción de textiles europeos en desmedro de los "textiles de la tierra". Para comprender el declive es también importante estudiar las fluctuaciones del abastecimiento de la lana por las consecuencias de la sublevación y, también, por la dificultad de asegurar mano de obra. En todo caso, queda también comprobada la continuidad de la vocación artesanal de la región paceña.

3.3 IDENTIDAD Y VARIEDAD PRODUCTIVA DE LOS ARTESANOS PACEÑOS EN EL SIGLO XIX

Cuando Bolivia emergió como país independiente, la idea era que la producción artesanal y la industria florecerían. Un autor anónimo denominado El Aldeano describió, sin embargo, a Bolivia, cinco años después de fundada la república, como un país en el que la producción nacional agonizaba y moría frente a la competencia y el comercio extranjero:

> Apenas se presentan barcos en las costas del Pacífico cuando ellos [los comerciantes], deslumbrados por el resplandor de las mercancías y fascinados por una gran ganancia, reúnen sus capitales, los buscan en todas partes, enzurronan la plata y el oro, y corren presurosos a los puertos a disputarse la compra de los efectos. Impórtanlos en el interior, rellenan los almacenes, abren tiendas y buscan subalternos y corredores que enganchen por todas partes a los incautos. No hay plaza ni mercado en ciudad, villa cantón ni aldea que no esté todo atestado de estas mercancías (El Aldeano, 1994: 33).

> ¿Por dónde [conoceré] que son libres e independientes los bolivianos de toda nación extranjera y por dónde que están civilizados como se denominan? ¿Es alguna civilización el correr por todas

partes a recoger toda la sangre del cuerpo político para extravasarla? (El Aldeano, 1994: 33).

Uno de los productos más importantes del comercio que inundó el mercado del país fue el de los tejidos. A pesar de la competencia que significaban los textiles ingleses, a mediados del siglo XIX, los telares de lana se encontraban fundamentalmente en La Paz, Chuquisaca y Potosí, mientras que las generías, casi exclusivamente en La Paz.

De acuerdo a Dalence, había casi 10.000 artesanos en toda Bolivia, lo que significaba el 2% de la población, casi tan numerosos como los "criados" (3%).

Pero si la palabra "artesano" remite a una unidad, la realidad que encubre es la de un mundo sumamente diverso. La heterogeneidad de los artesanos está relacionada con el grado de independencia y relacionamiento con distintos sectores de la sociedad urbana paceña; con su condición étnica y social, con su origen geográfico diverso, con su organización, tiempo de aprendizaje y naturaleza temporal o permanente de su oficio.

El grado de independencia estaba ligado a la posesión o no de sus medios de producción, al costo de sus instrumentos de producción y al tipo de vinculación que implicaba su arte en relación con la sociedad. Los albañiles, por ejemplo, fueron por lo general jornaleros contratados para las obras citadinas. En general, eran además indígenas, que, agrupados en un gremio en la parroquia de Santa Bárbara, tal vez combinaban su actividad con tareas agrícolas. Los tejeros, en cambio, además de vender su fuerza de trabajo, podían convertirse en artesanos vendedores de tejas y adobes.

Es posible que los artesanos, como productores independientes, constituyeran el grueso del sector artesanal, como el caso de los sastres, zapateros, carpinteros, hilanderas, sombrereros, etc. Aquí el costo de los instrumentos de producción variaba no sólo de una ocupación a otra, sino también al interior de cada uno de los oficios. El capital en herramientas necesarias a un taller de carpintería podía, por ejemplo, ascender a 900$, suma altísima para otro carpintero, quien solicitó ser declarado pobre de solemnidad, es decir que su ingreso era

menor a 200 pesos anuales. Por estas diferenciaciones, muchos de los carpinteros optaron por vender su fuerza de trabajo a otros artesanos patrones. Los artesanos independientes que vendían sus productos podían también trabajar por contratos.

La heterogeneidad se debía también a su origen social y étnico por la diferenciación entre indígenas artesanos, quienes debían pagar un tributo o contribución como indígenas que era de 5 pesos al año, y los simplemente artesanos. Los montereros tenían, además, una clientela exclusivamente indígena. A esta diferenciación se añadía el hecho de que muchos de los gremios que aún formaban parte de la organización comunitaria de San Sebastián o San Pedro podían combinar su actividad con el trabajo agrícola, como en el caso de los mañazos o carniceros.

El origen geográfico era también múltiple porque unos eran de la ciudad de La Paz, otros de los pueblos de las provincias del mismo departamento, de otras ciudades y, finalmente, de otros departamentos. Esta heterogeneidad se presenta también en el nivel de la organización, ya que unos estaban agrupados en gremios y otros no. Los reunidos en gremios antes de 1855 dependían de las comunidades indígenas de la ciudad sujetas a la jurisdicción eclesiástica de las parroquias del mismo nombre. Así, al lado de los ayllus de San Sebastián, se encontraban los gremios de montereros, sombrereros, zapateros y panaderos y, al lado de los ayllus de Santa Bárbara, el gremio de albañiles. La organización del gremio de los mañasos de San Sebastián, tal como aparece por lo menos a fines del siglo XIX, sugiere una estructura relativamente similar a la de los ayllus: en lugar del hilacata se encuentra un maestro mayor, un alcalde y varios principales. Al margen, de estos gremios, algunos indígenas de estas parroquias podían tener otros oficios artesanales, como tejeros y tintoreros.

El tiempo de aprendizaje relacionado con el oficio así como el tipo de oficio que desempeñaban diferenciaban también el mundo de los artesanos. A título indicativo, para ser maestro sombrerero y zapatero se necesitaban seis meses en el Colegio de Artes y Oficios, mientras que para carpintero, platero y talabartero, un año y para joyero y grabador, un año y medio.

Finalmente, muchos artesanos trabajaban fuera de su oficio, ya sea temporal o definitivamente. En ambos casos, la situación se encuentra en ambos polos de la situación económica y social de los artesanos. Por una parte, entre los más acomodados, como una mejoría de su situación, o entre los más pobres, como recurso de sobrevivencia. Entre los primeros, tenemos el caso de Leandro Aranda, maestro sastre de taller y dueño del Café Inglés, o la de otros artesanos que podían ser empleados de policía, sastres y serenos. Muchos de estos artesanos eran, además, antiguos soldados del Ejército y podían, en determinados casos, enrolarse en los batallones de la época.

Aparentemente, no hubo una centralización del proceso productivo a gran escala ni tampoco una concentración de la fuerza de trabajo en el siglo XIX. La organización de la producción parece, más bien, haberse mantenido sobre la base de la pequeña unidad artesanal individual, el taller mínimamente diferenciado y una ocupación que podía, además, ser temporal y no necesariamente exclusiva. Si algo podía caracterizar a este mundo tan heterogéneo fue, por tanto, el ser pequeños productores independientes cuya posición económica social variaba enormemente.

A pesar de las diferencias que encubre el término artesano, muchos de ellos fueron construyendo una autoidentificación en relación con los grupos dominantes que se aprecia en algunos periódicos ligados a los artesanos, como *El Artesano de La Paz*, que salió a luz el año 1851 y constituyó el apoyo escrito al régimen de Belzu, primero, y al de Córdoba, después. Fue fundamentalmente un órgano de vinculación – por primera vez desde 1825 - de una cúpula de los artesanos con el Estado y la sociedad en general y no así un medio de comunicación entre artesanos. Es muy probable, además, que gran parte de sus artículos fueran escritos por personas que no pertenecían al amplio espectro de los artesanos.

En distintos artículos del periódico se hablaba de los artesanos como "clases laboriosas", "multitud de los obreros", "clase obrera" y "clase menesteral". También se identificaron como "pobres" y como "pueblo". Pero la mirada de los "otros", que borraba la heterogeneidad del mundo artesanal, desempeñó también un rol fundamental en

la concepción de parte de los artesanos de su propia unidad. La indiferencia, humillación y explícita falta de estatus de la que eran objeto constituyeron, también, los elementos sobre los cuales se construía su identidad. Pero no es solamente una identidad individual asociada a la pobreza, sino la identidad colectiva y cultural de los cholos. Un carpintero de taller imaginó lo que decían los adversarios de Belzu y Córdoba:

> aunque...apelarán [los artesanos y belcistas]... a esa chusma de cholos, que de poco tiempo a esta parte se han metido a negocios de política, como si estos salvajes hubieran nacido para otra cosa que para batir suelas, majar fierro, cortar paño y fabricar puertas y ventanas.

Finalmente, la lucha no era concebida en términos individuales, sino colectivos. En una proclama se decía: "La obra que hoy emprendemos no es ni será nunca una obra individual. Es colectiva, hecha por vosotros y por nosotros".

Estos cholos se asociaban, además, no sólo a los "descendientes de la raza aborigen", sino también al "sonido armonioso" del charango, la bandaría y la quena.

En el juego de percepciones propias y miradas ajenas, los artesanos fueron definiendo su identidad, asumiendo que, más allá de su situación diversa, constituían algo distinto, algo diferente y, como tales, proclamaron sus demandas y su respaldo a Belzu porque éste encarnaba la posibilidad de un reconocimiento de su estatus político y su integración a una comunidad política nacional. Lo que resulta sumamente interesante es que su lenguaje e identificación como clase artesanal parece encontrar también sus fundamentos en su discriminación étnica y en su cercanía al mundo indígena.

Fue también a partir de Belzu que se re-organizaron numerosos gremios. Hacia fines del siglo XIX y gracias al crecimiento de las ciudades y la consiguiente demanda de productos artesanales, las agrupaciones gremiales se fueron incrementando, surgiendo posteriormente los sindicatos en las primeras décadas del XX.

Durante este mismo período, 1880 – 1920, se dio el auge del mutualismo en La Paz, es decir, el establecimiento de sociedades de asistencia benéfica limitada al ámbito gremial y particular que, en algunos de los casos, intentó no depender del Estado. Si bien la tradición del mutualismo se inicia en 1878 con el establecimiento de la Sociedad Católica "San José", es recién con la Sociedad Fraternal de Artesanos y Socorros Mutuos "Obreros de la Cruz" (1883) y la Sociedad de Auxilios Mutuos de Artesanos "El Porvenir" (1886) que se inician las sociedades de Socorros Mutuos de carácter gremial. Si la actividad principal de estas sociedades giraba en torno al socorro mutuo y la beneficencia, también significó el inicio de la exteriorización de las aspiraciones político-sociales del artesanado, como fue el caso de la Sociedad "El Porvenir", que para muchos fue una de las bases para nacimiento de la Federación Obrera Local en 1927 (Ver Monografía del IV Centenario de La Paz).

En general, no hubo siempre una tajante ruptura entre gremios y sindicatos y, de hecho, en gran parte de los casos, los segundos emergieron de los primeros.

En todo caso, al iniciar el siglo XX, los tocuyos provenían esta vez mayoritariamente del Perú. Los de Inglaterra apenas representaban del 12 al 14% y muy sintomático es constatar que Estados Unidos tenía ya una presencia mucho más importante, equiparando casi al propio Perú (Ver Cuadro). En el ámbito de la industria, Ballivián señalaba que estaba muy poco desarrollada "por falta de brazos y capitales" y que la minería era la industria nacional por excelencia (Ballivián, 1900: 58). Sin embargo, en las primeras décadas del siglo XX, en La Paz se concentrarían las principales industrias, textiles por excelencia.

IMPORTACIÓN DE TOCUYOS EN LA ADUANA DE LA PAZ EN 1901-1902

Años	Estados Unidos		Inglaterra		Perú		Chile		Total	
	Kilos	Valor	Kilos	Valor	Kilos	Valor	Kilos	Valor	Kilos	Valor
1901	128.037 108.793	42%	41.598 35.354	14%	114.865	44%	1.428	0.5%	260.440	100%
1902	50.801 42.773	20%	25.217	12%	142.673	68%	——	——	250.362 210.663	100%
TOT.	178.838 151.566		71.263 60.571		305.044 257.538		1.680 1.428		556.825 471.103	

Fuente: Boletín de la Oficina Nacional de Inmigración, Estadística y Propaganda Geográfica, Vol. III. Año III No. 31, 32 y 33. La Paz, 1903.

3.4 INDUSTRIALIZACIÓN Y APORTE DE LOS INMIGRANTES EXTRANJEROS EN LA CIUDAD DE LA PAZ

A lo largo del siglo XIX la producción artesanal en la ciudad de La Paz fue muy importante, aunque decayó sin desaparecer en las primeras décadas del siglo XX, momento en que comenzó a cobrar importancia la actividad industrial moderna, a pesar de todas las dificultades que tuvo que enfrentar.

Así, la emergencia del capitalismo en Bolivia estuvo fuertemente orientada al impulso de las economías de exportación, como la de la goma y de los minerales, principalmente estaño. La primera, de más efímera duración, entró en crisis hacia 1920, mientras que la economía minera siguió siendo el principal ingreso de divisas para el país prácticamente hasta las últimas décadas del siglo pasado.

El privilegio dado a las exportaciones de recursos naturales implicó que el desarrollo industrial sea descuidado y, mientras en otros países de América Latina se iniciaba desde 1914 y, sobre todo, después de la crisis mundial de 1929 un proceso de "sustitución de importaciones", ese proceso fue más lento y menos sostenido en Bolivia.

Sin embargo, algunos gobiernos, como el de Bautista Saavedra (1920-1925), buscaron generar las condiciones para el desarrollo industrial, con el objetivo de formar una "burguesía nacional" que haga frente a la gran burguesía del estaño que para muchos sectores del país tenía sus intereses fuera de Bolivia. Aunque estas políticas, así como

las impulsadas después de la Guerra del Chaco, no motivaron significativamente a inversionistas nacionales, se produjo la emergencia de un primer momento de creación de industrias por parte de súbditos extranjeros que se asentaron en ciudades como La Paz, Oruro, Cochabamba y Santa Cruz.

En la ciudad de La Paz, en las primeras décadas del siglo XX, las pequeñas industrias estaban en manos de nacionales, pero la mayoría de las industrias más importantes eran propiedad de extranjeros.

Al respecto, entre las pequeñas industrias, podemos encontrar a la fábrica de chocolate "La Veracruzana" (1902), la "Zapatería Central" (1902), la fábrica de cerveza "Americana" (1904), la de tallarines de Lorenzo Taberna (1907), la de Bujías (1911), la de calzados "Eguino y Co." (1913), la de Catres de Valentín López (1915), la "Fábrica Nacional de Galletas" (1917), la de jabones y velas "La Genovesa" (1920), la de agua mineral "San Javier" (1922), la de chocolates y café molido "El Huchumachi" (1922), la de calzados de "García y Com" (1927) y otras como la "Fábrica Nacional de Tejidos y Punto", la "Plus Ultra" (camisas y pijamas), algunas dedicadas a la producción de alcoholes, ladrillos y muebles y la de jabones "Patria" de José Peralta (1931), entre otras (Mora, 2006).

Sin embargo, para 1931 ya estaban también instaladas fábricas con maquinaria más moderna, que empleaban a un gran número de trabajadores y que habían conseguido imponerse en el mercado urbano, como las de textiles "Said y Yayur", el "Lanificio Boliviano Domingo Soligno" de casimires, la "Fábrica Nacional Forno" y otras (ibidem).

Entre los extranjeros que impulsaron la industria paceña sobresalieron los alemanes, como Jorge Stege, quien en 1910 decidió incursionar en la elaboración artesanal de fiambres y embutidos en la ciudad de La Paz. Esta importante industria siguió creciendo y en 1940 pasó a manos de los descendientes del pionero alemán hasta la década de los setenta que pasó a ser administrada por otro alemán, Peter Bauer (Brumonte, 2006).

También fueron alemanes los que crearon la "Cervecería Boliviana Nacional", que se constituyó en una de las industrias más exitosas de nuestro medio y que pasando a otras manos continúa produ-

ciendo cervezas de gran calidad como "La Paceña" y "Pilsener". Igualmente, dentro de la industria farmaceútica, el joven Ernesto Shilling, llegado a La Paz siendo aún adolescente, después de aprender el oficio de farmaceútico con un paisano que tenía una farmacia en la calle Comercio, decidió crear "Laboratorios Inti" el 15 de marzo de 1935, que sigue siendo hoy una industria de gran nivel (íbidem).

Otro alemán emprendedor fue Johnny von Bergen, natural de Hamburgo, quien en 1930 montó una empresa exportadora de papel y cartón, que fue modernizada poco después con la instalación de máquinas offset, manufacturas de cuadernos, sobres, cartón corrugado y otras novedades, a la que bautizó con el nombre de "La Papelera S.A." (íbidem).

La producción de tabacos (cigarrillos y cigarros) tuvo su epicentro hasta la década del treinta en la ciudad de Sucre, principalmente por el impulso de los hermanos Villa que construyeron la "Compañía Boliviana de Tabacos S.A", que fue la abastecedora fundamental de los combatientes de la Guerra del Chaco y producía los famosos "Sucrenses", los "Especiales", "Charcas" y "Good Lock", con una producción de 942.640 paquetes en 1939 (Cajías, 1999: 134).

Pero, a partir del 24 de abril de 1934, apareció una competencia industrial a la fábrica de los Villa, cuando el judío alemán Enrique Kavlin fundó en La Paz la "Compañía Industrial de Tabacos", conocida más adelante como CITSA. Con la importación de maquinaria moderna, los primeros cigarrillos que produjeron fueron el "Inca", el "Bolívar", el "Sport", el "Memphis" y, desde 1936, el "Derby" sin filtro, que se convirtió en el primer cigarrillo industrial boliviano con calidad internacional (Cajías, 1999: 143). También produjo el "Astoria", de tabaco negro, el "Pacific", que tuvo gran aceptación entre los profesionales y, posteriormente, consiguió la licencia de "Phillip Morris" con la producción de "L&M", "Malboro", "Big Ben", "Colorado" y cigarrillos negros como "Casino" y "Camba", sin dejar el "Astoria", de gran aceptación popular (íbidem: 150).

Kavlin tuvo que dejar La Paz por motivos de salud y heredó la fábrica su yerno, Rodolfo Adler, checo de nacimiento. Este último creó en La Paz la fábrica de calzados "Bata" y abrió una sucursal en

Cochabamba con el nombre de "Manaco", la que se constituyó en la fábrica de calzados más importante del país.

En los mismos años se dio un importante impulso a la construcción con la creación de la primera industria de cemento en La Paz, que fue creada por la empresa "W.R. Grace and Company", la que contó con inversionistas bolivianos, peruanos e ingleses (Zondag, 1968: 133).

Así, antes de la revolución de 1952, la mayoría de las industrias manufactureras paceñas ya estaba instalada, aunque continuaba enfrentando problemas como la estrechez del mercado interno, la competencia desleal del eterno contrabando y una cierta falta de nacionalismo en la elección de los productos para el consumo. Además, continuó estancada como una "industria básica", mientras otros países latinoamericanos ya habían avanzado hacia la "industria pesada".

En la actualidad, los problemas de la industria paceña y nacional siguen siendo más o menos los mismos, aunque es importante resaltar que ésta es ahora predominantemente impulsada por nacionales y se han extendido significativamente las pequeñas industrias que existen por cientos tanto en la ciudad de La Paz como en El Alto.

La Paz es hoy en día el departamento líder en manufactura de exportación del país, cualidad que se sostiene en tres factores determinantes: el costo competitivo de la mano de obra, la disponibilidad de materia prima y la existencia de mercados que demandan productos elaborados a mano fuera del territorio nacional.

En relación a la hoyada, los rubros de mayor producción son joyería en oro, prendas de vestir en algodón, cueros y madera, siendo este un sector que genera aproximadamente 60 mil empleos directos y 120 mil indirectos y representa el 8% del total de exportaciones en el nivel nacional (La Razón, 6 de agosto del 2005).

Los productos de oro y plata salen de Bolivia convertidos en joyería, mientras que el algodón e hilados en prendas de vestir o como camisas para hombre y mujer, sueters de lana o pelo fino, ropa para bebés, sombreros, abrigos, pantalones y otros. En lo que respecta a la madera, ésta se vende fuera del país convertida en muebles de fino acabado o como partes, es decir, marcos, puertas o ventanas.

Estados Unidos es el mercado por excelencia para la producción paceña, pues demanda el 90% de la mercadería manufacturada. El 10% restante se destina a Europa y a países vecinos de Sudamérica. Por otro lado, el 70% de la materia prima requerida se genera en el país y sólo el 20% se importa por medio del Régimen de Internación Temporal (Ritex), que permite introducir y exportar materia prima, insumos y maquinaria, liberándose de pagar aranceles (La Razón, 6 de agosto del 2005).

En otra publicación periodística se hizo conocer una lista de las ocho empresas líderes en exportación del departamento de La Paz, de acuerdo a la Cámara de Exportadores, que serían las siguientes:

EMPRESAS LÍDERES DE EXPORTACIÓN LA PAZ

Empresa	Volumen (kg.)	Valor (Sus.)
Exportadores Bolivianos	7.376	39.531.917
América Textil S.A.	1.399.604	32.571.775
Orbol S.A.	3.487	22.748.620
Tahuamanu S.A.	2.439.346	8.800.166
Mabel S.A.	3.210.381	6.907.806
Unitd Fourniture	1.518.652	6.194.536
Sociedad Industrial Tierra	11.961.577	4.335.611
Maquibol Ltda.	393.502	4.064.979

Fuente: Cámara de Exportadores (La Prensa, 7 de diciembre del 2003).

En relación con El Alto, la mayoría de las exportadoras del departamento están instaladas desde las últimas décadas del siglo XX en esa urbe, donde hace un tiempo se lanzó la Ley de Promoción Económica a fin de atraer nuevos inversionistas a esa ciudad.

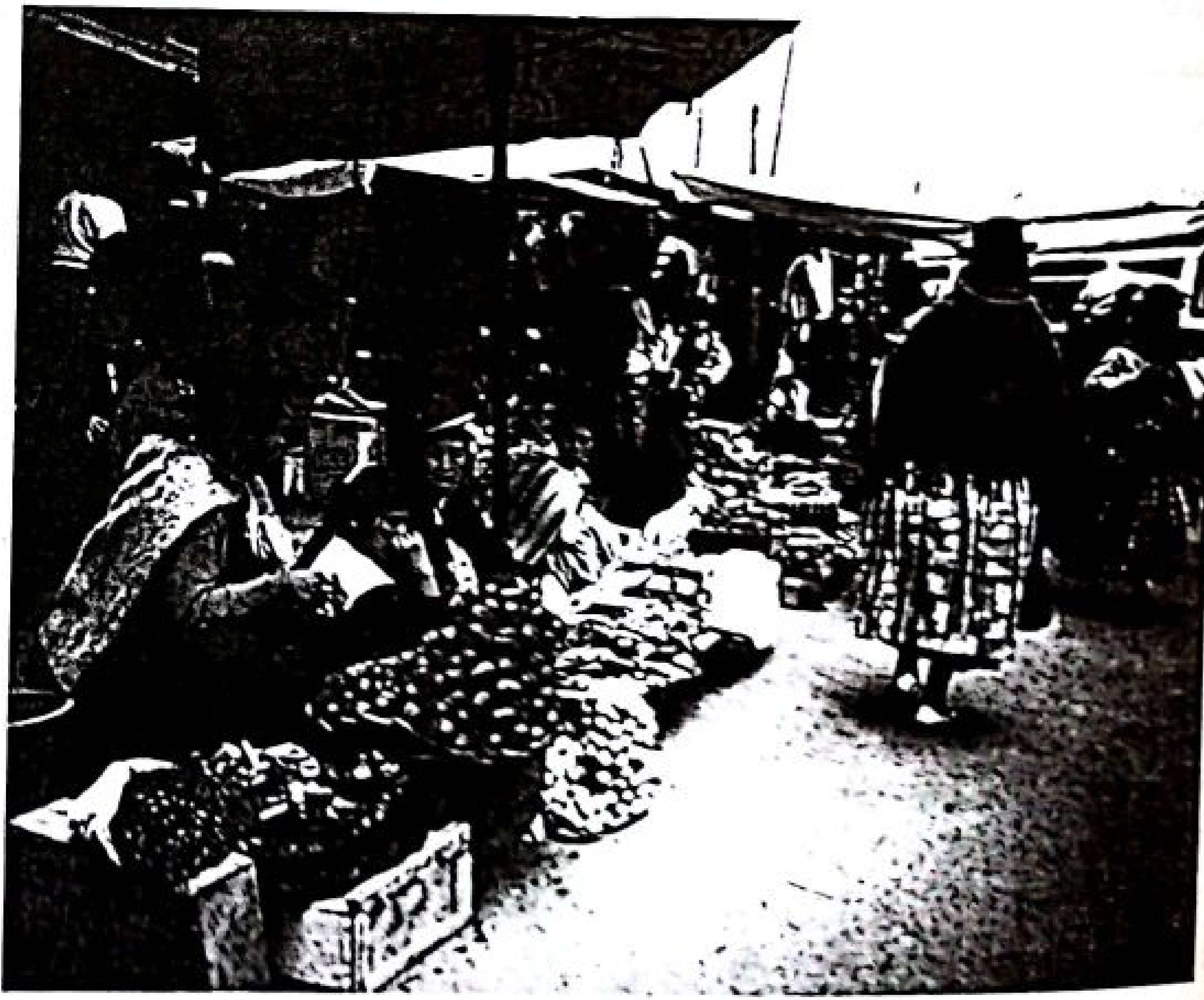
Por otro lado, existen en ella grandes empresas, como "Laboratorios ALCOS", "Laboratorios Vita", "Industrias La Francesa", "Plan Industrializadora de Leche PIL", "Cervecería Boliviana Nacional", "Stege", "Embotelladora Boliviana EMBOL" y otras, principalmente situadas en la "ex tranca" de Senkata, en la Avenida Juan Pablo II y en la carretera a Viacha.

Desde el llamado sector informal, los micro y pequeños empresarios del departamento también venden sus productos a destinos como Perú, Paraguay, Argentina y Brasil y se calcula que esa actividad representa más de 600 millones de dólares. Los envíos no formales al exterior corresponden a textiles, prendas deportivas, parcas, muebles, artesanía, metal mecánica y joyería. Sólo en El Alto, estas actividades generan más de 200 mil empleos en unas 40 mil microempresas (La Razón, 6 de agosto de 2005).

Esa misma publicación, que utiliza datos oficiales, señala que El Alto cuenta con 6.095 pequeñas industrias, en las actividades de panadería, mueblería y confección de prendas de vestir, principalmente, actividades que mitigan el desempleo y la pobreza.

Así, podemos concluir que, pese a todas las dificultades descritas, la industria paceña -de la hoyada y El Alto- sigue creciendo y proporcionando empleos a miles de bolivianos.





Feria en la Plaza San Pedro a principios de siglo XX.
El Mercado Rodriguez en la actualidad.

CAPÍTULO 4
COMERCIO

Se suele sostener que la vocación económica paceña es el comercio. Su riqueza no está en la minería ni en los hidrocarburos, tampoco en la agroindustria. Su vocación comercial está apoyada por su particular ubicación geográfica que le permite articular al país con el Pacífico así como su acceso a distintas ecologías hacia el interior del continente. Pero si observamos su historia, se advierte que esta cualidad tuvo distintas facetas y se articuló a una economía relativamente diversificada.

Desde el periodo prehispánico, cuando los intercambios se expandieron enormemente con Tiwanaku, luego se contrajeron con relativa facilidad a una economía de intercambios restringidos muy ligados a la verticalidad de la ecología. Lo propio se observa en la colonia, puesto que el comercio orientado hacia Potosí y su gran potencial económico bien pudo sobrevivir a la decadencia potosina retornando hacia una economía prácticamente de subsistencia, situación que se extendió hasta una buena parte del siglo XIX. Y a partir de entonces y hasta el siglo XX, el debate se mantuvo cíclicamente acerca de la conveniencia de una política liberal contrapuesta a otra proteccionista. La experiencia fue que la apertura de los mercados sin un adecuado apoyo estatal y la mínima articulación con el mercado interno y la baja industrialización de las materias primas hicieron que la economía paceña –al igual que la boliviana- se encuentre inerme ante un poderoso mer-

cado internacional. Así nos muestran los elocuentes cuadros estadísticos sobre la economía paceña en el siglo XIX.

El embate, entonces, del mercado exterior a las economías locales, que trabajosamente se habían construido durante siglos prácticamente sin apoyo estatal, provocó su ruina. Una suerte de tradicionalismo en la visión económica de las élites - o de pacto implícito para no romper el equilibrio socioeconómico- hizo que fuera mínimo el comercio exterior a gran escala y más aún las importaciones a través de casas comerciales que ingresan desde comienzos del siglo XX de la mano de las migraciones extranjeras. Algunos alemanes, españoles, italianos, pero, sobre todo, judíos de diferentes países removieron y cuestionaron el ambiente. Con el tiempo, la respuesta de una importante cantidad de población dedicada al comercio, población que probablemente estuvo ligada a la migración hacia la ciudad promovida por la Reforma Agraria de 1953, fue también su articulación al mercado externo a través del comercio exterior por los puertos del Pacífico de manera "informal" y, a veces, ilegal.

Este comercio permitió ligar a La Paz y a Bolivia a los avances tecnológicos del mundo; ascensores, refrigeradores, radios así como los productos más variados ingresaron por esta vía.

Por otra parte, particularmente la ciudad de La Paz y El Alto, pero también las poblaciones rurales (mediante ferias), se dedicaron al pequeño comercio, fuente de trabajo de miles de personas de todas las edades y sexos. Este comercio estuvo ligado muchas veces a una pequeña producción artesanal e industrial, que desde el ámbito privado dio soluciones económicas a una población con pocas fuentes de trabajo y, muchas veces, con poca formación profesional.

Queda pendiente el análisis del papel del Estado en su capacidad de planificar, incentivar y apoyar las iniciativas económicas paceñas. En este capítulo se hace únicamente una presentación de las posiciones que tuvo en ciertos momentos claves de la historia. Quizás esta ausencia de análisis esté reflejando la ausencia también del Estado en las políticas económicas regionales.

4.1 INTERCAMBIO EN UNA ECOLOGÍA VERTICAL EN EL PERIODO PREHISPÁNICO

En 1972 el etnohistoriador rumano John Murra publicó su famoso trabajo acerca del control vertical de un máximo de pisos ecológicos; un año antes, en 1971, el autor boliviano Ramiro Condarco también publicó un trabajo titulado *El escenario andino y el hombre*, donde planteaba en líneas generales lo mismo: las sociedades andinas tuvieron una manera muy particular de uso de su espacio que implicaba controlar diversas ecologías sin que hubiera necesariamente una continuidad territorial. Un espacio salpicado, una organización social estricta, una búsqueda de autosuficiencia y una ausencia de mercados y comercio son los elementos centrales de este sistema andino de acceso a diversos recursos. Estos estudios mostraban una enorme creatividad y originalidad de las sociedades andinas.

El control vertical tenía una gran profundidad histórica y sus antecedentes se pueden remontar, por lo menos, hasta Tiwanaku, aunque parece que la etapa posterior de los señoríos aymaras, la beligerancia y tensión que se vivían en la región obstaculizaron su desarrollo. Con los incas, sin embargo, el modelo tomó nueva vitalidad y la mayor información que se tiene se refiere a este periodo. Incluso, en algunos casos, como, por ejemplo, de los lupaca del lago Titicaca, que tenían tierras en la costa, en Sama y Moquegua, las excavaciones arqueológicas mostraron que antes de los incas ellos no tenían tierras en ese lugar (Van Buren, 1996).

Estudios posteriores fueron relativizando el modelo planteado por Murra, mostrando, por ejemplo, que hacia el norte del Tawantinsuyu, en el actual Ecuador, hubo una suerte de comercio, lo mismo que en regiones costeñas. El propio Murra entendía que, hacia el sur del continente, las sociedades no se enmarcaban completamente en este modelo. A partir de fines de 1980 surgieron, además, algunas muestras de que en el propio corazón del mundo andino, de donde se sacaron los ejemplos para elaborar el modelo del control vertical, se podían encontrar rastros de algunas formas de intercambio, aunque no necesariamente un comercio como lo entendemos hoy (Assadourian, 1987).

Con estos antecedentes, podemos situar lo que fue el "comercio" en el actual departamento de La Paz.

En primer lugar, es importante anotar que la profundidad histórica que se le atribuye al "control vertical" se remonta, por lo menos, hasta el periodo Tiwanaku. Pero, sin embargo, el gran auge que tuvo Tiwanaku hacia el año 700 d.C. se atribuye principalmente a su capacidad de generar un amplísimo y diverso sistema de intercambios con las regiones más alejadas. Estamos hablando de la importante presencia de objetos y rasgos tiwanakotas en Moquegua, actualmente Perú, de formas tiwanakotas en la cerámica local de Cochabamba o también en el importante centro de intercambio sureño que fue San Pedro de Atacama, actualmente en Chile (Mujica, 1996). Esta vocación de intercambio a larga distancia no siempre estuvo vigente. En otros periodos de la historia se contrajo a formas de intercambio más restringidas en el espacio.

En este segundo caso se puede mostrar que, luego de la caída de Tiwanaku, el intercambio y control directo del espacio se redujo a un control concentrado sobre todo en la variedad ecológica. Las sociedades altiplánicas, collas y pacajes controlaron una importante cantidad de nichos ecológicos en distintas regiones, sobre todo en los valles. Thierry Saignes mostró, por ejemplo, que, en 1575, solamente en la zona de Larecaja se encontraron mitimaes de origen prehispánico en distintos sitios: en Larecaja, propiamente más de cien, entre los que se encontraban muchos lupacas que provenían de la orilla oriental del lago Titicaca, en Usadca 29, en Ayata 41 y en Hilabaya 34. Específicamente en Sorata se encontraban mitimaes de la Laja, Huarina, Pucarani y Guaqui, siendo la mayoría de ellos aymaras, pero también algunos urus (Saignes, 1985:114,116). También se sabe que en Inquisivi habían mitimaes lupacas (ibid: 171) y en Ambaná, aunque sin identificar su origen. Otros datos muestran que en la hoyada de Chuquiago también se establecieron estos "colonos" provenientes de distintas partes de los Andes, cuyo origen se refleja en el nombre de sus ayllus: Primer Inga, Chinchaysuyu, Condesuyo, Collasuyo o Cañarachachapoyas (Arze, 1994: 167-170).

Estos grupos, entonces, tuvieron acceso directo a zonas de distinta ecología, evadiendo el comercio, pero creemos que todavía queda pendiente la investigación de un posible sistema de intercambio. Algunas referencias nos permiten suponer que en los centros más poblados hubo una suerte de mercado. Por ejemplo, Guaman Poma deja explícito que en las ciudades andinas había una organización urbana donde se ubicaban unas canchas o "patas"; las principales se llamaban Huacay Pata, que es donde "se suele pasear", Cusipata donde "se contrata" y Cato, donde venden. Estas tres plazas, indica, se las hallaba "en todas las ciudades, villas y pueblos de indios" (Guaman Poma, 1980 [1610]: T.I:243-244). Podemos suponer que hubo algunos de ellos en lugares como, por ejemplo, la actual ciudad de La Paz.

Por su parte, el cronista Cieza de León, que pasó por el Collasuyu en 1549, explica que:

> En todo este reino del Perú se sabe por los que él habemos andado, que hubo grandes tianguez, que son mercados donde los naturales contrataban sus cosas; entre los cuales el más grande y rico que hubo antiguamente fue el de la ciudad del Cuzco, porque aun en tiempo de los españoles conoció su grandeza por el mucho oro que se compraba y vendía en él, y por otras cosas que traían de todo lo que se podía haber y pensar. Mas no se igualó este mercado o tianguez ni otro ninguno del reino al soberbio de Potosí... (Cieza [1553],1986: Primera parte: 292).

También queda la posibilidad de que ciertos lugares, ubicados entre las tierras altas y los valles, fueran sitios donde se hacían con preferencia estos intercambios. Esta posibilidad está apoyada por la toponimia de algunos lugares que incluyen precisamente la palabra "cato" o "qato" en su nombre, como, por ejemplo, Caracato, Avircato y otros.

En el diccionario de Bertonio de 1612, *cchatu* se traduce como "mercado o plaza" y *ccatu haque* o *ccatuni* como "rescatador que compra mucho"; añade que "mercader a nuestro modo" es *mircatori o Tintani*. Estas referencias a los "qatos" o lugares de venta y a los mercaderes no son numerosas, pero queda la imagen de una distinta forma

de comercio o intercambio, quizás más parecida a una especie de feria itinerante, que tenía lugar en momentos especiales del año en medio de situaciones festivas. Y si todavía extendemos sus consecuencias, podrían ser el remoto antecedente del sistema de ferias que aún tiene gran fuerza en el altiplano andino y va de pueblo en pueblo y ciudad.

Ahora bien, la experiencia desde las tierras bajas es diferente, pero mucho menos estudiada; quizás podríamos compararla con la situación que se dio en la región baja cercana al Cuzco, en la zona del Urubamba- Ucayali. Se sabe que allí la etnia Piro-Chontaquiro se dedicaba al comercio e intercambio de productos de la selva con los de las tierras altas; para ello, atravesaban a pie y en canoas de este a oeste su región, recolectando, pero también robando los productos apetecidos a ciertas etnias, como los Maquiguenga. Ellos llegaban anualmente hasta lugares intermedios como Quillabamba y Medialuna, donde se encontraban con los cusqueños que llevaban sus productos, especialmente de oro, para intercambiarlos. Estas "ferias" tenían lugar principalmente después de las cosechas entre julio y septiembre y continuaron durante una parte del periodo colonial e, incluso, hasta el siglo XIX (Camino, 1989 103-135).

El caso de la región kallawaya es parecido. En la tumba de Niño Korin, en una región más bien de valle, se encontraron varios objetos de manufactura amazónica y bienes provenientes de la selva como la hoja de guayusa, que se halla únicamente al norte del Perú y selva del Ecuador; también unas pipas en forma de "Y" para aspirar narcóticos, así como hojas de tabaco, bienes que eran parte del comercio precisamente de los Piro (Camino, 1989:114).

Tenemos, entonces, que la principal forma de acceso a recursos, ya sea por la vía del control vertical o del intercambio, fue entre ecologías distintas, por lo que la verticalidad del paisaje paceño es un elemento central a tomarse en cuenta.

4.2 EL PASO A UNA ECONOMÍA DE MERCADO: LA PAZ Y EL COMERCIO EN LA COLONIA

Una de las consecuencias más profundas de la llegada de los españoles fue la introducción del comercio al estilo mercantilista occidental

que convivió con las formas de intercambio heredadas de la época prehispánica;en otros casos, se sobrepuso o simplemente las reemplazó.

En todas las colonias hispánicas se instalaron dos tipos de comercio: el vinculado con la metrópoli y el vinculado con el mercado interno. Éste, a su vez, tenía variantes, según el espacio, de un comercio que trascendía los límites del Virreinato, de un comercio de ciudad a ciudad, de un comercio del campo con la ciudad, de un comercio entre los pueblos y comunidades del campo.

El principal impulsor de un sistema de mercado fue, sin duda, el complejo minero-urbano de Potosí que con su fabulosa riqueza logró incentivar un mercado interno que llegaba, por una parte, hasta México, por otra, hasta Chile y Buenos Aires y, por supuesto, integró a las regiones más cercanas, entre las que se cuenta La Paz.

El comercio pagaba dos impuestos a las transacciones comerciales: la alcabala y la sisa. La primera, desde fines del siglo XVI, significaba el 2% sobre toda transacción mercantil. Este impuesto de origen árabe fue impuesto en América liberando de él a los productos nativos, es decir que papa, chuño y maíz no pagaban alcabala. Se distinguía la alcabala de ultramar para los productos importados desde España y alcabala de la tierra para los productos provenientes de otros lugares de América. La sisa, en cambio, fue un impuesto que se cobraba para cubrir ciertos gastos concretos; por ejemplo, para la construcción de la villa de Oruro se impuso sisa a los alcoholes y, en Potosí, para la construcción de las lagunas, sisa a las harinas. Dentro de la política de reformas fiscales, patrocinada por las reformas borbónicas, en 1772, la alcabala subió al 4% y, en 1776, al 6%. Además, se pusieron aduanas en todas las ciudades, entre ellas La Paz, lo que ocasionó revueltas, previas a la gran sublevación de los Amarus y los Cataris.

En todo caso, para los intereses de España, la medida fue un éxito, ya que permitió que los ingresos por alcabala se tripliquen. Tal el caso de La Paz. El monto de 247.000 pesos que se recaudó entre 1761 a 1760, subió a 660.000 entre 1771 a 1780 (Tepaske, 1983). Si se compara esta recaudación con los 116.326 pesos recaudados en la ciudad

minera de Oruro, en la misma década de los setentas, se demuestra la importancia de la actividad comercial en La Paz.

Desde su fundación hasta nuestros días, La Paz tuvo una gran vocación comercial. Esta actividad se constituyó en uno de los principales ingresos generados por el corregimiento, luego Intendencia de La Paz, y en una de las prioritarias fuentes de acumulación de dinero para los principales vecinos de la ciudad, así como una importante fuente de trabajo para mestizos e indígenas de los barrios de indios.

La Paz formó parte de "la red de complementariedad que caracterizó el mercado interregional" con una especialidad productiva que le permitió entrar a los mercados de otras ciudades del Virreinato. Esos productos fueron las telas de los obrajes, el azúcar de los Yungas, los sombreros, las frutas secas, los encajes de oro y plata y, especialmente, la coca, el producto estrella de exportación, fundamentalmente a Potosí (Escobari, 1993).

En La Paz se importaban numerosos productos traídos desde España, a través de Cuzco y Arica, así como productos de otras partes de América, como ser "telas de bramante, ruan, estameñas, lanillas de colores, rasos, terciopelos, brocatos, cotenses, cintas, telas de algodón, botones; cuchillos, dedales, sortijas y alfileres de Alemania, encajes e hilos de Flandes, cuchillos de Toledo, papel de Génova, medias de Bruselas, porcelanas de Sevres. De Lima se traía vidrio, hojalata y cerámica vidriada. De las provincias del Río de la Plata, ganado vacuno y caballar. De Potosí, plata labrada, como ser platos, azucareros, floreros, cucharas, jarras, vasos; de Cochabamba, telas de algodón" (ibidem).

Esta intensa actividad comercial originó la existencia de numerosos comerciantes, desde los muy poderosos hasta los mercachifles. Entre los ejemplos más notables se encuentra el del cacique Fernández Guarachi, de Pacajes, quien, mediante el comercio con Potosí, llevando miles de llamas en un comercio inter-regional y articulando con una economía agrícola y pastoril, supo amasar una inmensa fortuna. Roberto Choque, que ha estudiado especialmente este caso, muestra en varios de sus trabajos cómo formó una élite local que se

fue mestizando y fue capaz, por ejemplo, de costear la construcción de la iglesia de Jesús de Machaca (Choque, 1987 y 2003).

Asimismo, muchos de los vecinos notables de la ciudad lograron su estatus gracias a la actividad comercial; los más poderosos tenían una actividad económica diversificada. Varios comerciantes, para consolidar su fortuna, invertían también en tierras, en minería y en bienes muebles. "Por ejemplo, el exitoso vizcaíno Juan de Verganza, natural de Bilbao y vecino de La Paz, fallecido en 1669 con el título de maestre de campo, acumuló durante su vida haciendas, estancias, casas, posesiones, menaje de casa, esclavos y plata labrada, además de haber tenido mucha entrada con sus contactos mercantiles con Lima, Cuzco, Arequipa, Oruro, Potosí y Arica, como también con los valles de Sama y Moquegua, cubriendo así toda la red comercial Lima – Potosí" (López, 1998).

El gremio de los comerciantes más acaudalados, durante los siglos XVI y XVII, estuvo más vinculado con Cuzco y Potosí, pero, a partir del siglo XVIII, la alianza más importante fue con los comerciantes limeños. Esto se debió a que los comerciantes de La Paz lograron desviar "el flujo comercial Cusco- Potosí por el de Lima – Arequipa – La Paz". Entre gremios de ambas ciudades se formaron compañías comerciales que controlaron el comercio regional, especialmente de los productos provenientes de ultramar. Así como el vizcaíno Verganza fue uno de los comerciantes más emblemáticos del siglo XVII, el criollo Tadeo Diez de Medina fue uno de los más importantes del siglo XVIII (Jáuregui, 1998). Su palacio, ubicado en una de las esquinas de la Plaza Mayor (hoy Museo Nacional de Arte), queda como testimonio arquitectónico de su fortuna, que nada tenía que envidiar a otros palacios de otras ciudades, Precisamente, el palacio estaba ubicado en la calle del Comercio, que mantiene el mismo nombre, donde estaban las principales y más surtidas tiendas de la ciudad.

Como sucede en la actualidad, la actividad comercial se realizaba en toda la ciudad; si bien la calle Comercio era el espacio de las principales tiendas, los catus, recovas y mercadillos proliferaron por toda la ciudad. Inclusive, la plaza mayor, especialmente en días de fiesta,

se convertía en una verdadera feria. La mayoría de las casas de la ciudad tenía, además, tiendas que daban a la calle.

Un espacio muy importante de la ciudad, vinculado con el comercio, fue (y es) el de los tambos, cuya principal función era la de dar hospedaje. Los tambos son espacios heredados de la época prehispánica, sobre todo de la época inca. José de Mesa afirma que "la función de los tambos, establecida durante el periodo incaico, fue perfeccionada por la administración española y estos establecimientos, además de servir para el cambio de caballerías y alojamiento de viajeros, eran lugar de concentración, donde los comerciantes y hacendados vendían sus productos al por mayor a los comerciantes minoristas y agentes. Los tambos estaban situados unos en las vías de acceso a la ciudad y otros en el centro, siendo estos últimos dedicados especialmente a la contratación y venta de mercaderías" (Mesa, 1989). Uno de los principales tambos, hoy convertido en Museo, es el de Quirquincha, en el barrio de indios de San Sebastián, en la salida del camino a Lima.

El comercio de los tambos constaba de toda clase de productos, pero existían especialidades. Así, el Tambo Quirquincha, el de la Merced y el de Harinas (ubicado en los altos de San Francisco) estaban dedicados, sobre todo, al expendio de aguardiente y vino; en cambio, el de Condehuyo estaba dedicado a la venta de ajíes y lanas (Jáuregui, 1998).

El tambo estaba vinculado con el comercio y con el viajero desde tiempos prehispánicos, y el viajero, a las bestias de carga. Ésta era otra de las características de la ciudad colonial: un gran tambo donde descansaban los forasteros y los animales.

El comercio estaba estrechamente vinculado con el negocio del transporte, por ello existía una estrecha alianza entre los comerciantes y los arrieros. Los arrieros, propietarios de una decena o más de mulas, llegaron a tener una posición social importante en la ciudad. "Eran en su mayor parte mestizos, algunos llegaron a tener casa conocida, por lo tanto, considerados vecinos; tenían esclavos, objetos de arte, platería y peones para realizar el trabajo" (Escobari, 1993).

En definitiva, el comercio, al igual que la agricultura, la minería y la incipiente industria, era una de las principales actividades de La Paz; gracias al comercio, La Paz contribuía con sumas importantes al erario español y gracias al comercio obtuvieron sus fortunas gentes de diverso origen.

4.3 LA TENSIÓN ENTRE PROTECCIÓN Y LIBRECAMBIO EN MERCADOS FRAGMENTADOS

> La ciudad de La Paz es el gran emporio... toda mercancía de la costa del Pacífico es traída aquí, desde donde los mercaderes, grandes y pequeños, la llevan a las ciudades y pueblos del interior y... nunca vi calles tan repletas y tanta agitación en las transacciones y negocios... Los productos ingleses son abundantes y preferidos a los de factura francesa o alemana... (Temple, 1830. En: Lema, 1994: 188).

Inmediatamente después de la Independencia, La Paz (y también Bolivia) se inundó en el siglo XIX con mercaderías europeas, especialmente británicas, lo que marcaba indudablemente una nueva época. El Aldeano, ese autor anónimo que escribió todo un tratado sobre "el estado de la riqueza nacional" en 1830, influenciado profundamente por distintas teorías de la época, pero ardiente proteccionista, revela la situación de Bolivia y La Paz en aquella época. Para el Aldeano, existía decadencia de la industria fabril y de la agrícola y escasez de plata debido a la importación de productos que debían ser saldados en plata. Este problema fue ejemplarizado precisamente con el caso de La Paz y Potosí con sus producciones de coca y minerales. El Aldeano señalaba que la plata era fundamental para la demanda de coca, de tal manera que una escasez de plata ocasionaba una disminución del consumo de coca, el que influía a su vez en la producción de minerales: "adiós mineros, adiós moneda, adiós banco y adiós población, si no hubiese coca". Para el Aldeano, entonces, la causa de la miseria radicaba en el comercio exterior que inundaba las plazas, de tal manera que los

ponchos que llegaban de afuera costaban menos que los producidos internamente. Proteccionismo y librecambio se enfrentaban, entonces, a partir de la situación de los textiles, fundamentalmente.

La Paz tuvo un rol fundamental en todo el comercio que vinculaba al país con el exterior porque constituía indudablemente el centro del "Norte", es decir, de toda la región vinculada con la costa del Pacífico a través del puerto de Arica. La propia plata y el oro tomaron en los años iniciales la ruta de Arica (cf. Información de Pentland), de tal manera que la vía de Buenos Aires había perdido ya su importancia, como se observa en el siguiente cuadro.

EXPORTACIONES DE BOLIVIA VÍA ARICA Y VÍA BUENOS AIRES EN 1826

Productos	Via Arica En Dls.	%/ Línea	% col.	Via Bs. Aires En Dls.	%/ línea	% col.	Total En Dls.
Metales preciosos	2,000,000	74	87	700,000	26	100	2,700,000
Estaño, lana, etc.	300,000	100	13		0		300,000
Total	2,300,000	77	100	700,000	23	100	3,000,000

Fuente: Ricketts, 1826. En: Pentland, 1826-1975:10.

Las importaciones por Arica eran también importantes (más del 60%); consistían en vinos y aguardientes y, en menor medida, algodón y telas (Jiménez, 1994: 168), mientras que La Paz exportaba también coca.

El rol trascendental de Arica por su cercanía y como puerto de exportación para las tierras altas explica que, muy tempranamente, se pretendió que perteneciera al nuevo país. Los deseos de incorporación de Arica estuvieron continuamente presentes y algunos proyectos políticos planteaban que el sur del Perú debía anexarse. La visión en Bolivia era que el sur del Perú vivía gracias al comercio con Bolivia y, por tanto, se confiaba y esperaba que Arica pasara a ser parte de su territorio Si esto sucedía en Bolivia, en el Perú se pretendía lo mismo, pero en sentido inverso: anexar parte del departamento de La Paz que vivía ligado al sur peruano. De ahí que las relaciones con el Perú fueron bastante tensas a lo largo del siglo XIX y, por ello mismo,

la batalla de Ingavi contra el Perú, en 1841, marca la ratificación de la "independencia" del país.

Ya a mediados del siglo XIX, en 1846, del total de las mercaderías importadas a Bolivia, el 27% estaba destinado a Potosí, el 25% a Sucre, el 24% a La Paz y el 17% a Cochabamba. El cuadro de las vías tomadas para entonces muestra de manera nítida el Norte y el Sur. Así, el ingreso del total de las mercaderías importadas a Potosí y Sucre se realizaba por la vía de Cobija. El comercio de La Paz, en cambio, accedía de igual manera por los dos puertos, 50% por Cobija y 50% por Arica. La importancia de Arica se refleja en el hecho de que, tan temprano como 1851, se construyó el tramo de vía férrea Tacna-Arica como una primera fase de la ruta que debía ir hasta La Paz, pero que nunca llegó a realizarse (Fifer, 1972: 51).

MERCADERÍAS IMPORTADAS A BOLIVIA EN 1846: VÍAS, DESTINO Y VALOR

	Por Cobija		Por Arica		Total	
Destino	Monto en pesos	%	Monto en pesos	%	Monto en pesos	%
A Potosí	569.016	100			569.016	27
A Sucre	535.263	100			535.263	25
A La Paz	256.426	50	253.041	50	509.467	24
A Cochabamba	321.416	89	39.041	11	360.457	17
A Oruro	44.577	69	20.189	31	64.666	3
A Tupiza	3.184	100			3.184	1
A Atacama	63.006	100			63.006	3
Total	1.792.888		312.171		2.105.059	100

Fuente: Dalence, 1846-48/1975: 272.

El total importado y exportado por La Paz ascendía en 1846 a más de un millón de pesos, de los que un poco más de la mitad provenía del Perú y el resto, de los países de ultramar. Las mercaderías que venían de Europa consistían fundamentalmente en géneros y textiles, mientras que del Perú venían licores, azúcar y, secundariamente, ajíes, carnes e, incluso, papa y chuño (Barragán, 1990: 40).

Pero el comercio interno era también fundamental, aunque se había notoriamente contraído, de tal manera que se habla de "mercados fragmentados". En el nivel interno, el comercio de productos agrícolas era uno de los más importantes frente a un pequeño intercambio de manufacturas. El producto más importante del comercio interno y producido en el mismo departamento de La Paz era indudablemente el de la coca (54%).

EVALUACIÓN DEL COMERCIO INTERNO EN 1826, SEGÚN PENTLAND

	Monto en dolares	%
AGRICULTURA		
Granos (Cochabamba-Oruro)	300,000	22
Coca	719,800	54
Azúcar, cocoa, cera (de Santa Cruz)	80,000	6
Sub-Total	1,099,800	82
MANUFACTURAS		
Algodón, Cochabamba.	80,000	6
Jabón, vidrios	30,000	2
Manufacturas de Moxos	40,000	3
Ponchos:Sorata, Copacabana, Cbba.	50,000	4
Objetos metálicos	45,000	3
Sub-Total	245,000	18
TOTAL	1,334,800	

Fuente: Pentland, 1826-1975: 99-100; 102.

Otros productos agrícolas eran, más bien, secundarios y escasos porque la sociedad producía en gran parte lo que consumía. De ahí que *El Ciudadano anónimo* señalara que el comercio interno consistía en el "transporte de las producciones alimenticias de un paraje a otro inmediato" porque los caminos eran muy malos, difíciles y por tanto costosos (1842: 5):

> Todo su comercio interior se ejecuta en borricos y llamas por la aspereza de las sendas públicas... Las capitales de departamento

> están rodeadas de provincias, cuyos frutos no se consumen porque no se pueden transportar con poco gasto; así es que las ciudades se privan de ellos y las provincias se mantienen en un estado miserable porque no se consumen sus producciones....Lo mismo sucede con los que se dirigen de uno a otro departamento, de suerte que si se quiere buscar la abundancia en Bolivia, es necesario allanar los caminos en toda estación y en todas direcciones (Ciudadano Anónimo, 1842: 24).

En estas condiciones, entendemos que el panorama que trazó Dalence para 1846 no fue muy distinto a 1826, en la medida en que aún dominaban los mismos productos y regiones productoras. El autor señaló que cada año había excedentes agrícolas y "no había dónde, ni cómo exportar" (Dalence, 1846-48/1975: 236), lo que indudablemente daba un carácter relativamente autosuficiente a muchas regiones.

La ciudad de La Paz, por su importancia en términos poblacionales, constituyó *per se* un gran mercado que generaba una demanda continua de productos agropecuarios y algunos artículos manufacturados. En general, los primeros eran producidos en el mismo departamento, mientras que los cereales provenían de Cochabamba y de la provincia Chayanta y la sal, del departamento de Oruro. La coca de Yungas, en cambio, se consumía en todos los departamentos del país. La harina de trigo y maíz se utilizaba para la elaboración del pan y su transporte y comercio estaban a cargo de indígenas; en general, los problemas en el reparto de la harina fueron frecuentes.

Otro producto importante era la carne, que se consumía en la ciudad; en su comercialización los indígenas, fundamentalmente los que dependían de la parroquia de San Sebastián, tenían un rol fundamental. El carbón y la taquia constituían también parte de la vida cotidiana y artículos de primera necesidad, cuyo comercio estaba en manos indígenas, principalmente.

Sabemos también que el arroz, el tabaco, la cascarilla y la coca venían de Mapiri y Apolo, mientras que los licores, la madera y la plata labrada, de Inquisivi; el ganado y las lanas venían de Sicasica y, sobre todo, de Umala y Curaguara.

Gran parte de los productos del comercio interno de las provincias, especialmente, se vendía en los tambos, que no sólo eran lugares de expendio, sino –como ya se dijo- también posadas. Generalmente y como en la época pre-hispánica y colonial, estos tambos se encontraban en las salidas de la ciudad y en los barrios indígenas. A fines del siglo XIX, se ve ya una especialización muy grande entre los tambos, de tal manera que en el Tambo de Quirquincha, en San Sebastián, por ejemplo, se vendían quinas y tabacos, y en el de Tejada, en la misma calle, se expendían aguardientes. Cerca de San Francisco se encontraba el Tambo de Remedios, donde se vendía harina y en San Pedro, en el camino a Potosí, estaban los tambos de carbón en la calle Rodríguez y el de San José que frecuentaban los challapateños; el tambo de San Miguel, en el barrio de Chocata (parte alta de San Francisco), el de Santiago y Carmen y el de las Cochabambinas, entre otros. En el centro perduraba el Tambo de la Concepción, en la calle Yanacocha, donde se vendían aguardientes.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la oposición entre una política proteccionista, que, en general, había imperado a través fundamentalmente de altos aranceles, y una política de librecambio fue ganando terreno. Pero si antes eran los textiles los que finalmente estuvieron en el centro del debate, ahora eran los minerales. Los mineros propugnaron la apertura económica liberal, evitando el monopolio de la compra que tenía el Estado a precios menores. El libre comercio -que finalmente se instauró después de 1870- benefició indudablemente a los mineros, pero no necesariamente significó ni mayores ingresos para el país ni una mejor situación. Así, el mercado interno se vio afectado de manera drástica por la llegada masiva, esta vez de productos agrarios que antes fueron producidos por las diferentes regiones en Bolivia. La harina de trigo del norte de Potosí o de Cochabamba terminó en crisis por la harina importada; el azúcar de Santa Cruz fue reemplazado por el azúcar del Perú. Las economías regionales sufrieron las consecuencias de una apertura irrestricta de las fronteras, cuya consecuencia sería una desarticulación del mercado interno e, incluso, conflictos con las regiones.

4.4 DE LAS GRANDES CASAS COMERCIALES AL BOOM DEL PEQUEÑO COMERCIO Y EL COMERCIO INFORMAL

La aplicación de políticas liberales desde las últimas décadas del siglo XIX tuvo significativos efectos sobre el funcionamiento del mercado y el comercio interno, así como en relación con la vinculación de Bolivia con el mercado mundial. Por un lado, la irrestricta apertura de mercados, que facilitó las exportaciones de minerales, terminó por desestructurar al mercado articulado en la colonia por Potosí, ya que la internación libre de productos de los países vecinos, de Estados Unidos y de Europa, impactó negativamente sobre el mercado interno.

Como señala Gustavo Rodríguez, regiones y departamentos no directamente vinculados con la minería fueron profundamente afectados. En el caso de Cochabamba, sus productos agrícolas, como el trigo, tuvieron que competir en condiciones desventajosas con la harina chilena, produciéndose también la crisis de los tejidos "de la tierra" por la internación de telas extranjeras, mientras que Santa Cruz entró en crisis al cerrarse los mercados andinos a sus tradicionales productos, como el azúcar (Rodríguez, 1993).

De esta manera, principalmente desde las primeras décadas del siglo XX, esta apertura de mercados significó la internación masiva de productos extranjeros de todo tipo, lo que también afectó al artesanado urbano, cuyo mercado citadino se redujo, pues las clases pudientes prefirieron consumir productos del viejo mundo y que estaban de moda. Esto fue facilitado por la construcción de ferrocarriles, que, como se ve en otro capítulo, priorizó la vinculación del país con los puertos de exportación y no el fomento del mercado interno, afectando además a las actividades tradicionales de los arrieros, quienes representaron en el pasado las formas populares de practicar el comercio.

Así, ciudades fortalecidas con el desarrollo de las exportaciones mineras, como Oruro y La Paz, aunque también otras como Cochabamba, vivieron un inusitado auge de un nuevo tipo de comercio: la aparición de numerosas casas comerciales, que, a tiempo de intervenir en el comercio ligado a la actividad minera, llenaron esas ciudades de todo tipo de productos importados y de consumo suntuario.

La prensa de la época muestra en propagandas cotidianas que esas casas comerciales se esmeraron porque llegasen a Bolivia los productos más representativos de la avanzada Europa y de la exitosa industrialización de los Estados Unidos, importándose no sólo alimentos enlatados, ropa fina o productos de tocador, sino también electrodomésticos, automóviles, maquinaria moderna, etc. Por otro lado, las actividades comerciales de importación-exportación fueron, en gran medida, controladas e impulsadas por súbditos extranjeros llegados principalmente de países europeos y árabes.

En La Paz, una de las primeras casas comerciales de ese tipo fue la fundada por el alemán Guillermo Killman, en 1907, que inicialmente fue una sucursal de la E&W Hard y que después se llamó "Hansa Ltda.", casa comercial que no dejó de crecer y que siguió funcionando exitosamente durante todo el siglo XX (Brumonte, 2006).

Otra casa comercial que inició sus actividades en la época fue la "Casa Bernardo Zisfain y Cía", que ofrecía importación de mercaderías en general provenientes del Japón, Italia, Bélgica, Checoslovaquia y Argentina, como reza un anuncio periodístico de la época, y que funcionó hasta finales del siglo XX. Parecidas características tuvo la Arauco Prado y Co., mientras que la creación de una sucursal de la casa Grace en Bolivia permitió la llegada de productos norteamericanos de moda, como las máquinas de coser Singer, refrigeradores y todo tipo de electrodomésticos.

Por su parte, la Casa Select, como otros comercios de la época, ofrecía un amplio surtido de artículos y mercaderías extranjeras, como telas de seda, lana y algodón para vestidos, sombreros, medias, fajas, carteras, perfumería, jabones de tocador, lociones, relojes despertadores, ropa interior de jersey y lana, zapatos de "sport" para niños, mientras otros grandes comercios anunciaban por la prensa la venta de ascensores "Otis", ropas de baño "Jantzen", sacos de cuero "Californian", levadura en polvo "Davis", medias de seda "Durham", etc. (Silva, 1937:69)

Las nuevas casas comerciales se asentaron principalmente en la "calle Comercio" y en otras aledañas a la Plaza Murillo - Potosí y Mercado, entre otras-, donde se encuentran los edificios fundamentales

del poder público, como el Palacio de Gobierno y el Legislativo. En el casco viejo de la ciudad también se instalaron otro tipo de comercios, como las llamadas boticas, siendo la de Albrecht & Co. de alemanes, como la Allegri, de italianos, las más concurridas.

Por otro lado, como explica Florencia Durán, inmediatamente después de la Guerra del Chaco, entre 1935 y 1937, llegaron los primeros grupos de judíos a Bolivia, los que para 1940 ya alcanzaban a unos 8.000, aunque no todos ellos se quedaron en el país permanentemente. Estos inmigrantes, perseguidos por el nazismo, llegaron de Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Rusia, Ucrania y Rumania, constituyendo para fines de la década del treinta unos 400 en la ciudad de La Paz. Al principio, vendieron sus productos "puerta a puerta" y "al fiado", pero poco a poco fueron asentando sus comercios y tiendas de abarrotes en el centro de la ciudad, principalmente en la calle Onda, actualmente calle Mercado (Durán de Lazo de la Vega, 2001).

Otros extranjeros introdujeron en Bolivia el comercio en torno a una de las novedades más importantes del siglo: el cine. Así, se instalaron en La Paz distribuidoras de películas como Cattaneo y Miserocchi, que traían películas de Universal Pictures, Paramount Pictures, Grumont British, Latino Films, R.K.O. Radio Pictures, Artistas Unidos y Latino Films (Silva, 1937:160).

Ahora bien, ese comercio "formal", orientado principalmente al consumo de las clases altas, coexistió con las actividades comerciales populares, expresadas principalmente en los mercados, como el Rodríguez, el Lanza y el Camacho, donde se expendían todo tipo de alimentos venidos del campo, mermeladas "caseras", jugos de frutas yungueñas y donde pululaban los "aparapitas" descritos por Jaime Sáenz, así como en las tradicionales tienditas de barrio distribuidas por cientos en todos los barrios paceños.

Paralelamente, un cierto aumento de la producción agrícola, en la primera mitad del siglo XX, permitió que los nuevos hacendados internen sus productos del campo a la ciudad, como duraznos de Luribay, quesos y leche del altiplano, coca de los Yungas y productos básicos de la dieta paceña, como papa, cebada, ocas y hortalizas.

Después de la Reforma Agraria de 1953, los pequeños productores campesinos ingresaron masivamente al mercado urbano, aunque en condiciones desventajosas, pues los productos manufacturados que compraban siempre fueron mucho más caros que los productos agrícolas.

En el área rural, además, no sólo se fortalecieron las ferias campesinas, como las de Achacachi o Lahuachaca, sino que creció el pequeño comercio en los pueblos de vecinos que abastecían de fideos, aceite, bicicletas o radios a sus pobladores y a las circundantes "comunidades" campesinas. No se debe olvidar, sin embargo, que en gran medida estas ferias están ligadas a festividades religiosas. Una de las ferias más notables es la de Ramos que tiene lugar en la ciudad de El Alto y viene a ser la articulación de otras muchas de origen rural. En esta feria se vende desde leche de burra, pasando por llamas, comidas, automóviles, medicinas y hasta la salvación, con decenas de predicadores en medio de los vendedores. Por su parte, también existen ferias de origen netamente rural y especializadas en ciertos productos, como la feria del pescado que tiene lugar en la zona de los Andes de la ciudad de El Alto, donde llegan pescadores de distintas localidades del Lago Titicaca, como Puerto Acosta, Ancoraimes, Carabuco, Chua, Tiquina y otros (Gobierno Municipal/PAR El Alto, 2005).

Pero fueron nuevamente políticas liberales, conocidas ahora como "neoliberales", las que, después de dictado el D.S. 21060 de 1985, provocaron cambios sustantivos en el comercio en el nivel nacional y en el departamento de La Paz. Así, la apertura total de mercados, orientada por el modelo mundial de la economía "globalizada", provocó el declive paulatino del comercio formal y un crecimiento impresionante del "informal", a tiempo que nuevos supermercados aprovisionados de productos alimenticios extranjeros compiten desde entonces con los viejos mercados tradicionales.

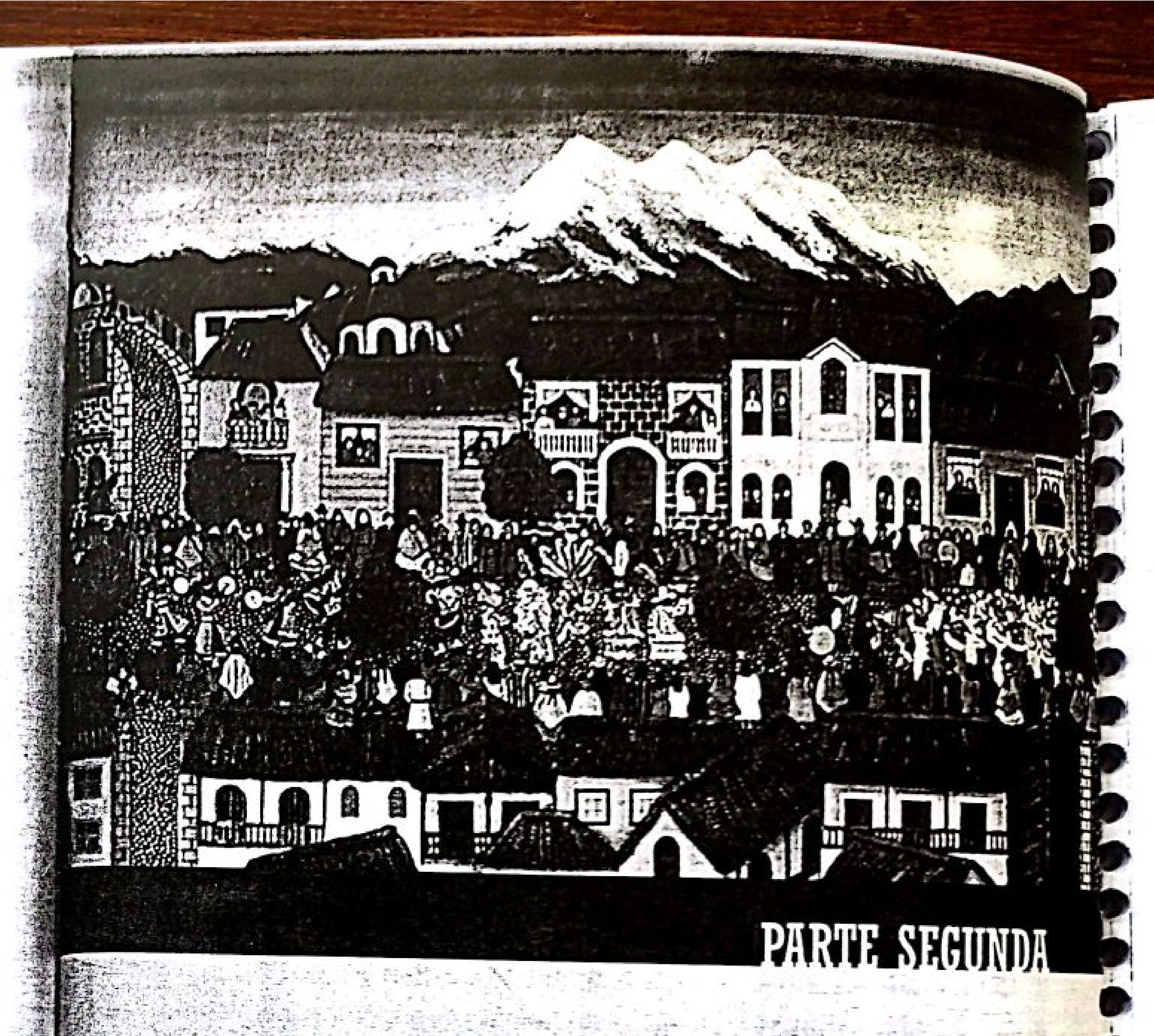
En relación con la economía informal, tanto La Paz como la joven ciudad de El Alto se vieron inundadas por miles de pequeños comerciantes, genéricamente llamados "gremiales", que coparon las calles con la venta de productos que van desde maletas de todo tamaño, hasta chicles y cigarrillos. Por otro lado, el comercio informal de electro-

domésticos, computadoras, televisores y productos de "tercera generación" de la competitiva y cotidianamente renovada industria japonesa y norteamericana, se asentó en barrios de viejo raigambre comercial, como en la calle Eloy Salmón, mientras que en la Uyustus la variedad de productos internados de contrabando se hizo incalculable. Este comercio manejado por sectores de origen popular fue conformando una élite aymara, cuyas fortunas se construyeron gracias al comercio, no siempre legal, de bienes importados.

En los últimos años, la ropa usada proveniente de los Estados Unidos ocupa a miles de pequeños comerciantes que luchan por evitar políticas contrarias a su comercialización, mientras que en El Alto ferias como la de la zona "16 de Julio" se han convertido en espacios de venta informal a donde cada jueves y domingo asisten miles de compradores de todos los sectores sociales, pues todo lo que se busca se encuentra allí.

Así, en El Alto, alrededor del 52% de la población económicamente activa (PEA) -contabilizada a partir de los 10 años- estaría vinculada con el denominado sector informal urbano (SIU), siendo muy destacada la participación de las mujeres, que alcanza a un 39% del total y que se dedica principalmente al comercio minorista (Unión Europea y Gobierno Municipal de El Alto, 2001:173). En todo caso, aunque existen muchas voces contrarias al comercio llamado informal, no cabe duda de que éste ha permitido que miles de personas se dediquen a esta actividad como una estrategia de sobrevivencia en la que, en muchos casos, participa toda la familia.

Precisamente, la tensión entre una economía de sobrevivencia y otra de excedentes es el tema que ha orientado a la actividad comercial paceña a lo largo de su historia.



PARTE SEGUNDA

SOCIEDAD, CULTURA Y POLÍTICA

... Carmen Baptista "La ciudad de La Paz"
... Costumbrista La Paz



Pintura "Señoras y Cholas" de Melchor María Mercado. La Paz 1859.
Muchacha afro, vestida con traje indígena en la Entrada Universitaria.

CAPÍTULO 5
MULTICULTURALIDAD

Una de las características de la población paceña es su diversidad geográfica y su diversidad cultural. Nuestro territorio está constituido por cordillera, altiplano, valles, yungas y trópico amazónico. Desde tiempos prehispánicos habitaron en ese territorio diversas culturas, como los urus, los chiripas, los tiwanacus, los aymaras, los quechuas, los mollos, los lecos, los tacanas, los chimanes y los mosetenes; a ellas se añadieron desde 1532 los españoles, los africanos, los criollos y los mestizos, diversidad ampliada en la época republicana con las migraciones llegadas de Europa y Asia, así como del interior de la República.

Las percepciones sobre la diversidad, la pluri y la interculturalidad han variado profundamente. En la colonia se produjeron generalizaciones sobre la base de vencedores y vencidos; en el siglo XIX, sobre la base de la raza y de civilización versus barbarie. En cambio, en los siglos XX y XXI, en un largo y lento proceso, se ha asumido de manera más positiva la multiculturalidad bajo el paradigma universal de globalización versus diversidad.

Si bien se ha asumido la multiculturalidad, inclusive con norma constitucional, queda pendiente el desafío de la interculturalidad, entendida como diálogo, respeto y amalgama. El otro desafío es la necesaria construcción de identidades capaces de incluir las pluralidades mediante la consolidación de rasgos comunes, como las identidades paceña y boliviana.

El presente capítulo presenta un análisis histórico de las diversidades de sus componentes y de las percepciones sobre ellas.

5.1 DIVERSIDAD DESDE LA ÉPOCA PREHISPÁNICA

Se puede estudiar la multiculturalidad paceña en tiempos prehispánicos desde dos perspectivas: una, que estaría dada por la diversidad geográfica y ecológica con identidades culturales y étnicas de puna, valle y tierras bajas, y otra, en cada una de estas regiones, donde también convivieron distintas etnias.

En el primer caso, en la zona de los Yungas y del norte paceño, donde la ecología se va adentrando hacia las tierras cálidas, existió interesante presencia de grupos de la selva como fueron – y, en algunos casos, siguen siendo – los yungas de Hilabaya, los quiñi, lías, lari, palla, quirhuas, chunchos (nombre genérico de varios grupos de pie de monte), mosetenes, tacana, lecos y algunos otros. En cuanto al origen de algunos de estos grupos, se sostiene que eran grupos locales, pero, en otros casos, que eran advenedizos fugitivos del Perú desde el tiempo de los incas.

Las sociedades de las tierras bajas se caracterizan por comprender grupos menos numerosos que en los valles y punas que desarrollaron una cultura que utilizaba los recursos de su medio en todas sus actividades: construcciones con materiales perecederos como maderas, palmas y otros, vestimenta y ritos relacionados con la selva, su flora y su fauna. Caza, pesca, recolección, pero también agricultura elemental, fueron las bases de su economía. Frecuentemente, vivían en campamentos o villas poco pobladas que abandonaban para moverse a sitios más fértiles, pero manteniendo un ciclo de movilidad, de manera que, al cabo de algunos años, retornaban al primer lugar. Su relación con el estado incaico es aún discutida.

En los valles, no se encuentran grupos diferenciados étnicamente. Más bien, los valles vienen a ser la tierra de contacto entre tierras altas y bajas, con dos notables excepciones: el caso de la llamada cultura mollo y los kallawayas. La cultura mollo tomó su nombre de una hacienda ubicada cerca de la ciudadela de Iscanwaya donde, en una extensión de 13 hectáreas, se encuentran los restos arqueológicos de

una ciudadela con características muy particulares. Ubicada en el cantón Aucapata de la provincia Muñecas del departamento de La Paz, consta de un complejo de construcciones de viviendas, terrazas de cultivo, canales de riego y algunas estructuras que podrían considerarse ceremoniales.

En conjunto, esta arquitectura tiene dos características fundamentales: primera, su adaptación a un terreno absolutamente vertical; el ancho de las paredes notablemente gruesas, el uso de piedra menuda tipo piedra laja, las puertas, ventanas y hornacinas en forma trapezoidal, las terrazas acopladas a los cerros, los caminos y canales en zigzag, etc. son una clara muestra de esta adaptación. Segunda, se trata de una arquitectura en transición del estilo tiwanakota al incaico. Cronológica y geográficamente, se sitúa entre ambos imperios y estilísticamente también.

Las viviendas son reducidas, con una pequeña puerta de ingreso que está protegida por una estrecha pared en la entrada, de modo que es preciso levantar la pierna para ingresar en ellas. Los canales de riego tienen una sofisticada construcción que utiliza técnicas que permiten el óptimo uso del agua cubriendo los canales con piedras lajas para evitar que el agua se insuma inútilmente.

Su ubicación estratégica permite dominar el profundo valle y observar las montañas de enfrente. En este sitio se encontraron estelas talladas que muestran que también fue un sitio de culto. Algunos de los estudiosos de la cultura mollo sostienen que se trata de una cultura de valle que se habría extendido desde la región de Iskanwaya hasta Cochabamba, así como en los valles hacia la costa del Pacífico ocupando siempre el mismo tipo de ecología. Esta es, sin embargo, una hipótesis no totalmente probada.

Otra etnia de valle son los famosos kallawayas, cuya pertenencia étnica está muy ligada a los collas del lago Titicaca y quizás antiguamente tuvo relación con la cultura mollo, cronológicamente anterior. Son mundialmente famosos por su especialidad como médicos naturistas. El origen de los kallawaya es un tema también constantemente discutido. Se los liga a migraciones relativamente tardías, con los incas, pero habrían desarrollado su gran potencialidad cultural en

la zona de Curva, Chajaya, Kamlaya, Huata Huata, Inca Amarete, Chari, Pampablanca, Chacapari y, particularmente, Charazani, en la provincia Bautista Saavedra del departamento de La Paz. Su territorio originario se encontraba en la zona que va desde las Cordilleras de Carabaya y Apolobamba hasta las tierras cálidas del Alto Beni. En tiempos coloniales, su territorio se dividió en Hatun Carabaya y Carabaya la Chica formadas por ocho ayllus (Saignes, 1985).

Durante el dominio inca de la región, que tuvo lugar durante los reinados de Tupac Yupanqui y Huayna Capac (siglo XV), parece que sirvieron al Inca en su entrada hacia los chunchos y es posible que por este servicio los incas les dieron el privilegio de llevar sus andas. Con la presencia inca, su territorio se pobló con mitimaes o colonos de otras regiones, como los canas y canchis del norte del lago Titicaca y los chachapoyas del norte del imperio incaico.

Es sorprendente que la literatura colonial no haga referencia a los kallawaya como herbolarios, por lo que se sospecha que esta especialización suya se fue forjando en el siglo XVIII. En 1848 el estadístico orureño Dalence los describe como "célebres botánicos" que recorren el continente desde Montevideo hasta Brasil.

Ellos, como los mollo, son culturas articuladoras entre puna, valle y tierras bajas. Su gran conocimiento de las plantas los hizo famosos desde fines de la colonia hasta la actualidad. Se puede seguir un itinerario de fama como cuando fueron parte de la exposición de París de 1888; asimismo, fueron llamados como los únicos conocedores del remedio contra la malaria cuando se construyó el canal de Panamá y ellos llevaron allí la quinina. Un inventario de su conocimiento herbolario se encuentran en obras de importantes investigadores, como Luis Girault. En el año 2003 fueron reconocidos por la UNESCO como "obra maestra del patrimonio oral e intangible de la humanidad".

Pero el saber herbolario estaba acompañado de un profundo conocimiento de la psique humana y supieron tomar de la cultura occidental una importante cantidad de elementos que iban trayendo de sus viajes, no sólo hierbas y medicinas de distintas partes, sino objetos tales como ponchos y alforzas del norte argentino. Como parte de su sistema curativo, utilizaban los rituales y en este ámbito

destaca el uso de una lengua secreta, particular, la lengua kallawaya, que se ha determinado tiene una estrecha relación con el puquina, la posible antigua lengua de Tiwanaku. Destacan también en sus textiles y el enorme colorido de éstos. Una combinación de incorporación de elementos nuevos con una fuerte tradicionalidad es la tónica principal de su cultura.

En las tierras altas, en cambio, el actual departamento de La Paz estuvo habitado por etnias del lago Titicaca como los collas y pacajes, principalmente. Ellos compartían su territorio con los lupacas, que aún quedan en la república del Perú.

Los collas ocupaban la parte norte y noreste del lago controlando también los valles interiores contiguos a su territorio; de allí su estrecha relación con los kallawaya, que en realidad parecen ser un subgrupo de ellos. Pero la gran etnia colla, que dio lugar a la denominación de Collasuyo, el cuarto suyo del imperio incaico, parece que fue el remanente humano que quedó de Tiwanaku. Cuando Tiwanaku se desintegró, dio lugar a la aparición de numerosos señoríos, la mayoría de ellos de lengua aymara. Los collas quedaron, entonces, como otro señorío, aunque con una mayor presencia de lengua puquina en su región, que con el tiempo se iría perdiendo, quedando de manera dominante el idioma aymara.

Los collas tuvieron una relación tensa y ambigua con los incas; por una parte, parece que nunca se resignaron a ser sometidos, por lo que constantemente se encuentran referencias a que se rebelaban frente a su poder. Al mismo tiempo, se mantienen mitos de origen de los incas que los relacionan con los collas y con Tiwanaku. En una difundida imagen de un keru, vaso ceremonial con dibujos de escenas históricas, se encuentra una escena en que un inca y un colla están compartiendo un vaso, ambos con la misma jerarquía y como hijos del sol. Es decir, los dos con los mismos derechos de constituir un imperio.

La capital de los collas era Hatuncolla, ubicada al norte del lago, hoy en territorio peruano, y los pueblos actuales que les correspondían son Huaycho (hoy Puerto Acosta), Escoma y Carabuco. A partir de Ancoraimes, que parece fue un grupo de mitimaes puesto por los

incas para separar collas de pacajes, comenzaba el territorio pacaje (Gisbert, 1987).

Una vez dominados por los incas, los collas fueron marginados frecuentemente de los ritos estatales como un castigo por su osadía contra el poder incaico, según mostró Theresse Bouysse en su notable estudio sobre la región del lago (Bouysse Cassagne, 1980).

Uno de los sitios collas más importantes, que luego fue adjudicado al orden incaico, es la región sagrada de Copacabana; precisamente por esa calidad, la zona fue poblada por mitimaes de más de 40 naciones de todo el imperio.

Un identificador étnico de los collas, como en todos los grupos andinos, era su ropa y en ellos destaca su tocado en forma de media luna que se puede observar en varios dibujos del cronista Guaman Poma.

El otro grupo lacustre es el de los pacajes, cuyo territorio se dividía en dos sectores: los pacajes de umasuyu y los de urcusuyu. Su enorme territorio se extendía desde las orillas del lago Titicaca hasta la frontera con el actual departamento de Oruro, de modo que incluía a la ciudad de La Paz. La capital de los pacajes durante los incas era Caquiaviri, situada en el sector urcusuyu en el centro geográfico del territorio. Las poblaciones más importantes de los pacajes eran: Caracollo, Sicasica, Callapa, Tiwanaku, Caquiaviri, Guaqui, Caquingora y Machaca (la Chica y la Grande), ubicadas todas en el sector urcusuyu. En el sector umasuyu: Ayo Ayo, Calamarca, Viacha, Laja, Guarina, Pucarani, Achacachi y Chuquiago. Un sitio pacaje multiétnico era precisamente la hoyada de Chuquiago, centro aurífero de gran importancia, donde los incas pusieron gente de diversas partes del imperio para su explotación.

Ahora bien, hay que tomar en cuenta que toda la zona lacustre estaba poblada también por gente que no era aymara ni puquina, sino urus, quienes, aunque mantenían su identidad étnica diferenciada, eran parte tanto de los señoríos Colla como Pacaje. Los urus tenían su propia lengua, la uruquilla, y habían desarrollado una milenaria cultura ligada a los recursos lacustres. En tiempos preincas, parece que no cultivaban, sino que sobrevivían gracias a la pesca, la caza de aves y otros

recursos lacustres como la totora y las algas. De la totora no solamente hacían sus viviendas y vestidos, sino que también construyeron islas artificiales. Por su profunda y tenaz relación con la naturaleza, eran considerados excelentes hechiceros. Ellos conformaban ayllus separados de los ayllus aymaras. Cuando los incas controlaron la zona, los sacaron del agua y les dieron tierras para sembrar, estableciendo una convivencia con los aymaras del lugar. Esta relación a lo largo del tiempo se fue expresando en una aculturación uru que se fue transformando en aymara. Todavía en el siglo XIX se registraban ayllus urus como los de Quenaquitara y de Yunguyo.

5.2 LA COLONIA: DIVERSIDAD MÁS COMPLEJA Y NUEVAS IDENTIDADES

Como se ha visto, lo que hoy es el departamento de La Paz ya presentaba una gran diversidad cultural en la época prehispánica. Esta diversidad se hizo más compleja durante la colonia hasta llegar, por un lado, a ser un ejemplo de la multiculturalidad, así como, utilizando el término de García Canclini, un mosaico de culturas híbridas.

A las culturas herederas de Chiripa, Tiwanaku, mollo, aymaras e incas, se sumó la cultura occidental, representada por las varias naciones que constituían el imperio español. El fundador de la ciudad de La Paz fue un extremeño, pero, en todo caso, la impronta extremeña no se impuso; así, a la matriz originaria prehispánica, se sumó la matriz española, representada por el idioma, la religión, la vestimenta, las costumbres, la comida, las fiestas; contenidos y expresiones culturales que, mezclados con los contenidos y expresiones culturales del mundo indígena, originaron la cultura mestiza.

No fue esa la intención de la Corona española, porque las leyes de Indias establecían que, por la salud de ambos mundos, no debían vivir juntos. Así, con la fundación de la ciudad de La Paz, nacieron dos repúblicas: una de los españoles y criollos y otra de los indios. Una que habitaba en el damero y otra en los extramuros. Pese a las prohibiciones, ambos sectores se unían y formaron el mestizaje, que es la mayor característica de la ciudad de La Paz.

Tanto los españoles como los originarios representaban culturas muy diversas, pero, por razones políticas y sociales, desde inicios del siglo XVI, se fueron construyendo identidades generalizadoras, estrechamente relacionadas con el resultado de la conquista de vencedores y vencidos. Así, los vencedores recibieron el título genérico de peninsulares, lo que les daba un estatus mayor; como contrapartida, los originarios recibieron la denominación de indio, que unificaba a los pueblos vencidos y facilitaba su gobierno y su condición de vasallaje. La diversidad de la colonia significó, además de diferencia, desigualdad y exclusión.

Por otra parte, surgieron, además de españoles, indios y mestizos, otras identidades. Los hijos de los españoles nacidos en América constituyeron el grupo criollo; hispanistas en muchas de sus expresiones culturales, por las lejanías con la metrópoli y otras ciudades, fueron adquiriendo sus expresiones propias.

Tanto españoles peninsulares como criollos y mestizos tuvieron su principal espacio en la ciudad de La Paz y en los pueblos grandes, especialmente donde existían haciendas como en los Yungas y en los valles interandinos. El altiplano continuó plenamente ocupado por comunidades de lengua aymara, presentes también en los valles y en los Yungas.

Si bien los aymaras constituían y constituyen la cultura indígena más importante del departamento, los quechuas también tuvieron presencia, pero sobre todo en el norte de La Paz, especialmente en las regiones de Charazani, Aucapata y Apolo. En el siglo XVI, protagonistas importantes, como el escultor Francisco Tito Yupanqui, eran de origen quechua.

La llegada de los españoles no significó, como corrientemente se califica, el encuentro de dos mundos; fue un encuentro de tres mundos, ya que desde un principio llegaron a este territorio africanos, en calidad de esclavos.

Su presencia es importante en la ciudad de La Paz, principalmente como esclavos domésticos, pero sobre todo en la región de los Yungas, donde, en la época colonial y en los albores de la República, trabajaron como esclavos en las haciendas que producían coca.

La región amazónica del departamento de La Paz no fue muy conocida en la época colonial; los mayores contactos fueron realizados por las misiones de Apolobamba que se encontraron también con diversos grupos étnicos como los lecos y los tacanas.

Así queda probada la profunda diversidad cultural de este departamento, pero también la existencia de muchas expresiones propias de culturas híbridas. Es difícil pensar que, a pocos años del contacto, continuaron vigentes algunas culturas puras. El mestizaje cultural, la hibridez cultural se dio desde los primeros años del contacto. La religión, el idioma, la comida, el arte, la fiesta son un claro ejemplo de ello.

5.3 SIGLO XIX: MULTI PLURI, LA DIFERENCIA ES RAZA

Hoy por hoy, Bolivia se ve a sí misma como un país multilingüe, multiétnico y multicultural. "Iguales pero diferentes" sintetiza indudablemente un ideal contemporáneo de sociedad. "Desiguales y diferentes" podría, en cambio, sintetizar la situación en el siglo XIX.

En la primera mitad del siglo, las autoridades administrativas -pero también algunos intelectuales- describieron a la sociedad como compuesta por fragmentos que recibían el nombre de "clases", algunas veces, o de castas, otras veces. El término de "casta indígena" fue también frecuente. En la segunda mitad del siglo, en cambio, el término que adquirió mayor preponderancia para describir las diferencias étnicas, sociales y culturales fue el de "razas". Se hablaba, así, de la raza blanca, la raza mestiza y la raza indígena. La raza blanca se consideró como superior, tal como lo propugnaron intelectuales europeos. En escala descendente se encontraban los mestizos y, finalmente, los indígenas.

De manera general, la población mestiza designaba a lo que hoy conoceríamos como clase media tanto en las ciudades como en los pueblos. En el área rural eran los agricultores de café, de coca, de caña de azúcar o de goma y para Paredes se "encontraban muy cerca de los indígenas" reproduciendo sus costumbres y casándose con ellos (Paredes: 111). Para Luis S. Crespo, en contraposición, los mestizos estaban más bien cerca de los blancos y se vestían a la europea con bastón y guantes (Crespo: 51).

En 1881 se realizó un censo de la ciudad de La Paz casa por casa y persona por persona. De acuerdo a este censo, la población de la ciudad de La Paz fue dividida en 4 razas: la raza blanca, que aglutinaba el 32%; los indígenas, que eran el 21%; los mestizos, el 47% y los negros, que eran menos del 1%.

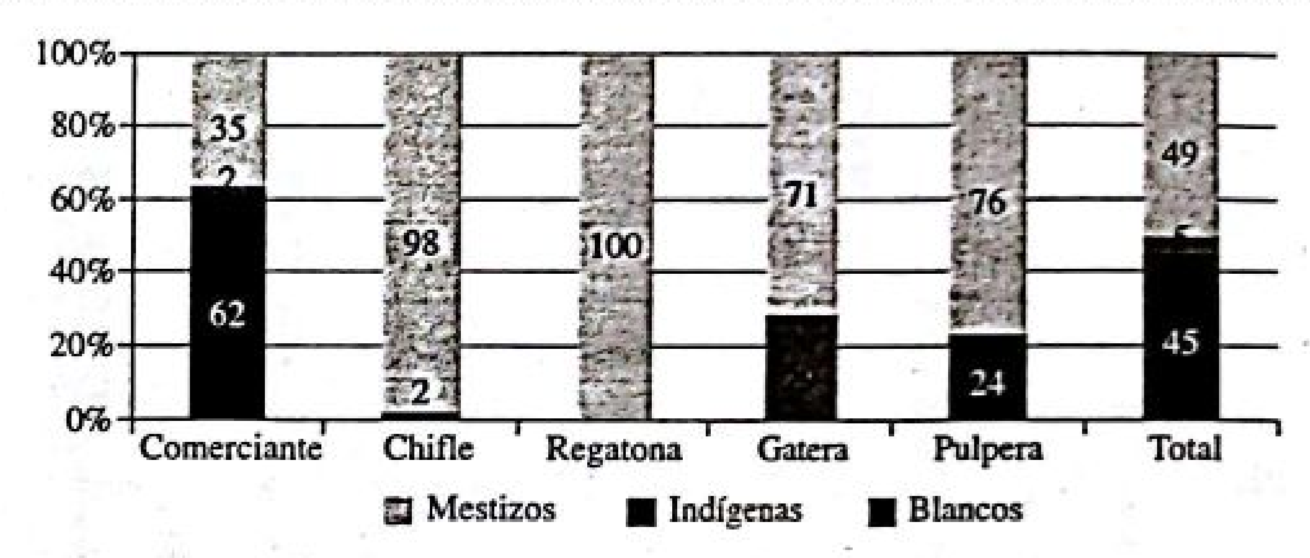
En el nivel departamental, casi toda la población indígena (70%) se dedicaba a la agricultura y fueron censados por ello como agricultores y labradores. Los blancos dedicados a esta actividad fueron, en cambio, nominados y clasificados en una categoría ocupacional distinta: la de propietarios (Véase Gráfico). Los propietarios en el siglo XIX eran fundamentalmente los dueños de haciendas, pero también los que vivían de sus rentas (Crespo, 1909-1910: 64). De ahí que existieran sólo 4 "propietarios indígenas".

En 1881 figuran también muchas mujeres propietarias blancas y es posible que fueron registradas como dueñas de las haciendas en lugar de sus maridos porque ellos tenían otras actividades: la enseñanza, la iglesia y, ante todo, las profesiones liberales. Esto implica que la profesionalización de los hombres era ya importante. El dicho que proviene de la historia oral de las descendientes de mujeres terratenientes y que señalaba "a los hombres la profesión y a las mujeres la hacienda" (Qayum et al., 1997) parece vigente en 1881. Los hombres eran entonces profesionales y, ante todo, abogados, una formación que abría las puertas al "gobierno". La profesión y la función tenían, además, mucho más estatus: "al hombre le gusta todo lo que es honor", decía una descendiente de terratenientes de La Paz. Éstas recordaron también que fueron las mujeres las que se dedicaban a la administración de las "propiedades", una extensión del trabajo doméstico, mientras que sus esposos estaban dedicados a la vida "pública" (Qayum, et al. 1997: 37-57). Pero otra categoría ocupacional importante entre las mujeres blancas era la de "costureras" (793 costureras sobre un total de 909 blancos).

Otra ocupación importante para los blancos fue el comercio. El término utilizado de comerciantes se aplicaba casi exclusivamente para los blancos y mestizos, porque designaba fundamentalmente el comercio de importación de artículos de ultramar y el comercio y

exportación de metales y productos agrícolas. Comprendía, por tanto, a los que se llamaban por entonces agentes consignatarios y almaceneros, actividades preferidas por los blancos (Crespo, 1909-1910: 19, 63 y 47). La contraparte femenina de los comerciantes fueron las pulperas (véase Gráfico), es decir, las vendedoras de lo que hoy serían abarrotes (nueces, azúcar, aceite, etc.).

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN SEGÚN RAZAS EN LAS OCUPACIONES DEL COMERCIO EN LA CIUDAD DE LA PAZ EN 1881



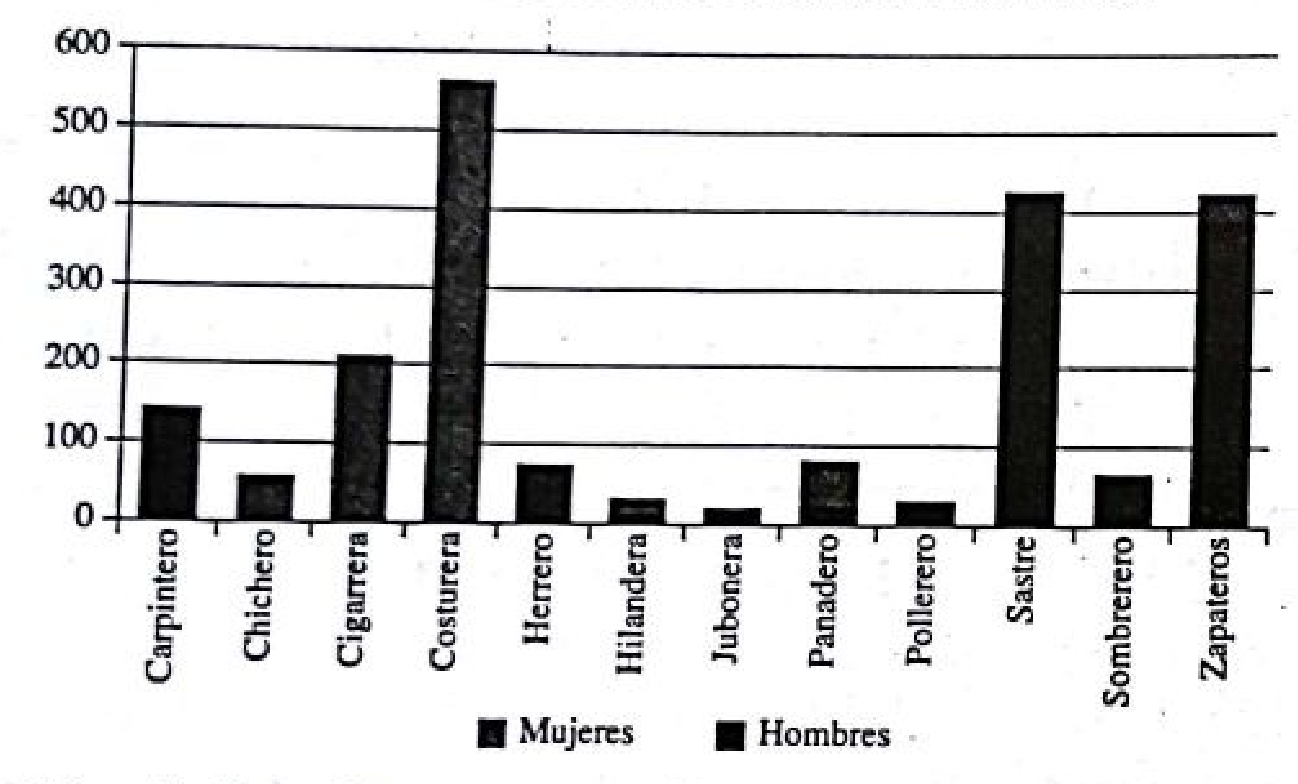
Elaboración: Rossena Barragan

Los mestizos aparecían, en cambio, como los artesanos por excelencia, dándose también una división de género: carpinteros, polleteros, herreros, zapateros y sombrereros eran hombres. Costureras, juboneras (especie de blusas o camisas de las mujeres mestizas), chicheras y cigarreras fueron mujeres. Las ocupaciones mestizas relacionadas con el comercio eran esencialmente femeninas, aunque, es importante recalcar, el término de "comerciantes" no se aplicaba para ellas. Su denominación era de regatonas y gateras, vendedoras al por menor de frutas y vegetales en los mercados; mercachifles o chifles y pulperas (véase Gráfico). Finalmente, otra ocupación femenina por excelencia fue el servicio doméstico. En este rubro, el 73% era mestiza y el 26% indígena.

Pero, si bien las categorías censales fueron exclusivamente "raciales", ellas estuvieron asociadas a la actividad económica en una jerarquía también ocupacional: en lo alto, blanco y masculino, el gobierno, las profesiones letradas, el comercio asociado a las importaciones y exportaciones; en su contraparte femenina, la propiedad de la tierra o

la costura. En el polo opuesto, los/las indígenas construidos y pensados no como propietarios, sino como agricultores y labradores. Al medio, se encontraban, finalmente, todas las actividades manuales, el comercio al menudeo y, también -marca femenina subalterna, pero principalmente mestiza- el servicio doméstico.

OCUPACIONES ENTRE LOS ARTESANOS DE RAZA MESTIZA SEGÚN SEXOS EN LA CIUDAD DE LA PAZ EN 1881



Elaboración: Rossena Barragan

Esta clasificación corresponde, por tanto, a una imagen estatizada y estática porque engloba tanto la visión estatal como una de sus principales características: su rigidez. Esto significa que estamos ante un orden ideal y porque, como toda clasificación, el estrato y/o la categoría suponen y exigen ciertas características definitorias relativamente estables y permanentes, de tal manera que, una vez que determinados individuos y grupos dejan de tenerlas, dejan también de ser considerados como tales. En otras palabras, en pleno social–darwinismo, las categorías que hoy nos aparecen raciales fueron fundamentalmente socio-económicas. De ahí que en el censo que se analiza no existieran indios que no fueran agricultores-labradores ni hay agricultores que no fueran indios. Esto significa que la realidad era mucho más dinámica que estas clasificaciones y se expresaba también a través de la vestimenta. Las mujeres de pollera de ayer serían las damas del

mañana en una dinámica de mimesis que rompía las barreras, pero que originaba también nuevas distinciones.

La percepción sobre la diversidad, en muchos intelectuales de la época, recibió mucha influencia del paradigma de muchos sectores europeos, de la contraposición entre civilización y barbarie; a esta última, algunos autores paceños la identificaron, de manera despectiva, con indios y mestizos. .

5.4 EL SIGLO XX: DE LA EXCLUSIÓN A LA APROXIMACIÓN

Las múltiples manifestaciones culturales que han caracterizado a los paceños han sido tanto expresión de herencias étnicas de origen rural, marcadas por la fortaleza de las culturas aymara y quechua, como de adaptaciones y nuevas expresiones producto de la cultura mestiza – urbana.

Más que una expresión de sincretismo cultural, en el departamento de La Paz se han producido ricas influencias recíprocas entre cosmovisiones, memorias colectivas, experiencias y acumulaciones históricas, prácticas y representaciones religiosas y expresiones culturales, entre pobladores urbanos y rurales, indígenas y mestizos, pudientes de los barrios residenciales y pobres de las laderas.

Lamentablemente, no siempre esas influencias recíprocas han sido reconocidas o asumidas como algo positivo, lo que ha provocado en muchos sentidos distanciamientos e, incluso, confrontación cultural y social. Así, los "desencuentros" culturales se expresaron en diversas formas de racismo, de ida y de vuelta, que en muchas ocasiones impidieron la construcción de un "nosotros" identitario y capaz de valorar positivamente el carácter multicultural de la sociedad paceña.

Por ejemplo, a principios del siglo XX, posiblemente como consecuencia de la derrota del proyecto de reivindicación étnica que subyació a la rebelión indígena de fines del siglo XIX comandada por Pablo Zárate Willka, la relación entre mestizos y blancos con el indígena estuvo marcada, en gran medida, por el desprecio/temor del indio.

Nada más explícito de esto que las prohibiciones que el municipio paceño reguló sobre, por ejemplo, la utilización de los tranvías,

designando los asientos de atrás para indígenas y mestizos. Más duro que ello fue la explotación ejercida contra los pongos de las haciendas, a los que no sólo se los consideró seres inferiores, sino que, traídos a La Paz para cumplir todo tipo de tareas, eran "alojados" en los zaguanes donde pasaban la noche a la intemperie.

Por otro lado, muchos artículos periodísticos criticaban abiertamente las fiestas indígenas que se reproducían en la ciudad a través de los migrantes rurales, los que transformaban y/o readaptaban las mismas a partir de su nueva condición de residentes urbanos mestizos.

Además, cuando 3.000 indígenas llegaron a La Paz con motivo de la realización del Primer Congreso Indigenal de 1945 y marcharon al son de sus pututos en la misma Plaza Murillo, los pobladores paceños no sólo los miraron como a extraños, sino que consideraron que el presidente Gualberto Villarroel estaba rompiendo con las tradiciones de una "elite señorial" que negaba el derecho de los indígenas a pasearse por las calles céntricas de esa ciudad. En febrero de 1946, en un periódico paceño se escribió lo siguiente:

> Hasta ahora ningún partido llegó a extremar sus recursos de lucha hasta el punto de servirse de los indígenas analfabetos para conseguir sus fines. Causa pena como los pobres indígenas analfabetos traídos desde el altiplano son aleccionados para servir de bandera de una reivindicación que ignoran por completo. Masas de aborígenes harapientos, desnutridos, exhibieron ayer sus pobres figuras y tolerando como autómatas a hombres y actitudes de que nunca tuvieron noticia. Mascaradas o borracheras. Mientras ellos no sepan leer y escribir, por lo menos, y sepan qué es la política, es inadmisible que sean arrastrados por nuestras calles para vitorear al señor Paz Estenssoro y dar mueras a la prensa (El Diario, 11 de febrero de 1946. Citado en Antezana, 1985: 762).

Empero, a través de los contactos cotidianos en espacios compartidos, como los mercados o cuando tenían lugar las fiestas, los grupos populares e indígenas tomaban los espacios de los barrios residenciales y el centro de la ciudad. Las relaciones de compadrazgo

entre los distintos estratos socio-culturales paceños se tornaron cada vez más intensas.

El carácter multicultural de La Paz comenzó a ser valorizado y reconocido positivamente principalmente desde la década de los sesenta del pasado siglo, cuando la revolución de 1952, pese a sus intentos uniformizadores, había permitido un cambio importante en las mentalidades colectivas.

La generación de los sesenta, expresada por jóvenes radicalizados y ávidos de contacto con el "pueblo", la clase obrera y los campesinos-indígenas, buscó y creó espacios en los que el mundo indígena pueda expresarse a través de mestizos de clase media.

Uno de los instrumentos privilegiados para la revalorización cultural fue el del folcklore, por ejemplo, con la creación de la pionera "Peña Naira" que permitió que los charangos y las quenas ingresen con fuerza a la cultura popular de los residentes paceños, a tiempo que el poncho, el ll'uchu y las ojotas se hacían parte del vestuario de decenas de universitarios y estudiantes de los colegios.

El mundo mestizo tiene una de sus expresiones más emblemáticas en la chola paceña, que mantiene orgullosamente su vestimenta, pese a la fuerte influencia de la vestimenta globalizada, vestimenta que tiene elementos originarios como occidentales, pero cuya recreación y combinación es absolutamente propia.

Desde entonces, más allá del reconocimiento de una realidad multicultural, las relaciones interculturales entre distintos estratos sociales e, incluso, étnicos del departamento de La Paz se han asumido de forma más natural. La identidad de los paceños pasa hoy por uno de los momentos fundamentales de su historia, pues cada vez se hace más generalizada la conciencia del reconocimiento del "otro" como un "otro" igual, con el cual se puede convivir armónicamente y, sobre todo, para enriquecer la propia perspectiva.

Mestizos, blancos, aymaras, tacanas, chimanes, vecinos de los pueblos, campesinos de las comunidades, pobladores de Churubamba o de Obrajes, comienzan a construir con menos recelos y prejuicios una identidad paceña múltiple y culturalmente diversa, pero también capaz de articular perspectivas comunes.

Al respecto, es importante resaltar el profundo carácter multicultural de la ciudad de El Alto donde, sobre todo desde las últimas décadas, comparten el mismo espacio, socializan cotidianamente y unen fuerzas en sus luchas reivindicativas y políticas, bolivianos provenientes del mundo indígena aymara y quechua; mestizos de las cerradas minas de la COMIBOL y de pueblos de vecinos del altiplano junto con residentes alteños más antiguos y mestizados en sus costumbres y creencias, algunas de las cuales han sido influidas por el "pensamiento occidental", es decir, por la cultura de las grandes potencias mundiales.

Esta riqueza de intercambios tiene expresiones creativas y multiculturales en la música, el arte y la cultura en general, lo que redunda en relaciones interculturales que también se han comenzado asumir de manera positiva en los últimos años y pese a todos los recelos y resentimientos previos.

Así, en El Alto se produce mucho rock y hip-hop, pero también se cuenta con una Sinfónica que ejecuta música clásica y una Academia de enseñanza de ballet clásico. Existen, además, grupos de teatro de "contracultura", como Teatro Trono; radios que se han convertido en importantísimos espacios de creación cultural, como Wayna Tambo, y han aparecido literatos de todos los estilos que seguramente participan enfundados en algún disfraz de danza típica en la decena de entradas folklóricas que expresan la sobrevivencia profunda de las culturas originarias.

Sin duda, el espacio multi e intercultural más importante es el de la fiesta. Los lenguajes religioso y folclórico de las fiestas patronales permiten una profunda interrelación. La fiesta de Alasita une a paceños de todos los estratos sociales y culturales en cuyas mentes se alían el Ekeko y Nuestra Señora de La Paz para dar la esperanza de la abundancia, así como los ritos del saumerio y de la bendición. El martes de ch'alla, rito a la tierra y a las deidades andinas protectoras de los bienes más preciados, es celebrado en zonas de toda la ciudad. La fiesta cristiana de Todos Santos se entremezcla con la firme creencia andina del retorno de los muertos y los ritos, símbolos y fiestas consiguientes.

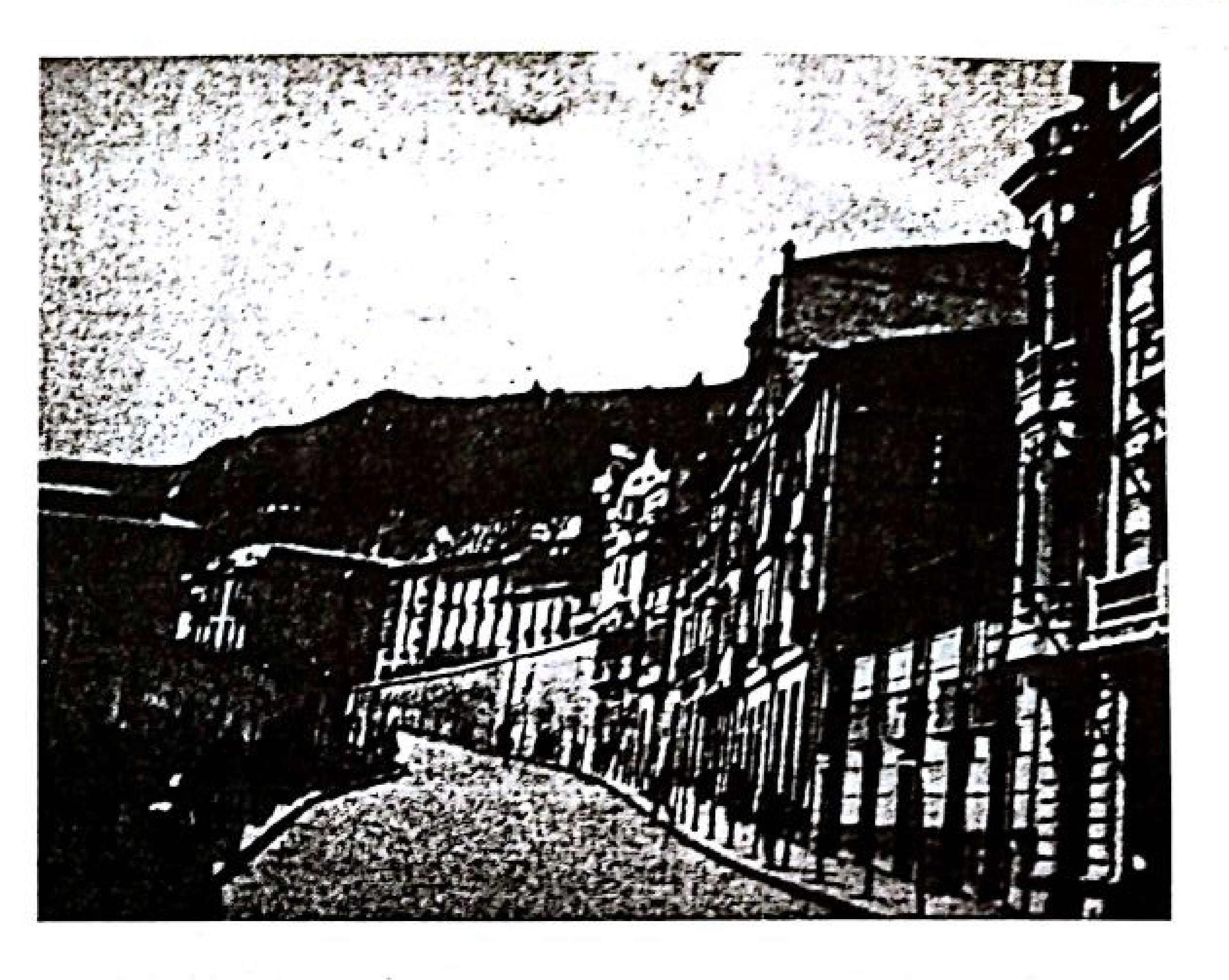
El lenguaje folclórico de las fiestas patronales, especialmente de la fiesta del Gran Poder y de la Entrada Universitaria, son patrimonio de la ciudad, con el que se identifica la mayoría de los paceños, como actores y como público, en ambos casos también provenientes de todas las zonas de las ciudades de La Paz y El Alto, así como de las provincias.

Estas fiestas han permitido conservar muchos contenidos de la identidad cultural, pero, a la vez, la recreación de otros contenidos y la construcción de identidades nuevas y de manifestaciones interculturales. Además, la fiesta paceña, así como la fiesta orureña y andina bolivianas, tienen una profunda influencia sobre las fiestas del norte de Chile, el sur peruano y el norte de Argentina, lo que demuestra su gran fortaleza.

Como se ha visto a lo largo de este capítulo, en el paradigma actual universal de contraposiciones y complementaciones entre la globalización y la diversidad, La Paz es un ejemplo de contribución a la diversidad cultural mundial, combinando visiones ancestrales y modernas.

Sin embargo, a pesar de las nuevas percepciones positivas sobre la diversidad y los nuevos espacios de encuentro, como la fiesta, la profunda interculturalidad es todavía un desafío pendiente. Lastimosamente, todavía la diversidad es fuente de desencuentros, de resentimientos históricos, de prejuicios, de desconocimientos, de desconfianza, lo que incide en la dificultad de construir proyectos y utopías comunes.

Por ello, se debe cambiar la diversidad excluyente por una diversidad con diálogo e igualdad, mantener las identidades de las culturas que confluyen en La Paz, pero, a la vez, de lograr su definitivo acercamiento, complementación y pacífica convivencia. El gran desafío, entonces, es consolidar la identidad paceña como una amalgama en la que converjan, se incluyan e interactúen las otras identidades.





La Avenida Montes al principio del siglo XX.
La Avenida Juan Pablo II de El Alto.

CAPÍTULO 6
LA CIUDAD DE LA PAZ, CHUQUIAGO MARKA Y EL ALTO

La Paz y El Alto son, indudablemente, ciudades frente a las cuales la indiferencia es imposible. Su particular geografía y topografía han impactado desde siempre porque condensan, en prácticamente media hora de recorrido, desde los nevados hasta el altiplano, cabeceras de valles y valles; desde Chacaltaya y el Alto hasta el Illimani, Río Abajo y Palca; desde los 4.000 metros hasta los 2.800 metros y uno puede continuar descendiendo... hasta los Yungas y llanos.

Y es que no es casual una ocupación tan antigua: desde pre Tiwanaku hasta los incas y desde entonces hasta el siglo XXI. Sin duda que su geografía, su particular marco natural y su rol articulador de varios horizontes ecológicos y poblacionales fueron determinantes. Pero, además de su paisaje y relieve recortado en esta ciudad colgada de los Andes, han sido sus características poblacionales las que mayor atención han recibido de los viajeros, quienes no pocas veces pueden tener un ojo más agudo al de sus habitantes que naturalizan su entorno por vivir y convivir en ella. Tal vez por su rol de tránsito y de articulación es que La Paz congregó población de diferentes lugares y grupos, consagrándose a diferentes actividades: desde el pastoreo y agricultura hasta la minería; reunió también en su vida cotidiana diferentes idiomas, como el aymara, puquina y quechua, el castellano e idiomas extranjeros, sobre todo desde inicios del siglo XX.

Después de la conquista y la pacificación que la hizo emerger como Nuestra Señora de La Paz, la ciudad fue, sin duda, fundamental porque congregaba el poder político colonial en un espacio y territorio no sólo altamente poblado, sino muy bien organizado: allí estaban los señoríos y las comunidades indígenas del altiplano, pero también las que se encontraban en el propio lugar de su fundación.

El doble nombre que hasta hoy recibe, Chuquiago Marka, por un lado, La Paz, por otro, al que se añade ahora El Alto, condensa su propia historia.

El damero y cuadriculado español marcaba la ciudad hispánica rodeada por pueblos de indios y parroquias de indios; era una ciudad pequeña, como muestran los planos de los siglos XVI y XVIII y, sin embargo, con templos en prácticamente cada una de sus esquinas marcando el ritmo del tiempo y de la vida. Pero, sobre todo, concentrando también la creatividad del barroco mestizo en uno de los lugares más conocidos y emblemáticos: San Francisco.

La Paz, ciudad española, y Chuquiago Marka, ciudad de los antiguos pueblos de indígenas de San Pedro y Santiago de Chuquiabo, de San Sebastián o de Santa Bárbara, fueron paulatinamente construyendo una unidad, aunque las fragmentaciones nunca terminaron de desaparecer. Los barrios extramuros, los barrios de indios marcaban espacios de frontera, pero también espacios disputados, como se vio en el cerco de la ciudad que marcó tanta huella como para repetirse varias veces a lo largo de su historia, aunque en circunstancias distintas a las de fines del Siglo XVIII. Centro político por la misma concentración poblacional que tuvo el altiplano desde el período colonial, La Paz fue también un gran centro de mercado y, por tanto, de demanda: los tambos eran tan vitales como sus iglesias.

En pleno siglo XIX los ayllus aún estuvieron plenamente vigentes en la ciudad, aunque sus espacios y territorios fueron paulatinamente ocupados por haciendas, chacras, quintas y, finalmente, por casas. El desborde de la antigua ciudad hispánica se dio entonces hacia sus antiguos barrios de indios, los que se convirtieron, a lo largo del tiempo, en lugares de importante comercio como los alrededores de las antiguas plazas de San Sebastián o Alonso de Mendoza, de la Garita de Lima o en lugares residenciales como Sopocachi y la Avenida Arce.

La Paz adquiriría una nueva fisonomía desde las primeras décadas del siglo XX, cuando se convirtió, después de una lucha regional y civil, en la capital de facto del Poder Ejecutivo y del Legislativo. El crecimiento enorme que empezó a tener así como el desarrollo de las industrias implicaron también que barrios enteros albergaran a la naciente clase obrera fabril que se nutría cada vez más de migrantes de todo el país. La canalización de sus ríos, los festejos de 1909 y del centenerio de Bolivia le dieron finalmente su nueva fisonomía y sus ejes troncales construidos sobre los lechos del río Choqueyapu. Las clases altas dejaron los alrededores de la plaza Murillo y empezaron su descenso: primero, hacia el Prado y Sopocachi, luego, hacia la Zona Sur. El poder político, pero también financiero, se estableció entonces en los alrededores de la Plaza, mientras que el comercio fue conquistando la ciudad y los mercados, tambos y comerciantes le han dado, indudablemente, un sello particular.

Vida propia adquirió también El Alto, que se conformó en ciudad en 1985, acogiendo continuamente a migrantes de otros departamentos, pero también del departamento de La Paz: un mundo sin duda, pero sólidamente organizado en juntas vecinales y organizaciones barriales fuertemente combativas tanto por reivindicaciones cotidianas como por los recursos naturales que significarían lograr que las brechas económicas y sociales sean menores.

6.1 UNA LARGA OCUPACIÓN: ENTRE CHACRAS AGRÍCOLAS Y DE ORO

Chuquiago marka, *choque* – oro, según Bertonio, y *apu*- señor, era conocida como la tierra del señor del oro, por las vetas que se explotaban desde tiempos inmemoriales en las orillas del río que le dio su nombre, el Choqueyapu. Se trata de un sitio en la que el grupo étnico pacaje del altiplano tenía sus tierras, aunque existían también otros grupos, incluyendo a gente que había venido, por orden de los incas, de diversas partes del imperio para la explotación del oro, fundamentalmente. Una interesante reflexión de Thierry Saignes da cuenta que



la ubicación geográfica de la hoyada de Chuquiago le permitía ser un centro de confluencia entre valles, yungas y altiplano, constituyendo una zona de encuentro o taypi.

La investigación arqueológica muestra que, en el espacio ocupado por Chuquiago-marca, ciudad de La Paz y sus alrededores, hubo una larga presencia humana desde el periodo conocido por la arqueología como "formativo", pasando por Tiwanaku, por los señoríos aymaras/pacajes y, finalmente, los incas.

Unos 3.000 años de presencia humana y cultural en su territorio son la muestra de una gran continuidad de un espacio que fue y seguirá siendo un lugar de importancia debido a su riqueza aurífera, agrícola y cultural, sitio de grandes asentamientos y encuentros de diferentes culturas.

Desde el período formativo, previo a Tiwanaku, se encuentran restos en lo que hoy es la ciudad de La Paz, particularmente en las zonas de Pampahasi y Achocalla. Se trata de asentamientos locales, donde se practicaba una agricultura en pequeña escala con fines de autosubsistencia. Allí se encuentran restos de posibles estructuras domésticas y restos de ollas, jarras y cántaros de uso cotidiano. En Pampahasi se hallaron restos de cerámica fragmentada y no se descarta la posibilidad que el pastoreo, que deja menos evidencias materiales, hubiera tenido lugar desde el periodo formativo.

Para el periodo de Tiwanaku se encontraron algunos asentamientos interesantes y uno de ellos revela la presencia de autoridades políticas importantes por la existencia de restos ceremoniales, como kerus, sahumadores, tazones y otros,que dan cuenta de la importancia y rango de los habitantes tiwanacotas que se encontraban en Chuquiago. Las zonas donde se encontraron restos pertenecientes a esta cultura son Pampahasi, Miraflores (Monumento a Busch, Hospital Obrero y Plaza Carrasco), Llojeta, Tembladerani, Alto Sopocachi, Anco Anco, San Francisco y Achumani. Anco Anco sería la zona más representativa para este periodo, debido a que alberga una gran cantidad de material ceremonial, como vasos decorados y objetos de culto que fueron reportados en 1957 por Maks Portugal. Achocalla es otro sitio de gran importancia que evidencia una tradición local, pero que habría mantenido relaciones con Tiwanaku. Esto se evidencia por la presencia de material ceremonial procedente de la "capital" Tiwanaku (Michel y Paz, 2002).

En el periodo de los señoríos, Chuquiago era del dominio del señorio pacaje; su nombre, según el historiador Roberto Choque, proviene del denominativo *Paca jaq'e* que significa hombre-águila. Los restos de esta cultura se ejemplifican en chullpas (torres funerarias de forma rectangular en el caso pacaje), ubicadas en las zonas de Guitarrini, Mallasilla y Achocalla. Estas chullpas, al igual que en Tiwanaku, serían una muestra de la presencia de una élite aymara en la zona. La cultura material encontrada corresponde a ollas, jarrones, cuencos, platos, entre otros hallados en Villa Pabón, Av. Frías, Plaza Carrasco y también San Francisco (Medinaceli y Ticona, 2005).

Durante el dominio inca, Chuquiago fue una fuente de riqueza aurífera para este reino, así como un lugar de articulación y paso entre diferentes zonas ecológicas. Una muestra de la importancia que entonces tuvo Chuquiago es la presencia de ayllus de mitimaes o colonos ubicados en los márgenes norteños del río Choqueyapu seguramente organizados para la explotación aurífera. Ayllus como Primer Inga, Segundo Inga, Chinchaysuyu, Collasuyu, Cañarchapoya remiten a identidades muy lejanas al sitio de Chuquiago (Arze, 1994).

Los restos arqueológicos incaicos se han encontrado en San Francisco, Chuquiaguillo, Chasquipampa y la Ex fábrica Said, plasmados en aríbalos, platos, cuencos típicos del estilo cuzqueño, tumis y topos de oro y de cobre, así como lauraques que muestran nuevamente la presencia de jerarquías incaicas en esta ciudad (Medinaceli y Ticona, 2005).

Pero Chuquiago no fue una ciudad propiamente tal, sino que, siguiendo la tradición andina de poco apego a la construcción de centros urbanos, constituyó una "marca" o lugar de articulación de otros sitios dispersos más pequeños. Sin embargo, en el periodo inca, parece haber adquirido algunas de las características de la ciudad del Cuzco como, por ejemplo, la existencia de zonas como la de Cusipata y los "catos" o mercados. Guaman Poma refiere que cusipata era el lugar donde se "contrataba", mientras que el cato era donde se vendía. La

traducción de "cusipata" o altura o andén de la dicha (Antonio Ricardo, [1586]:69, 27) parece hacer referencia a que las ferias de intercambio se combinaban con fiestas y momentos rituales, como parece ocurría durante el Inti Raimi, cuando llegaban al Cuzco productos de todo el imperio.

En La Paz, el barrio de Cusipata se encontraba en la zona norte de la ciudad, una de las más antiguas. La tradición indica que allí "el pueblo celebraba antiguamente con gran entusiasmo bailes y comidas durante algunas festividades, especialmente el miércoles de ceniza, que se celebraba el 3 de mayo, o fiesta de la Cruz" (Paredes Candia, 1976). En los diarios del cerco a la ciudad de La Paz durante la gran rebelión indígena de 1781, el oidor Tadeo Diez de Medina registra, en pleno cerco, el festejo de la festividad de la Cruz con corridas de toros y fuegos artificiales nocturnos en la víspera.

Así como los restos arqueológicos evidencian una presencia pluricultural, la documentación del siglo XVI registra que en Chuquiago se hablaba, por lo menos, aymara, quechua y puquina, tres de las lenguas andinas más importantes que son, a su vez, expresión de la coexistencia de grupos preincaicos e incaicos. Además, son una muestra de la capacidad de la ciudad de interrelacionar culturas, destino que parece haber cumplido hasta hoy.

6.2 NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ: LA EMERGENCIA Y CONSOLIDACIÓN DE LA CIUDAD

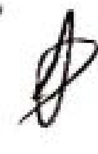
Para entender la fundación de La Paz es necesario recordar algunos acontecimientos. Los conquistadores españoles dividieron el antiguo Imperio Inca en dos grandes territorios: al Norte, Nueva Castilla, que fue entregada a Francisco Pizarro, y al Sur, Nueva Toledo, a Diego de Almagro, lo que hoy es parte de Bolivia. A raíz de esta división, que produjo descontento entre los almagristas, se desató una guerra civil entre los españoles que duró aproximadamente dos décadas, terminando con la victoria de los hermanos Pizarro.

En este período se estableció también el sistema de encomiendas, que consistía en encomendar a un español una comunidad de indios que debía entregarle su fuerza de trabajo y un tributo. Este sistema de trabajo y tributo fue muy duro para la población indígena y dio lugar a la famosa prédica de Bartolomé de las Casas, quien denunció no solamente lo que pasaba en el Perú, sino en toda América, respecto a la terrible explotación y gran mortandad que había causado. Como consecuencia, en 1542, se dictaron lo que se conocen como las "Nuevas Leyes", que buscaron una eliminación paulatina del sistema de encomiendas. La Corona española buscó con estas medidas que los indios ya no dependieran de los conquistadores, sino que fueran vasallos del Rey y que el gobierno de las colonias ya no estuviese a cargo de la generación de los conquistadores, sino del Virrey. Estas leyes dieron lugar a una rebelión de los encomenderos conquistadores al mando de Gonzalo Pizarro, derivando en una segunda guerra civil que terminó finalmente con la derrota de Pizarro.

Esta parte de la historia tiene directa relación con la fundación de la ciudad de La Paz. En septiembre de 1548, el victorioso enviado del rey, el pacificador Pedro de la Gasca, en un encuentro que tuvo con Alonso de Mendoza, en Nazca, le entregó los papeles para que funde la ciudad de La Paz en homenaje a la pacificación. De esta manera, el 20 de octubre de 1548, Alonso de Mendoza fundó la ciudad de La Paz en Laja, pero continuó su camino y, al encontrar el valle en el que actualmente está la ciudad, la trasladó. La nueva ciudad fue fundada en medio de dos comunidades originarias: la del curaca Quirquincha, ubicada en lo que luego se llamó el barrio de San Sebastián, y la de Otorongo, ubicada en lo que luego se llamó el barrio de Santa Bárbara.

El nombre de la ciudad se atribuye, entonces, a la conmemoración y pacificación del reino y de ahí el lema de nuestro escudo: "Los discordes en concordia en paz y amor se juntaron y pueblo de paz fundaron para perpetua memoria".

Pero existían también otras razones para la fundación de La Paz, como lo establecen varios estudios. Era necesaria, por ejemplo, una ciudad para los encomenderos y hacendados que tenían tierras en el mundo aymara, ya que Cusco y Lima quedaban demasiado lejos. Fundar una ciudad intermedia entre Potosí y Cusco que coadyuve en el comercio y otras relaciones entre ambas ciudades era igualmente necesario. El problema fue, sin embargo, que La Paz quedaba a un lado del camino



y comerciantes y arrieros preferían no alargar su viaje y no entrar a La Paz. Esta situación y el escaso número de vecinos en las dos primeras décadas motivaron que la Audiencia de La Plata y el propio Consejo de Indias le quitaran el rango de corregimiento en 1561, aunque, a los cinco años, este rango fue recuperado definitivamente.

Para la construcción de la ciudad se adoptó la forma conocida como damero, que no es exclusiva de La Paz, ya que casi todas las ciudades de Bolivia y de Latinoamérica tienen esa forma. El damero es una cuadrícula con manzanas en torno a la plaza mayor. Esta forma de damero está basada en tratadistas del renacimiento que diseñaron una ciudad ideal, armónica y equilibrada.

Al principio, dentro del damero vivieron los españoles, luego los criollos y mestizos, mientras que los indios vivían en tres barrios: San Sebastián o Churubamba, Santa Bárbara y San Pedro, ubicados en los extramuros que en realidad era todo un pueblo de indios. San Francisco, si bien estaba en los extramuros, no era considerado como barrio de indios, sino como una especie de puente entre el damero español y los barrios de indios. La zona de San Francisco continúa hasta nuestros días con ese rol de conexión entre los varios sectores de la ciudad.

La división entre los barrios al interior del damero y los barrios de indios significa, para varios estudiosos, la instauración de las dos repúblicas: la de los españoles y criollos y la de los indios. Sin embargo y pese a que varias leyes velaban por la residencia segregacionista, ellas no siempre se cumplieron y de hecho emergieron, por un lado, mestizos que rompían la dualidad español-indígena y, por otro lado, barrios en los que finalmente convivían varios grupos.

Entre el siglo XVI y XVII hubo, según Alberto Crespo, un lento crecimiento, a diferencia del importante incremento poblacional en el siglo XVIII. Durante la visita del Virrey Toledo apenas se contabilizaron 30 "vecinos", (entendiendo como vecino al que tenía encomienda o tierras) y 200 moradores. Una década más tarde, en 1586, el Virrey Diego Cabeza de Vaca contabilizó 260 vecinos españoles (entre peninsulares y criollos) y 5.820 indios, o sea, 6.010 habitantes aproximadamente (Crespo,1989: 36).

Un siglo después, de acuerdo al censo de 1675, se duplicó la población a 12.600 habitantes, pero, a pesar de ello, continuó siendo una ciudad pequeña. En cambio, en el siglo XVIII se quintuplicó la población y la ciudad pasó a ser una de las más ricas del reino de España.

Existen varias interpretaciones respecto al crecimiento de la población que no se eliminan, sino se complementan. Uno de los indicadores importantes es que aumenta la población en los barrios de indios; otro indicador es el aumento del mestizaje y, finalmente, el crecimiento económico de la ciudad, gracias al comercio y, sobre todo, a la producción de la coca, cuyos productores principales eran hacendados que radicaban en la ciudad.

Según Ramón Azero, La Paz tenía 53.000 habitantes en 1780, entre españoles, criollos, mestizos e indios. De ellos, aproximadamente 20.000 eran indios y la mayoría mestizos. Una de las más graves consecuencias del cerco de Túpac Katari fue precisamente la drástica caída demográfica de la ciudad a 21.120 habitantes tanto por muerte durante los enfrentamientos como por emigración posterior (Azero, 1998).

El crecimiento del siglo XVIII significó el aumento del número de héctareas urbanizadas y el aumento de calles. Los límites de la ciudad se encontraban en las actuales calles Catacora, por el Este; la Jaen, por el Norte; la Loayza, por el Sur y el Rio Choqueyapu, por el Oeste.

Los principales edificios de la ciudad eran las iglesias. Dos de ellas estaban ubicadas en la Plaza Mayor -la Iglesia del Loreto y la Iglesia Matriz- y ambas ya no existen. La iglesia Matriz fue reemplazada por la actual Catedral y la iglesia del Loreto, perteneciente a los jesuitas, estaba en el lugar del actual edificio del Congreso Nacional.

A una cuadra al sur de la plaza está la iglesia de la Merced, cuyo interior mantiene el retablo y las imágenes de estilo español y que todavía hoy son las imágenes principales de la Semana Santa paceña. Gran parte del convento fue transformado en sede de la policía. A una cuadra de la Merced estaba el Convento del Carmen del cual se conserva la Iglesia, también de estilo barroco. Al lado de la actual Alcaldía se conserva la iglesia de San Agustín, la única de estilo renacentista; a una cuadra de este templo se encontraba el hospital y templo de San Juan de Dios, este último con su fachada de barroco tardío.

Al otro lado de la plaza, hacia el noreste, se encontraban el templo y convento de Santo Domingo y el convento de las Concepcionistas (destruido hace unas tres décadas). El templo de Santo Domingo conserva su bella fachada del barroco mestizo mientras el convento de los dominicos es sede, desde los inicios de la República, del Colegio Ayacucho.

El templo más hermoso heredado de la colonia es, sin duda, el de San Francisco, cuya fachada expresa, precisamente, el mestizaje propio del espacio urbano que la alberga. Su fachada tiene la imagen de San Francisco, pero también, labrados en piedra, hombres verdes, símbolo de fertilidad, de cuya boca emergen plantas y mujeres en acto de parir la vida, hecha frutos. También el centro principal de los barrios de indios eran sus iglesias, de las que se conserva la de San Pedro, igualmente de estilo barroco.

La expresión más clara de que la ciudad progresó económicamente en el siglo XVIII son los palacios, que no tenían nada que envidiar a los de otras ciudades del reino. El principal era el de los Conde de Arana, ubicado en la esquina noroeste de la Plaza Mayor, hoy convertido en Museo Nacional de Arte, cuyos propietarios estuvieron vinculados con la producción de coca. Otro edificio importante es el que era de propiedad del Marqués de Villaverde, a una cuadra de Santo Domingo, hoy convertido en el Museo de Etnografía y Folklore.

La vocación comercial de la ciudad trajo como consecuencia la construcción de una decena de tambos ubicados en varios rincones de la ciudad, preferentemente en las salidas de los caminos a Lima y Potosí. Los tambos son espacios creados en la época prehispánica, pero reutilizados en la época colonial no sólo con fines de asistencia al viajero, sino como llegada y comercialización de muchos productos. Uno de los más famosos tambos por su ubicación y su conservación actual es el Tambo Quirquincha. Además de este tambo, ubicado también en la salida a Lima, estaba el tambo de Tejada; en cuanto a la salida a Potosí, estaban los tambos de San José, San Antonio, San Miguel, Santiago, Carmen, Cochabambinos o Remedios, además de los bastidores de las Concebidas y Harinas (Mesa,1989).

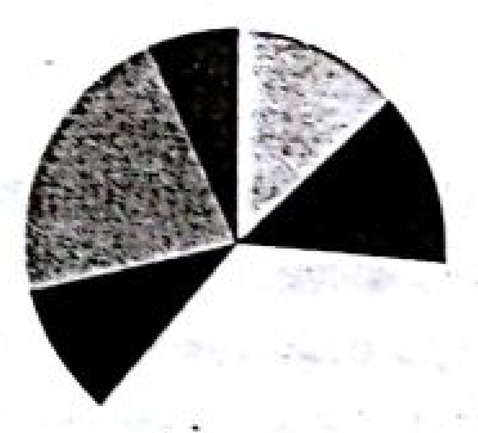
La ciudad colonial contaba con dos plazas: la Plaza Mayor y la Caja de Agua (hoy plaza Riosinho), pero los atrios de la mayoría de las iglesias servían de plazoletas, de las que sólo se conserva la de la Merced. La Plaza Mayor, como en la mayoría de las ciudades del reino de España, además de ser el centro del poder político, por la presencia del cabildo y el corregimiento, del poder religioso, por la presencia de la Iglesia matriz y por ser escenario de los principales procesiones, era también centro de comercio y de diversión cuando se realizaba una fiesta pública; escenario, por lo tanto, de corridas de toros y mascaradas.

La ciudad estaba rodeada, además, de ríos y riachuelos y el principal, como hasta ahora, era el Choqueyapu, ubicado al oeste del damero separando la ciudad de los barrios de indios. Para comunicar ambos mundos se construyeron tres puentes: uno que comunicaba con San Sebastián, otro con San Francisco y, finalmente, otro con San Pedro.

6.3 LA PAZ-CHUQUIAGO: EL CRECIMIENTO DE LA CIUDAD A LOS ANTIGUOS BARRIOS DE INDIOS

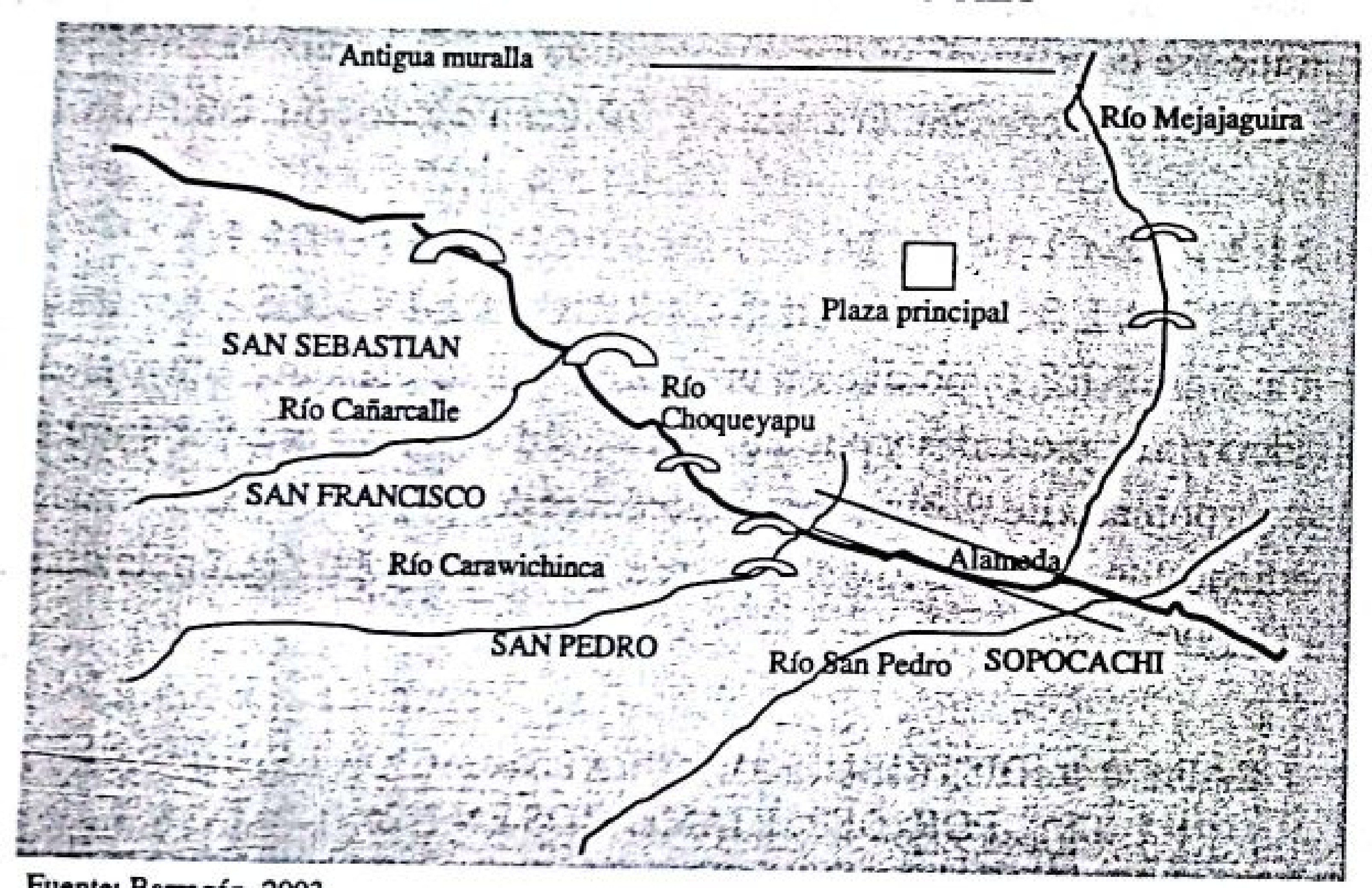
En el siglo XIX, la población urbana en Bolivia era aún pequeña: el 10% vivía en ciudades y pueblos. La ciudad de La Paz era claramente la más poblada de Bolivia: tenía alrededor de 40.000 habitantes hasta mediados del siglo XIX y el censo de 1900 dio una población de más de 52.000 personas (Barragán, 2003).

GRÁFICO 1: DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE BOLIVIA POR DEPARTAMENTOS EN 1825



Para imaginarnos La Paz en el siglo XIX, es preciso pensar en ella como una ciudad atravesada aún por múltiples ríos y riachuelos y por innumerables puentes. Los puentes y las iglesias o templos y parroquias organizaban la vida de sus pobladores. Así, se distinguían, en primer lugar, la zona llamada dentro de puentes o "intra puentes", es decir, los que se encontraban al "interior" del damero y antiguo núcleo español alrededor de la plaza, la Catedral y la parroquia del Sagrario, y la zona "fuera de puentes" o barrios "extra puentes", conformada por los territorios que se extendían cruzando los puentes del río Choqueyapu hacia San Francisco o San Pedro.

CROQUIS DE LA CIUDAD DE LA PAZ Y LAS PARROQUIAS COMUNIDADES EN EL SIGLO XIX°



Fuente: Barragán, 2003.

El ciclo de la vida estaba también regido por las parroquias. Si se vivía en los barrios intra puentes, uno no sólo era bautizado en la parroquia del Sagrario, sino que frecuentaba también la Catedral y se casaba preferentemente en estas iglesias. Si uno vivía más allá del río y cruzando los puentes, principalmente del Choqueyapu, se encontraba en los antiguos territorios que en el período colonial fueron casi exclusivamente indígenas, como los de San Pedro, cuyo templo y parroquia era San Pedro; San Sebastián y Santa Bárbara. La más importante en términos poblacionales fue San Pedro que atendía en realidad a la población de una comunidad que se conocía con el nombre de San Pedro y Santiago de Chuquiabo. Esta comunidad estaba dividida o comprendía dos parcialidades o mitades y cada una de ellas, un número determinado de ayllus (véase Esquema). Estos ayllus estaban distribuidos en un territorio bastante extenso hasta fines del siglo XIX. Sin embargo, en su territorio se formaron ya haciendas como Villandrán, Cupini, Ocomisto, San Roque, Alpacoma.

ESTRUCTURA DE SAN PEDRO Y SANTIAGO DE CHUQUIABO A FINES DEL SIGLO XVIII E INICIOS DEL SIGLO XIX

Parcialidad Hanansaya, San Pedro	Parcialidad Hurinsaya, Santiago
Ayllu 1ero. Collana	Ayllu Pucarani
Ayllu 2do. Collana	Aylllu Pacasa
Ayllu Maollana	Ayllu Cupi Lupaca
Ayllu Cupi	Ayllu Chinchaysuyo y Cana
Ayllu Chamoco	Ayllu Canche
Ayllu Luquichapi	Ayllu Checa Lupaca
Ayllu Callapa	
Ayllu Achumani	

La Parroquia de San Sebastián comprendía los ayllus Primer Inga, Chinchaya, Condesuyo, Cañarchachapoya, Collasuyo de Cañaris, Rancho de San Francisco; Ayllu Segundo Inga y Nuestra Señora de La Paz (Tejar). Finalmente, Santa Bárbara comprendía el *ayllu* Inga, Chuquiaguillo, Rosario y varias estancias (Barragán, 1990).

Fue, sin embargo, en el siglo XIX cuando se dio una redefinición del espacio urbano paceño, que se expresa en la disminución de la población indígena de las parroquias de San Sebastián y Santa Bárbara, fundamentalmente, y en la urbanización de estos lugares que se fueron transformando en barrios. De ahí que, a mediados del siglo, los mapas ya no mencionan las parroquias y antiguos barrios de indios de San Sebastián, Santa Bárbara y San Pedro y el crecimiento urbano se realizó precisamente en ellos.

En 1877, La Paz se dividió en 8 cuarteles, que correspondían en realidad a 8 parroquias: Sagrario, La Concepción, Santo Domingo, El Carmen, Santa Bárbara, San Pedro, San Francisco, San Sebastián. Esta nueva división parece haber tratado de sustituir los 23 barrios antiguos que parecían "enrevesados" porque tenían otra lógica de organización que no era necesariamente la de límites bien definidos y calle por calle (Barragán, 1990 y 2000).

A fines del siglo XIX, La Paz muestra, entonces, una reorganización del espacio que se puede vislumbrar, aunque ya profundamente modificada: los barrios "intra muros" de la ciudad, que correspondían al centro de fundación de la ciudad, por una parte, y los "extra muros", que correspondían a los antiguos territorios de las parroquias de indios, por otra parte, se han difuminado.

6.4 LA PAZ Y EL ALTO COMO EXPRESIONES URBANAS DEL SIGLO XX

Entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX hubo un importante cambio: el crecimiento vertiginoso de la ciudad de La Paz, que pasó de tener 60.000 habitantes, en 1902, a más de 78.000 habitantes, en 1909, y a 135.000, en 1928. El crecimiento se debió, en gran parte, al traslado de los poderes Ejecutivo y Legislativo de Sucre a La Paz. El plano de 1909 muestra la total urbanización de San Sebastián, de la parte sud-este de San Francisco, San Pedro y algo de Santa Bárbara. Se incorporan también nuevas regiones, como Miraflores, el antiguo valle de Potopoto, Sopocachi e, incluso, Obrajes.

La conmemoración de los 100 años de la revolución del 16 de Julio marca también un hito importante en la ciudad: se rebautizó la plaza 16 de Julio como Plaza Murillo, inaugurándose un monumento central en su honor; se reinició la remodelación de la Alameda o Prado bajo el nombre 16 de Julio, se cortaron los árboles añosos y se destruyeron sus portales y arcos (Qayum et al, 1997). Así, dejó de ser un paseo para convertirse en la arteria principal de la ciudad.

De manera notable y clara, fue a partir de 1920 que La Paz fue transformándose, adquiriendo parte de su actual fisonomía: sus más de 35 ríos y riachuelos se empezaron a canalizar y luego entubar; se

ensancharon calles y se abrieron avenidas; se instauró una red de agua potable, se arborizaron avenidas, se modernizaron jardines, se colocaron a partir de entonces gran parte de los monumentos que aún hoy existen.

El año 1925, durante el gobierno de Bautista Saavedra, fue fundamental, ya que la celebración del centenario de la independencia implicó una serie de obras, como en otras ciudades. En La Paz, en 1925, se terminó la Basílica Catedral que se había empezado en el siglo XIX y un año después, en 1926, el Palacio Consistorial de la municipalidad. Prácticamente se "tiró la casa por la ventana"; eventos culturales, bailes sociales, inversiones para embellecer la ciudad, publicaciones de lujo que recuperaban nuestra historia nacional, etc. dieron un gran brillo a esta conmemoración que tuvo su epicentro en La Paz.

Para entonces, La Paz ostentaba con orgullo su condición de sede de gobierno y de ciudad pujante, y había vivido desde los primeros años del siglo XX profundas transformaciones en todos los aspectos, o, como dice Teresa Gisbert, recién se había construido como ciudad moderna perdiendo paulatinamente su condición de ciudad colonial (Mesa Gisbert, 1999: 51).

Otro momento particularmente importante para los cambios que tendría la ciudad se dio alrededor de 1935, cuando, después de la gran inundación y desborde del río Choqueyapu, se planteó su entubamiento para evitar experiencias futuras. En la misma época, se perfiló la Avenida Mariscal Santa Cruz y se ensancharon la calle Yungas, la antigua calle Recreo, la calle Mercado, etc.

En 1936 la parte urbana de la ciudad de La Paz abarcaba 6.976.500 m2. y continuaba extendiéndose hacia las laderas -que en las décadas anteriores sólo sirvieron como marco natural de una ciudad caracterizada por estar aprisionada en sus cerros- hacia la zona sur, donde antes se habían ubicado los obrajes y las quintas visitadas sólo los fines de semana; o a lugares más templados, como Sopocachi, en los que las vacas y los pastores pululaban al amanecer. En esa misma fecha, La Paz contaba con aproximadamente 200.000 habitantes (Silva, 1937: 49).

El radio urbano creció también enormemente. El antiguo valle de Potopoto -conocido ya como Miraflores- se fue convirtiendo en zona militar y de hospitales, primero, y,luego, de residencias.

En la zona de Callampaya, la construcción de la Fábrica de Tejidos de Said, al norte de Villa Victoria, fue abriendo nuevas avenidas. Otra fábrica de tejidos, la Forno, se construyó en la región de Challapampa, al norte, junto con fábricas de sombreros e hilados.

De la época post Chaco y antes de 1948 son las edificaciones de los mercados, como el de Flores, el de Miraflores y el Mercado Rodríguez. En 1942, se incorporan la Villa de Obrajes, Calacoto, Irpavi, Següencoma y La Florida al radio urbano. Finalmente, para 1948, se pavimentan los caminos de La Paz a Obrajes y de La Paz a El Alto.

Los grupos económicamente más favorecidos abandonaron paulatinamente los alrededores de la colonial plaza central, la dedicada a Pedro Domingo Murillo, para trasladarse a las zonas más bajas y templadas de la ciudad (Qayum et al, 1997), mientras que, desde la Ceja de El Alto, los cerros que circundan la hoyada comenzaron a poblarse de recién llegados, migrantes de pueblos y ex-comunidades campesinas.

Mientras San Pedro, Challapampa, Chijini, Villa Victoria, Purapura, Caja de Agua y otros barrios expresaban a los residentes mestizos e indígenas, a los obreros fabriles y a los artesanos, Miraflores, Sopocachi y los nuevos barrios que comenzaron a surgir en el sur expresaban a los grupos más pudientes de la ciudad.

Éstos paseaban los domingos en la Alameda rebautizada como "El Prado" al son de retretas, contaban con clubes sociales, como el Alemán, el Árabe, el Bancario, el Internacional, el La Paz y el Unión, además de espacios de recreación y deporte como el Club Tennis La Paz, "una excelente piscina en Miraflores y una lujosa piscina con agua temperada en el 'Stadium La Paz'" (Silva, 1937:89).

Por otro lado, las mujeres de élite podían disfrutar de lugares de encuentro para tomar el té, como las pastelerías París, Estambul, Astoria, La Giralda, Ópera y La Paz y toda la familia contaba con cines modernos, como el Bolívar, el Mignon, el Municipal, el París, el Princesa y el Roxy (ídem: 195), en los que se exhibían los clásicos hollywoodienses de la época.

Para los varones estaban los clubes deportivos, como el Atlético y el Sopocachi, el Ayacucho, el Bolívar, el Nimbles Railway, el Nimbles Sport, el The Strongest, el San Calixto, Alianza, The Law, Minerva, Lince, Atlético San Pedro, Alfonso Ugarte, L.P.F.B.A. (idem: 95) y otros, así como recién construidos y más o menos lujosos hoteles que no sólo servían para dar alojamiento a los extranjeros que llegaban a La Paz, sino para la realización de numerosas fiestas, como las del carnaval. Entre los más importantes estaban: Torino, La Paz, Hamburgo, París, Italiano, Savoya, Kutzner y Bolívar (idem: 179).

Fotógrafos como Cordero, Gismondi, Kavlin y otros retrataron las vivencias de la "bella época" boliviana y a los miembros de las distintas familias tradicionales o que habían adquirido poder económico con el nuevo auge minero, pero también retrataron la vida cotidiana y las actividades de los sectores populares.

En relación con éstos últimos, sólo algunos barrios, como San Pedro, Rosario, Chijini, la zona de la Avenida Buenos Aires y otros, mantuvieron en gran medida su población tradicional, compuesta principalmente por artesanos, pequeños comerciantes, vivanderas, floristas, en fin, una población que étnicamente podía ser caracterizada como mestiza, socialmente como de clase media baja y, culturalmente, como la que en muchos sentidos le había dado a la ciudad su identidad popular en el siglo XIX.

Por otro lado, barrios como Munaypata, Pura Pura, Achachicala y Vino Tinto albergaron a la naciente clase obrera fabril, que desde la década de los treinta se asentó cerca de sus fuentes de trabajo, es decir, de fábricas como Said, Forno, Soligno, la Cervecería Boliviana Nacional y otras y marcó los nuevos espacios que ocupó con su identidad proletaria.

Los desplazamientos espaciales y la ocupación de nuevas zonas por parte de los diferentes grupos sociales que habitaban La Paz no fueron una casualidad, sino producto de transformaciones económicas derivadas de la modernización liberal y del ingreso del país en el mercado mundial a través de la minería estañífera. Fueron transformacio-

nes que complejizaron la estructura social en el nivel nacional como una realidad mucho más patente en la pujante ciudad del Illimani.

Los sectores acaudalados que salieron del centro de la ciudad ya no sólo estaban formados por familias tradicionales de origen colonial; en sus filas, ganaban espacio y trepaban rápidamente grandes y medianos comerciantes, dueños de minas, administradores de los intereses de la nueva burguesía minera, burócratas privilegiados y flamantes hacendados, así como inmigrantes extranjeros alemanes, italianos y de otras nacionalidades que dieron gran empuje a la incipiente industria paceña desde la década del veinte.

Los que comenzaron a poblar las laderas tampoco eran los mismos indígenas de origen comunario que ocuparon sus propios barrios en el Chuquiago prehispánico y colonial. Ahora, la gran mayoría de ellos eran migrantes recientes que, despojados de sus tierras, se convertían en mano de obra barata de la incipiente industria o en fuerza de trabajo subvalorizada destinada a cumplir las más penosas tareas, como aparapita, canillita, lustrabotas o "sirvienta".

Por su parte, la población mestiza/artesanal, a raíz de la crisis de esa economía provocada por el libre mercado, estaba viviendo un proceso de paulatino descenso social y, aunque continuaba habitando en sus barrios tradicionales, éstos comenzaban a perder prestigio en el contexto urbano paceño.

Las diferencias sociales, visibles pero no tan marcadas en el siglo XIX, eran ahora mucho más notorias. Para los hombres de levita y sombrero de copa y las mujeres engalanadas de vestidos confeccionados con telas venidas del viejo mundo, era posible imitar, aunque con grandes limitaciones, a las clases altas de Europa y Estados Unidos de esas décadas.

Para los sectores populares, la luz eléctrica, el agua potable, las lujosas residencias, no eran más que espejismos que observaban de reojo, pero a los que no podían acceder. Sus vidas transcurrían en otro mundo, otra realidad, la de la dignidad del trabajo, pero también la de las preocupaciones cotidianas por el pan de cada día.

Arquitectónicamente, La Paz ostentaba nuevos y hermosos edificios públicos, como el Palacio Legislativo, el Ministerio de Hacienda

y la Cancillería, así como las bellas residencias de la recién inaugurada Avenida Montes y de El Prado. Además, el arquitecto Emilio Villanueva estaba imponiendo su estilo con la construcción del Monoblock de la Universidad Mayor de San Andrés y el edificio de estilo "revival" de la Alcaldía Municipal (Gisbert, 1999: 55).

Por otro lado, hacia los años cuarenta se abrió la Avenida Camacho, teniendo como su principal característica la magnífica y completa vista hacia el Illimani (ídem). Y, según Silva, La Paz contaba por entonces con hermosos bosques en sus alrededores. Así, aunque la urbanización se amplió y modernizó y la ciudad no dejó de crecer con la apertura de nuevas avenidas y calles, así como de nuevos barrios y zonas residenciales y populares, es imposible concebirla sin su marco natural.

Éste ha sobrevivido a pesar de la agresión contra la naturaleza que cotidianamente se ha ejercido contra ella, por ejemplo, con la construcción de grandes edificios en la década de los setenta que impiden la llegada del sol a los peatones, así como con la tala de árboles de sus viejos bosques o el derrumbe de decenas de pequeños cerros.

Por otra parte, la complejidad de La Paz ha estado también marcada por la propia acción de sus habitantes que la han convertido en una ciudad difícil pero única, heterogénea pero con personalidad propia y capaz de mostrar sin tapujos sus contradicciones y su riquísima diversidad social y cultural.

Al respecto, en un artículo de Víctor Hugo Cárdenas se dice: "La presencia provincial en las urbes (de La Paz y El Alto) trasciende el Gran Poder, las procesiones y las múltiples fiestas barriales. Es una red de centros cívicos, centros de acción, asociaciones de residentes, organizaciones gremiales, mercados, fraternidades, ligas deportivas, agrupaciones de transportistas, comerciantes, artesanos y tantos otros" (Cárdenas, 1999: 112)

Más allá de esta problemática sociológica, a pesar de sus baches, su suciedad, su ruido estridente, su caos vehicular, La Paz tiene mucho de poética que, por ejemplo, inspiró a los paceños Arturo Borda y Jaime Saenz y que llevó a Blanca Wiethüchter a calificarla de "surrealista", pues allí "ocurren en lo cotidiano cosas sorprendentes, guia-

das por el azar, que revelan una fisura, lo 'otro' de la ciudad" (Wiethüchter, 1999:153).

En relación con la ciudad de El Alto, la historia oficial de ésta comienza el 6 de marzo de 1985, cuando se creó la Cuarta Sección de la provincia Murillo, con su capital en El Alto. Tres años después, en sesión del Congreso Nacional de 6 de marzo de 1988, se elevó a El Alto a rango de ciudad, hecho sancionado mediante Ley No. 671, del 20 de septiembre de ese año. Finalmente, por Ordenanza Municipal 065/2002, de dos de mayo de ese año, se dividió a la joven ciudad en 9 distritos municipales, 8 urbanos y uno rural.

Para entonces, ese espacio había dejado de ser una pampa de hacendados y comunidades indígenas, pues, principalmente desde las décadas del cuarenta y cincuenta del siglo pasado, habían surgido en su lugar nuevos barrios que no han dejado de crearse hasta el presente.

Se cuenta que sus primeros vecinos fueron obreros fabriles que trabajaban en las textileras Forno, Soligno, Estatex y otras de La Paz, quienes se instalaron alrededor de la estación de trenes de la empresa Railway ubicada en lo que ahora es la zona 16 de Julio. Posteriormente, llegaron los migrantes del altiplano paceño, orureño y potosino y en la década de los 80 se asentaron allí miles de familias de mineros "relocalizados" (Castellón, 2003).

Según el mismo autor, las familias asentadas en El Alto carecían de servicios básicos como agua, luz y alcantarillado, lo que impulsó la creación de las primeras juntas vecinales y, en 1957, del Concejo Central de Vecinos de El Alto que contaba con siete juntas: Alto Lima, Ballivián, 16 de Julio, Villa Dolores, 12 de Octubre, Bolívar, Tejada y la Ceja de El Alto (idem). Para el año 2006 se calcula que en El Alto existían unas 450 juntas vecinales agrupadas en la FEJUVE, creada en 1979.

Las organizaciones barriales fueron las encargadas de luchar por mejorar las condiciones de vida de sus afiliados, aunque también ha jugado un rol importante al respecto la Central Obrera Regional (COR), dependiente de la COB. Así, aunque la población de El Alto se ha caracterizado por sus altos niveles de pobreza (entre el 70 y el 80% de sus habitantes son pobres) y existe mucha desocupación y subocupación, la capacidad organizativa y la combatividad de sus pobladores ha sido probada en las jornadas de lucha de octubre de 2003.

A partir de ese momento, El Alto cobró notoriedad tanto en el nivel nacional como internacional, ya que no sólo se movilizó por reivindicaciones vecinales, sino por la recuperación de los recursos naturales del país, en particular del gas, aunque lamentablemente la ciudad se tiñó de sangre con la muerte de aproximadamente 60 personas y decenas de heridos.

Por otro lado, en las décadas de los ochenta y noventa del siglo XX, el ritmo de crecimiento de la ciudad de El Alto fue vertiginoso, alcanzando entre un 5 y 9% anual, lo que la llevó a convertirse en la tercera ciudad más poblada del país. Así, en 1985, El Alto contaba con 95.434 habitantes; una década después, alcanzó 405.492 habitantes y el Censo del 2001 estableció que su población había llegado a 647.350 personas, sólo unos cien mil habitantes menos que La Paz y Santa Cruz. Para ese año, por otro lado, la mancha urbana de esta ciudad abarcaba 35.237 hectáreas o aproximadamente 200 km2.

El Alto también se ha caracterizado por la presencia del aeropuerto internacional -construido entre 1962 y 1964- que divide a la ciudad en dos. Allí también se encuentran otros importantes edificios públicos como la Alcaldía (hoy "quemada"), la Base Aérea Militar, la Planta de YPFB, los Almacenes de la Aduana Nacional, el regimiento Ingavi 4to de Caballería, un edificio de la Prefectura del Departamento y de la Corte de Justicia. Además, infraestructura deportiva, como el estadio Cosmos 79 y el Multifuncional y también centros industriales.

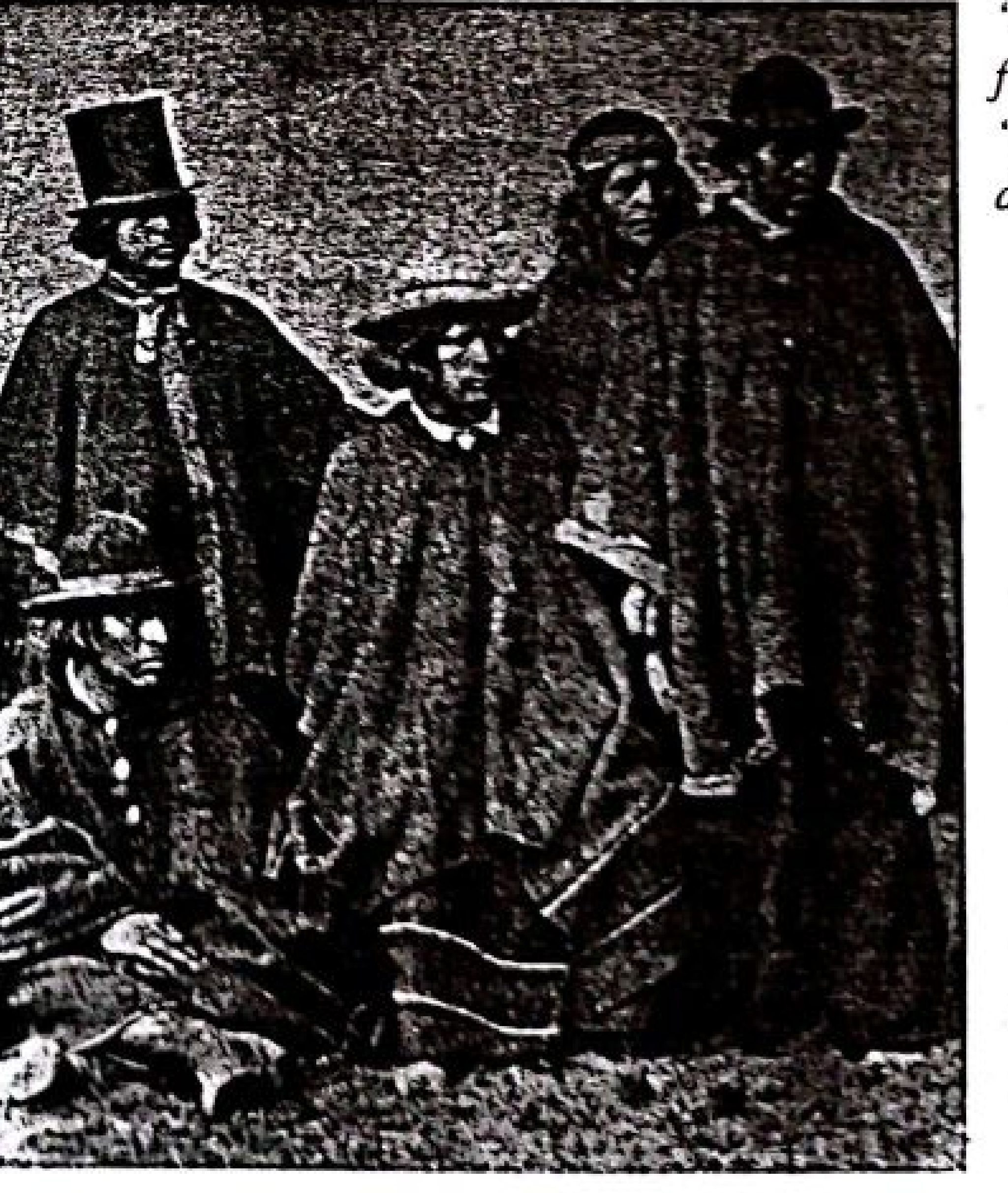
Como parte del ornato público, cuenta con muchas y amplias plazas, como la del Minero, la de la Cruz, la 16 de Julio; decenas de iglesias construidas por el impulso del Padre Obermeir y grandes avenidas, como la Juan Pablo II, la 6 de Marzo y otras.

La llamada "Ceja de El Alto" es una clara muestra de la gran actividad de los alteños, que confluyen allí diariamente por cientos, y desde el amanecer, para dirigirse a sus multifacéticos trabajos. La pujante actividad comercial no sólo puede percibirse en ese punto estratégico, sino en las numerosas ferias que existen en diferentes

lugares de la urbe, siendo la principal la que se desarrolla los jueves y domingos en la zona 16 de Julio.

Finalmente, la ciudad de El Alto, ubicada entre las cordilleras Occidental y Oriental o Real de la Cordillera de los Andes, tiene un marco natural impresionante. Nadie que pase por allí, por otro lado, puede dejar de sentir el aire seco y profundo que caracteriza a nuestro altiplano.





"Bancada Paceña" fin del siglo XIX. "El Alto mando de Zárate Villca".

CAPÍTULO 7
POLÍTICA Y PODER

Cuando se habla de "cultura política", se puede entender que, detrás de las formas, los contenidos y los comportamientos políticos de un determinado pueblo, nación o clase social, existen valores y concepciones de mundo arraigadas o que han permanecido en la larga duración y que se expresan una y otra vez -aun cuando no de manera idéntica o necesariamente cíclica- en esta dimensión de la vida humana: la lucha por el poder.

Es importante, en ese contexto, preguntarnos acerca de cómo acumulaciones históricas que tienen sus raíces en el pasado prehispánico, colonial o republicano, pueden aun hoy revelarse como valores subyacentes cuando se trata de analizar las características de comportamiento político de los paceños, de sus formas organizativas o de las percepciones sobre el Estado.

Tal tarea no es nada fácil, más todavía si reconocemos que el concepto "paceño", aun cuando puede referirse a una entidad construida a partir de la ocupación territorial y a ciertos rasgos identitarios comunes, engloba diversas y complejas realidades que se refieren tanto a diversidades étnicas, de clase, de estratificación social y otras, como a acumulaciones históricas particulares en cada uno de estos grupos.

A pesar de ello, es posible rastrear algunas de nuestras "matrices" culturales expresadas en la esfera política y reconocer en el presente expresiones recreadas -incluso inconcientemente- de momen-

tos que dejaron huella y/o fundaron visiones particulares de la política y de la lucha por el poder en La Paz.

Por ejemplo, muchas de las formas organizativas de los pueblos originarios asentados en este departamento, principalmente de los llamados "Señoríos Aymaras", como la visión dual de la organización social, la resistencia a la autoridad estatal al mismo tiempo que se negocia con ésta, el papel de las visiones religiosas en el ordenamiento interno o la tendencia hacia el fraccionamiento que puede ser entendida también como la búsqueda de grados de autonomía local o de autodeterminación, o el tan mentado "Pachacuti", están aun vigentes en las concepciones políticas de los aymaras de hoy.

Por otro lado, desde la creación de Bolivia en 1825, las élites criollas y mestizas, a lo largo de 181 años de vida republicana, asumieron el gobierno nacional -que desde inicios del siglo XX se trasladó a La Paz al constituirse esta ciudad en sede de gobierno- y mostraron, en la gran mayoría de los casos, una visión excluyente y restrictiva del ejercicio del poder, al marginar de él a las grandes mayorías indígenas y a los sectores sociales subalternos.

Así, aunque el sistema político expresado en parte en las constituciones aprobadas a lo largo del siglo XIX parece estar mostrando una realidad muy lejana al presente, en los hechos, la política continuó siendo percibida como una actividad destinada sólo a los "notables", los "blancos", los ricos o a aquellos que se encontraban en la cúspide de la sociedad, prácticamente hasta el presente.

Empero, desde el periodo colonial, es posible advertir también tradiciones fuertemente arraigadas en los sectores sociales de origen popular y en los pueblos indígenas, de construcción de poderes locales, de defensa de sus propias formas de organización política y social internas e, incluso, de permanente despliegue de estrategias para abrir espacios de participación política vetados por las élites.

Por otro lado, la rebelión, los motines, las insurrecciones o, finalmente, la revolución han sido una constante en nuestra historia regional, situaciones que no sólo han marcado en gran medida el destino político de los paceños, sino del conjunto de la nación.

En la colonia, las sublevaciones indígenas de 1780-1782, que tuvieron en el aymara Julián Apaza-Túpac Katari a uno de sus exponentes más radicales, abrieron el camino al desmoronamiento del régimen colonial, siendo también muy significativa la participación popular en los acontecimientos del 16 de julio de 1809 y en la creación de republiquetas independentistas en diferentes lugares de nuestro territorio paceño.

A finales del siglo XIX, la sublevación comandada por Pablo Zárate, "el temible Willka", considerada la última gran sublevación indígena en la que las bases que la sustentaron conservaban aún la propiedad de sus comunidades originarias, tuvo un inmenso impacto sobre la política local y nacional. Por un lado, porque el Partido Liberal -uno de los primeros partidos políticos de corte moderno- reconoció la importancia de contar con este sector en su lucha contra los conservadores del sur, situación que derivó en que los "ejércitos indígenas" sean utilizados en la llamada "Guerra Federal" de 1899. Por el otro, porque blancos y mestizos -como había ocurrido con el cerco de Katari- observaron atemorizados y sobrecogidos cómo los indígenas eran capaces de poner en grave peligro al sistema establecido y proyectar su propio poder a partir del fortalecimiento de sus lazos comunes.

En el siglo XX, la etapa formativa de los nuevos actores sociales populares, como el proletariado, estuvo marcada porque éstos casi nunca se limitaron a las luchas de carácter reivindicativo, sino que las proyectaron también a la dimensión política, característica que con total claridad ha permanecido hasta nuestros días en diversos sectores sociales populares.

La Paz, entonces, fue escenario de la acción social-política de sectores populares con gran capacidad de organización y de presión sobre el poder, al punto de haber sido parte importante de momentos de definición política altamente significativos, como la caída del gobierno de Hernando Siles en 1930, el colgamiento del presidente Gualberto Villarroel el 21 de julio de 1946, la insurección popular de abril de 1952, la defensa de la Asamblea Popular en 1971 y, en los últimos años, en la caída de dos gobiernos elegidos democráticamente (octubre de 2003 y junio de 2005). En relación con esto último, en

octubre de 2003, la lucha emprendida por los alteños expresó nítidamente la recreación de viejas formas de rebeldía, organización social y proyección política nacional de los sectores populares en esta joven ciudad paceña.

Pero así como "el carácter levantisco" de los paceños fue calificado ya por Alcides Arguedas cuando apenas despuntaba el siglo XX como una de nuestras características local-regionales, no se puede olvidar que los paceños han demostrado también un apego histórico a la democracia. En un sentido, porque incluso las sublevaciones y, más recientemente, los bloqueos de caminos, los paros "movilizados", los motines, etc., podrían estar expresando sobre todo una auténtica voluntad de participación política cuando el poder se cierra a sus demandas y, por el otro, porque en momentos decisivos los paceños han contribuido a reinstaurar y sostener a los regímenes democráticos, como en la tenaz lucha contra las dictaduras militares de los setenta y ochenta.

En todo caso, no se puede negar que la sociedad paceña, tanto en el área rural como urbana, es altamente politizada, posiblemente más que en cualquier otro departamento e, incluso, más que en la mayoría de las capitales latinomericanas. Este rasgo ha sido muchas veces visto como negativo por las consecuencias que esto pueda tener en la vida cotidiana de sus habitantes, pero, visto en perspectiva, no se puede negar que sin el accionar político de los paceños posiblemente muchos de los cambios más importantes de nuestra historia política nacional nunca hubieran ocurrido.

7.1 PODER, RELIGIOSIDAD, TIERRA Y ANCESTROS: LA POLÍTICA ANTES DE LOS ESPAÑOLES

Según las distintas regiones paceñas, la idea de control del poder era distinta. Desde un cierto punto de vista, podría verse como una constante en la historia el dominio de las tierras altas hacia las bajas, pero hubo momentos en la historia donde la relación parece haber sido mucho más fluida entre regiones. Incluso, los debates sobre las fuentes culturales de Tiwanaku retornan cada vez a tomar en cuenta el fuerte papel de las tierras bajas presente en la iconografía del poder

tiwanakota. Felinos, serpientes y aves de tierras bajas son elementos de primer orden en la simbología.

Otro tema de debate se refiere al control que ejerció Tiwanaku sobre las regiones de su vasto territorio; este control, se sabe, no fue del orden militar, sino de recursos y sobre todo ideológico. Además, como mostró Mujica (1996), el tipo de control que ejerció Tiwanaku sobre las distantes regiones no fue uniforme tanto en lo que se refiere al tipo de dominio como a la intensidad del mismo. Algunos arqueólogos, como Browman (1991), Nuñez y Dillehay (1979), plantean que no se puede entender el dominio de Tiwanaku sin comprender a las culturas llameras y caravaneras que difundieron las ideologías y consolidaron intercambios que venían dándose durante cientos de años, pero con el centro ceremonial de Tiwanaku como eje articulador. Tiwanaku, como la máxima expresión cultural andina en territorio boliviano, se encuentra en un sitio cercano al lago Titicaca y es posible que en su periodo de auge entre el 700 y 1200 estuviera más cerca del lago de lo que está hoy.

Después, los llamados "Señoríos Aymaras" son la consecuencia de la disgregación de Tiwanaku dando lugar a organizaciones menores, la mayoría de ellas de lengua aymara y ubicadas todas en el altiplano. El ejercicio del poder desarrollado en este periodo seguramente es una herencia del periodo anterior y siguió vigente bajo el dominio incaico. Lo notable de la organización de los señoríos es que podría hablarse de pequeños estados autónomos que estaban en pugna cuando cayeron bajo el dominio inca.

La característica política de los señoríos tiene que ver con su organización espacial y social marcada por un fuerte dualismo. Cada señorío, con raras excepciones, se dividía en dos grandes sectores: el de Umasuyu, ubicado en la región Este del eje acuático (lago Titicaca, río Desaguadero y lago Poopó), que era considerado secundariamente, y el sector de Urcusuyu, al Oeste del mismo eje, considerado el sector dominante. A su vez, cada sector se dividía en un sector de Hanansaya y otro de Urinsaya y éstos contaban con una cantidad de ayllus mayores o marcas que aglutinaban, a su vez, a una variable cantidad de ayllus. El primero de los ayllus llevaba casi siempre el nombre de

Collana o Hila (Hilata, Hilavi) que significa el hermano mayor, mientras que la lista de ayllus se cerraba con un ayllu cuyo nombre era Sullca (Sullcata, Sullcavi) que significa el hermano menor.

A esta organización segmentaria, dualista y jerárquica le correspondía un sistema de autoridades con las mismas características. Es decir que cada mitad tenía una autoridad, siendo las autoridades principales dos: una de Hanansaya y otra de Urinsaya; sin embargo, la de Hanansaya tenía preponderancia sobre la otra autoridad. Se trata del Mallku y su "Segunda Persona", como se los conoce en documentos coloniales. Estamos hablando, entonces, de una suerte de diarquía, de poder compartido. Cada ayllu también tenía su hilacata ayudante o "yanapaco".

El acceso al poder estaba dado por la sangre. Se trataba de linajes cuyo origen estaba ligado a los mallkus o deidades fundadoras de cada ayllu. No se sabe exactamente la forma de herencia, pero se manejan algunas posibilidades. La herencia no era necesariamente de padre a hijo y menos aún al primogénito. Dentro del linaje noble, parece que la herencia iba en zigzag del hermano mayor al hermano siguiente y de ahí al sobrino, pero siguiendo la línea masculina. La otra posibilidad, que parece haber sido introducida con los incas, es el paso del poder a uno de los hijos, al más hábil de ellos. En casos excepcionales, como en momentos de guerra o de muerte del mallku y ausencia de un sucesor, se sabe que el poder podía pasar a una mujer, aunque fuera de manera eventual.

La necesidad que tenía el señor de contar con la aprobación de la comunidad y de su mano de obra, que era la forma de recibir tributo, implicaba que consensuara con la gente y escuchara sus pedidos. La propia gente del común no podía entender el funcionamiento de la cohesión social e, incluso, de su identidad sin la presencia de un jefe étnico que los representase, que estuviese ligado con los antepasados y fuera el mejor interlocutor ante el poder externo. El señor étnico representaba la seguridad de la continuidad y la tradición (Medinaceli, 2004). Sin embargo, hubo enormes distancias entre las posibilidades culturales, de vida cotidiana y de decisión entre la élite gobernante y la gente del común.

El señor recibía mano de obra eventual, en forma de mita, mano de obra comunal para trabajos como la siembra y cosecha y gente que le entregaba cada ayllu como servidores perpetuos, es decir, los yanaconas.

Bajo el dominio incaico, el Inca pasó a tomar el lugar de máxima autoridad y, por lo general, incorporó la organización del poder local al sistema incaico reconociéndole sus preeminencias. Al mismo tiempo, sin embargo, estableció una religión estatal y funcionarios estatales que controlaban a las provincias. Reestructuró su territorio formando provincias incaicas que se confunden con las fronteras del antiguo señorío.

Al parecer, cada uno de los cuatro "suyus" del Tawantinsuyu tuvo un gobernador general; en tiempos de la invasión europea, este gobernador tenía su residencia en Copacabana. Cuando Almagro pasó por el Collasuyu en su viaje de conquista hacia el sur, este gobernador era Apo Chalco Yupanqui, quien se encontraba en Copacabana cumpliendo funciones rituales y políticas. Fuera de este Apo o gobernador estaban los administradores o tocricocs, que, a veces, eran miembros de la élite inca y otras, elegidos de los curacas locales.

A la llegada de los españoles, en la ciudad se encontraban algunos administradores del Inca controlando la explotación del oro, pero, al mismo tiempo, dos caciques importantes: Uturunco y Quirquincha. Estos caciques gobernaban cada una de las mitades, pero sus nombres permiten conocer cierta complementariedad entre ellos: el primero refiere a un felino de la selva y el segundo al armadillo de las tierras altas. Parece ser que mientras Quirquincha tenía su vivienda en el sector occidental de la ciudad a orillas del río Choqueyapu, Uturunco tenía su sector en la zona de Santa Bárbara, hoy Miraflores. Poder y religión, entonces, eran elementos inseparables, al mismo tiempo que estaban ligados a la tierra y a los ancestros.

7.2 LA REBELIÓN DE TUPAC KATARI Y LA PAZ EN LA INDEPENDENCIA DEL ALTO PERÚ

Llama la atención que después de las primeras rebeliones contra el establecimiento del dominio español, tengan que pasar casi tres siglos para que un nuevo estallido rebelde se diera en el escenario paceño.

Ello debe llevar a preguntar sobre las condiciones que hicieron posible ciertos grados de coexistencia entre españoles, criollos, mestizos e indígenas. Existen muchos estudios que han demostrado que los sectores subordinados por el sistema colonial utilizaron diversas formas de resistencia étnico-cultural y que lucharon por preservar importantes espacios de autodeterminación, en especial la comunidad.

Sin embargo, también han sido los estudiosos del mundo andino, como Tristan Platt, quienes han llamado la atención sobre la posible existencia de "pactos" entre dominadores y dominados, de los cuáles ambos obtenían ventajas, aun cuando ellos mismos reconocen que serían "pactos asimétricos", es decir, entre no iguales. Estos "pactos de reciprocidad" habrían permitido evitar la confrontación permanente entre grupos que, sin embargo, no dejaban de mirarse en muchos sentidos como adversarios o, al menos, diferentes.

No se puede desconocer, obviamente, que la colonización significó la imposición de un sistema basado en la explotación de la mano de obra indígena, que impuso tributos, obligó a miles de aymaras a asistir a la mita de Potosí, trató de eliminar las concepciones religiosas de los pueblos originarios por la fuerza e implantó diversas formas de sometimiento, pero es necesario también reconocer que los colonizadores fueron también colonizados -especialmente en los aspectos culturales- por los grupos sometidos, es decir, que tuvieron que aceptar e, incluso, incorporar concepciones propias de esos pueblos al funcionamiento del aparato colonial, como, por ejemplo, la figura del cacique indígena.

Así, La Paz, con su gran población indígena, fue durante la colonia un espacio en el que no sólo se desplegaron y practicaron las estructuras políticas de orden colonial -por ejemplo, con la imposición de autoridades locales como los corregidores- sino que éstas tuvieron que coexistir con "subsistemas políticos" sostenidos al interior de las comunidades indígenas, donde Mallkus, jilakatas y otro tipo de autoridades naturales se mantuvieron vigentes y recrearon su papel de conductores de la vida interna de las comunidades indígenas.



De ahí que las sublevaciones indígenas de 1780-1782 pueden ser entendidas como un momento de ruptura de los pactos que habían permitido en tan largo periodo grados importantes de convivencia entre unos y otros.

Así, los especialistas de este crítico periodo consideran que fueron las reformas borbónicas, implantadas desde mediados del siglo XVIII, las causantes directas del descontento de los indígenas, ya que éstas transformaron las "reglas de juego" al imponer cambios negativos para las poblaciones indígenas, como el aumento del pago del tributo, el desconocimiento de sus autoridades naturales, la obligatoriedad de aceptar el "reparto" -traducido en la entrega forzosa de artículos llegados de ultramar- y otros. La resistencia a estas políticas se tradujo en el reencuentro de los indígenas con su capacidad de rebelión y resistencia política abierta y movilizada.

En La Paz, la sublevación empezó a mediados de 1780 y, medio año después, a principios de 1781, surge el líder principal, Julián Apaza, quien adoptó el nombre de Túpac Katari para afianzar su liderazgo y fue secundado por dos valientes mujeres (Bartolina Sisa, su esposa, originaria de Caracato, y Gregoria Apaza, su hermana, natural de Ayo Ayo), así como por miles de indígenas armados de macanas, hondas, piedras y palos. En ese momento, la negociación ya no fue posible y la confrontación fue abierta y descarnada entre los blancos europeos y criollos y los indígenas originarios.

La sublevación de Katari estuvo enmarcada en la "gran sublevación indígena" que se inició con Tomás Katari y sus hermanos Dámaso y Nicolás en Chayanta y tuvo importantes grados de articulación con el levantamiento del gran caudillo quechua Gabriel Concorcanqui (Túpac Amaru), la que abarcó a gran parte del Perú y del Virreinato de Buenos Aires.

En el departamento, se sublevaron todas las provincias situadas alrededor de La Paz, pero el gran objetivo militar fue tomar la ciudad. El primer cerco a La Paz empezó el 13 de marzo de 1781 y duró hasta el 30 de junio del mismo año. Túpac Katari comandó las operaciones desde El Alto y Bartolina Sisa se ubicó en lo que hoy es Pampahasi.

Durante este cerco existieron acciones militares de ambos bandos, pero ninguno pudo vencer al otro.

La ciudad de La Paz sufrió profundamente con los cercos indígenas; muchos habitantes murieron a raíz de las incursiones de los ejércitos kataristas, otros de hambre y la mayoría tuvo que soportar condiciones terribles relatadas en algunos diarios de españoles, como, por ejemplo, tener que comer suelas de zapatos y beber los propios orines. Más allá de esas penurias, el cerco katarista quedará en la memoria de los habitantes blancoides y mestizos de La Paz como un hecho traumático que ha sido muchas veces utilizado para justificar la represión indiscriminada. El cerco fue roto por una tropa de refuerzo que llegó desde la capital de la Audiencia, comandada por Ignacio Flores; pero este rompimiento del cerco no fue una derrota para Túpac Katari, ya que no dio batalla, sino que simplemente se replegó.

El 5 de agosto de ese año, las tropas de refuerzo salieron de la ciudad. Túpac Katari aprovechó para iniciar el segundo cerco, que duró hasta el 17 de octubre, fecha en que el cerco fue roto definitivamente por las tropas de Reseguín.

Túpac Katari fue preso en Peñas, víctima de traiciones, y descuartizado el 15 de noviembre. En septiembre de 1782, Bartolina Sisa y Gregoria Apaza fueron ahorcadas y el hijo de Túpac Katari murió misteriosamente.

Las consecuencias de la rebelión llevaron a la eliminación del reparto mercantil y del cargo de corregidor, pero las características fundamentales del sistema colonial se mantuvieron. Siguieron años de tensión y la ciudad de La Paz disminuyó sus habitantes.

Posteriormente, en la historia de La Paz, un hecho singular, que marca el nombre de las calles de la ciudad y de la propia plaza principal, es el primer movimiento de la guerra de la independencia en toda América. El 16 de julio de 1809, junto con el movimiento de la ciudad de Sucre del 25 de mayo de este mismo año, fueron los primeros gritos libertarios.

Las causas para iniciar la lucha por la independencia son muchas; los criollos ya estaban cansados del mal gobierno y los abusos que cometían los españoles y había un descontento generalizado, pero,

además, se presentó una situación propicia que fue la invasión de Napoleón a España, quien se instaló en este país a través de su hermano José Bonaparte y, de esta manera, en la propia España surgió, sobre todo por parte de los liberales, pero también de aquellos de herencia jesuita, un famoso principio de soberanía que dice que "si el rey está preso o muerto, el poder vuelve al pueblo, ya que el pueblo delega ese poder al rey"; de esta manera, en España se organizaron juntas, como la junta de Cadiz y la de Madrid, todas ellas derrotadas por Napoleón. Este principio sirvió para que en Sucre y en La Paz se siguieran los mismos pasos y, aprovechando la ausencia del rey, se formaron juntas so pretexto de gobernar mientras el rey volviera, bajo el rótulo de "viva el rey, muera el mal gobierno".

En La Paz, aprovechando la procesión de la Virgen del Carmen, el 16 de julio se hizo un movimiento subversivo, se derrocó al Intendente, se expulsó al obispo, se tomó el poder y el cabildo se transformó en la Junta Tuitiva el 24 de julio. Durante la sublevación circuló una famosa proclama, cuya copia está grabada en la plaza Murillo, que proclama la independencia y llama a terminar con "el destierro que sufrimos en el seno mismo de nuestra patria". La sublevación no repercutió y fue derrotada por el ejército de represión. En enero de 1810, los cabecillas fueron tomados presos y ahorcados.

Posteriormente, en homenaje a estos personajes del 16 de julio, La Paz bautizó con sus nombres a muchas de sus calles y plazas, como la plaza Murillo y las calles Indaburo, Jaén, Catacora, Bueno, Graneros, Figueroa, Sagárnaga y Presbítero Medina. Después del 16 de julio aparecieron figuras femeninas importantes, sobre todo Vicenta Juariste Eguino, en cuyo homenaje se construyó una plaza en la zona más popular de la ciudad.

Pese a la derrota, la sublevación continuó en las provincias. Uno de sus líderes fue Juan Manuel de Cáceres, mestizo de larga trayectoria y escribano de la Junta Tuitiva que tenía una gran ascendencia sobre los naturales de la intendencia. Las guerrillas se expandieron por toda la Audiencia; en el caso de La Paz, las más importantes fueron las de Larecaja y Omasuyos, lideradas por Hildefonso de las Muñecas, y la de Inquisivi, por Eusebio Lira. La más invencible fue la de

José Miguel Lanza, ubicada en Inquisivi y Ayopaya, de la que ha dejado valioso testimonio el diario del Tambor Vargas.

Salvo la guerrilla de Lanza, la mayor parte de la sublevación guerrillera provincial fue derrotada por los realistas en 1816. El dominio de los españoles duró hasta febrero de 1825, mes en el que ingresaron triunfantes, por el río Desaguadero, Antonio José de Sucre y el ejército libertador, meses después de la victoria de Ayacucho y a tiempo de convocar a una asamblea de los pueblos del Alto Perú para que decidieran su suerte.

7.3 LA POLÍTICA EN EL SIGLO XIX: CIUDADANÍA, EXCLUSIÓN Y AMPLIACIÓN ELECTORAL

El mundo de los ciudadanos fue sumamente restringido en el siglo XIX, aunque fue ampliándose poco a poco y sobre todo en la primera mitad, hasta que finalmente se decretó el voto universal en el siglo XX. Entre 1825 y fines del siglo XIX hubo apenas, en el mejor de los casos, 50.000 ciudadanos votantes en una población para el conjunto del país de más de un millón de habitantes, lo que supone que una gran mayoría de la población masculina no sufragaba incluyendo, por supuesto, a la propia población indígena. Las cifras muestran también que, en general y para todo el país, sólo participaba del 1,5% al 10% de la población masculina adulta. La situación en Bolivia se enmarca, sin embargo, en un contexto latinoamericano y mundial similar, aunque la gran particularidad es que el voto masculino generalizado (sin condiciones de renta o alfabetismo) se dio al mismo tiempo que el voto universal, mientras que en otros países fue mucho antes.

En el siglo XIX, para ser ciudadano se requería ser hombre, saber leer y escribir -a partir de 1839- y tener un ingreso mínimo anual. Las elecciones fueron, además, inicialmente indirectas, es decir, en varios niveles, desde la elección en el nivel parroquial y cantonal hasta la elección en el nivel de la capital departamental para los representantes o diputados.

El sistema directo se introdujo por primera vez en 1839 y parece constituir una clara señal de ruptura con el pasado y con el régimen de Andrés de Santa Cruz en un contexto de pugnas políticas internas,

por lo que es probable que fuera una medida que buscara adhesión y legitimidad. Los defensores del sistema consideraban que así se daba una verdadera participación porque los ciudadanos elegían a sus representantes sin intermediarios facilitando una identificación entre el pueblo y sus representantes. Los defensores del sistema indirecto, en cambio, señalaron que se daría una reducción del espacio electoral territorial y poblacionalmente y que existirían cantones y provincias que no tendrían representación porque en el sistema indirecto se exigía que los ciudadanos supiesen leer y escribir, de manera que ya no se cuidaba que cada parroquia y cantón estuviesen representados.

En todo caso, la elección indirecta volvió a imperar inmediatamente después de 1839 hasta que Belzu (en 1851), un presidente que se asoció con los intereses del "Norte", es decir, la región liderizada por La Paz, volvió a introducir el sistema directo. Belzu implicó una apertura liberal e ilustrada muy importante que no se ha remarcado suficientemente. Un resultado concreto y palpable de esta medida fue que los electores se triplicaron entre 1850 y 1855 (de 5.935 a 14.414). Además y no menos importante, fue el apoyo de sectores urbanos y populares a Belzu -resaltado por autores desde el siglo XIX- (un sustento al margen de las elecciones y la ciudadanía), que supuso la introducción de nuevos actores al escenario político. Es posible pensar que este hecho desencadenara un proceso en el que las propias élites buscaron ampliar sus bases políticas y legitimidad, formalizando su participación a través de las elecciones.

El análisis del voto en el siglo XIX muestra una gran variación entre departamentos, el predominio no indígena y el predominio urbano. Contrariamente a lo que se podría pensar, no fueron los departamentos más poblados los que tuvieron un mayor electorado. En 1840, por ejemplo, sólo el 3% o 4% de la población masculina adulta de Oruro y La Paz votaba, mientras que en el Litoral y Santa Cruz lo hacía el 9%, aproximadamente (Barragán, 2005).

Algo particular es que las elecciones fueron, de hecho, más importantes para elegir a los representantes o diputados porque se los elegía prácticamente cada dos años. La representación en la cámara de diputados era en principio poblacional, aunque en los hechos predominó

una lógica territorial, por lo menos durante todo el siglo XIX. El propio crecimiento del número de diputados estuvo ligado – más que al crecimiento poblacional – a cambios de los reglamentos (54 en 1825, 30 en la década de 1830 y 1840, 69 en 1880) en función también de las nuevas jurisdicciones territoriales y administrativas que se creaban (nuevas provincias, cantones, etc.).

El número de representantes por departamento fue entonces, y desde el inicio, bastante estandarizado e independiente de la población, puesto que en febrero de 1825 había 14 diputados en cada uno de los departamentos de La Paz, Cochabamba y Potosí; 7 por Charcas y 5 por Santa Cruz. La evolución a lo largo del siglo XIX no alteró sustancialmente la distribución establecida y, en general, el número de representantes aumentó en todos los departamentos.

Podemos señalar, entonces, que la estandarización en el número de representantes supondría una población similar, lo que no fue el caso. De ahí que para los departamentos más poblados el sistema puede pensarse hoy como profundamente inequitativo. En 1825 Santa Cruz tenía, por ejemplo, un diputado por cada 15.000 habitantes, seguido por el de Cochabamba (1 por 16.444), mientras que Oruro y La Paz tenían 1 por cada 37.000 o 38.000 habitantes. Un siglo después, hacia 1900, los departamentos mejor representados y sobrerepresentados en relación con los otros departamentos fueron los de Beni, Oruro y Tarija (en promedio, cerca de 1 por cada 15.000), mientras que La Paz tenía uno por cada 26.683.

El área rural estuvo vinculada con el Estado por el rol que tuvieron las comunidades indígenas en el pago del tributo o contribución indigenal que mantuvo al estado boliviano durante gran parte del siglo XIX.

Después de los trabajos pioneros de Sánchez Albornoz, Tristán Platt -influenciado por Thompson y la "economía moral"- planteó la existencia de un "pacto de reciprocidad" mediante el cual el tributo era considerado un deber, una obligación, siempre y cuando el Estado, en acción recíproca, garantizara su acceso a la tierra (Platt, 1982, 1999). Demélas prefiere hablar, sin embargo, de un "contrato" entre el Estado y los ayllus, remarcando con ello no así la continuidad colonial que

Demélas parece leer en la interpretación de Platt, sino más bien el contrato establecido como parte del proyecto de Santa Cruz de modernizar el Estado "reindianizando" a la población (Demélas, 1985: 52). Choque, finalmente, cuestionó la idea de pacto de reciprocidad en tanto que supone un acuerdo entre dos partes iguales.

Es evidente que no se trataba de una relación más o menos igualitaria, tal como lo plantea este historiador aymara. Sin embargo, es claro también que un pacto no implica necesariamente igualdad, que puede darse entre desiguales y que las comunidades, de acuerdo a la correlación de fuerzas de un momento u otro, supieron también, a través de varias tácticas y estrategias, lograr algunas veces ciertas conquistas políticas y sociales o, por lo menos, frenar otras. Las comunidades se opusieron, por ejemplo, tenazmente a las políticas que se dieron a partir de 1860. Se ha dicho que el Estado rompió el pacto de reciprocidad con las comunidades porque, por primera vez, decidió intervenir en la tenencia y posesión que tenían las comunidades sobre sus tierras en tanto colectividad. De ahí su disposición a participar en la guerra civil de fines del siglo XIX realizando una alianza con los Liberales que tuvo como resultado que la ciudad de La Paz se convirtiera en la capital política de facto del país en desmedro de Chuquisaca y Sucre.

La rivalidad entre Sucre como capital del país y centro articulador de la región que se conocía como el "Sur" y La Paz como centro de lo que se conocía "el Norte" fue evidente desde la fundación de la república de Bolivia en 1825. Cada uno de los ejes del polo vertical Norte y Sur (que luego sería reemplazado por otro eje, esta vez horizontal: Occidente/Oriente) aglutinaba economías regionales ancladas en torno a dos puertos: Arica en el Norte y Cobija y Atacama en el Sur. La Paz como departamento era, además, el que generaba mayores ingresos, permitiendo también financiar gran parte del estado boliviano gracias, primero, a la contribución indígena que daba la población más numerosa e importante que se encontraba en todo el departamento de La Paz (en 1900, la población del departamento de La Paz representaba alrededor del 25% de la población de todo el país) y, posteriormente, por los impuestos al comercio, la coca y, de manera más indirecta, la minería (a través de bancos).

La disputa económica y política entre La Paz y Sucre se expresó en las últimas décadas del siglo XIX en la pugna liberales versus conservadores, pero también entre federalistas y unitaristas. Es posible que el desenlace hubiera sido otro si no se habría dado el apoyo y alianza coyuntural que establecieron los líderes de La Paz con los líderes y dirigentes indígenas y, de manera más precisa, con Zárate, el Temible Willka. Zárate fue uno de los dirigentes más notorios en la larga lucha que emprendieron las comunidades indígenas por sus tierras. Las leyes de Melgarejo, primero, y las leyes de ex vinculación, después, que intentaron abolir la comunidad e instaurar la propiedad privada individual, dieron lugar, en los hechos, a múltiples haciendas y latifundios que se formaron y crearon, convirtiendo a los comunarios libres en pongos sujetos a las autoridades patronales.

Los liberales estaban conscientes del profundo descontento y efervescencia social que implicaba de hecho una de las más grandes rebeliones después de Túpac Katari. La insurrección se extendió por varias provincias de los departamentos de La Paz y Oruro. Pando utilizó la lucha de las comunidades hasta llegar a una alianza que desembocó en la Guerra Federal y en el traslado de la capital de Sucre a La Paz. Lastimosamente la alianza entre liberales y líderes indígenas fracasó, sin duda si se hubiera consolidado, otra hubiera sido la historia. Una vez que los liberales estuvieron en el poder, las comunidades fueron abandonadas y la alianza se rompió. José Manuel Pando, luego de festejar el triunfo de la rebelión, ordenó que se apresara a Zárate y los principales dirigentes, siendo éstos enjuiciados en lo que conoce hoy como el "Proceso de Mohoza", aunque sus comunidades continuaron su lucha hasta prácticamente la Guerra del Chaco. En este contexto se creó el Movimiento de Caciques Apoderados, una red de diversas comunidades y provincias que se articuló en búsqueda de los títulos coloniales que les permitieran mantener sus tierras sin individualizarlas, oponiéndose, al mismo tiempo, a su transformación en haciendas.

El triunfo de La Paz en la guerra federal tuvo como principal consecuencia política el traslado de la sede de gobierno a esta ciudad, lo que significó un cambio profundo en su urbanismo y su transformación en una ciudad moderna con nuevos barrios, nuevas avenidas,

nuevos medios de transporte. Para muchos especialistas, el primer tercio del siglo XX significa el mejor momento de la historia de la ciudad.

Otra consecuencia fue la instauración del modelo liberal, reflejado en la mayor modernización de la economía, en la libertad de cultos y en la reforma educativa. La Paz fue el centro del nacimiento y desarrollo del liberalismo. Fue también el momento de mayor presencia de líderes paceños en la presidencia de la república y en altos cargos de gobierno.

7.4 INSURRECCIONALISMO Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA PACEÑA EN EL SIGLO XX

Aunque la condición de sede de gobierno de la ciudad de La Paz ha marcado en gran medida su importancia en la vida política nacional, las revueltas, insurrecciones, motines populares, golpes de estado y todo tipo de manifestaciones políticas que ocurrieron en ese espacio a lo largo del siglo XX también respondieron a sus propias tradiciones históricas.

En efecto, La Paz ha sido durante el siglo XX el departamento en el que se expresaron con mayor contundencia las luchas políticas que definieron el rumbo de la nación. Sin embargo, esto no sólo se debió a que los símbolos e instituciones del poder político nacional estén concentrados allí, sino al hecho de que sus habitantes se involucraron activamente en las luchas sociales y políticas, incluso antes del nacimiento de Bolivia.

Una de las tradiciones más significativas de los paceños fue precisamente su capacidad de "tomar las calles" y ejercitar desde ellas una especie de "ciudadanía popular" en momentos fundamentales de la historia política del siglo XX, lo que ya fue resaltado por Fernando Calderón y Alicia Szmukler en una importante obra (1999).

Por otro lado, el "insureccionalismo" ha sido una de las formas de participar en las pugnas por el poder que los pobladores paceños han practicado incluso desde los tiempos del caudillo Isidoro Belzu, en el siglo XIX, lo que no quiere decir que no hayan sido también constructores importantes del ejercicio de la democracia.

Al contrario, el insurreccionalismo paceño ha sido normalmente un instrumento utilizado contra el "mal gobierno" o, en otras palabras, una respuesta al autoritarismo estatal y al ejercicio abusivo del poder, como lo demuestran los diversos momentos en los que la política se trasladó a las calles y el actor principal de ella fue el pueblo llano. Además, también se produjeron luchas sociales dirigidas por grupos organizados en sindicatos obreros, federaciones, centrales, juntas de vecinos y otros e influidos por diferentes ideologías.

Ya en 1921 una huelga ferroviaria que se desarrolló a raíz de los insultos propinados en el Parlamento al diputado Soruco, representante socialista y ferroviario, mostró gran capacidad de organización y contó con el apoyo movilizado de tranviarios, hoteleros, empleados y diversos grupos de artesanos que protestaron en las calles céntricas de la ciudad provocando la intervención de la policía y el ejército (Barcelli, 1957: 105).

Entre 1927 y 1928, por otro lado, "la Federación Obrera Local (FOL) desarrolló una intensa actividad de agitación, propaganda y movilización" en la ciudad de La Paz, que incluyó mitines en apoyo a la liberación de los anarquistas Zacco y Vanzetti en los Estados Unidos. Por otra parte, el Sindicato Femenino de Oficios Varios, creado en 1927 e integrado por gremios anarquistas de culinarias, lavanderas, floristas y vendedoras de los distintos mercados de La Paz, logró fortalecer sus movilizaciones, a raíz de lo cual debió enfrentar una sañuda represión (Rivera-Lehm, 1988: 36).

Pero fue recién en 1930 cuando los sectores populares paceños intervinieron activamente en acontecimientos de carácter político-nacional, al participar con sus acciones del derrocamiento del gobierno de Hernando Siles. Éste, en medio de una profunda crisis social, política y económica, intentó prorrogarse en el poder, lo que fue rechazado por sus opositores políticos que aprovecharon el descontento popular reinante para propiciar un golpe de estado.

Según el dirigente gráfico Waldo Álvarez, el golpe de Estado contra Siles estalló el 22 de junio de 1930, inmediatamente después de una retreta dominical que se realizaba en la Plaza Murillo, momento en el que se organizó espontáneamente una ruidosa y tumultuosa manifestación que poco después trató de tomar el cuartel de San Pedro. En las siguientes horas, mientras los opositores políticos apoyados por los universitarios combatían contra el Regimiento Ingavi, leal al gobierno, en las calles céntricas y diferentes barrios de La Paz el pueblo se movilizó:

> ... en San Pedro se concentró el grueso de los sectores populares levantados, que impidieron el ingreso allí de las tropas del gobierno (...). Cuando la revolución triunfó, el pueblo movilizado asaltó el Palacio de Gobierno, la casa del Presidente Siles y otras residencias de algunos de sus partidarios (Álvarez, 1986: 29 y 30).

El 27 de junio, la muchedumbre atacó y saqueó las casas de Siles, de David Toro, del alemán Hans Kundt -quien había llegado a Bolivia a reorganizar el ejércIto y era partidario del gobierno- y de otros altos funcionarios. Un día después, el gobierno de transición de Blanco Galindo asumió el poder.

Inmediatamente después de concluida la Guerra del Chaco, en mayo de 1936, una huelga general iniciada en La Paz por los gráficos y que planteó un aumento general de sueldos y salarios, logró la participación de las organizaciones de choferes, tranviarios, obreros textiles, bancarios, trabajadores de comercio e industria y de gremios artesanales como de los sastres, zapateros, peluqueros y otros (Álvarez, 1986: 88). Pero, como repitiéndose la historia, ésta sirvió para encumbrar en el poder al sector nacionalista-reformista que emergió del Chaco y que, a través de David Toro y Germán Busch, implantó el llamado "socialismo militar".

Una de las principales expresiones de ese momento político fue la realización de la Convención de 1938 que se reunió en La Paz. La Convención fue muy importante porque significó un giro radical en la orientación política y económica del país, ya que se dio al Estado un rol de intervención directa en la economía, instaurándose también un estado de carácter más social impulsado por un obrero paceño, Waldo Álvarez, linotipista de la Federación Obrera del Trabajo, quien fue el primer Ministro de Trabajo. Este Ministro se rodeó de intelec-

tuales marxistas y dirigentes obreros (Klein, 1968: 271 y 288) y tomó varias medidas como reunir a las organizaciones sindicales, incluyendo a representantes de todas las Federaciones Locales y de Trabajadores, elaborándose también leyes de seguridad social y un nuevo y completo Código del Trabajo. La Convención de 1938, que reformuló de manera importante la Constitución Política del Estado, marcó, por tanto, el rumbo hacia la revolución de 1952.

Pocos años después, la movilización de las masas urbanas paceñas alcanzó grandes proporciones y trágicos resultados. El 21 de julio de 1946, tras haberse desarrollado una copiosa y malintencionada propaganda contra el despotismo del Presidente Gualberto Villarroel por parte de los sectores oligárquicos, el pueblo paceño se levantó masivamente contra él, tomó el Palacio de Gobierno y colgó al gobernante y a sus colaboradores más íntimos: su edecán, el capitán Waldo Ballivián, y su secretario privado, Luis Uría de la Oliva, así como el joven socialista Roberto Hinojosa.

Paradójicamente, los periódicos de la época en los siguientes días calificaron de hecho revolucionario lo ocurrido y en un artículo recuperado por el periodista Llanos, se decía:

> Después de cumplir el principal deber de ciudadanos, nos reclama con imperiosa necesidad el de periodistas que nos ata a esta casa. Contaremos las escenas de la página más gloriosa de la historia que hizo el pueblo de La Paz para derrumbar al régimen del bandolerismo hitleriano (Llanos 2003).

Y, el mismo día de los sucesos, La Razón sacó un número extra que distribuyó de forma gratuita con el titular de primera página "La tiranía que masacró a mujeres y niños cobardemente ha sido aplastada por el heroico pueblo en su totalidad" (idem).

Sin embargo, muy poco tiempo después, el pueblo transformó a Villarroel de villano en héroe y el 21 de julio de 1946, por sus trágicas connotaciones, marcó por mucho tiempo los imaginarios urbanos de los paceños.

Durante el sexenio (1946-1952), mientras en el nivel nacional los distintos sectores sociales, como campesinos y obreros de las minas, fortalecían sus identidades particulares y desarrollaban sus luchas desde una perspectiva más "clasista", en la ciudad de La Paz, la lucha antioligárquica aglutinó a vastos sectores populares que, además, comenzaban a aliarse con sectores radicalizados de clase media y con sus expresiones políticas.

Por ejemplo, el domingo primero de mayo de 1949, día designado para la realización de elecciones nacionales destinadas a completar las cámaras, hubo escaramuzas y revueltas en los barrios populares de La Paz en rechazo a la que llamaban "falsa democracia". Tres comisarías -las de Chijini, Pura Pura y Garita de Lima- fueron tomadas, resultando de los enfrentamientos con el ejército 11 muertos y 48 heridos (La Patria, 3 de mayo de 1949).

Durante la llamada "Guerra Civil" de agosto de ese mismo año, que el MNR inició en Santa Cruz, la ciudad de La Paz fue rápidamente controlada por el ejército, pero, aun así, los habitantes de los barrios populares donde ese partido había organizado comandos zonales y barriales en los que se almacenaban dinamitas, "chicharras", "bazucas", "cocteles molotov" y armas convencionales, salieron a combatir (Cajías, 1999).

Un año después, entre el 18 y el 20 de mayo de 1950, los barrios obreros de Munaypata, Pura Pura, Achachicala, Vino Tinto, ardieron con una huelga fabril iniciada por la demanda de aumento salarial, pero que, ante la acción represiva del ejército, pronto derivó en acciones insurreccionales. En ellas, no sólo participaron los obreros, sino artesanos, pequeños comerciantes y mujeres populares, que asaltaron comisarías, levantaron rieles del ferrocarril, lanzaron dinamitas y construyeron trincheras. Los fabriles paceños no se quedaron atrás. El levantamiento de mayo de 1950 concluyó con la masacre de decenas de obreros, el 18 de ese mes (idem).

El 9 de abril de 1952, el mismo pueblo que había convertido en mártir a un gobernante nacionalista y cercano a los intereses populares encumbró en el poder al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) a través de una insurrección popular de grandes propor-

ciones. Ese momento de enorme significado para la historia política de Bolivia fue posible por la valentía y arrojo de los paceños, quienes, secundados por trabajadores mineros, vencieron al ejército oligárquico y escribieron una de las páginas más gloriosas de la historia latinoamericana.

El 9, 10 y 11 de abril los barrios paceños participaron activamente en la insurrección. Así, Villa Victoria fue el reducto más duro para los militares, la zona fabril no cedió en ningún momento y las batallas más feroces se desarrollaron en Tembladerani, Chijini, Miraflores, San Jorge y Sopocachi. En La Ceja también hubo duros choques. El Regimiento Lanza y los cadetes del Colegio Militar fueron doblegados en la plaza Abaroa, que fue su último reducto, y camiones cargados de civiles recorrieron las calles de Miraflores y San Jorge (Castellón, 2003).

Sobre el papel de los paceños en la revolución de 1952, Juan Lechín Oquendo, que fue uno de los principales conductores de la insurrección popular, dijo en un discurso pronunciado a los pocos días de consolidado el gobierno del MNR:

> La FSTMB, cuya secretaría ejerzo, declara en nombre del proletariado minero su absoluta y plena identificación con la revolución popular que el pueblo de La Paz, sin distinción de clases sociales, acaba de realizar en una epopeya sin precedentes. (...) Hoy, a seis años de distancia del trágico asesinato del Héroe Gualberto Villarroel, el pueblo de La Paz acaba de rendir, en la misma plaza donde fue colgado, un homenaje de desagravio que me conmovió profundamente, porque ha salido de la más honda entraña popular (La Razón, 11 de abril de 1952).

Pero el 52 no fue el último momento en el que los paceños demostraron que, más allá de las movilizaciones sectoriales por demandas específicas, estaban dispuestos a actuar políticamente, es decir, a ser parte de las definiciones del poder estatal.

Allí estuvieron movilizados en las calles cuando René Barrientos Ortuño apenas consolidaba su golpe de estado -el 4 de noviembre

de 1964- en Cochabamba, logrando controlar la ciudad y vencer a las fuerzas de milicianos movimientistas que defendían al régimen.

El 21 de agosto de 1971, cientos de estudiantes universitarios y jóvenes izquierdistas de clase media se unieron a la Central Obrera Boliviana (COB) y a la Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) para combatir en las calles al golpe militar iniciado en Santa Cruz y comandado por el Cnl. Hugo Banzer Suárez.

Una vez más, las calles de la ciudad se llenaron de muerte y dolor en el tristemente célebre "Todos Santos" de 1979, cuando el ejército volvió a intentar truncar la democracia que se había recuperado con gran dificultad en 1978 y también con el decidido concurso del pueblo paceño. Y, una vez más, la política se definió en las calles, pues la contundencia de la revuelta, que atacó con piedras a tanques modernos, impidió la consolidación del golpe.

Nuevamente, el pueblo intentó frenar el golpe de estado de Luis García Meza del 17 de julio de 1980, en el que, con excepción de la heroica resistencia minera, las acciones más violentas se desarrollaron en La Paz y en la toma del edificio de la Central Obrera Boliviana (COB), donde murieron Marcelo Quiroga Santa Cruz, Carlos Flores y Gualberto Vega.

En los últimos años, los paceños tuvieron un importante papel en la caída de dos gobiernos democráticos, pero que habían perdido la confianza de la población. En estos acontecimientos, la joven ciudad de El Alto fue la protagonista central, recogiendo no sólo las tradiciones paceñas, sino las memorias de migrantes provenientes de distintos sectores indígenas y mineros y del conjunto de las luchas populares.

Unos meses antes del llamado "octubre rojo", las organizaciones de El Alto ya habían mostrado su gran capacidad de movilización, cuando lucharon contra un nuevo sistema de impuestos denominado "Maya/Paya", pero fue en octubre de 2003 y en mayo/junio de 2005 cuando, como en otros tiempos los de la hoyada, fueron determinantes en acontecimientos de carácter político y nacional. Lamentablemente, la insurrección popular de octubre -que fue vanguardizada por

la población alteña- cobró la muerte de aproximadamente sesenta personas y decenas de heridos.

Ahora bien, el carácter levantisco de los paceños de la hoyada y El Alto no debe confundirse con una especie de desprecio por las vías democráticas, pues no cabe duda que los paceños han defendido en muchos momentos del siglo XX la vigencia y consolidación de ese sistema político. Por ejemplo, La Paz fue un escenario privilegiado de la lucha por la conquista de la democracia a fines de la década de los setenta y en la resistencia a los gobiernos militares de los primeros años de la década de los ochenta, como lo prueba el hecho que fueron sus habitantes los que impidieron la consolidación del golpe de Natusch Busch en noviembre de 1979 y sufrieron más que cualquier otro departamento del país la sañuda represión del gobierno militar encabezado por Luis García Mesa y sus colaboradores entre 1980 y 1982.

Las preferencias electorales de los paceños también muestran que, a lo largo del siglo XX, este departamento optó generalmente por opciones de cambio, utilizando para ello las urnas. En 1951, cuando el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) se mostraba como la alternativa política fundamental frente a las fuerzas oligárquicas, La Paz votó contundentemente por ese partido, aunque el triunfo electoral movimientista fuese desconocido.

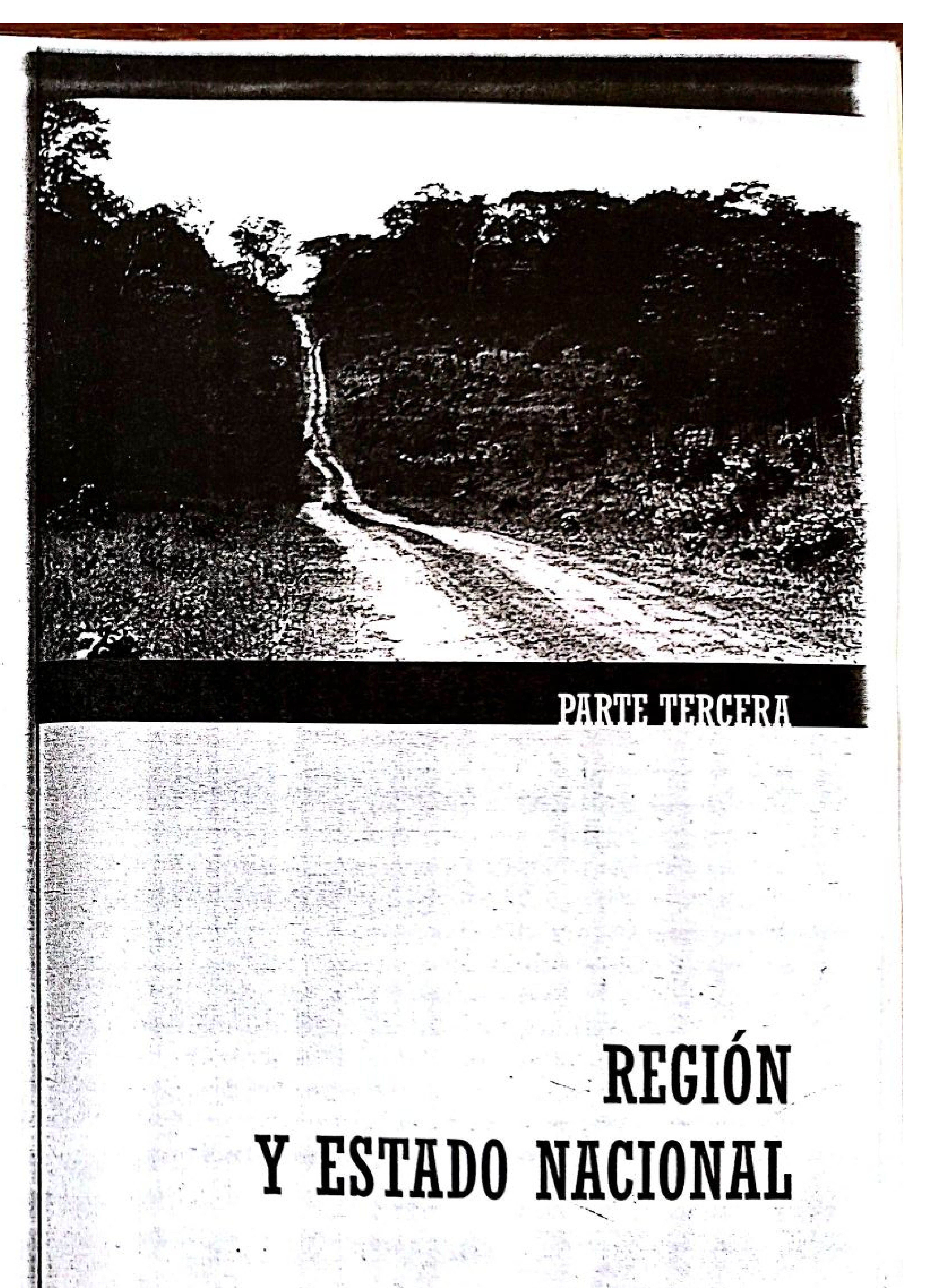
Durante el periodo de la llamada "Revolución Nacional", entre 1952 y 1964, con el voto universal dictado en julio de 1952 y aplicado desde las elecciones de 1956, el movimiento campesino asentado en el Altiplano se mostró fiel al partido que había dictado la Reforma Agraria y fue el sostén principal del mantenimiento del MNR en el poder hasta mediados de la década del sesenta.

Entre 1978 y 1980, cuando se postuló la Unidad Democrática y Popular (UDP), conformada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda (MNRI), de Hernán Siles Zuazo; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), de Jaime Paz Zamora, el Partido Comunista de Bolivia (PCB), con importante presencia en el movimiento obrero, y partidos menores de izquierda, La Paz votó mayoritariamente por ese frente en tres elecciones consecutivas (1978, 1979 y 1980), como una muestra de su respaldo a una corriente de centro izquierda que, en ese momento, aparecía como la alternativa de transformación luego de más de una década de gobiernos militares, la mayoría de los cuales habían optado por una línea conservadora y dictatorial.

En la década de los noventa, Conciencia de Patria (CONDEPA) -partido pseudopopulista fundado por Carlos Palenque, quien reivindicó una perspectiva de desarrollo endógeno, recuperó símbolos indígenas y prometió el abandono del neoliberalismo vigente desde 1985- logró el apoyo de buena parte de la población paceña, principalmente de los sectores populares, tanto en la ciudad como en el campo. La ciudad de El Alto fue un bastión determinante de CONDEPA, que logró triunfos históricos tanto en elecciones nacionales como municipales a lo largo de los años noventa.

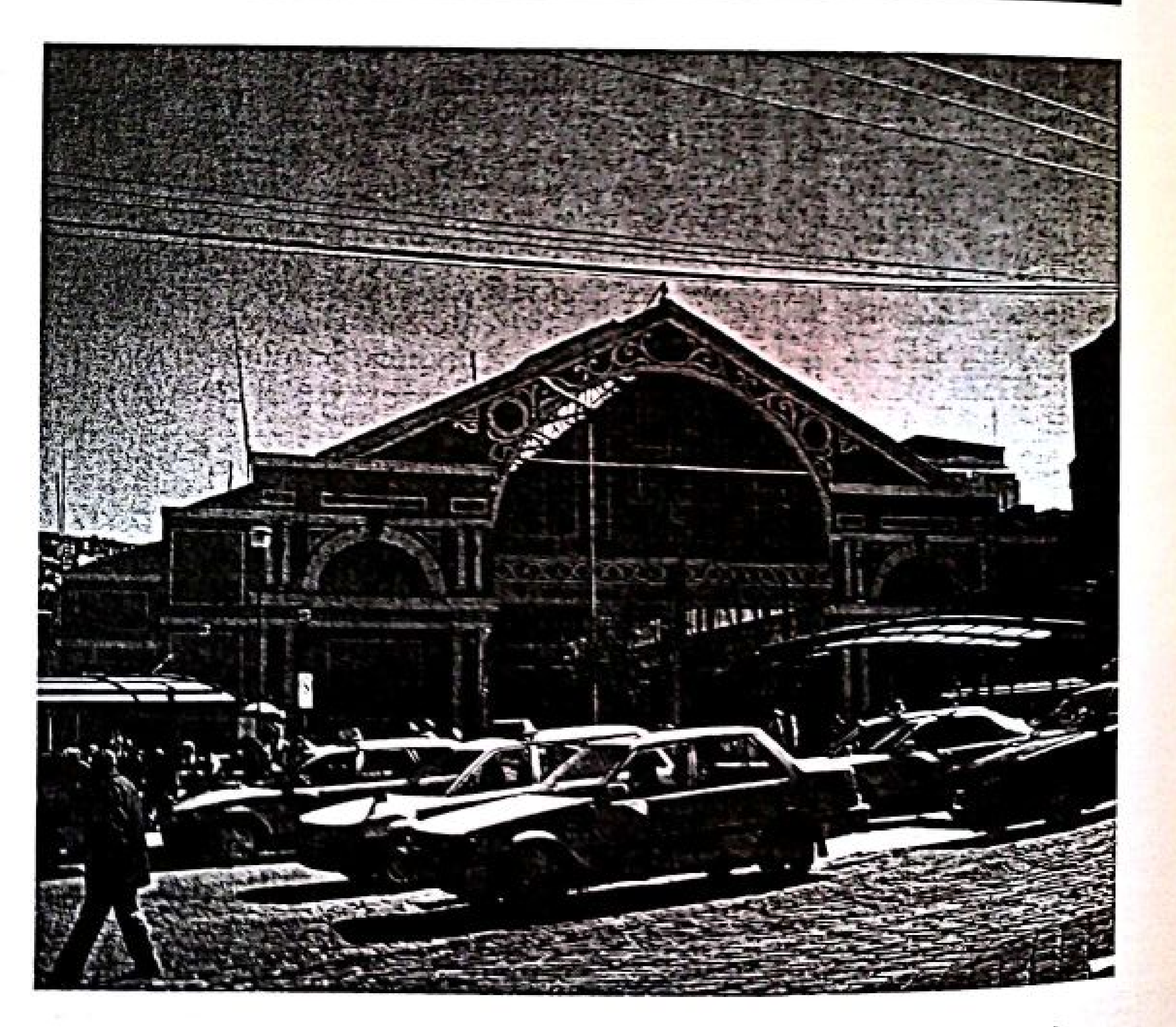
Más del 60% de apoyo al Movimiento al Socialismo de Evo Morales en las elecciones del año 2005 en el departamento de La Paz confirman la regla, ya que una organización política que se presentó como alternativa de cambio contra los llamados "partidos tradicionales" no sólo consiguió apoyo entre los sectores campesinos y populares paceños, sino de un amplio sector de la clase media.

Además, los tiempos en que los paceños protagonizaban escandalosos enfrentamientos "a bala, piedra y palo", como relata una historiadora (Marta Irurozqui) en su libro de similar nombre, han quedado en el lejano recuerdo de las primeras décadas del siglo XX, pues los paceños -de manera similar al conjunto de los bolivianos- no sólo que asisten masivamente a todos los procesos electorales, sino que se comportan ejemplarmente, con valor cívico y en forma pacífica.



PARTE TERCERA

REGIÓN Y ESTADO NACIONAL



Un mismo edificio; épocas y transportes distintos.

CAPÍTULO 8
EL DRAMA DE LA INTEGRACIÓN FÍSICA

Como en todos los rubros, la historia de los caminos y del transporte en nuestro departamento ha vivido un largo proceso de cambio, pero, fundamentalmente, los desafíos emprendidos desde la época prehispánica todavía siguen inconclusos, ya que, si bien nuestra región está mucho más articulada, sin embargo, todavía queda mucho para poder decir que, por lo menos a través de los caminos, estemos plenamente integrados.

La diversidad geográfica y la cordillera tienen la paradoja de ser uno de los mayores orgullos del paceño, pero también la mayor dificultad para construir caminos. La necesidad de construir carreteras que atraviesen las montañas dificultó profundamente la conexión del altiplano con la costa, con los yungas, con los valles y con la selva.

En este capítulo se resume la historia del esfuerzo de los pueblos paceños para lograr integrar la diversidad geográfica, así como de integrar la región con otros departamentos y con otros países. Probablemente, las rutas más emblemáticas para reflejar ese esfuerzo, con sus logros y sus triunfos, son los caminos a los Yungas, en lo interno del departamento y, los caminos a la costa, en lo externo.

La ciudad de La Paz tuvo y tiene también sus dificultades, a la hora de comunicarse entre los barrios, conquistar los ríos y las montañas. En los inicios de la ciudad eran enormes las dificultades para descender desde El Alto a la plaza Mayor, hoy podemos descender y

ascender por varias rutas asfaltadas, aunque todavía existen barrios sin infraestructura completa.

En los tiempos prehispánicos, el medio de transporte más importante era la llama; luego, en la colonia, compartió los caminos de herradura con los caballos, las mulas y las carretas; después llegó el tiempo de los automóviles, del tren, de buses, minibuses y camiones, tomando el aire los aviones.

Como en muchos aspectos de nuestra realidad, lo nuevo no ha desplazado del todo a lo antiguo y los llameros todavía tienen un lugar en las rutas premodernas con un rol importante en vincular diferentes pisos ecológicos. Así, también la historia de los caminos marca nuestras diferencias y nuestros esfuerzos comunes.

8.1 ÉPOCA PREHISPÁNICA: EL INICIO DEL DESAFÍO DE INTEGRAR LA DIVERSIDAD

El departamento de La Paz es la síntesis de la geografía andina; exceptuando quizás la ecología de la costa, alberga toda la diversidad de paisajes. En el periodo prehispánico se buscó integrar esta gran diversidad, entendida como una riqueza, uniendo a unas regiones con otras buscando la mejor forma de acceder a ellas. Por esto se entiende a las culturas andinas como un complejo que articula altiplano, valles, amazonía y costa. Para esto hizo falta dominar dos elementos principalmente: las vías de transporte y los animales de carga.

Sabemos que los Andes, a diferencia de Mesoamérica, contaban con un animal apto para el transporte; se trata de la llama. Sus características, sin embargo, son muy particulares. Es uno de los cuatro camélidos –llamas, alpacas, vicuñas y guanacos– que fue domesticado y utilizado como medio de transporte desde hace miles de años. Se calcula que su domesticación fue hace unos 8.000 años. (Bonavia 1996, Nuñez y Dillehay, 1979). Desde entonces, el hombre andino aprendió a conocer y a adaptar a este animal al medio y a sus necesidades.

A diferencia de la alpaca, que se criaba principalmente por la alta calidad de su lana, la llama, además de brindar una enorme gama de bienes, se especializó en el transporte. La alpaca es un animal más pequeño y frágil, que cuando se lo carga y exige largas caminatas, dis-

minuye la calidad de su lana; de la llama, en cambio, se pudo conseguir ciertas especies más fuertes y aptas para llevar más cantidad de carga y realizar caminatas de varios meses. El ritmo lento y su capacidad de carga menor – puede llevar de dos a tres arrobas según los estudios actuales (Bonavía, 1996:503)- son compensados con el número por los pastores de llamas.

Recuas de cientos y hasta de miles de llamas podían atravesar el altiplano, comiendo el ichu que encontraban en el camino y consumiendo poco agua sin destruir el suelo debido a las almohadillas de sus patas, a diferencia de los animales con pezuñas y cascos (Bonavía, 1996:36). Las caravanas podían articular distintas ecologías y bajar hasta la costa y hasta ciertas zonas de los llanos, llevando bienes de unas zonas a otras, permitiendo, al mismo tiempo, que la cultura se difunda, circule y se enriquezca. Asimismo, permitieron sostener numerosos ejércitos, como los de los incas, que hacían sus avances acompañados de sus recuas, como carga y como alimento.

Esta búsqueda de integración ecológica fue acompañada de un gran esfuerzo de las sociedades prehispánicas por construir caminos. Son famosos los caminos construidos desde Tiwanaku e incluso antes, desde el periodo Formativo, aunque hoy se hubieran popularizado como "caminos del Inca". Esto se debe a que los incas no sólo aprovecharon antiguos sistemas, sino que le dieron nueva vitalidad. Poco a poco, los lugares estratégicos fueron comunicados mediante caminos troncales y tambos que articulaban el avance de los incas en la región.

Una vez establecido el dominio sobre la cuenca del Titicaca, los incas trasladaron colonias de mitimaes a distintas áreas e hicieron movimientos masivos de población, construyeron el sistema de caminos con su infraestructura para distintos propósitos y fueron consolidando su dominio (Stanish, 1997, en Michel, 2000).

Los caminos fueron construidos de modo que se adaptaban a las necesidades de cada región, más anchos y empedrados en las tierras planas, como el altiplano; angostos y zigzagueantes cuando se acomodaron a las pendientes, con altas señales en lugares donde la arena tapaba el camino, como en la costa. También se construyeron puen-

tes colgantes entre quebradas muy profundas y puentes "flotantes", como el que se construyó sobre el río Desaguadero para poder cruzarlo (Espinoza Soriano, 1997:388-396). A pesar de la enorme importancia, la red de caminos del Kollasuyo, o cuarto suyo del Imperio Incaico, recién está siendo estudiada con mayor profundidad. Los estudios se refieren más al actual Perú y a la región sur del Tawantinsuyu, es decir, desde Oruro hacia Tupiza. Por esto, se sabe que la zona del Titicaca, junto con las regiones bajas hacia la costa y hacia los valles interiores, estaba, al mismo tiempo, conectada con las regiones más alejadas, de modo que lo que hoy es La Paz era parte de un enorme complejo caminero eficientemente articulado.

Se sabe que por el lago Titicaca pasaban dos ramales del Capac Ñan o camino real que salía desde el Cuzco y se bifurcaba al llegar a la población de Ayaviri, al norte del lago. De allí partían dos largos caminos que de Norte a Sur iban por las dos orillas del lago. El camino del Oeste se denominó de Urcusuyu y el del Este de Umasuyu. En su trazado se ubicaban distintas poblaciones. Huaycho, Escoma y Carabuco, en el camino de Umasuyu, que pertenecía al señorío colla; luego, varios sitios del señorío pacaje: Ayo Ayo, Calamarca, Viacha, Laja, Huarina, Pucarani, Achacachi y Chuquiago. En el sector Urcusuyu se ubicaban las poblaciones de Caracollo, Sicasica, Callapa, Tiwanaku, Caquiaviri, Guaqui, Caquingora y Machaca (Pärssinen, 2003:309).

Fuera de los principales caminos con dirección norte-sur, una serie de ramales formaban una verdadera red con orientación este-oeste y se internaban en el territorio llegando a valles, Yungas y Amazonía. Al norte del departamento se conoce la existencia de un camino que de las alturas de Ulla Ulla se dirige hacia la actual frontera con Perú y otro ramal hacia las tierras bajas con dirección a Madidi. Otro camino es el que se dirige a Apolo prospectado por un equipo de arqueólogos (Marcelo Ticona, comunicación personal). Se trata de una ruta que va hacia Valle Ameno y el río Beni, siendo la ruta de ingreso a los lecos y los mojos del Norte de La Paz. Estas rutas se articulaban con otro medio de transporte distinto, pero igualmente importante: los ríos.

El trabajo de Patricia Álvarez (2005) sobre las tierras bajas de La Paz muestra que las rutas de los ríos eran muy importantes y estaban

acompañadas de ciertas marcas o pinturas rupestres que, con distintas formas, como espirales y otras, se constituían en señales de tránsito, de alerta y también de recursos. Esto se corrobora, por ejemplo, con historia oral realizada entre los chimanes. En el norte del departamento, hubo algunos ramales que conectaban, por ejemplo, con la zona de Charazani y la importante zona aurífera de Carabaya.

Una de las zonas donde se encuentran más caminos prehispánicos hoy es la de los Yungas; algunos de estos caminos se ligaban con el valle de Chuquiago. De este modo, caminos de los Yungas, los "valles de Río Abajo" y las tierras del altiplano se encontraban en la hoyada paceña mediante los caminos prehispánicos que cruzaban la cuenca. Ramales del Takesi, que pasaron por los valles del sur de la actual ciudad, llegaban primero hasta Yanacachi y posteriormente se extendían hasta la población Chulumani en los Yungas. Yanacachi era conocido en tiempos prehispánicos por un importante papel ritual que cumplía, tanto que en la colonia temprana fue recordada como una "universidad de idolatrías", según un estudio de Teresa Gisbert.

El Takesi es, probablemente, uno de los caminos más conocidos y transitados hoy en día. Se trata de una calzada prehispánica que une la zona alta y montañosa de la provincia Murillo del departamento de La Paz con las tierras bajas de la provincia Sud Yungas. La ruta tiene una longitud de 45 kilómetros, en la mayoría de los cuales aún se conserva la calzada empedrada y canales de drenaje, que, junto a muros de contención de grandes proporciones, certifican los conocimientos de ingeniería y organización de mano de obra de sus constructores. El paso de la cordillera está a 4.650 m.s.n.m. y frente al imponente nevado Mururata, cuya cumbre alcanza los 5.868 m.s.n.m. En un brusco descenso junto al río Takesi, el camino desemboca en la mina Chojlla, a una altitud de 2280 m.s.n.m. (Balderrama, 2006).

El camino de "El Choro" conectaba la región de Chairo, Coroico y otras poblaciones yungueñas que proveían de un imprescindible producto: la coca. El Choro es probablemente la ruta mejor conservada y, según estudios de Marcos Michel, estaba conectada con la ruta del oro hasta Tipuani (Ticona, comunicación personal). La región de Zongo, de igual manera, se dedicaba al cultivo estatal de coca para

los incas, como muestra el importante documento conocido como la visita de Zongo de 1568. Por su parte, los caminos secundarios del Capac Ñan o camino real del Inca, que cruza el norte y sur el altiplano, bajaban hasta Chuquiago.

Otro camino importante es el que va a Pasto Grande a 145 Km al este de la ciudad de La Paz, ubicado a una altura entre 1.500 y 2.000 m.s.n.m. En la región de los Yungas, al este del Illimani, se evidencia la presencia de sistema de andenes y caminos relacionados con el cultivo de maíz y coca. Pasto Grande estuvo conectado a los centros del altiplano por una impresionante red de caminos empedrados. En el sitio hay restos incaicos, pero también cerámica de Tiwanaku (Balderrama, 2006).

Todos estos caminos se siguieron utilizando en el periodo colonial, pero privilegiando nuevas rutas, como la que se dirigía a Potosí, que fue utilizada intensamente por varios siglos, aunque, irónicamente, recién acaba de ser asfaltada a comienzos del siglo XXI.

8.2 LAS RUTAS COLONIALES Y OTRAS INFRAESTRUCTURAS

La ciudad de La Paz era el inicio y el destino de los principales caminos que pasaban por la región. La cordillera, bello protector, era, como ahora, paradójicamente, la principal barrera para llegar al mar, a los valles y a los Yungas. También la bella topografía se constituía en una dificultad a la hora de llegar a la ciudad.

Los caminos que vinculaban con Lima y con Potosí concluían en lo que todavía hoy se conoce como Alto Lima y Alto Potosí; ahí desembocaban los caminos reales de herradura y comenzaba el dificultoso descenso o terminaba el más difícil ascenso de la ciudad.

Las mulas y caballos obligaron a la mejora de los caminos de herradura. Los caminos de acceso fueron creando espacios importantes de control y de descanso que, como la Garita de Lima, dejaron su huella histórica en la ciudad. Hoy esas calles de descenso se han convertido en concurridas avenidas, como la Tumusla y la América. Los tambos, como el Quirquincha, tienen profunda relación con las vías de acceso a la ciudad.

Los caminos a Potosí y a Lima fueron fundamentales para el desarrollo comercial de La Paz; esa conexión fue parte principal para el crecimiento de la ciudad. Pese a sus dificultades, los comerciantes paceños lograron no quedarse aislados de los caminos centrales.

La otra ruta, la de los valles, que principalmente vinculaba con Río Abajo, se iniciaba por el puente de la Merced, continuaba por los actuales barrios de Miraflores y Obrajes y terminaba por el sur de la ciudad. Aunque era menos dificultosa en su conexión, igualmente tenía obstáculos (Mesa, 1989).

La tercera ruta, probablemente la más importante, era la que vinculaba con los Yungas. También partía por el puente de la Merced, pero luego seguía por lo que hasta ahora conocemos como la calle Yungas. Si ahora el camino tiene dificultades, es de imaginarse los problemas en la época colonial. Los viejos caminos incaicos del Takesi y del Choro continuaron marcando la ruta, tan transitada por la exportación de la coca.

También en la época, la ciudad, a diferencia del área rural, contó con los servicios públicos básicos como el agua y la luz. El agua se abastecía desde la Caja de Agua, construida al pie del Calvario y en la parte más norte de la ciudad. Hasta inicios del siglo XX, la zona fue conocida como la de la Caja de Agua.

En cuanto al alumbrado público, éste se realizaba con mecheros de cebo sobre un plato de barro; a fines del siglo XVIII, este sistema mejoró con el uso de aceite, velas y faroles (Azero, 1989:11).

8.3 RECORRIENDO LOS CAMINOS EN EL SIGLO XIX

Como señaló el inglés Pentland, para 1826, "los caminos a través de Bolivia se adaptan solamente para mulas y llamas; un camino para carretas o carros no existe en ninguna parte de la República... [y los caminos que hay se construyen siguiendo] los lechos de los torrentes... lo que los hace intransitables en la estación lluviosa" (Pentland, 1975:112 - 113). una idea bastante precisa sobre la situación de caminos es, sin duda, la siguiente descripción:

Numerosas tropas de mulas, burros y llamas trajinan diariamente en continuo ir y venir estos pasos estrechos y tortuosos, o se abren paso a través de las profundas y angostas gargantas y sobre el filo de ángulos y precipicios de las cordilleras, llevando sus cargas de frutas tropicales, coca, cacao, café, etc., de Yungas y otros valles cálidos, recorriendo los declives orientales de los Andes, a los mercados de La Paz y otras ciudades, en cambio de harina, varios abarrotes, artículos de ultramar, alcohol, etc. El vasto comercio interior de Bolivia, hecho en esta forma peculiar, es una sorpresa para todo extranjero que visita el país, por la circunstancia de hacerse todo este tráfico por medio de indios. En los trechos de la República.... caminos de herradura que costean las faldas de las alturas atraviesan los valles y aprovechan las quebradas..... Señalando las jornadas se encuentran en estos caminos edificios llamados postas, propiedad de la Nación, en los cuales se facilita al viajero, sin retribución alguna, habitación en donde descansar y pasar la noche, y por un precio módico, el alimento necesario para sí y para sus caballerías. Hay en las postas un servicio de caballería para el viajero que no las tiene de su propiedad; en este caso, las mulas tomadas por la mañana en una posta quedan en la siguiente donde se pasa la noche y se toman otras nuevas y descansadas para seguir el camino. La tarifa invariable por el Estado... es de dos reales (20 centavos) por legua, por cada mula y un real por legua al postillón (Paz, s.a.: 75-76).

En el departamento continuaron usándose, por tanto, los antiguos trazados coloniales y una de las vías más importantes en el altiplano, de norte a sur y desde el Lago Titicaca hasta Oruro, fue la que se basó en la antigua ruta colonial del Umasuyo.

La conexión con Yungas fue también fundamental por el rol que había tenido y tenía la coca. De ahí que uno de los primeros caminos, y de hecho uno de los más importantes en el nivel del departamento, fue el camino rectificado hacia los Yungas en 1830, el que durante la época colonial fue transitado por el Alto de Lima, tomaba la Ceja del Alto hasta el abra del Huayna Potosí y Chacaltaya, para rematar en la

quebrada de Chucura. Este camino fue reemplazado por el que iba de la calle Coroico a las alturas de Chuquiaguillo y la Cumbre llegando hasta Chucura. Sin embargo, hasta 1870, existían otras vías alternas de comunicación, como la que se conectaba con Coroico, la ruta Auquisamaña – Anguía - Milluguaya Alta - Trancacoma y el camino del Taquesi o Chojlla y el que, a partir de 1843, con la apertura de la ruta Yanacachi – Chaco – Unduavi, fue perdiendo poco a poco importancia hasta 1868 por la inauguración del camino que conectó Unduavi – Coroico por el abra de San Rafael.

Con otras regiones y provincias, los caminos eran muy precarios y cambiarían poco a lo largo del siglo XIX. En la situación de comunicaciones existentes, el sistema de postas -que era una herencia colonial- fue muy importante y se volvió a reglamentar en 1872. Este sistema implicaba, por lo general, un establecimiento al final de cada jornada de viaje donde los viajeros podían descansar, alimentar a las bestias y retomar el camino a la mañana siguiente. Los indígenas sostenían esta red de comunicaciones en todo el país. En cada establecimiento debía haber 6 postillones y de 10 a 20 bestias. Todos los que viajaban debían pagar 10 centavos por noche, excepto los indígenas "que no pagan y que duermen en un galpón o corredor". Los maestros de postas eran responsables de proporcionar comida, agua caliente y forraje para las bestias. A cambio, estaban exentos de los cargos consejiles, del servicio de la Guardia Nacional y de todo alistamiento militar. Las postas eran claramente, como decía uno de los miembros del Consejo de Estado en 1872, un servicio personal "monstruoso" impuesto por la raza conquistadora a la raza conquistada" y "semejante injusticia... una terrible acusación contra el gobierno de la República...". Los propios correos estaban a cargo de los indígenas, realizados generalmente a pie. Sólo en 1864 se dispuso reemplazar el correo de a pie por los correos a caballo entre La Paz y Tacna.

Los tiempos de viaje en las condiciones que existían dan una idea también de por qué se hablaba del Norte y del Sur. El norte se asociaba a uno de los puertos más cercanos que había a La Paz: Arica. Desde la ciudad hasta Arica se debían viajar 7 a 8 días, mientras que al otro puerto, el de Cobija, el viaje podía durar más de 3 semanas

(Masterton, 1843. En: Fifer, 1972: 48). El camino empinado de Arica a Bolivia pasaba por el volcán y la villa de Tacora y el transporte se hacía por mulas que llevaban un promedio de 250 lbs. y viajaban 20 millas cada día (Pentland, 1826,1975: 111).

Tanto para el comercio de exportación como para el comercio interno, los informes ministeriales del siglo XIX expresan las preocupaciones por el sistema de comunicaciones, aunque se limitaban a informar de medidas que simplemente hacían transitables los caminos, especialmente en tiempos de lluvias. Otras veces, se informaba de las medidas que se estaban tomando sin que realmente se ejecutaran debido, por una parte, a la falta de fondos, a la falta de capitales y, en otros casos, a incumplimientos y estafas al propio Estado.

Dos elementos que postergarían las acciones encaminadas a mejorar la red vial fueron las discusiones, en las últimas décadas del siglo XIX, sobre el tipo de vía a implementarse: carretera, mejoramiento y mantenimiento de los caminos de herraduras o instalación de ferrocarriles. Junto con esta discusión se planteó también la tensión entre propuestas ambiciosas e irrealizables y propuestas alcanzables, pero sin ningún futuro.

En todo caso, en las últimas décadas del siglo XIX y en consonancia con la estructura de exportación de minerales hacia los puertos del Pacífico, el sistema vial de conexión hacia fuera mejoró. El Norte tuvo, entonces, su auge y Arica adquirió mayor importancia aún que la que tuvo en el pasado tanto por las exportaciones como para las importaciones. Los textiles eran la mercadería por excelencia de los productos ultramarinos, mientras que de los países vecinos procedían productos alimenticios. La harina y el trigo, que habían sido antes productos del comercio interno, llegaban esta vez de Chile y generalmente pasaban por La Paz por la vía de Arica.

Para fines del siglo XIX, Antofagasta, gracias a la vía férrea, se había convertido en el puerto de exportación más importante, anulando prácticamente la ruta de Mollendo que había tenido su *boom* en los 70 a partir de la construcción Mollendo-Arequipa-Puno. Sin embargo, parece haberse dado una especialización: las exportaciones se hacían por Antofagasta, pero la ruta de Mollendo y Arica

constituía fundamentalmente una vía de importaciones (Ballivián, 1900: 7).

Al terminar el siglo había tres líneas férreas de conexión al Pacífico: la de Antofagasta y Oruro; la de Mollendo y Puno, que se había construido por Henry Meiggs entre 1870 y 1874 (Mollendo-Arequipa y Arequipa-Puno, respectivamente) (Ver Fifer, 1972: 67-68) en conexión con los vapores, y la de Arica (Ballivián, 1900: 97). De Puno se podía ir por tierra hasta el Desaguadero o por vapor a Guaqui. Sólo este último tramo tomaba un día y medio (Crespo, 1900: 64-67). Mollendo acaparaba el comercio del departamento de La Paz y sus provincias, incluyendo Corocoro. La vía Mollendo-La Paz era incluso más corta que la de Arica (Fifer, 1972: 69). La mercadería era embarcada en vapores de Puerto Pérez o Chililaya hasta Puno, de donde se trasladaba al ferrocarril hasta su destino en Mollendo, pasando por Arequipa. La vía de Arica-Tacna-La Paz duraba, en cambio, 7 días utilizando mulas, 9 días utilizando borricos y de 15 a 20 días, llamas (Ballivián, 1900: 97).

El gran cambio que se daría a partir de las últimas décadas del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX fue, entonces, el de los ferrocarriles, cuyo trazado muestra indudablemente la prioridad de la época y del país: el comercio externo, es decir, de las minas a los puertos. Una de estas vías sería precisamente la vía Arica-La Paz como parte de los propios arreglos y convenios después de la guerra con Chile, razón por la que el adagio popular "Arica-La Paz-La Paz-La Paz, un paso pa'tras, pa'tras" contenía algo de verdad...

Si en el siglo XIX la conexión ferroviaria se dio fundamentalmente desde los centros de producción y comercio a los puertos del Pacífico, la prolongación hacia otras ciudades y regiones fue mucho más tardía y paulatina en la primera mitad del siglo XX.

En cuanto a las vías carreteras, para 1903 existía en el departamento una red de caminos bien definida, aunque aún era muy precaria y de tierra. Hacia 1937, los principales caminos habían sido desarrollados principalmente hacia el sur y el oeste del departamento (La Paz – Río Abajo; La Paz – Pucarani - Achacachi; La Paz - Guaqui; La Paz – Oruro; La Paz Charaña); aunque también se habían hecho algu-

nas mejoras en los Yungas, Inquisivi y Loayza (La Paz – Caracato; La Paz – Yungas; Sapahaqui – La Paz; Ventilla – Sapahaqui; Khata – Urmiri – La Paz; Irupana – Chulumani; Irupana - La Plazuela; Irupana - Río La Paz – Inquisivi y La Paz - Sorata).

A pesar, incluso, de la importancia que tuvo Yungas para la economía paceña, los avances más serios en cuanto a vialidad, aunque empezaron en el siglo XIX y estuvieron a cargo fundamentalmente de la Sociedad de Propietarios de Yungas, se realizaron en el siglo XX en el período liberal.

8.4 LA PAZ Y SUS VINCULACIONES INTERNACIONALES Y NACIONALES EN EL SIGLO XX

Desde las primeras décadas del siglo XX, La Paz logró conectarse exitosamente tanto con los puertos de exportación, principalmente con Arica, como con los demás departamentos del país, sobre todo a través de la construcción de ferrocarriles. Aunque éstos acortaron en mucho las distancias de viaje y significaron mayor comodidad para los pasajeros en relación con los cansadores viajes que antes se realizaban a lomo de mula o en transportes rudimentarios, las horas que se invertían para llegar al destino seguían siendo de, por lo menos, una jornada.

Así, en 1937, para llegar por ferrocarril a Oruro se necesitaban siete horas, a Cochabamba diez y nueve, a Potosí treinta, a Sucre las treinta hasta Potosí y cuatro más en autocarril; a Tarija treinta horas en ferrocarril hasta Villazón y desde allí a la ciudad chapaca siete horas más por una carretera de 135 km; a Santa Cruz se llegaba en veinte y ocho horas en ferrocarril hasta Vila Vila y desde ahí hasta la ciudad oriental veinte y cinco horas más por carretera.

Por otro lado, a Tupiza se llegaba por ferrocarril hasta Atocha en veintiún horas y desde allí hasta la ciudad capital de la provincia Sud Chichas en cinco horas más, mientras que el ferrocarril a Villazón tomaba desde La Paz cuarenta y dos horas. Llegar a Trinidad significaba navegar por ríos durante un total de veinte y dos días (Silva, 1937: 47).

El ferrocarril a Arica, utilísimo para las exportaciones mineras y las importaciones de productos europeos, norteamericanos y de los países vecinos, abarcaba 233 kilómetros en la sección boliviana, mientras que en la sección chilena abarcaba 457 km, y era de propiedad de los Estados chileno y boliviano, en sus respectivas secciones.

La línea a Viacha que se conectaba con Oruro - Río Mulato – Potosí - Oruro - Cochabamba - Uyuni - Atocha, alcanzaba un total de 671 km de trocha de un metro y pertenecía a la Empresa The Bolivia Railway. La línea Guaqui-La Paz contaba con 98 km. y trocha de un metro y pertenecía entonces a la Peruvian Corporation. Conectaba a La Paz con Arequipa en el Perú (íbidem: 134).

El importante ferrocarril a los Yungas salía todos los días a las 11 y 30 de la mañana y llegaba a su destino final a las 13 y 30 de la tarde, con los siguientes recorridos: La Paz-Urujara: 14 km; Cumbre: 26km; Rinconada: 36 km; Pongo:46 km; Estación Ing. Tejada: 54 km (íbidem:151).

Además, seguía funcionando el ferrocarril de Antofagasta a Bolivia -creado en 1892 como el primer ferrocarril boliviano- que pertenecía a The Bolivia Railway Co. y comunicaba la costa del Pacífico con el altiplano. Los ferrocarriles, después de la revolución de 1952, alcanzaban a 3.500 km. en todo el país, con dos sistemas de líneas férreas principales: el Oriental y el Occidental, que fueron fusionados en 1964 bajo la supervisión de la Empresa Nacional de Ferrocarriles (ENFE) (Zondag, 1968:162). Lamentablemente, no sobrevivieron a las políticas neoliberales de capitalización.

Ese mismo año, las principales carreteras eran las que conectaban el Desaguadero con La Paz, de 257 km., y La Paz-Oruro de 341 km., mientras que, en el nivel nacional, existía un total de aproximadamente 1.445 kilómetros de carreteras. El camino desde el Puente Internacional sobre el río Desaguadero pasaba por puntos intermedios importantes como: Guaqui, Tambillo, Tiwanacu y Laja y el de La Paz-Oruro pasaba por puntos intermedios como Calamarca, Ayoayo, Patacamaya, Eucaliptos (íbidem: 112).

Por otro lado, la ciudad de La Paz contaba ya a fines de la década de los treinta con transportes eléctricos, es decir, con tranvías y coches

a motor y había más de un millar de autos y camiones en circulación. Tenía también comunicaciones como telégrafo, teléfono, radio, correo urbano y general, y se habían construido avenidas pavimentadas con la bella piedra granito traída desde el altiplano.

Un poco más tarde aparecieron los sindicatos de transportistas que realizaban amplios recorridos al interior de la ciudad, siendo una de las primeras líneas de este tipo el "colectivo" No. 2 -del sindicato Eduardo Abaroa- que partía de Sopocachi y llegaba hasta la Avenida Perú. Esos grandes buses se convirtieron en emblemáticos para los barrios de donde partían y a donde llegaban y fueron los antecesores de los micros de la década de los setenta, los que clasificados por letras llegaron a cubrir casi todo el abecedario.

En la década de los ochenta -durante el gobierno de la Unidad Democrática y Popular- la municipalidad paceña llegó a tener su propia empresa de transportes, EMTA, de muy poca duración. Con los cambios ocurridos desde 1985, principalmente por la aplicación de políticas neoliberales, el transporte urbano se incrementó exponencialmente, funcionando tanto el transporte sindicalizado como el "libre", que cuenta con un variado parque motor como "trufis", "taxis", buses grandes, micros y minibuses.

En El Alto, el Sindicato Abaroa fue el primero en realizar servicios de transporte con sus grandes buses azules, aunque muy poco después también llegaron buses, en este caso de color celeste, del sindicato Simón Bolívar que trasladaban habitantes alteños a la hoyada a través de la antigua carretera que conectaba ambos espacios urbanos. Más adelante, durante el primer gobierno de Hugo Banzer (1971-1978), se construyó la nueva "autopista" a El Alto y en la actualidad pasan por allí decenas de líneas de buses y, sobre todo, de minibuses que, al interior de la ciudad de El Alto, cubren rutas a prácticamente todos los rincones de sus nueve distritos.

Por otro lado, en el campo de las comunicaciones fue fundamental el nacimiento del Lloyd Aéreo Boliviano (LAB), que empezó sus operaciones en 1925 por impulso de los residentes alemanes, principalmente del empresario Guillermo Killman. Contó en ese año con

tres pequeños aviones que en esa gestión transportaron un total de 1.583 pasajeros.

Para 1937, el LAB tenía servicios regulares a La Paz, Oruro, Cochabamba, Valle Grande, Santa Cruz, San José, Roboré, Puerto Suárez, Charagua, Choreti, Villa Montes, Yacuiba, Todos Santos, Trinidad, Santa Ana, Guayaramerín, Cachuela Esperanza, Riberalta y Cobija, y su oficina en La Paz quedaba en la calle Potosí. Ese año, un comunicado de la línea aérea fijó como nuevas rutas La Paz-Apolo (Caupolicán), San Borja y Trinidad (Silva, 1937: 57).

Para 1963, el LAB tenía ya una flota de dos DC6B, un C47, tres Boeing B17 y seis DC3, empleando un total de 21 pilotos y diez y nueve copilotos (Zondag, 1968: 171). Para entonces también funcionaba la línea aérea Transportes Aéreos Militares (TAM), que cubría principalmente las rutas a las localidades y capitales de los departamentos del norte del país, como el Beni.

Por otro lado, ya a fines de los treinta del siglo pasado, llegaban y salían de La Paz vuelos de Air France -los viernes, una vez a la semana- y de Pan American Grace Airways, Inc (PANAGRA) que realizaba conexiones con Arica, Córdoba y Lima, Norte, Centro y Sudamérica.

En la actualidad, el Lloyd, que tiene sus oficinas principales en la ciudad de Cochabamba, ha superado sucesivas crisis, mientras que una nueva línea nacional, de carácter privado -AEROSUR- y con sus oficinas principales en Santa Cruz, ha ido ganando importancia y ampliando sus servicios nacionales e internacionales. Por otra parte, el Aeropuerto Internacional de La Paz, construido con modernas instalaciones entre 1962 y 1964, aunque ya no es el principal aeropuerto del país, sigue proporcionando importantes servicios para la población paceña, boliviana y para los turistas y extranjeros que nos visitan.

También en las primeras décadas del siglo XX estaban instaladas en La Paz muchas compañías navieras, como Catorreti & Cía, Duncan Fox & Cía, Grace W.R. & Cía, Hardt & Cía, Navegación Italia, West Coast y Wetzel Emilio (Silva, 1937:67), las que no sobrevivieron hasta el presente por diversas razones.

Lamentablemente, la capitalización implementada en la década del ochenta del siglo XX dejó a La Paz sin conexiones ferroviarias y los habitantes de ese departamento deben trasladarse hasta Oruro para viajar por ferrocarril hacia localidades del sur de Potosí hasta Villazón, de donde toma conexiones por carretera hacia Argentina, mientras que la ruta a Arica ha sido completamente eliminada. Existen en el presente proyectos destinados a recuperar los ferrocarriles para La Paz y ya se ha dado un pequeño paso inicial con una ruta reconstruida entre La Paz y El Alto.

Paralelamente, La Paz ha visto en las últimas décadas un importante incremento de carreteras, tanto a nivel de la vinculación de la capital con las provincias y con los diferentes departamentos, como a través de los llamados "corredores interoceánicos". Esto fue posible, en gran medida, por la creación, en 1955, del Servicio Cooperativo de Caminos, actualmente denominado Servicio Nacional de Caminos (SENAC) que captó millones de dólares de ayuda externa, aunque no siempre ha sido una institución estatal eficiente.

En relación con lo primero, varias carreteras importantes para el turismo han sido asfaltadas, como La Paz-Tiwanacu y La Paz-Copacabana, pero la importante carretera Cotapata-Santa Bárbara, que conecta La Paz con los Yungas y desde allí con el norte paceño colindante con el departamento del Beni, ha sufrido muchos retrasos y denuncias de corrupción en su construcción, siendo esta carretera uno de los mayores anhelos de los paceños.

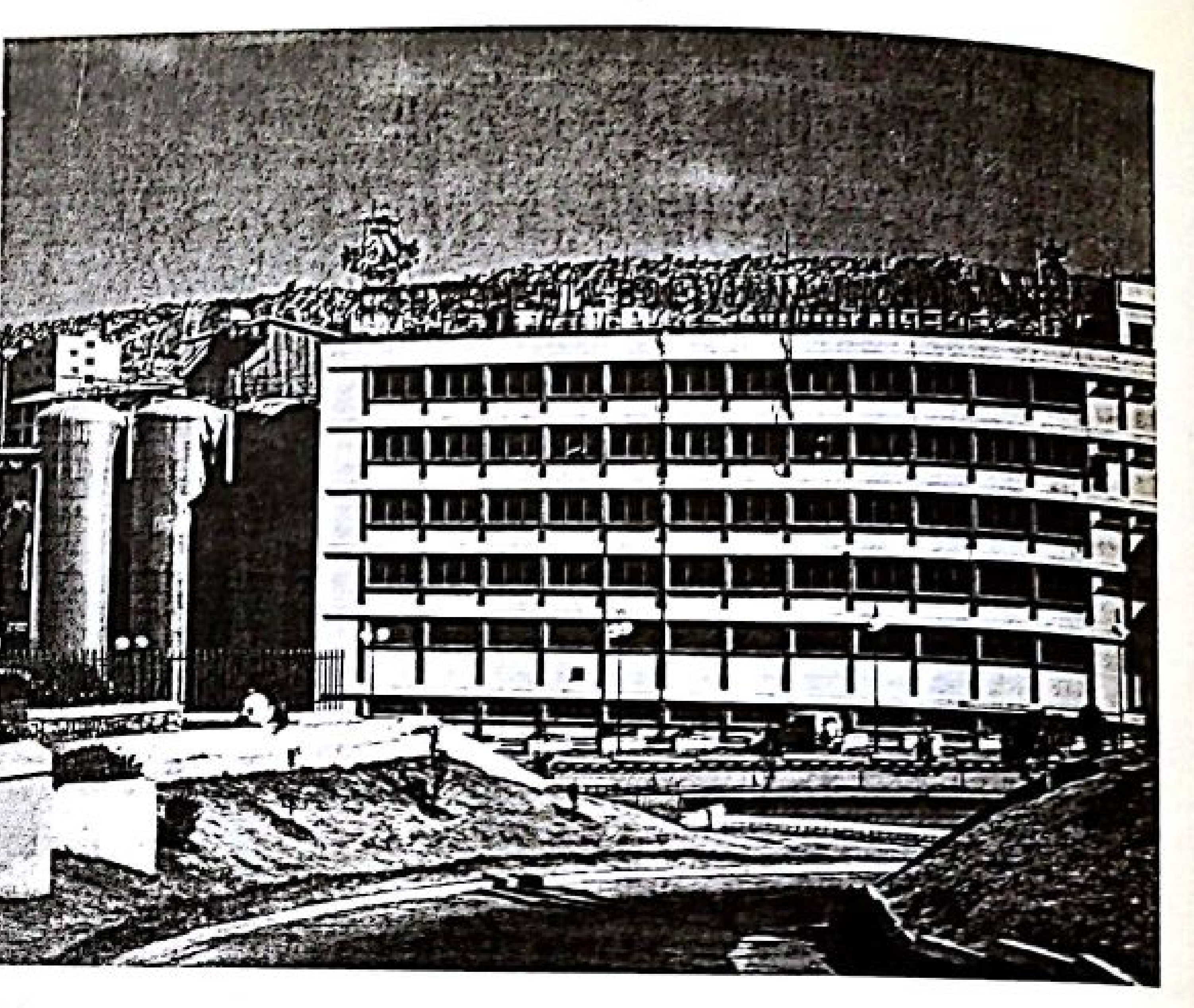
Por otro lado, muchos caminos vecinales son, en algunos casos, intransitables en época de lluvias, siendo que es a través de ellos que la población rural debe transportar sus productos a los mercados paceños. Ésta, muchas veces, debe llevar su producción a pie hasta los caminos troncales y se carece de un sistema de transporte ágil y adecuado en gran parte de nuestro departamento.

La carretera La Paz-Oruro, pese a que actualmente es insuficiente en su dimensión por el enorme tránsito diario que se da a través de ella, permite que La Paz se conecte con los departamentos del eje central del país.

Finalmente, el mayor logro en este rubro para la ciudad de La Paz ha sido la construcción de la carretera asfaltada o "corredor" internacional Tambo Quemado-Arica, que es vital para el comercio con ese puerto chileno y también con Iquique. De igual manera, la ruta construida al puerto peruano de Ilo ha beneficiado a las conexiones internacionales del departamento.

Después de años de lucha, el asfalto permite llegar rápidamente a Arica y a Ilo, lo que no se puede decir de la ruta a los Yungas y a otros destinos; pero si se compara lo que se tiene hoy y lo que se tuvo, definitivamente se ha logrado un avance significativo, pero es un avance más lento que el desarrollo tecnológico universal, por lo que, desgraciadamente, en cuanto a redes viales, La Paz es un departamento atrasado.

Existen muchos sueños y proyectos, pero también el convencimiento de que los otros rubros estudiados en este libro, como la minería, el comercio, la agricultura, la industria, el turismo, la interculturalidad, dependen para su progreso del desarrollo de los caminos.





Dos formas de producir: industrial y artesanal.

CAPÍTULO 9
LA ECONOMÍA PACEÑA Y SU APORTE AL DESARROLLO NACIONAL

La Paz tuvo, a lo largo de su historia, un rol fundamental en el país. Contrariamente a lo que hoy se piensa, el altiplano, mucho más que los valles cálidos, yungas y llanos, concentró a la población, y por tanto la riqueza, debido precisamente a condiciones climáticas que eran menos adversas contra la vida humana en tiempos en los que las epidemias podían diezmar a la sociedad. A ello añadimos la "conquista" de cultivos como la papa, el maíz, la deshidratación de productos y, por tanto, su almacenamiento, junto con todas las posibilidades que permitía la ganadería. El aprovechamiento de lo que, en principio, podía aparecer como un gran desafío y una barrera, es decir, la topografía andina en su diversidad y en los varios ciclos de cultivo que permitían los distintos pisos ecológicos, explica la alta población que tenía cuando llegaron los incas y los españoles.

La economía colonial recuperó precisamente todas esas ventajas, utilizó los antiguos caminos y tambos, desplazando, sin embargo, los antiguos centros y convirtiendo a Potosí y Lima en el núcleo minero, administrativo y político vinculado con la metrópoli. Potosí permitió también generar un mercado interno importante: el espacio colonial andino que vinculaba con diversas regiones y productos desde el norte del Lago Titicaca hasta Salta y Tucumán, desde la costa del Pacífico y los valles en los desiertos orientales hasta los yungas y llanos. Pero, desde el período prehispánico, la principal riqueza de lo que luego sería el departamento de La Paz fue su población y su tributo que nutría

las areas del Virreinato de Buenos Aires y, luego, las finanzas del nuevo país fundado: Bolivia. La contribución indígena hizo posible, por tanto, la construcción de esta nueva nación: gracias a esta contribución se pagaba el Poder Legislativo, el Judicial y el propio Ejecutivo. La minería de la plata sólo llegó a ser importante en las últimas décadas del siglo XIX y la minería del estaño se iría a imponer desde las primeras décadas del siglo XX.

El departamento de La Paz generaba ingresos mucho mayores a las de cualquier otro departamento, tanto por su población como por concentrar las haciendas más ricas y la producción de coca; por congregar gran parte de las industrias y por tener una rápida vinculación con el Pacífico. Si bien se benefició de su rol de sede de los poderes Ejecutivo y Legislativo, sufrió también de las convulsiones políticas y económicas; junto con los departamentos de Oruro y Potosí, subvencionaron en gran parte a otros departamentos, cuya situación económica en ese entonces era precaria. De ahí su rol y vocación más "nacional" que regional.

9.1 LAS GRANDES CONQUISTAS DE LOS ANDES

La variedad ecológica del actual departamento de La Paz y los diferentes pisos ecológicos fueron aprovechados por las sociedades prehispánicas desde los altos bofedales, por encima de los 5.000 metros en la zona de Ulla Ulla, zona de crianza de camélidos, especialmente alpacas, pasando por el altiplano, particularmente en los alrededores del lago Titicaca, donde se cultivaban distintos tipos de tubérculos, principalmente la papa, base de la alimentación de las poblaciones de tierras altas. Los valles húmedos y valles secos -como los de Chazarani- permitían excelentes cultivos de maíz, mientras que en varias zonas de yungas, como Zongo, se cultivaba coca, además de otros productos locales. El acceso a la costa y sus recursos se dio a través de islas ecológicas. El territorio fue aprovechado, por tanto, de manera discontinua y fue la mejor manera de acceder simultáneamente a esa diversidad.

Una reflexión sobre el aporte de esta región a una economía más amplia, que en el caso de la historia prehispánica no puede llamarse

nacional, remite a dos periodos: el de Tiwanaku y el inca, que constituyeron organizaciones estatales que comprendían gran parte de la región que hoy es La Paz. Tiwanaku dominó toda esta zona, siendo además un centro cultural que se considera de alto desarrollo en tiempos prehispánicos.

Desde nuestro punto de vista, cuatro pueden considerarse los productos que constituyeron el aporte de esta región al mejor funcionamiento de los estados. En primer lugar, el ganado, muy particularmente las llamas. Tanto los collas como los pacajes fueron considerados excelentes criadores de ganado. Algunos estudiosos de la arqueología (Browman, 1991, Núñez y Dillehay, 1979) plantean que Tiwanaku es precisamente el resultado de una serie de "movimientos giratorios caravaneros", cuya realización descansaba en el dominio de los camélidos. La capacidad de carga de las llamas fue lo que permitió dominar el resto de las regiones y conseguir superar las deficiencias de un medio como el altiplánico no sólo pobre en ciertos productos agrícolas, sino sujeto a heladas que podían destruir las cosechas.

El segundo producto fue y sigue siendo la papa, un tubérculo adaptado a la altura, de amplísima distribución ecológica y de gran resistencia, además de contar con infinidad de variedades que se pueden adaptar a los microclimas de altura. Gracias a la amplia difusión de este producto y a la acción cultural humana, que no sólo supo adaptarla durante milenios, sino que podía convertirla en chuño y tunta para su almacenaje durante algunos años, las sociedades de altura pudieron desarrollarse con una cierta seguridad alimentaria. Las hambrunas en la zona andina no aparecen en los registros históricos o arqueológicos con la frecuencia de las que, por ejemplo, se dieron en México en el mismo periodo.

El tercer producto fue la coca, sobre la que este volumen presenta un acápite en particular. La importancia social y ritual de esta hoja fue un aporte concreto hacia el Estado Inca que controlaba su producción. Finalmente, el cuarto bien de importancia estatal puede considerarse el oro, ubicado en algunas zonas estratégicas como Chuquiago y Carabaya y de las que también se ha escrito en páginas anteriores.

Es notable que todos estos aportes puedan sintetizarse precisamente en el sitio que hoy ocupa la ciudad de La Paz. El paisaje vertical, tan propio de la ciudad, permitía contar con una diversidad de recursos en un espacio reducido. Las alturas de sus alrededores cobijaban a rebaños de llamas y alpacas distribuidos según los microclimas. En los bofedales húmedos de las nacientes del río Choqueyapu se encontraban, y se encuentran todavía hoy, algunos rebaños de alpacas, como en la zona de Alto Achachicala. Seguramente Alpacoma, barrio de la ciudad de El Alto, como su nombre lo indica, albergaba también a estos animales. "Chijini", pastizal en aymara, permite suponer que servía para el ganado. También Caiconi, "pertrecho de paredes para cazar vicuñas", según el diccionario de Bertonio, lleva a imaginar la presencia de vicuñas. Podría ser también que la zona de Sopocachi sirviera para guardar ganado, pues una de las traducciones sería *Suppfu*, algo que no tiene consistencia, y *cachi*, corral de carneros, según Bertonio.

En los valles cercanos y al sur de la ciudad se cultivaba maíz y otros productos de valle y, en las alturas, productos propios de la zona como papa y oca, entre otros. Y, por supuesto, estaba el oro que se extraía de las vetas a lo largo del río Choqueyapu y otros ríos de los muchos que surcan la ciudad.

El valle de Zongo era de dominio inmediato de la zona de Chuquiago así como su acceso a los Yungas. Ni qué decir de la producción aurífera que era el producto por excelencia y el motivo por el que recibió su nombre.

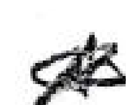
Ahora bien, los productos por sí mismos no constituyen un aporte económico y se debe destacar el sistema de explotación y control del territorio. Este sistema implicaba un control directo de distintos pisos ecológicos por parte de las unidades sociales- los ayllus- de las alturas. Este control directo, que desechaba un sistema de mercado, implicaba una posesión discontinua del territorio que fue denominado por John Murra (1972) "control vertical de pisos ecológicos" y por Ramiro Condarco Morales "simbiosis interzonal". La explotación de las "islas ecológicas" se hacía mediante mitimaes o colonos que vivían y trabajaban en lugares distantes a su lugar de origen, pero no perdían sus

derechos como miembros del grupo. Este sistema implicaba una sofisticada organización social y de parentesco que permitió su funcionamiento a lo largo de los siglos. Las últimas investigaciones sobre este tema van mostrando que el sistema del "control vertical" se amplió notablemente bajo el dominio inca y que ciertas formas de intercambios estaban también implicadas.

9.2 ECONOMÍAS COLONIALES ARTICULADAS

La economía paceña durante la colonia, al igual que de los otros territorios de Charcas, se caracteriza por la coexistencia de dos modelos económicos que se articularon. El modelo andino mantuvo todavía medios y relaciones de producción ancestrales y peculiares, como la del control vertical de diversos pisos ecológicos y la economía natural de intercambio. Pero, por otra parte, las comunidades indígenas estaban articuladas al sistema colonial, en general, por mecanismos de dependencia que les obligaban a entregar gran parte de su fuerza de trabajo (mita y obrajes) y de su producción (tributo y reparto mercantil).

El modelo colonial formaba parte del mercantilismo europeo por la concepción de que la principal muestra de riqueza era la acumulación de oro y plata. De ahí que las autoridades del imperio tenían como principal objetivo extraer de las colonias la mayor cantidad de riquezas y no el bienestar de los ciudadanos, como se pregona actualmente.



Otro rasgo común de la economía paceña y de todo el sistema económico colonial es la coexistencia de dos tipos de conexiones: la relación colonia- metrópoli y la intercolonial. La primera se caracteriza, como señala Sempat Assadourian, por la transferencia de los excedentes hacia la metrópoli, valiéndose la Corona de dos mecanismos: de la Hacienda pública para captar, mediante impuestos, el excedente de las colonias y del monopolio comercial.

Las dos regiones de mayor conexión con la metrópoli fueron Potosí y Oruro, por sus riquezas mineras; pero también fueron importantes los excedentes de La Paz, generados principalmente por el tributo indigenal y por las alcabalas comerciales. Como todas las ciudades de la Audiencia de Charcas, la relación con la corona estaba

mediatizada por las capitales de los Virreinatos, Lima y Buenos Aires, respectivamente. Así, por ejemplo, a fines del siglo XVIII, de todos los impuestos que se cobraban en las Cajas Reales de La Paz, se quedaba lo estrictamente necesario para pago de sueldos y algunos gastos urgentes; el resto era enviado a Buenos Aires. Por varias décadas, ese excedente paceño, sumado al orureño, al potosino y al de las otras regiones de Charcas, sirvió para el llamado "situado de Buenos Aires", con el que se financiaban construcciones en esa ciudad y el pago de destacamentos militares. Es decir, la economía paceña contribuyó a las capitales del Virreinato y al progreso de España.

Otra conexión importante fue la originada por el comercio. En este caso, el comercio de ultramar vinculaba el mercado paceño con los productores europeos como se ha analizado en el capítulo de comercio y, a través de alianzas, con los comerciantes de Lima. Ese mercado internacional era mayoritariamente de venida y no de ida, ya que La Paz no tenía un producto de exportación hacia Europa, a excepción de los centros mineros.

Tanto la hacienda pública como el comercio vincularon a La Paz con un amplio espacio económico colonial; pero, a la vez, con un espacio intracolonial, es decir, con un mercado interno. Esa relación se dio sobre todo con Potosí, el gran centro minero al que La Paz proveía de coca y de otros productos naturales y textiles. La coca fue el principal producto de exportación de La Paz a Potosí y a muchos otros centros de consumo. En 1790, por ejemplo, el 95% de la coca de Potosí provenía de La Paz y los funcionarios estimaron que la producción oscilaba entre 250.000 y 300.000 cestos (Barragán, 1995:131). Otro producto importante en el comercio fueron las telas de sus obrajes. La Paz formaba parte, entonces, de ese otro espacio económico interno que fue forjando la identidad de lo que luego sería Bolivia; la diferencia es que en esa época el gran eje articulador fue Potosí.

El famoso Concolorcorvo escribió, en 1772, que los principales recursos que tenían los habitantes de La Paz consistían también en la explotación del oro en numerosos arroyos y la hoja de coca de los Yungas (Crespo, 1989). A esas dos actividades hay que sumar el comercio y los obrajes.

Es necesario distinguir también entre los recursos privados y los recursos públicos. Éstos se obtenían mediante varios tipos de impuestos que se pagaban en las Arcas Reales y la mayor fuente de estos ingresos era el tributo indígena. Los indígenas de todo el continente, luego de las discusiones sobre su condición jurídica, fueron considerados como vasallos libres de la Corona de Castilla y, como tales, debían pagar el tributo. Este tributo se regularizó durante el gobierno del Virrey Toledo.

De acuerdo al tributo, la población se dividía en varias categorías; una de ellas era la de los tributarios que eran los varones entre 18 y 50 años y de buena salud. Los que dejaban de tributar eran denominados reservados y los menores de 18 años, los próximos a tributar. También se distinguían los originarios con tierra y los forasteros sin tierra; estos últimos pagaban un tributo menor. El tributo se pagaba dividido en dos semestres, el de San Juan y el de Navidad, y se podía pagar en dinero o en especie.

Dada la importante población indígena en la región paceña, el tributo constituía el principal ingreso fiscal. Un ejemplo de la proporción del tributo respecto al ingreso total y el destino de los egresos se puede ver en la gestión fiscal 1718 – 1719, en la que se recaudaron 106.159 pesos y el principal ingreso fue el de los tributos reales con 44.673 pesos (42%). De los ingresos por tributo se remitieron a Lima 17.579 pesos (39%). A fines del siglo XVII, se remitía a Lima aproximadamente el 70% de lo recaudado. Los años previos a la revolución, la recaudación total llegó a 715.000 pesos, lo que significa un incremento, respecto a los 50 años anteriores, de siete veces más. A fines del siglo XVIII, el ingreso neto fue de 848.253 pesos, de los cuales se enviaron 556.518 pesos a Buenos Aires (66%) (cifras de Crespo, Tepaske y Klein: 1989 y 1983).

Salvo los cambios bruscos, originados por la situación política, tanto los ingresos como los egresos se mantuvieron en las proporciones anotadas en los ejemplos dados: el mayor ingreso estaba constituido por los tributos de los indios y el mayor egreso por las remisiones a Lima y Buenos Aires.

El segundo ingreso recaudado, por las Cajas Reales de La Paz, era el de las Alcabalas y, luego, la Aduana. Las otras entradas, relacionadas con impuestos a cargos públicos y religiosos, eran ya poco importantes.

Finalmente, la fuerza de la economía paceña radicó también en la diversificación de sus actividades económicas: cultivo de la hoja de coca, minería del oro, comercio, obrajes, agropecuaria de haciendas y comunidades.

9.3 BOLIVIA DEL SIGLO XIX: UN ESTADO QUE VIVIÓ DEL TRIBUTO INDÍGENA[1]

Desde la segunda mitad del siglo XVIII, La Paz adquirió mayor importancia en términos económicos y demográficos, de tal manera que, cuando Bolivia se constituyó como un nuevo país, el departamento y la ciudad tuvieron desde el inicio un rol fundamental que se aprecia de manera clara en la generación de los ingresos.

El principal ingreso del estado boliviano durante prácticamente todo el siglo XIX fue la llamada contribución indigenal que en el período colonial se llamaba tributo. La contribución indigenal fue tan importante que constituía alrededor del 35% del total de los ingresos del estado (ver Cuadro).

LA GENERACIÓN DE INGRESOS DEL ESTADO
POR DEPARTAMENTOS EN 1827

	Chuquisaca	Potosí	Cochabamba	Oruro	La Paz	Santa Cruz	Totales
Total	245.265,10	550.613,50	196.327,10	125.964,20	678.659,50	111.110,70	1.907.940,70
Porcentaje	12,85	28,86	10,29	6,60	35,57	5,82	100,00

Fuente: Elaboración R. Barragán.

Uno de los primeros presupuestos del año 1827 muestra que el 35% de los ingresos del país provenía del departamento de La Paz, el 29% de Potosí y el 12% de Chuquisaca (ver Cuadro).

1 La información aquí presentada se basa en la tesis de doctorado de Barragán, 2003. Una versión sobre los ingresos y recursos de Bolivia en el siglo XIX ha sido publicado en la revista Barataria No. 3, 2005.

Los mayores ingresos de La Paz estuvieron ligados a la importancia de la población indígena, que aportaba alrededor del 50% del total de la contribución total de todo el país.

LA CONTRIBUCIÓN INDÍGENA ENTRE 1839
Y 1874 POR DEPARTAMENTOS

Año	La Paz	Potosí	Chuquisaca	Cbba.	Oruro	Cobija	Beni	Sta.Cruz	Total 1	Total 2
1839	357.929 47%	197.057 26%	39.061 5%	65.425 9%	95.249 13%	4.973 1%			759.694	759.695
1840	473.527 54%	197.073 22%	38.497 4%	66.963 8%	95.317 11%	4.973 1%			876.350	745.237
1847	467.822 53%	221.824 25%	44.169 5%	39.433 4%	83.486 9%	6.260 1%	14.733 2%	173 1%	877.900	877.836
1855	192.283 29%	232.455 35%	42.264 6%	62.576 9%	113.410 17%	5.418 1%	13.473 2%		661.879	882.162
1871	163.414 38%	129.789 31%	28.466 7%	27.795 6%	66.621 16%		8.640 2%		424.725	
1874c2	401.312	241.877	43.164	46.951	118.500	6.076	9.984		867.864	
1874r2	388.195 56%	150.400 22%	35.550 5%	22.212 3%	88.800 13%	1.344 1%	1.932 1%		688.433	688.433

Fuente: Huber, basado en Ovando Sanz.

Aunque los mayores ingresos del estado boliviano se generaban en La Paz y en los departamentos con mayor población indígena, como Potosí y Oruro, ellos se distribuían entre todos los departamentos de manera similar, aunque más del 90% estaba destinado al pago de salarios de la burocracia estatal en las capitales de departamento, pero también en las provincias y en los cantones.

El criterio de división fue, por tanto, más bien territorial: Oruro recibía un monto más o menos similar a Santa Cruz o Chuquisaca; Cochabamba y La Paz un poco más, pero sin grandes diferencias con los primeros. En términos poblacionales, sin embargo, esta división estaba lejos de ser igualitaria y equitativa porque los departamentos menos poblados recibían casi igual que los departamentos con mayor población. Desde esta perspectiva hubo, por tanto, un gran desequilibrio y una gran desigualdad. La tendencia fue, sin embargo, a una mayor relación entre población y presupuesto. Esta tendencia de evo-

lución debe ser interpretada como de transición de un modelo de organización o más bien de relación y vinculación estatal hacia otro. Inicialmente, el modelo parece asemejarse más a la asociación política de varios estados/departamentos. En otras palabras, el unitarismo en tanto centralismo no fue el punto de partida, sino más bien un proceso que se fue construyendo paulatinamente.

Por otro lado, a partir de 1880, las recaudaciones estatales por las exportaciones minerales tuvieron un rol fundamental. Esto no significó que los antiguos y tradicionales ingresos disminuyeran, ya que su tendencia fue el alza, sino más bien que los ingresos de la minería empezaron a superar a todo el resto.

En las últimas décadas del siglo XIX, se empezó también a diferenciar entre ingresos nacionales, departamentales y municipales por la llamada descentralización rentística, cuyos ingresos y egresos fueron claramente establecidos. En 1882, el rubro más importante de los ingresos llamados nacionales consistía en las aduanas y los impuestos minerales que representaban el 82% (44% y 42%) y casi el 53% (27 y 26%, respectivamente) de los ingresos totales. Los ingresos de La Paz significaban el 14%, de Potosí el 8% y de Chuquisaca, Oruro y Santa Cruz el 5% (ver Cuadro).

INGRESOS DE LA REPÚBLICA EN 1882

Concepto	Bolivianos *	% en relación a sub-total	% en relación a Total
Aduanas	837,254	44	27
Impuestos minerales de plata	802,123	42	26
Peaje	28,250	1	1
Impuesto sobre el cobre	14,666	1	0
Impuesto sobre el tabaco	7,645	0	0
Papel sellado, timbres, estampillas	87,484	5	3
Utilidades de amonedación	38,113	2	1
Impuesto sobre sucesiones	10,123	1	0
Impuesto adicional sobre la coca	30,060	2	1
Impuesto sobre sociedades anónimas	14,986	1	0
Diversos impuestos	40,180	2	1
Sub-Total	1,910,884	100	61
Ingresos departamentales	Bolivianos *	% en relación a sub-total	% en relación a Total
Chuquisaca	167,463	14	5
La Paz	429,458	35	14
Cochabamba	160,204	13	5
Potosí	254,936	21	8
Oruro	109,194	9	3
Tarija	34,310	3	1
Santa Cruz	65,252	5	2
Beni (1881)	9,400	1	0
Sub-Total	1,230,217	100	39
TOTAL	3,141,101		100

Fuente: Elaboración de Barragán y Peres, 2006.

En el presupuesto del año 1883, el monto más importante de los ingresos nacionales provenía de la minería (más de un millón) y, por tanto, de los departamentos productores de plata, del comercio y los derechos de Aduana, representando, entre ambos, más del 66% del total de casi tres millones. Fueron estos ingresos los que permitieron, por tanto, que se pagara el Poder Legislativo, la Corte Suprema, el Servicio Diplomático o las deudas del país.

Si de manera clara y a lo largo del siglo XIX algunos departamentos permitieron vivir al Estado Boliviano gracias a los recursos que generaban, algunos podían apenas ser autosuficientes y otros debían directamente recibir subvenciones. El Tesoro Nacional subvencionó a los departamentos de manera constante a partir de los excedentes nacionales, pero también de los excedentes que se generaban en otros departamentos, principalmente en La Paz y Potosí. Una de las mayores subvenciones fue hacia los departamentos de oriente desde el momento mismo en que se estableció la diferenciación con los Tesoros Departamentales. En 1872, por ejemplo, La Paz era indudablemente el que mayores ingresos tenía, representando el 41% del total, mientras que Potosí alcanzaba al 16%. Lo interesante, en todo caso, es que los excedentes de La Paz representaban más del 56% y los de Potosí el 15%, de tal manera que entre ambos producían prácticamente el 70% del total de excedentes. Esto supone que cada año La Paz sólo utilizaba el 24% de sus ingresos y que sus "sobrantes" eran del 73%.

Santa Cruz y Cochabamba tenían, en cambio, un excedente de sólo el 3%° y Tarija, del 2%.

En 1883, los departamentos de La Paz, Potosí y Oruro lograban generar incluso saldos positivos. Chuquisaca, en cambio, tenía un déficit de más de 31.000 anuales y Cochabamba y Tarija de casi 10.000. Los déficits departamentales debían, por tanto, ser cubiertos con los superavits de los departamentos o con los ingresos nacionales. Si tomamos como punto de referencia el año 1883, el déficit anual que debía ser cubierto era de más de 53.000 Bs.

En cuanto a los ingresos de los departamentos, en 1883, casi el 50% consistía en la contribución indigenal, el 22% en los diezmos y casi el 8% en la producción de coca de los Yungas fundamentalmente. Los ingresos de La Paz representaban el 35%, mientras que los de Potosí, Cochabamba y Chuquisaca eran mucho menores. Pero cada departamento generaba ingresos particulares. En Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz, por ejemplo, eran los diezmos los que producían los mayores ingresos, mientras que en La Paz, Potosí y Oruro los generaba la contribución indigenal.

En algunas ocasiones, las diferentes posibilidades de los departamentos provocaron frecuentes discusiones sobre la igualdad o desigualdad impositiva entre los departamentos, discusión que se articuló también al debate entre el sistema unitario y el federal. Un ejemplo fue cuando se discutió sobre la contribución personal que se quería imponer al departamento de Santa Cruz porque tenía un déficit de 15.000 pesos que se pretendía cubrir con ella.

Algunos señalaron que este proyecto había nacido porque no había "sobrantes" o excedentes en la República y era justo que Santa Cruz contribuyese a sus gastos (como otros departamentos) porque no había otras posibilidades para enfrentarlos. Gabriel Moreno intervino aclarando que era necesario se conociesen los impuestos existentes en aquel departamento. Recordó que en Santa Cruz había ya una contribución sobre las propiedades urbanas y rústicas, una contribución sobre los profesores y otra sobre los que tenían estancias y, a pesar de todas ellas, había un déficit. Recordó también que en Santa Cruz las riquezas estaban estancadas y que imponer impuestos no era

conveniente. Se señaló igualmente que de Santa Cruz no se podían extraer otros productos fuera del azúcar, arroz y carne por el alto costo de los fletes.

Finalmente, se determinó abandonar la idea de que cada departamento pagase sus gastos porque ello podía ser funesto a la República y que debía evitarse "el que estalle una revolución con nombre de federalismo". En otras palabras, lo interesante de este caso es que unitarismo parece implicar, en esta discusión, que el presupuesto era una bolsa colectiva y común incluyendo, por supuesto, a los departamentos "pobres" que no podían hacer frente a sus egresos. Federalismo, implicaba, en cambio, sobre todo hasta antes de 1871, que cada departamento se hiciera cargo de sus gastos. Después de 1870, el debate entre unitarismo y centralismo parece haber abandonado el terreno económico, concentrándose, más bien, exclusivamente en el ámbito político.

9.4 LA PAZ Y LA ECONOMÍA NACIONAL EN EL SIGLO XX:.LIDERAZGO NACIONAL Y LUCHA INCONCLUSA POR EL PROGRESO DEPARTAMENTAL[2]

Ya a principios del siglo XX, en 1903, los ingresos departamentales significaban el 32,74% en relación con el Tesoro Nacional. A lo largo de la primera mitad del siglo XX, se observa que disminuyen notoriamente los ingresos que cada departamento genera y administra en relación con los ingresos nacionales. Esta disminución está relacionada, hasta 1930, con el incremento que tiene la deuda del país, lo que de hecho disminuyó el monto que llegaba a los departamentos, aunque la deuda se convirtió, a su vez, en objeto de disputa entre las regiones.

Los ingresos del departamento de La Paz llegaron, incluso, a representar hasta el 60%, como en 1923. De manera inversa, los departamentos que recibían mayor subvención fueron los de Beni y Pando, que vivían prácticamente con más del 80 a 90% de subvención del Tesoro Nacional, considerando también que era necesario enfrentar

2 La información sobre los ingresos departamentales de La Paz y su contribución a la economía nacional entre 1900 y 1950 se basa en el trabajo de Barragán y Péres Cajías que está en prensa (2007) y que ha sido realizado para el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

su propia construcción y consolidación y, en menor medida, Santa Cruz y Tarija donde hasta el año 1923 recibían alrededor del 25% de subvención.

INGRESOS DEPARTAMENTALES:
COMPARACIÓN ENTRE LOS DEPARTAMENTOS

Ingresos departamentales	1903	1913	1923	1930	1949	1954
Chuquisaca	10,56	7,50	4,54	3,69	4,14	4,63
La Paz	31,62	36,10	58,20	42,23	28,41	32,01
Cochabamba	13,87	16,00	12,49	15,51	26,81	10,39
Potosí	17,14	17,50	12,04	10,61	16,20	26,37
Oruro	8,09	6,00	3,87	20,02	8,24	9,18
Santa Cruz	6,64	5,70	2,85	2,35	7,89	4,48
Tarija	4,80	4,90	2,82	3,71	5,22	7,05
Beni	7,28	6,30	3,19	1,88	1,58	3,37
Pando					1,50	2,52

SUBVENCIONES RECIBIDAS POR LOS DEPARTAMENTOS:

	1903	1913	1923	1949	1954
Santa Cruz	19,68	25,00	21,47		
Tarija	24,39		24,68		5,59
Beni	68,78	6,01	32,76	87,70	69,03
Pando				92,77	92,31

Fuente: Elaboración Barragán y Peres, 2006.

Por consiguiente, La Paz, en la primera década del siglo XX, consolidó su situación política, la que había sido un corolario a la situación económica que había tenido desde el siglo XIX. Pero este rol implicó también tener la capacidad de redistribución de sus propios ingresos. Además, en la medida en que no existía el concepto de regalías para los minerales, los ingresos generados a partir de ellos y que se consideraban nacionales alimentaban fundamentalmente a todo el país y no sólo las necesidades departamentales.

A partir de la derrota de la guerra del Chaco y el período posterior a ella, el paulatino desarrollo de un estado fuerte conllevó de

manera paralela el fortalecimiento de un estado central y centralista, materializándose fundamentalmente en el proceso desencadenado a partir de 1952.

El "minero centrismo", es decir, la idea generalizada de que a través de la exportación de las materias primas minerales, que desde el pasado colonial habían marcado nuestra inserción en el mercado mundial, se iba a lograr el desarrollo económico en Bolivia, continuó siendo una de las visiones predominantes, por lo menos en la primera mitad del siglo XX.

Así, desde los primeros años de ese siglo, los departamentos directa o indirectamente ligados a la economía minera vivieron un proceso de auge relativo por el impulso dado a su desarrollo, lo que redundó en procesos de modernización en distintos niveles, de los cuales el departamento de La Paz se benefició.

Sin embargo, los recursos obtenidos por las grandes empresas no guardaron relación -por la insuficiente política tributaria y la aplicación de un liberalismo económico a ultranza- con los obtenidos por los departamentos ligados a la minería que geográficamente están ubicados en el área occidental.

En relación con el departamento de La Paz, como se ve en otro capítulo de este libro, éste ocupó el tercer lugar en la producción minera -después de Oruro y Potosí- pero, además, se benefició con esta economía por estar vinculado con los puertos de exportación, lo que contribuyó al crecimiento de sus tradicionales actividades comerciales.

Por otro lado, al convertirse en sede de gobierno, La Paz concentró o "centralizó" los recursos fiscales, muchos de los cuales fueron gastados en el sostenimiento de una burocracia estatal cada vez más voluminosa, así como en el pago de sueldos a sectores dependientes de los recursos nacionales, como los maestros, lo que se cumplió con grandes dificultades, ya que eran constantes los déficits fiscales.

Como los recursos provenientes de las arcas fiscales no llenaban las expectativas de modernización del departamento, principalmente de la ciudad de La Paz, algunos recursos obtenidos de los primeros créditos extranjeros contratados, así como de los pagos realizados por Brasil y Chile como consecuencia de los tratados internacionales de

1903 y 1904, respectivamente, fueron gastados para mejorar la vida urbana de los paceños. De ahí que se puede afirmar que La Paz acaparó gran parte de las inversiones estatales en servicios públicos como agua, alcantarillado y luz eléctrica, mejoramiento del ornato público, edificios nuevos para alojar a la burocracia estatal, construcción de calles y avenidas y, en el nivel departamental, de nuevas carreteras y conclusión de líneas férreas que lo vincularon con los departamentos del eje central.

Para la década del treinta del siglo pasado, el departamento de La Paz comenzó a ser mirado con recelo por las regiones que consideraban que el "centralismo" practicado por el "occidente" impedía que los beneficios de la economía minera sean repartidos con mayor equidad. Hemos visto, sin embargo, que La Paz aportó sustancialmente al país, aunque es indudable también que la burocracia estatal asentada en la ciudad de La Paz consumió gran parte de los recursos fiscales; que los ingresos por las exportaciones mineras beneficiaron sobre todo a los grandes dueños de empresas estañíferas, como Simón Patiño, Mauricio Hochchild y la familia Aramayo hasta 1952, y que el crecimiento de la economía departamental se debió en gran parte a la diversificación de sus actividades, pues, como puede verse en otros capítulos, La Paz desarrolló actividades agrícolas, industriales, mineras, comerciales, financieras -los Bancos más importantes, como el Banco Nacional, el Mercantil, el Banco Central tuvieron sus principales sucursales allí- y se convirtió en el departamento más poblado del país.

Ahora bien, después de la revolución de 1952, el nacionalismo revolucionario, que tuvo sus primeras expresiones después de la Guerra del Chaco, aunque por un lado afirmó la necesidad de mantener un sistema "unitario" y "centralista" de gobierno, propició tanto la "diversificación económica" como la creación de un vigoroso mercado interno, así como la llamada "marcha al oriente".

Al respecto, uno de los principales impulsores de la diversificación económica sostuvo que era imprescindible superar la dependencia de las exportaciones mineras señalando que, entre 1948 y 1951, de $US 115 millones del valor total de las exportaciones, la minería había significado el 96,98% de las divisas, con $US 111,5 (Guevara, 1955:10).

En la década de los cincuenta, y pese a que las medidas revolucionarias provocaron la primera gran inflación entre 1952 y 1957, que tuvo que ser frenada con una "estabilización monetaria" -apoyada por el Fondo Monetario Internacional que aportó con $US 7,5 millones y el gobierno norteamericano con $US 17,5 millones- y que tuvo un gran costo social, desde La Paz se invirtieron ingentes recursos para cumplir con los fines señalados (Zondag, 1968:83).

Por otro lado, el mismo autor señala que en el periodo de la llamada "Revolución Nacional", que inauguró un ciclo histórico que trascendió a la permanencia del Movimiento Nacionalista Revolucionario en el gobierno (1952-1964), "el presupuesto nacional adquirió una importancia secundaria", pues se desarrollaron instituciones estatales semi-autónomas o "autárquicas", como YPFB, la Empresa Nacional de Ferrocarriles, la Corporación de Fomento y otras, que definieron sus gastos de manera independiente. Añade que, durante mucho tiempo, los gastos de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) llegaron a ser tanto o más altos que los del gobierno central (Zondag, 1968:99).

Por otro lado, después de la estabilización monetaria del 15 de diciembre de 1956, se estableció una regalía minera que significó que, entre 1957 y 1963, COMIBOL obtuviera un beneficio neto de cinco millones de dólares con la correspondiente pérdida de ingresos para el Tesoro Nacional (íbidem: 101). Esta empresa, por su parte, destinó importantes recursos a Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) en el marco de la política de "diversificación económica" proyectada por el gobierno central. Así, entre 1952 y 1957, la empresa petrolera recibió $US 36,3 millones de la industria minera (íbidem: 155).

Finalmente, el gobierno central tuvo que sostener instituciones bancarias, como el Banco Minero, el Banco de Fomento Agrícola, el Banco Central; sociales, como la Caja Nacional de Seguridad Social, sistemas de pensiones para militares y empleados judiciales, Cruz Roja y Lotería Nacional, que beneficiaban al país en su conjunto.

Así el "centralismo" identificado con el departamento de La Paz no necesariamente redundó en que éste se beneficiara de los ingresos fiscales, siendo su sostenido crecimiento, en buena medida, producto

del trabajo de sus habitantes, de sus riquezas naturales, su ubicación geográfica y otros factores favorables.

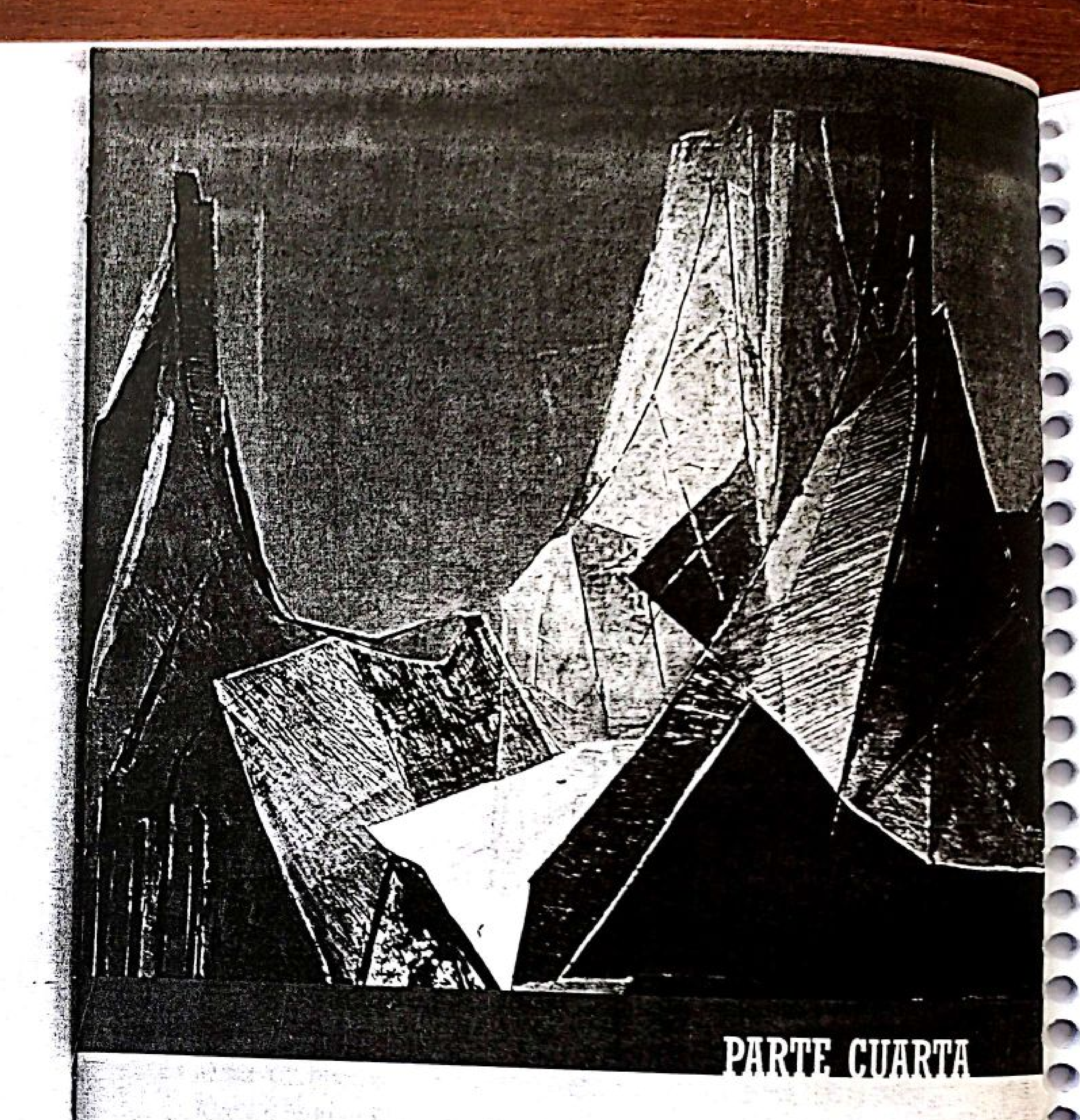
En cuanto a la contribución de la ciudad de La Paz al PIB, en otra publicación se señala que éste creció del 11% en 1950, al 14% en 1976, manteniendo "su hegemonía urbana respecto del resto del país", al ser 2,5 veces más grande que Santa Cruz y 3,2 veces más que Cochabamba (Calderón y Szmukler, 1999: 193).

Por otro lado, en la década de los setenta, una publicación de CORDEPAZ señalaba que La Paz era el departamento más rico de Bolivia "por la variedad de su producción, pues tiene 33% del ingreso minero, riqueza forestal, agropecuaria y representa más o menos el 30% del total de ingreso del PIB" (CORDEPAZ 1977). Veinte años después, en 1990, la Prefectura paceña afirmó que La Paz contribuía al PIB Nacional con el 27%, con una población que representaba el 32,63% (Prefectura del Departamento de La Paz, 1990).

Sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX y al inicio del siglo XXI, La Paz, como departamento y como ciudad, fue perdiendo su liderazgo nacional, ocupando el cuarto lugar en relación con la venta de productos al mercado externo, por debajo de Santa Cruz, Tarija y Potosí. En cifras absolutas, su aporte a las exportaciones bolivianas representa el 8%, que el 2004 llegó a los 2.200 millones de dólares en el total nacional (*La Prensa*, 6 de agosto de 2005).

Por otro lado, el aporte de La Paz al Producto Interno Bruto (PIB), a diciembre de 2004, era del 24.46%, detrás de Santa Cruz, que posee el 30,25%, pero por encima de los otros siete departamentos. En cuanto a la recaudación tributaria, ocupa el primer lugar con un aporte de 2.515 millones de bolivianos al Tesoro General de la Nación (TGN), de los 5.978 que ingresan por este concepto, según datos oficiales de enero a diciembre del 2004. Y, en recaudación aduanera, contribuye con el 22.93%, de acuerdo a información proporcionada al primer semestre del 2005 (*La Prensa*, 6 de agosto de 2005).

En todo caso, en los distintos capítulos del presente volumen se puede apreciar que La Paz, aunque ha tenido que enfrentar diversas crisis, continúa pugnando por su desarrollo y el del país en su conjunto.



PARTE CUARTA

ALGUNAS CLAVES PARA ENTENDER LA HISTORIA DE LA PAZ

Pintura "Nevado" de María Luisa Pacheco 1978 Colección particular

TEMAS DE DEBATE

Henry Oporto y Fernando Cajías

Esta cuarta y última parte del libro plantea una reflexión final acerca de los diversos temas abordados en los nueve capítulos previos. Es también una manera de resumir el intercambio de ideas producido entre los autores del libro y un grupo de intelectuales de diversas ramas de la ciencia social, en dos talleres realizados los días 22 y 29 de septiembre del año 2006, a convocatoria de la Fundación Nuevo Norte. Aquella discusión tuvo por base el documento borrador de la investigación, objeto de esta publicación. La redacción de este capítulo es de co-autoría de Henry Oporto, al cuidado de la edición del libro, y Fernando Cajías, coordinador del equipo de investigadores.

Las personas que participaron en los referidos talleres son las siguientes: Rafael Archondo, Iván Arias, Fernando Asturizaga, José Blanes, Rossana Barragán, Fernando Cajías, Magdalena Cajías, Fernando Campero P., Víctor Hugo Cárdenas, Gonzalo Chávez, Rolando Jordán, Ximena Medinacelli, Herbert Müller, Henry Oporto, Adolfo Ramírez, Fausto Reinaga, María Luisa Soux, Carlos Toranzo, Felipe Veraloza y Fernanda Wanderley.

Nuestro reconocimiento a todos estos amigos por sus críticas, comentarios y sugerencias que han sido de inestimable valor, tanto para la revisión de los textos iniciales, cuanto para estimular esta reflexión final, cuya redacción, sin embargo, no los compromete en modo alguno.

1. ESTRUCTURA ECONÓMICA REGIONAL

La reconstrucción de los procesos históricos en el Departamento de La Paz pone de relieve la diversidad de su estructura económica como un rasgo característico que se refleja, especialmente, en la coexistencia de lógicas económicas diferentes y hasta contrapuestas: Una lógica comunitarista de raíz andina, presente sobre todo en la economía campesina y rural, con sus caracteres de colectividad y reciprocidad, y la lógica del mercado, que promueve la competencia e iniciativa individual y marca el funcionamiento de la economía urbana; en particular del sector empresarial capitalista y que tiene un efecto de arrastre sobre otros segmentos económicos, incluso de aquellos que se mueven en ese amplio y amorfo mundo de la economía popular informal.

El tema en cuestión plantea de inmediato una serie de interrogantes que no tienen respuestas claras y, mucho menos, de consenso. Si se acepta la idea de esta dualidad económica, cabe preguntarse por la naturaleza específica de la relación que se da entre esas dos lógicas: ¿es de complementariedad o, más bien, de contradicción y choque? Pero, tal vez, incluso exista una cuestión previa: ¿Cuál ha sido la implantación real de la economía comunitaria rural y su influencia sobre los comportamientos de los agentes económicos de la región?

Las opiniones al respecto son divergentes. Mientras algunos defienden la importancia y persistencia de una lógica comunitaria de producción e intercambio –que habría sobrevivido a la misma reforma agraria-, que ha tendido a adaptarse a la economía de mercado, estableciéndose una conexión e interdependencia que abarcaría, incluso, a la producción mercantil de la manufactura citadina; otros, en cambio, argumentan la descomposición de la propiedad comunal –y, con ella, de la lógica comunitaria de organización económica-, que subsistiría únicamente en áreas marginales, alejadas de los mercados y con población decreciente y mayores índices de pobreza, en contraposición al predomino prácticamente absoluto de la pequeña propiedad familiar en las zonas altiplánicas, valles y subtrópico, con mejores tierras pero débil articulación con el mercado.

Quienes se sitúan más en esta segunda perspectiva optan también por diferenciar la propiedad comunal -como algo que ha ido perdiendo

significación en el proceso de producción-, de la gestión territorial de tipo comunitario -un fenómeno mucho más generalizado y que corresponde a las formas tradicionales de ayllus, muchas veces superpuesta o complementaria a los sindicatos campesinos e, incluso, gobiernos municipales-.

Si lo peculiar de la lógica comunitaria es la búsqueda de la sobrevivencia y no de la acumulación, la pregunta es hasta qué punto esa lógica ha sido -y sigue siendo- un obstáculo a la generación de procesos de acumulación capitalista en el agro, la industria y el comercio regional. O es que más bien se debe aceptar el punto de vista de que, en el Departamento de La Paz, lo mismo que en otras regiones del país, se ha producido una imbricación tal que, en cierto modo, la lógica comunitaria se ha mercantilizado, pero sin dejar de constituirse en un rasgo estructural y cultural de la formación económica paceña, que sería también una clave para entender la dificultad que se ha dado para el surgimiento de empresas de mayor tamaño en el Departamento.

2. RENTISMO Y EMPRENDIMIENTO

La revisión histórica no deja dudas acerca del predominio histórico de la economía extractiva de los recursos naturales y, también, de su incidencia en una visión extractivista del desarrollo. ¿Hasta qué punto este factor puede explicar el fracaso de los intentos de industrialización en el Departamento?

Como se sabe, economías dependientes de los recursos naturales, tienden a generar comportamientos rentistas en la sociedad, los que, a su vez, pueden ser un obstáculo formidable para el desarrollo productivo e industrial, en la medida en que adormecen las energías emprendedoras y desalientan la innovación como factor de progreso material.

En el caso de La Paz, la mentalidad extractivista de sus elites empresariales ha cohabitado, sin embargo, con algunas interesantes iniciativas industriales desde fines del siglo XIX, prácticamente coetáneas a los esfuerzos de industrialización en otros países vecinos, que dieron nacimiento a algunas industrias emblemáticas de La Paz - muchas que no sobrevivieron a la apertura del comercio internacio-

nal- y que, de alguna manera, han abonado el terreno para que esta región sea hoy el principal centro manufacturero del país.

Si la evidencia histórica muestra que, en la experiencia de La Paz, no resulta fácil distinguir una actividad predominante que hubiese jugado un rol de articulación de los otros sectores económicos –lo que puede ser también una explicación de la falta de una clase dirigente con capacidad hegemónica en la sociedad-, cabe preguntarse, ahora, si el emergente sector manufacturero exportador localizado en el área metropolitana, podría constituirse en ese eje articulador de la economía regional. O si, por el contrario, la rica dotación de recursos naturales que tiene el Departamento -incluyendo unas posibles reservas de petróleo en el Norte-, lo condenan a persistir en un modelo extractivista y primario que va a ahogar las perspectivas de un desarrollo industrial sostenido.

3. CAPITAL SOCIAL Y MOVILIDAD ECONÓMICA

Mucho se habla hoy en día del papel de los pequeños productores en el desarrollo paceño y nacional, lo cual es, ante todo, la admisión de una realidad incontrastable: nuestra economía está signada por el predominio cuantitativo a lo largo de varias décadas del sector de las pequeñas empresas y unidades familiares, que juega un rol especialmente decisivo en la generación del empleo, tanto en el medio rural como urbano.

Implica también, en otro sentido, la aceptación de que la forma de propiedad productiva ha ido avanzando en dirección a la consolidación de la propiedad individual, en el contexto de la estructura familiar dominante, que es otro rasgo típico de la cultura popular.

El tema nos remite a las características del capital social prevaleciente en la región y su influencia en la capacidad de sus habitantes para generar niveles de confianza y trabajar mancomunadamente en emprendimientos comunes. Las referencias históricas sirven para captar que las sociedades andinas son esencialmente familiares, puesto que hay una clara preferencia por la familia como factor de cohesión y de confianza grupal, lo que explica el papel que juega la familia como unidad básica de la actividad económica, pero también la dificultad de trascender este ámbito para la generación de emprendimientos empresariales mayores, no basados en relaciones de parentesco. Ello parece reflejarse en la precariedad de las formas de asociación económica voluntaria así como en los esfuerzos fallidos para el desarrollo del cooperativismo en la producción y, en general, en la dificultad que se advierte en los sectores de la economía informal y popular para pasar de los pequeños talleres y unidades económicas familiares a empresas más grandes, con mayor capital y capacidad competitiva.

El peso de este individualismo familiar se expresa también en el ámbito urbano, donde los migrantes rurales reproducen la unidad económica familiar con indudables beneficios para su inserción en la vida urbana, pero también con las limitaciones para la creación de estructuras capaces de producir a mayor escala y con mayor productividad.

Con todo, ello no ha sido óbice para que muchos mestizos e indígenas emerjan como hombres y mujeres de negocios muy exitosos –la burguesía chola, dirán algunos-, extendiendo el tejido empresarial y ampliando las bases sociales de una clase media popular que juega un rol cada vez más importante en la economía, la política y la vida sociocultural del Departamento.

Ahora bien, reconociendo la influencia de la cultura en el desempeño y las características de la estructura económica regional, son cada vez más las voces que abogan por una vía capitalista distinta, en la que el papel protagónico corresponda a las pequeñas empresas –un modelo económico de base ancha, dicen algunos-, articuladas en redes de producción y otras formas asociativas, necesarias para alcanzar economías de escala.

4. MULTICULTURALIDAD E INTERCULTURALIDAD

La revalorización del carácter multiétnico y pluricultural de la sociedad paceña conlleva un valor positivo para la democratización social, en la medida en que cuestiona las brechas sociales abiertas no siempre por causas económicas, sino, también, por razones culturales, étnicas y aun raciales. Sin embargo, no son pocos quienes advierten el riesgo de que un énfasis excesivo y unilateral en el multiculturalismo

refuerce las fracturas internas y recree nuevas formas de segregación étnico-cultural en la sociedad.

Lo que el debate en torno a los temas de identidad cultural sugiere es una tensión entre multiculturalidad e interculturalidad. Ciertos discursos culturalistas encuentran sustento en las teorías multiculturalistas de índole antropológica que no sólo se limitan a reconocer el carácter multiétnico de una sociedad como la boliviana, sino que asumen la existencia de la diversidad de etnias y culturas como un valor positivo en sí mismo, practicando una suerte de *elogio de la diversidad*, al considerar que el mejor de los mundos posibles es un mundo diversificado que hace de la sociedad un organismo siempre segmentado.

Precisamente por ello, desde otras posturas, se advierte el riesgo de que el discurso multiculturalista derive en una ideología que aboga por multiplicar las diferencias culturales y por mantenerlas aisladas y compartimentadas, con lo cual se impide la integración y se frena la formación de una comunidad de ciudadanos -que es la esencia de la sociedad democrática- como sujetos con iguales derechos y obligaciones y en la que se procura encontrar un equilibrio entre el pluralismo respetuoso de la diferencias internas y la construcción de una identidad colectiva y un proyecto societal común. De ahí también el reclamo por marcar diferencias entre multiculturalismo e interculturalismo, considerando que lo propio del multiculturalismo es promover las diferencias étnicas y culturales, mientras que desde una concepción intercultural de la sociedad lo que importa no es únicamente aceptar las identidades particulares, sino, ante todo, buscar la integración, el diálogo equitativo y el mutuo conocimiento y no dejar de conformar una comunidad entre grupos diferentes, fomentando el intercambio y la complementación entre culturas diversas para la construcción de un *nosotros* colectivo y de una identidad común a todos.

Desde de ese punto vista, se puede plantear la hipótesis de que, en la experiencia histórica paceña, la diversidad se ha vivido más como fragmentación que como interculturalidad, siendo ésta, por tanto, una tarea pendiente de la construcción regional. Por eso también resulta difícil hablar de una sola identidad paceña. Naturalmente, hay quienes encuentran una salida en el postulado de una identidad cultural

diversa, pero esta noción puede no ser necesariamente satisfactoria; incluso, puede que otros la reputen de tautológica.

Quedan pues abiertas varias preguntas: ¿Cual es realmente la identidad paceña?; ¿qué rasgos específicos caracterizan a la cultura regional? ¿Se puede hablar con propiedad de una identidad común que defina a la paceñidad?

De lo que no hay dudas es que La Paz es una tierra de profundos contrastes; pero también de encuentros, como lo evidencia el profundo mestizaje y una identidad siempre dinámica, en constante capacidad de reconstruir identidades y de forjar nuevos paradigmas culturales.

5. CULTURA Y POLÍTICA

La recapitulación de los procesos políticos en La Paz aporta muchos elementos para sostener la tesis de la articulación entre cultura y política como una de las claves para entender la historia de este departamento.

Si la diversidad cultural que caracteriza a La Paz, ha alimentado pulsiones disgregadoras en la sociedad paceña, es perfectamente comprensible que este factor hubiese también gravitado en las tendencias de dispersión y faccionalismo de la política regional, levantando no pocas veces, muros de separación entre las fuerzas sociales y políticas enfrascadas en la lucha por el poder.

El sistema de segregación racial y cultural que creó el sistema hacendero y latifundiario en el altiplano paceño, tuvo su correlato en un sistema de exclusión política de las mayorías indígenas, reproduciendo una y otra vez la dicotomía entre *taras* y *q'haras* que ha marcado permanentemente a las luchas políticas regionales. Hay quienes piensan que, a diferencia de la ocurrido en los valles, como consecuencia de la revolución de 1952, donde la oligarquía derrotada se sumió en un proceso cada vez mayor de mestizaje, la de La Paz, en cambio, mantuvo su autosegregación de los indígenas, al mismo tiempo que fracasaba en su conversión en burguesía empresarial.

De ahí que resulte tan estimulante la pregunta de qué habría ocurrido en La Paz y, por ende, en Bolivia, si la efímera alianza que se dio durante la guerra federal entre Pando y Willka no se rompía y, por

el contrario, hubiera llevado al poder a una coalición de liberales e indígenas. Se trata, sin duda, de una veta no explorada en la reflexión sociológica y política nacional. Casi un siglo después, este intento de entronque liberal-indígena se reeditaría con el binomio Sánchez de Lozada y Víctor Hugo Cárdenas, el primer vicepresidente de origen aymara e ideario katarista, que de alguna manera marcó el camino del actual empoderamiento del movimiento indígena y campesino.

La hipótesis que se puede ensayar es que el desencuentro histórico entre las corrientes liberales y las corrientes indigenistas abrió una brecha profunda en la política regional que repercutiría también en la falta de integración social y cultural del departamento, dejando un vacío político que ha sido llenado ocasionalmente por movimientos populistas, pero sin conseguir, tampoco, ser una salida eficaz y perdurable al fenómeno de la fragmentación y la volatilidad de la representación política regional.

En todo caso, hay quienes ven en la sobrepolitización de la vida local, uno de los mayores obstáculos para el desarrollo paceño, tanto por sus efectos contraproducentes para la estabilidad que requiere el crecimiento económico, como por el hecho de que ello ha supuesto que la sociedad paceña vuelque demasiadas energías a las luchas políticas en desmedro de las actividades productivas y de una mayor iniciativa privada en la generación de fuentes de riqueza.

6. INSTITUCIONALIDAD Y ACCIÓN DE MASAS

Reconociendo la centralidad paceña en la política boliviana, se plantea la pregunta acerca de cuales de las prácticas políticas paceñas han marcado a las formas constitutivas de las luchas políticas nacionales. O, dicho de otra manera, ¿cuáles son los rasgos peculiares de la política regional?

A ese respecto, se puede decir que la política regional -casi siempre sobrepuesta a la política nacional por la orientación permanente de los conflictos sociales hacia el Estado central-, ha transitado generalmente arrastrando la dificultad de no poder consolidar una institucionalidad política legítima y eficaz que asegure gobernabilidad, porque de hecho ha chocado con prácticas políticas informales y, sobre

todo, con la tendencia a la revuelta y a la acción directa de masas como formas más arraigadas de comportamiento político de amplios grupos populares.

Si, para algunos, el carácter levantisco del paceño sería una virtud; otros, en cambio, rechazan esta percepción unilateral de la personalidad paceña para relievar, asimismo, su capacidad de concertación y reencuentro, sobre todo en los momentos de mayor tensión y conficto social, capacidad que parece recordarnos una y otra vez la frase acuñada en el emblema paceño: *"los discordes en concordia..."*.

Así pues, la tensión entre institucionalidad y acción de masas es una constante a lo largo de la historia que tiene que ver con concepciones y lógicas distintas de la representación política y de la forma de relación entre Estado y sociedad. Si para unos está claro que la representación política debe darse a través de los partidos, el parlamento y otros mecanismos instituidos, para otros, lo central es privilegiar la representación corporativa de intereses en el acceso a los espacios de poder y casi siempre bajo la lógica de la presión organizada, lo que ha dado sentido a la expresión de la *política en las calles*.

Hoy mismo se puede ver que esa tensión no está resuelta, constituyéndose, por lo mismo, en uno de los grandes impedimentos para la consolidación del sistema democrático representativo.

7. CENTRALISMO Y REGIONALISMO

No hay duda que la relación de La Paz con el resto de Bolivia es una relación compleja que deriva de su peculiar ubicación como centro político y administrativo del país. Pero, esta centralidad paceña ¿es realmente sinónimo de centralismo? Esta es la pregunta importante que surge de la reflexión histórica.

Es más, la controversia que suscita el papel de La Paz en el contexto nacional conduce a que, incluso, haya quienes discutan acerca de la verdadera característica de Bolivia como un país con centro o con regionalismos prevalecientes. Claro que no es de ninguna manera inconcebible un Estado centralista y, a la vez, con fuertes regionalismos. De hecho, se sabe que, muchas veces, las tensiones regionales

y los movimientos autonomistas pueden ser una reacción hasta cierto punto inevitable al centralismo secante.

Pero, ¿se puede hablar con rigor de un centralismo secante en Bolivia, que hubiese favorecido desmedidamente a La Paz como región? En todo caso, la revisión historiográfica no parece abonar en modo alguno esa idea, al punto que, cotejando los indicadores económicos y sociales, se llega fácilmente a la conclusión de que no siempre La Paz ha sido un departamento ganador en la distribución de los ingresos nacionales y que, por el contrario, especialmente en los últimos cincuenta años, es notorio el desbalance entre lo que aquí se genera como recaudaciones fiscales y lo que se queda como gasto e inversión pública.

Por lo demás, se puede argumentar que el precio que La Paz ha tenido que pagar por conservar la condición de sede de gobierno es una disposición permanente a sacrificar sus propias expectativas de progreso regional en aras de favorecer el progreso de otros departamentos. De ahí también que se insista mucho en la "vocación nacional" de los paceños, como una actitud y un sentimiento característicos de la sociedad paceña.

De cualquier manera, éstos son apenas algunos elementos de una discusión que se mantiene abierta y que se presenta como enormemente desafiante en múltiples sentidos.

8. LA PAZ COMO REGIÓN

Cuando se defiende la idea del rol articulador de la nación que La Paz ha jugado a lo largo del siglo XX, es siempre desconcertante constatar la paradoja de un departamento debilitado como entidad territorial y administrativa, con escasos niveles de integración interna y con una desproporción abrumadora en el peso demográfico, económico y político de su ciudad capital con respecto a las demás provincias y el conjunto del área rural.

Incluso, no faltan quienes consideren a La Paz como una ciudad sin región, por las débiles conexiones existentes entre la economía urbana y la economía rural. Sea como fuere, todo ello no hace sino

reafirmar el hecho inobjetable de que La Paz es una región inconclusa, igual que lo es también Bolivia como nación.

9. LA PAZ, CAPITAL ANDINA DE SUDAMÉRICA

¿Es válida una afirmación de esta naturaleza? ¿Hay evidencias que permitan sostener que La Paz juega o ha jugado antes ese rol geopolítico? ¿O es que se trata de una expresión retórica que refiere, ante todo, el hecho de que esta es la región con la mayor concentración poblacional del área andina o, al menos, como una de las mayores?

Pues bien, siendo indudable que La Paz es la región de Bolivia más conectada al Pacífico Sur, cabe siempre intgerrogarse por los factores que han impedido convertir estos vínculos comerciales, culturales y demográfico en una fuerza de gravitación mayor en todo el entorno del sur peruano y el norte chileno, de manera tal de articular un área de integración regional para su proyección geopolítica continental.

10. DESCENTRALIZACIÓN Y AUTONOMÍA

Se sabe que La Paz no ha sido ajena a los impulsos descentralizadores y autonomistas en Bolivia, especialmente durante el siglo XIX. Pero, ¿cuáles son las huellas que ha dejado esa experiencia histórica en la conciencia social de la sociedad local? La situación de las últimas décadas muestra más bien una actitud defensiva de la paceñidad frente a los movimientos regionales y las reivindicaciones de autonomía departamental de otras regiones.

Dada la actualidad del debate nacional sobre estos temas, es lógico plantearse si La Paz está preparada para seguir al país en la corriente descentralizadora del Estado o si su actitud será conservadora y defensiva. Pero, ¿defender qué?, dicen muchos, a la luz de evidenciar que el centralismo estatal subsistente no favorece a este departamento.

La cuestión crucial parece ser la siguiente: ¿Será posible separar la humareda que nubla la discusión actual por la incidencia de factores subjetivos como un cierto "anticruceñismo" o el temor de perder centralidad en el país, para poder encarar una discusión de fondo, basada en información objetiva, sobre lo que realmente La Paz puede

ganar o perder en términos de posibilidades de crecimiento económico y progreso social, en un proceso de descentralización política para la conformación de gobiernos departamentales autónomos?

De hecho, los indicadores económicos y sociales que muestran que La Paz sigue una trayectoria declinante en comparación con otros departamentos, deberían ser argumentos suficientes para ver en qué medida un proceso descentralizador en el nivel departamental puede ser la oportunidad para revertir dicha tendencia.

Obviamente, el tema no es nada fácil, y no únicamente por la interferencia de factores políticos coyunturales, sino, también, por las complejidades que plantea la reivindicación de autonomías territoriales indígenas.

La revisión histórica de este libro, así como el debate con intelectuales representativos del departamento, permiten concluir que La Paz es una tierra de profundos contrastes, pero también de grandes encuentros; de una identidad tradicional, pero también de una identidad dinámica. Fortalezas que, añadidas a las muchas que se han remarcado en el libro, otorgan la sincera esperanza de un repunte de la región, sin descuidar su vocación histórica de continuar como uno de los ejes vitales para la articulación de la nación boliviana.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, Nelson y Spedding, Alison (compiladores): *Historia de la rebeldía yungueña 1771-2003*. Editorial Mamahuaco, La Paz, 2005.

Albarracín Jordán, Juan: *Arqueología de Tiwanaku*. Historia de una Antigua Civilización, La Paz, 1999.

Albarracín Millán, Juan. *Bolivia: El desentrañamiento del estaño*, Ediciones "Akapana", La Paz, 1993.

Albó, Javier: *¿Bodas de Plata? o Requiem por una Reforma Agraria*. Cuadernos de Investigación, CIPCA, La Paz, 1979.

Albó, Xavier: "Coripata: sus haciendas y su historia". En: *Avances* Número 2, Empresa Editora Khana Cruz S.R.L., La Paz, 1978, (9-35).

Aldeano: *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia con sus resultados, presentado al examen de la Nación por un Aldeano hijo de ella*. Año de 1830. Plural Editores, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Mayor de San Andrés. La Paz, 1830-1994.

Almaraz, Sergio: *Requiem para una República*, s/f, s/e.

Álvarez España, Waldo: *Memorias del Primer Ministro Obrero. Historia del movimiento sindical y político boliviano. 1916-1952*. Imprenta y Librería Renovación, La Paz. 1986.

Arze Aguirre, Rene Danilo: *Participación popular en la Independencia de Bolivia*. Organización de los Estados Americanos. La Paz, 1979.

Arze, Silvia: *Artesanos de barrios de indios en el siglo XVII. El caso de San Sebastián en la ciudad de La Paz*. Tesis de licenciatura inédita. Carrera de Historia – UMSA, La Paz, 1994.

Assadourian, Carlos Sempat: "Intercambios en los territorios étnicos entre 1530 y 1567 según las visitas de Huanuco y Chucuito". En: *La participación indígena en los mercados surandinas. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI al XX*. Harris, Larson y Tandeter com. CERES, 1987.

Azero, Ramón: "La ciudad de La Paz. Desarrollo del escenario urbano". En: *450 años de historia de la ciudad de La Paz*. Indeaa y La Razón. La Paz,1998.

Balderrama, Alvaro: "Sitios arqueológicos en Bolivia". En: Medinaceli et alt *Historia prehispánica y pueblos originarios de Bolivia*. En prensa.

Ballivián, Manuel Vicente: *Noticias Políticas, Geográficas, Industriales y Estadísticas de Bolivia*. La Paz, 1900.

Barcelli, Agustín: *Medio siglo de luchas sindicales revolucionarias en Bolivia*. Editorial del Estado, s/l, 1957.

Barragán, Rossana: *Espacio urbano y dinámica étnica. La Paz en el siglo XIX*. La Paz HISBOL, 1990.

Barragán, Rossana: "Entre polleras, lliqllas y ñañacas. Los mestizos y la emergencia de la tercera república". En: Arze Barragán, Escobari et Medinacelli (Comps.). *Etnicidad, Economía y Simbolismo en los Andes*. II Congreso Internacional de Etnohistoria. La Paz, 1992.

Barragán, Rossana: "Españoles patricios y españoles europeos. Conflictos intra-élites e identidades en la ciudad de La Paz en vísperas de la independencia, 1770-1809". En: Walker, C. (Comp.). *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes, Siglo XVIII*. Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas. Cuzco. Perú, 1996.

Barragán, Rossana: "Ciudad y sociedad, La Paz en 1880". En: *Ciencia y Cultura* No. 7. Revista de la Universidad Católica San Pablo. La Paz, 2002.

Barragán, Rossana: *El Estado Pactante. Gouvernement et Peuples: la construcción de l'Etat et ses frontières. Bolivie: 1825-1880*. Tesis de Doctorado en Historia Social. Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. París, 2003.

Barragán, Rossana: "En la Bolivia del siglo XIX. Los recursos del Estado, su distribución y debate. En: *Revista Barataria* No. 3. Grupo Mala Testa. La Paz, 2005.

Barragán, Rossana: *Asambleas Constituyentes. Ciudadanía y elecciones, convenciones y debates (1825-1971)*. La Paz, Muela del Diablo, 2006.

Barragán, Rossana y Peres Cajías, José: *De los pre-supuestos a los presupuestos: fiscalidad y construcción estatal disputada. Bolivia, 1900-1954*. En prensa. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo 2007.

Barrios, Erasmo: *Historia Sindical de Bolivia*. Imprenta Universitaria, Oruro, 1966.

Bertonio, Ludovico *Vocabulario de la lengua aymara* CERES, IFEA, MUSEF, La Paz *[1612]*1984.

Bolivia: *Atlas Estadístico de Municipios. Un mundo de potencialidades.* INE, MDSP, COSUDE, CID, La Razón/El Día/Opinión, Bolivia, 2000.

Bonavia, Duccio *Los camélidos sudamericanos, una introducción a su estudio* IFEA - UPCH - Conservación Internacional, Lima 1996.

Bouysse Cassagne, Therese: *La identidad aymara, una aproximación histórica* HISBOL/ Instituto Francés de Estudios Andinos. La Paz, 1980.

Bridikhina, Eugenia: "Coca, dinero o jornales. La situación económico-social de los ex-esclavos negros en Nor Yungas, segunda mitad del Siglo XIX". En: Barragán, Cajías y Qayum (Comps). *El Siglo XIX. Bolivia y América Latina*. IFEA. La Paz 1997.

Browman David Universitario Orientale di Napoli. 1991. "Llama caravan fleteros: Their importance in production and Distribution". En: Philip Carl Salzman and John G. Galaty, editors. *Nomads in a Changing World*, pp. 408-455. Naples: Instituto.

Browmann, David: "Camelid Pastoralism in the Andes: Llama Caravan Fleteros and their Importance in Production and Distribution".

Brumonte, Mauricio: "Bolivia y los descendientes del esfuerzo teutón". La Prensa, 14 de mayo de 2006.

Cajias, Fernando: Fiestas Patronales "Las Fiestas Patronales en La Paz". En la Revista *Nuestra Señora de La Paz*, editada por la Prefectura del Departamento de La Paz. La Paz, octubre de 1998.

Cajias, Fernando: "Las Fiestas Patronales". En: *Visiones de Fin de Siglo. Bolivia y América Latina en el siglo XX*. Publicado por Coordinadora de Historia, IFEA y embajada de España en Bolivia. La Paz Bolivia, 2001.

Cajias, Fernando: *Sublevaciones Indígenas. El cerco a la ciudad de La Paz*. La Razón, 450 años Historia de la ciudad de La Paz, 1998.

Cajías, Lupe: *Historia del tabaco y de su industrialización en Bolivia*. Compañía Industrial de Tabacos, Plural, 1999.

Cajías, Magdalena: "Actores y espacios de la lucha popular paceña en el siglo XX". En: *Historias...de la ciudad de La Paz*. Coordinadora de Historia, Muela del Diablo, La Paz, 1999.

Calderón Jemio, Raúl J.: *In Defense of Dignity: The Struggles of the Aymara Peoples in the Bolivian Altiplano, 1830-1860*. PH.D. University of Connecticut. 1991.

Calderón Jemio, Raúl J.: "Conflictos sociales en el altiplano paceño entre 1830-1860". En: *DATA Revista del Instituto de Estudios Andinos y Amazónicos. Comunidades Campesinas de los Andes en el Siglo XIX*. N° 1. La Paz, INDEAA, 1991.

Calderón, Fernando y Szmukler, Alicia: *La Política en las Calles*. Plural, CERES y UASB, La Paz, 1999.

Camino, Alejandro:"Trueque, correrías e intercambios entre los quechuas andinos y los piro y machiguenga de la montaña peruana". En: *Organización económica en los Andes*. Hisbol, La Paz, 1989.

Cárdenas, Víctor Hugo: "La Paz, identidad local, regional, nacional". En: *La Paz Nuestra de Cada Día*. PNUD, La Paz, 1999.

Castellón, Juan René: "La Paz: Ciudad Rebelde". La Prensa, 16 de julio de 2003.

Choque, Roberto: "Los caciques aymaras y el comercio en el Alto Perú" En: Harris et alt. *La participación indígena en los mercados*

surandinos. Estrategias y reproducción social. siglos XVI - XX, CERES. La Paz, 1987.

Choque, Roberto: Jesús de Machaqa: la marka rebelde. Cinco siglos de historia 1 Ed. Plural, CIPCA. La Paz, 2003.

Choque Canqui, Roberto: "Los caciques aymaras y el comercio en el Alto Perú" en Harris, Larson, Tandeter (compiladores). Ceres, La Paz, 1985.

Un Ciudadano: *Cuaderno Segundo de la Reseña del Estado Ruinoso de Bolivia*. Imprenta de la Libertad. 1842.

Condarco Morales, Ramiro: *Zárate el "temible" Willka. Historia de la rebelión indígena de 1899 en la República de Bolivia*. La Paz, Imprenta y Librería "Renovación" [1965]1982-1983.

Condarco, Ramiro: *El escenario andino y el hombre*. Renovación. La Paz, 1971

Crespo Rodas, Alberto: "La fundación de la ciudad Nuestra Señora de La Paz". *En 450 años de la historia de la ciudad de La Paz. Indeaa y La Razón. La Paz, 1998.*

Crespo R., Alberto; Baptista G., Mariano; Mesa, José de: *La ciudad de La Paz. Su Historia – Su Cultura*. Alcaldía Municipal, La Paz 1989.

Crespo, Luis S.: *Censo Municipal de la ciudad de La Paz (15 de Junio de 1909)* 1909-1910. Clasificaciones estadísticas precedidas de una reseña geográfica-descriptiva-histórica de la ciudad. Comisión Central del Censo. Taller Tip.Lit. José Miguel Gamarra. La Paz, Bolivia.

Crespo, Luis S.: *Indicaciones sumarias para el inmigrante a Bolivia*. s/f.

Delgado, Trifonio: *100 años de lucha obrera en Bolivia*. Editorial Isla, La Paz, 1984.

Dalence, José María: *Bosquejo Estadístico de Bolivia*. Editorial Universitaria. La Paz 1975 (1848).

Demelas, Marie-Danièle: "Sobre jefes legítimos y «vagos»". En: *Historia y Cultura* No. 8. La Paz: Sociedad Boliviana de Historia. Editorial Don Bosco. 1985.

Demelas, Marie-Danièle: *L'invention politique. Bolivie, Equateur, Pérou au XIXe. siècle*. París: Recherche sur les Civilisations. 1992.

Durán de Lazo de la Vega, Florencia, "Efectos de la migración judía en Bolivia 1936-1955. En: *Visiones de Fin de Siglo. Bolivia y América Latina en el siglo XX*, Coordinadora de Historia, Plural Editores, La Paz, 2001.

Escobari Laura: "Entre Lima y Potosí. El comercio colonial en La Paz". *En 450 años de historia de la ciudad de La Paz*. Indeaa y La Razón. La Paz,1998.

Espinoza Soriano, Waldemar: *Los Incas. Economía, sociedad y estado en la era del tahuantinsuyu*. Tercera edición. Amaru Editores. Lima 1997.

Fifer, Valerie *Bolivia: Land, Location and Politics since 1825*. Cambridge University Press. 1972.

Flores, Hugo: *Colquiri, una mina de estaño*. Colección UMSA-INSSB, La Paz, 2003.

Gisbert, Teresa: "Los cronistas y las migraciones aymaras" En *Historia y Cultura No*.12. Sociedad Boliviana de la Historia, Don Bosco, La Paz, 1987.

Gisbert, Teresa. "El patrimonio arquitectónico y urbano de la ciudad de La Paz". En: *La Paz Nuestra de Cada Día*. PNUD, La Paz, 1999.

Gisbert, Teresa; Arze, Silvia y Cajías, Martha: *Arte textil y mundo andino*. Ed. Gisbert y Cía. La Paz, 1987.

Glave, Luis Miguel "La hoja de coca y el mercado interno colonial: la producción de los trajines". En: *Visita de los valles de Sonqo*. John Murra editor. ICI Quinto Centenario. Madrid, 1991.

Gobierno Municipal de El Alto, Unión Europea. *El Alto. 9 aspectos que configuran la ciudad*. Artes Gráficas Sagitario, 2005.

Golte, Jürgen: *La racionalidad de la organización andina*. IEP, Lima 1980.

Griesehaber, Erwin P.: *Survival of Indian Communities in Nineteenth Century Bolivia*. Chapel Hill, Ph. D. Thesis 1977.

Griesehaber, Erwin P.: "Resistencia indígena a la venta de tierras comunales en el departamento de La Paz, 1881-1920" En: *DATA Revista del Instituto de estudios Andinos y Amazónicos. Comunidades Campesinas de los Andes en el Siglo XIX*, N° 1. La Paz: INDEAA. 1991.

Jáuregui, Juan: "Tambos y estanco. Los comerciantes de La Paz". En: *450 años de la Historia de la ciudad de La Paz*. Indeaa y La Razón. La Paz, 1998.

Jimenez Chávez, Iván Ramiro: "Abundancia y carestía: la irrupción de las importaciones y la crisis del comercio interno hacia 1830". En: Lema, Ana María. Coord. de edición. *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia presentado al examen de la Nación por un Aldeano hijo de ella año de 1830*. La Paz: Plural Editores-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UMSA. 1994.

Klein, Herbert S.: *Orígenes de la Revolución Nacional Boliviana. La crisis de la Generación del Chaco*. Librería Juventud. La Paz, 1968.

Klein, Herbert S.: *Historia general de Bolivia*. La Paz, Ed. Juventud. 1992.

Klein, Herbert S.: *Haciendas y Ayllus en Bolivia, SS. XVII y XIX*. Traducción Javier Flores. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. 1993-1995.

Klein Herbert: "Producción de coca en los Yungas durante la colonia y primeros años de la República". *Historia y Cultura*, No.11, La Paz, 1987.

Lema, Ana María (Ed.): *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia con sus resultados, presentado al examen de la Nación por un Aldeano hijo de ella. Año de 1830*. Plural Editores y Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Mayor de San Andrés. 1994.

Lema, Ana María: "Producción y circulación de la coca en el Alto Perú. 1780 – 1840". *Historia y Cultura*. La Paz, 1989.

Lora, Guillermo: *Historia del movimiento obrero boliviano*. Tomos II y III. Los Amigos del Libro, La Paz, 1970.

López Clara: "La familia y las costumbres. Los vecinos de La Paz, siglo XVI y XVII". En *450 años de la historia de La Paz*. Indea y La Razón. La Paz, 1998.

Llanos, Luis: "La Paz: Ciudad Rebelde". La Prensa, 16 de julio de 2003.

Medinaceli, Ximena, Ana María García, Galo Illatarco, Pilar Mendieta, Magda Mora y Pablo Quisbert: *Los nombres de Chuquiago*, ined.

Medinaceli, Ximena et al: *Historia prehispánica y pueblos originarios de Bolivia*. (En prensa)

Mellafe, Rolando y María Teresa González "Aproximación preliminar a la estructura de la población en los pueblos de Songo". En: *Visita de los valles de Sonqo*. John Murra editor. ICI Quinto Centenario. Madrid, 1991.

Meruvia, Fanor: "La coca en los Yungas de Pocona" (1550-1600). En *Historia y Cultura No.20*. La Paz, 1991.

Mesa, José de, Crespo, Alberto y Baptista, Mariano: *La ciudad de La Paz*. Alcaldía Municipal. La Paz, 1989.

Michel, Marcos; Beltrán, Karent; Cáceres, Osvaldo; Fontenla, Ruth; Irahola, Marco; Ticona, Juan Marcelo; Quispe, Olga; Ulloa, Delfor. *Prospecciones Arqueológicas en Achocalla*. Informe Inédito 2000.

Michel, Marcos "Arqueología boliviana". En Medinaceli et alt *Historia prehispánica y pueblos originarios de Bolivia*. En prensa.

Mitre, Antonio: *Los Patriarcas de la plata. Estructura socioeconómica de la minería en Bolivia en el siglo XIX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. 1981.

Mora, Magda; Comunicación personal con base en la investigación que realiza sobre la industria paceña. Tesis inédita de licenciatura de la Carrera de Historia, 2006.

Mújica, Elías: "La integración surandina durante el periodo Tiwanaku" En Albó y otros comp. *La integración surandina cinco siglos después*. Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, Corporación Norte Grande Taller de Estudios Andinos, Universidad Católica del Norte de Antofagasta. Cusco, Antofagasta, Arica, 1996.

Murra, John: "Rebaños y pastores en la economía del Tawantinsuyu" (1964) En *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima – IEP. 1975.

Murra, John: "El archipiélago vertical revisited". En: *Andean Ecology Civilization an interdisciplinary perspective on Andean Ecology complementarity*. Ed. Masuda et alt. University of Tokyo Press. Japan. 1985.

Murra, John: "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima – IEP, 1972/1975.

Murra, John: "Los olleros del Inka. Hacia una historia y arqueología del Qollasuyu". Segunda edición. *Historia Andina*. Centro de Investigaciones Históricas. La Paz, 1983.

Murra, John: "Introducción al estudio histórico del cultivo de la hoja de coca en los Andes. En: *Visita de los valles de Sonqo*. John Murra editor. ICI Quinto Centenario. Madrid, 1991.

Murra, John: "Los cultivadores aymara de la hoja: dos inspecciones administrativas [1568-70]. En: *Visita de los valles de Sonqo*. John Murra editor. ICI Quinto Centenario. Madrid, 1991.

MUSEF: *Uso tradicional de la coca en Bolivia*. Informe final. La Paz, 1978.

Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales: *Análisis y Proyecciones del Desarrollo Económico IV. El Desarrollo Económico en Bolivia*. CEPAL, México, 1958.

Núñez, Lautaro y Tom Dillehay: *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: patrones de tráfico e interacción económica*. Universidad del Norte, Antofagasta - Chile. 1979.

Paravicini, Juan: "La Industria Nacional". En: *Bolivia en el Primer Centenario de su Independencia*. La Paz, 1925, 509-538).

Paredes, Rigoberto: *La Paz y la Provincia El Cercado*. Editorial Centenario, La Paz, 1955.

Paredes, Rigoberto: "Monografía de la Provincia Muñecas". En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz*, Año I, No. 1. 1898, T. 1.

Parkerson Phillip: "El monopolio incaico de la coca ¿realidad o ficción?". *Historia y Cultura* No.5. La Paz, 1984.

Pärssinan Martti Pärssinen: *Tawantinsuyu. El estado inca y su organización política*. IFEA, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Embajada de Finlandia. Lima, 2003.

Paz, Jose Luis: Informe preliminar sobre los restos encontrados en San Francisco. *Boletín de Actividades. Instituto Nacional de Arqueología*. 1993.

Paz, JL; Cáceres Osvaldo; Fontenla Ruth; Ticona Juan Marcelo; Quispe, Olga; Ulloa, Delfor. *La Presencia Tiwanaku en el sitio ACH -10* (Achocalla). IIAA. 2004.

Pentland, J. B.: *Informe sobre Bolivia (1826).Vol. XIII (No. General)* Potosí: Colección Segunda: Autores del Siglo XIX. 1826-1975.

Peñaloza Bretel, Marco A.: "La expoliación de tierras comunales en al departamento de La Paz durante el gobierno de Melgarejo, 1864-1871 (La cuantificación en la historia)". En: *Historia. Revista de la carrera de Historia N° 20*. Primer semestre. La Paz: Carrera de Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Mayor de San Andrés. 1990.

Platt, Tristan: *Estado boliviano y ayllu andino. Tierra y tributo en el norte de Potosí*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. 1982.

Platt, Tristan: *La Persistencia de los ayllus en el norte de Potosí. De la invasión europea a la República de Bolivia*. La Paz: Fundación Diálogo-Embajada del Reino de Dinamarca en Bolivia. 1999.

Prefectura del Departamento de La Paz, La Paz: "Necesidades y Proyectos", Presencia, 15 de julio de 1990.

Presencia: *La Paz, presente*. "Presencia en la efemérides". Separata, La Paz, 1990.

Portugal Maks: Arqueología de La Paz. *Arqueología Boliviana Primera Mesa Redonda*. Ed. 1957.

Qayum, Soux et Barragán: *De Terratenientes a Amas de Casa. Mujeres de la élite de La Paz en la primera mitad del siglo XIX*. Serie Protagonistas de la Historia. Coordinadora de Historia. La Paz: Ed. Ministerio de Desarrollo Humano. Secretaría de Género. 1997.

Reguerín; Cáceres R.: "Informe sobre los trabajos en Pampahasi". Documentos internos de UNAR. Inedito 1999.

Ricardo, Antonio: *Arte y vocabulario de la lengua general del Perú*. Lima. [1586] 1961.

Rivera C., Silvia.: "La expansión del latifundio en el altiplano boliviano: elementos para la caracterización de una oligarquía regional". En: *Avances. Revista boliviana de estudios históricos y sociales* No. 2. La Paz: Khana Cruz. 1978.

Rivera, Silvia y Lehm, Zulema: *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*. Editorial Gramma, La Paz, 1988.

Rodriguez O., Gustavo: *La acumulación originaria de capital en Bolivia, 1825-1885*. Cochabamba: Publicaciones IESE, UMSS (mimeo). 1977.

Rodriguez O., Gustavo: "Acumulación originaria, capitalismo y agricultura precapitalista en Bolivia (1870-1885)". En: *Avances. Revista boliviana de estudios históricos y sociales* No. 2. La Paz: Khana Cruz. 1978.

Rodriguez O., Gustavo: "Expansión del latifundio o Supervivencia de las Comunidades Indígenas. Notas sobre la estructura agraria boliviana de la segunda mitad del siglo XIX". En: *Avances de Investigaciones 2. Cambios en el Agro y el Campesinado Boliviano*. La Paz: Museo Nacional de Etnografía y Folklore. 1982.

Romano Ruggiero y Genevieve Tranchard "Una encomienda cocalera en los yunka de La Paz".. En: *Visita de los valles de Sonqo*. John Murra editor. ICI Quinto Centenario. Madrid, 1991.

Saignes, Thierry: *Los Andes Orientales: historia de un olvido*. IFEA – CERES. Cochabamba, 1985.

Santamaría Daniel: "La participación indígena en la producción y el comercio de la coca". En Tandeter, Harris y Larson.

Silva, Juan: *El Extranjero en La Paz*, Dirección General de Extranjería y Turismo, Editorial Arno, La Paz, 1937.

Soux, María Luisa. "Producción y Circuitos Mercantiles de la coca yungueña 1900 - 1935" Tesis de grado. Carrera de Historia. La Paz, 1987.

Soux, María Luisa. *La Coca Liberal. Producción y circulación a principios del siglo XX*. Cocayapu y Centro de Información Para el Desarrollo, La Paz, 1993.

Tandeter Enrique y otros: *El mercado de Potosí a fines del siglo XVIII*. Ceres, La Paz, 1985.

Tepaske John y Klein Herbert: *The Fiscal Structure of Upper Peru and the Financing of the Empire*. Durham, N: C: Duke University Press. 1982.

Unión Europea y Gobierno Municipal de El Alto: *El Alto. 9 aspectos que configuran la ciudad*. Sagitario, 2005.

Van Buren, Mary: "Rethinking the Vertical Achipielago. Ethnicity, Exchange and History in the South Central Andes". En: *American Anthropologist* 98 (2). American Anthropologist Association, 1996

Villegas de Aneiva Teresa: "El mueble virreinal. Arte civil y eclesiástico". En: *450 años de historia de la ciudad de La Paz*. Indea y La Razón. La Paz, 1998

Wiethüchter, Blanca: "Más allá de la obra". En: *La Paz Nuestra de Cada Día*. PNUD, La Paz, 1999.

Zondag, Cornelius: *La Economía Boliviana 1952-1965*. Los Amigos del Libro, La Paz/Cochabamba, 1968.